

STEFANIA AUCCI

LOS LEONES DE SICILIA



STEFANIA AUCI

Los leones de Sicilia

La saga de los Florio

Traducción de
César Palma Hunt

Grijalbo

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks
@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*A Federico y Eleonora:
por la valentía, la inconsciencia, el miedo
y la locura que hemos compartido
en días perdidos y recuperados*

¿Qué importa que el campo se perdiera?
No todo se ha perdido; la indomable
voluntad y las ansias de venganza,
el odio inmortal, el valor firme
que nunca es sometido ni se rinde:
Esta gloria jamás su ira y potencia
arrancarán de mí.

JOHN MILTON,
El paraíso perdido[1]

Prólogo

Bagnara Calabria, 16 de octubre de 1799



Cu nesci, arrinesci.

Nadie es profeta en su tierra.

Proverbio siciliano

El terremoto es un zumbido que surge en el mar y se incrusta en la noche. Se hincha, crece, se transforma en un estruendo que rasga el silencio.

En las casas, la gente duerme. Algunos se despiertan con el tintineo de los cubiertos; otros, cuando las puertas empiezan a rechinar. Pero todo el mundo ya está en pie cuando las paredes tiemblan.

Mugidos, ladridos, súplicas, imprecaciones. Las montañas se desprenden de rocas y de barro, el mundo sufre un vuelco.

La sacudida llega a la localidad de Pietraliscia, alcanza los cimientos, los remece con violencia.

Ignazio abre los ojos, arrancado del sueño por aquel temblor que azota las paredes. Encima de él, un techo bajo que parece que va a desplomársele encima.

No es un sueño. Es la peor de las realidades.

La cama de Vittoria, su sobrina, tiembla entre la pared y el centro de la habitación. Sobre el banco, el cofre de metal se tambalea, cae al suelo junto con el peine y la navaja de afeitarse.

En la casa resuenan gritos de mujer.

—¡Socorro, socorro! ¡Terremoto!

Los gritos lo hacen saltar de la cama. Pero Ignazio no sale corriendo. Primero debe poner a salvo a Vittoria: solo tiene nueve años, está muerta de miedo. La mete debajo de la cama, a cubierto de los cascotes.

—Quédate aquí, ¿vale? —le dice—. No te muevas.

Ella asiente. El terror le impide incluso hablar.

Paolo. Vincenzo. Giuseppina.

Ignazio sale corriendo de la pieza. El pasillo le parece interminable, y sin embargo son pocos pasos. Nota que la pared se le despega de la mano, consigue tocarla de nuevo, pero se mueve, como algo vivo.

Llega a la alcoba de su hermano Paolo. Por las contraventanas se filtra un hilo de luz. Giuseppina, su cuñada, ha saltado de la cama. El instinto de madre la ha avisado de que una amenaza se cierne sobre Vincenzo, su hijo de pocos meses, despertándola. Trata de coger al recién nacido, que está acostado en la cuna que pende de las vigas del techo, pero la cesta de mimbre está a merced de las ondas sísmicas. La mujer llora desesperada, estira los brazos, mientras la cuna se balancea frenéticamente.

Se le cae el chal, se queda con los hombros al aire.

—*¡Hijo mío! ¡Ven aquí, Virgen santa, ayúdanos!* [2]

Giuseppina consigue agarrar al recién nacido. Vincenzo abre los ojos de par en par, rompe a llorar.

En medio del caos, Ignazio distingue una sombra. Su hermano Paolo. Baja del colchón, coge a su mujer, la saca al pasillo.

—¡Fuera!

Ignazio vuelve sobre sus pasos.

—¡Espera! ¡Vittoria! —grita.

En la oscuridad de debajo de la cama encuentra a Vittoria, acurrucada, con las manos en la cabeza. La levanta en vilo, sale corriendo. Se desprenden trozos de yeso de las paredes mientras el terremoto sigue ululando.

Nota que la pequeña busca protección aferrándose a su camisón hasta retorcer la tela. Lo está arañando, porque se muere de miedo.

Paolo los empuja hasta la puerta, escaleras abajo.

—Aquí, venid.

Corren al centro del patio cuando la sacudida es más intensa. Se abrazan, las cabezas juntas, los párpados apretados. Son cinco. Están todos.

Ignazio reza y tiembla, y espera. Está acabando. Tiene que acabar.

El tiempo se pulveriza en millones de instantes.

Luego, tal y como había empezado, el estruendo se aplaca, hasta apagarse del todo.

Durante un instante, solo está la noche.

Pero Ignazio sabe que esa paz es una sensación engañosa. Es una lección, la del terremoto, que se ha visto obligado a aprender pronto.

Levanta la cabeza. Nota el pánico de Vittoria a través del camisón, las uñas aferrándose a su piel, su terror.

Ve el miedo en el rostro de su cuñada, el alivio en el de su hermano; ve el gesto de Giuseppina buscando el brazo de su marido, y a Paolo soltándose para acercarse al edificio.

—Gracias a Dios, la casa sigue en pie. Mañana con la luz del día comprobaremos los daños y...

Vincenzo elige ese momento para estallar en un llanto incontenible. Giuseppina lo mece. «Tranquilo, vida mía, tranquilo», lo consuela. Se acerca al niño y a Vittoria. Sigue aterrorizada: Ignazio repara en la respiración agitada, en el olor a sudor, un miedo que se mezcla con el aroma a jabón del camisón.

—Vittoria, ¿estás bien? —pregunta Ignazio.

La sobrina asiente, pero no suelta la mano del camisón del tío. Ignazio se la aparta a la fuerza.

Comprende su miedo: la niña es huérfana, hija de su hermano Francesco. Él y su mujer murieron hace pocos años, dejando a esa niña al cuidado de Paolo y de Giuseppina, los únicos que podían ofrecerle una familia y una cama.

—Yo estoy aquí. No te asustes.

Vittoria lo mira, muda, luego se agarra a Giuseppina, tal y como había hecho con él hasta un instante antes, como una náufraga.

Vittoria vive con Giuseppina y Paolo desde que se casaron, hace menos de tres años. Tiene el carácter de su tío Paolo: es taciturna, orgullosa, reservada. Pero en ese momento solo es una niña aterrorizada.

Aunque el miedo tiene muchas máscaras. Ignazio sabe que su hermano, por ejemplo, no se quedará quieto llorando. Ahora mismo, con los brazos en jarras y la expresión contrariada, está contemplando el patio y las montañas que rodean el valle.

—Virgen santa, pero ¿cuánto ha durado?

Se hace un silencio. Hasta que Ignazio dice:

—No lo sé. Mucho.

Trata de calmar el temblor que lo hace vibrar por dentro. Tiene el rostro tenso por el susto, barba rala y rubia, manos finas y nerviosas. Es más joven que Paolo, que sin embargo aparenta más años de los que tiene.

La tensión se va diluyendo en una especie de postración, marcada por sensaciones físicas: humedad, náuseas, los cascotes que pisan. Ignazio está descalzo, en camión, prácticamente desnudo. Se aparta el pelo de la frente, observa a su hermano, luego a su cuñada.

Toma enseguida una decisión.

Se dirige hacia la casa. Paolo lo sigue, lo agarra de un brazo:

—¿Adónde crees que vas?

—Necesitan mantas. —Ignazio señala con la cabeza a Vittoria y a Giuseppina, que está mecido al recién nacido—. Quédate con tu mujer. Voy yo.

No espera una respuesta. Con prisa y precaución sube los escalones. Se detiene en la entrada para que los ojos se acostumbren a la penumbra.

Platos, adornos, sillas: todo se ha caído al suelo. Cerca de la artesa, una nube de harina sigue flotando en el pavimento.

Se le encoge el corazón: esa es la vivienda que Giuseppina ha aportado en dote a su hermano Paolo. La casa es de ellos, desde luego, pero también es un hogar donde él se siente bien acogido. Verla así lo angustia.

Vacila. Sabe qué puede ocurrir si hay otro temblor.

Pero solo necesita un momento. Entra, quita las mantas de la cama.

Va a su dormitorio. Encuentra la talega en la que guarda las herramientas de trabajo y la recoge.

Por último, encuentra el cofre de hierro. Lo abre. La alianza nupcial de su madre que reluce en la oscuridad parece querer consolarlo.

Guarda la caja en la talega.

En el pasillo es donde ve el chal de Giuseppina: su cuñada seguramente lo ha perdido en la huida. Nunca se separa de él: se lo pone desde el primer día que entró en la familia.

Lo recoge, vuelve a la puerta, se hace la señal de la cruz mirando el crucifijo que hay sobre el marco.

Un instante después, la tierra tiembla otra vez.



—Este ha sido más corto, gracias a Dios. —Ignazio comparte las mantas con su hermano; le da una a Vittoria. Por último, el chal.

Cuando se lo entrega, Giuseppina se palpa el camisón, debajo no lleva nada.

—Pero...

—Lo he encontrado en el suelo —explica Ignazio, bajando los ojos...

Ella murmura un «gracias». Se envuelve en la tela buscando un consuelo que le quite esa rara sensación. Un escalofrío hecho de angustia y recuerdos.

—De nada vale quedarse en la calle. —Paolo abre la puerta del establo. La vaca lanza un débil quejido mientras la arrastra por el cabestro a la pared opuesta. Luego enciende un quinqué con un chisquero. Coloca montones de heno contra la pared—. Vittoria, Giuseppina, sentaos.

Su gesto es atento, Ignazio lo sabe, pero el tono es imperioso. Las mujeres miran asustadas, clavan los ojos en el cielo y en la calle. Se quedarían en el patio toda la noche si nadie les dijese qué tienen que hacer. Ese es el deber del cabeza de familia. Ser fuerte, proteger: es lo que hace un hombre, sobre todo un hombre como Paolo.

Vittoria y Giuseppina se echan sobre un montón de paja. La niña se acurruca, con los puños apretados delante de la cara.

Giuseppina la mira. La mira y no quiere recordar, pero la memoria es hipócrita y canalla, la absorbe, la agarra del cuello y la devuelve a su pasado.

Su infancia. Sus padres, muertos.

Aprieta los párpados, ahuyenta el recuerdo respirando hondo. O al menos lo intenta. Abraza a Vincenzo, se baja luego el camisón y enseguida el niño se le pega al pezón. Las manitas agarran la piel fina, las uñas le arañan la areola.

Está viva, su hijo está vivo. No se quedará huérfano.

Ignazio, en cambio, no se mueve del umbral. Observa el perfil de la casa. En la oscuridad,

busca señales de hundimientos, una grieta, un muro rajado, y no encuentra nada. No se lo cree, casi no se atreve a confiar en que esta vez no ocurra nada.

El recuerdo de su madre es una ráfaga de viento en la noche. Su madre riendo, tendiéndole los brazos, y él de pequeño corriendo hacia ella. La caja en la talega parece de pronto pesadísima. Ignazio la coge, saca el anillo de oro. Lo estrecha, la mano en el corazón.

—Madre.

Murmura. Es un rezo, quizá la búsqueda de un consuelo. De un abrazo que le falta desde que tenía siete años. Desde que murió su madre Rosa. Era 1783, el año de la calamidad, el año en que la tierra tembló hasta que de Bagnara no quedaron sino escombros. Aquel terremoto devastador que hubo en Calabria y en Sicilia, que causó miles de muertos, que solo en Bagnara se llevó a decenas de personas en una noche.

Ya entonces Giuseppina y él estuvieron cerca.

Ignazio la recuerda bien. Una niña flaca y pálida, pegada al hermano y a la hermana, que miraba dos montículos de tierra marcados con una sola cruz: sus padres, muertos mientras dormían, aplastados por los escombros de su habitación.

Él, en cambio, estaba junto a su padre y a su hermana; Paolo, un poco más atrás, con los puños apretados y una mirada triste en su rostro de adolescente. En aquellos días nadie lloró solamente a sus muertos: el funeral de los padres de Giuseppina, Giovanna y Vincenzo Saffiotti, tuvo lugar en la misma fecha que el de su madre, Rosa Bellantoni, y con ellos fueron enterrados muchos otros lugareños. Los apellidos eran siempre los mismos: Barbaro, Spoliti, Di Maio, Sergi, Florio.

Ignazio baja la mirada hacia su cuñada. En el momento en que Giuseppina levanta los ojos y se cruza con los suyos, el joven comprende que a ella también la están acosando los recuerdos.

Hablan el mismo idioma, habitan el mismo dolor, llevan en su interior la misma soledad.



—Tenemos que ir a ver qué les ha pasado a los demás. —Ignazio señala la colina que está detrás de Bagnara. En la oscuridad, unas luces indican la presencia de casas y hombres—. ¿Qué pasa, es que no quieres ver si Mattia y Paolo Barbaro están bien?

Su voz vacila ligeramente. A los veintitrés años es todo un hombre, pero sus gestos le recuerdan a Paolo a los del niño que se escondía detrás de la casa familiar, al otro lado de la forja del padre, cuando su verdadera madre lo regañaba. Después, con la otra, la nueva esposa de su padre, Ignazio no había llorado nunca. Se limitaba a mirarla con un odio rencoroso, y a callar.

Paolo se encoge de hombros:

—No hace falta. Si las casas siguen en pie, no les habrá pasado nada. Y además es de noche y

está oscuro, y Pagliara queda lejos.

Pero Ignazio otea con ansiedad el camino, y más allá, hacia los cerros que rodean el pueblo:

—No, iré a ver qué ha ocurrido.

Y toma el sendero que atraviesa el centro de Bagnara, seguido por un impropio de su hermano.

—Regresa —le grita, pero él levanta una mano para decirle que no, que seguirá adelante.

Está descalzo, en camisón, pero le da igual: quiere saber cómo se encuentra su hermana. Baja de la colina donde queda Pietraliscia, en pocos pasos llega al pueblo. Hay cascotes por todas partes, pedazos de tejado, tejas partidas.

Entrevé a un hombre corriendo, tiene una herida en la cabeza. La sangre brilla a la luz del candil con el que ilumina la calleja. Ignazio deja atrás la plaza, atraviesa las veredas atestadas de gallinas, cabras, perros huyendo. La confusión es tremenda.

En los patios, las mujeres rezan el rosario con sus niños, o se encuentran unas con otras para conocer noticias. Los hombres, en cambio, buscan azadas y palas, guardan las talegas con las herramientas de trabajo, es lo único que podrá garantizarles el sustento, tienen más valor que la comida o la ropa.

Sube por el sendero que lleva al barrio de Granaro, donde está la casa de los Barbaro.

Ahí, al borde del camino, hay barracones de piedra y madera.

Antes eran casas: él era niño, pero las recuerda perfectamente. El terremoto de 1783 las destruyó. Hubo quien reconstruyó la suya como mejor pudo con lo que logró rescatar. Otros aprovecharon los escombros para hacer casas más grandes y mejores, como era el caso de su cuñado, Paolo Barbaro, el marido de Mattia Florio, su hermana.

A la primera persona que ve es precisamente a ella, Mattia, sentada en un banco, descalza. Ojos negros, mirada severa, con su hija Anna agarrada al camisón y Raffaele dormido en sus brazos.

En ese momento Ignazio ve en ella a su madre, su piel oscura. Se le acerca, la abraza sin decir palabra. La tensión deja de atenazarle el corazón.

—¿Cómo estáis? ¿Paolo, Vincenzo? ¿Y Vittoria? —Le agarra el rostro, le besa los ojos. Su voz es llorosa—. ¿Cómo está Giuseppina? —Lo abraza de nuevo, y el hermano percibe olor a pan y fruta, un aroma hogareño, dulce.

—Todos a salvo, gracias a Dios. Paolo la ha instalado con los niños en el establo. Yo he venido para saber cómo estás... cómo estáis vosotros.

De detrás de la casa llega Paolo Barbaro. Su cuñado. Lleva un burro por el cabestro.

Mattia se pone tensa, Ignazio la suelta.

—Ah, bien. Iba a ir a buscaros a ti y a tu hermano. —Ata el animal al carro—. Tenemos que ir al puerto a revisar la barca. Da igual que solo estés tú.

Ignazio extiende los brazos, deja caer la manta:

—¿Así? Estoy casi desnudo.

—¿Qué pasa, te da vergüenza?

Paolo es bajo y robusto. El cuñado, en cambio, es flaco, su cuerpo es ágil, joven. Mattia se adelanta, aunque le cuesta moverse porque los niños no se sueltan de sus piernas.

—Hay ropa en el baúl. Puede ponerse...

Su marido la manda callar:

—¿Quién te ha preguntado nada a ti, por qué *tienes que entrometerte siempre*? Y tú, rápido, vamos. Después de lo que ha pasado, nadie va a fijarse en tus pintas.

—Mattia estaba intentando ayudarme —trata de defenderla Ignazio. No soporta ver a su hermana con la cabeza gacha, con las mejillas enrojecidas por la mortificación.

El cuñado monta en el carro.

—Mi mujer siempre habla más de la cuenta. Vámonos ya.

Ignazio iba a replicar, pero Mattia lo detiene con una mirada suplicante. Él sabe perfectamente que Barbaro no respeta a nadie.



El mar está viscoso, tiene el color de la tinta, se confunde con la noche. Ignazio se apea del carro en cuanto llegan al puerto.

Delante de él, la bahía barrida por el viento, entre escolleras y arena, protegida por la mole puntiaguda de las montañas y el cabo Marturano.

Alrededor de las barcas, unos hombres gritan, vigilan la carga, tensan cuerdas.

Hay tanta agitación que parece mediodía.

—Vamos.

Barbaro se dirige hacia la torre del Rey Ruggero, donde el mar es profundo. Ahí están amarradas las embarcaciones más grandes.

Llegan ante un buque de quilla plana. Es la *San Francesco di Paola*, la esquiraza de los Florio y de Barbaro. El palo mayor se mece al ritmo de las olas, el bauprés se tiende hacia el mar. Las velas están plegadas; las jarcias, en orden.

Un hilo de luz aparece en la escotilla. Barbaro se inclina, escucha el chirrido con una expresión que oscila entre la sorpresa y el enfado.

—Cuñado, ¿eres tú?

La cabeza de Paolo Florio aparece por la escotilla:

—¿Quién iba a ser?

—¿Y yo qué sé? Después de lo que ha pasado esta noche...

Pero Paolo Florio ya no lo escucha. Ahora está mirando a Ignazio.

—¡Anda que tú! Desapareces y luego no vuelves para contarme lo que ha pasado. Te marchaste y ya está. Sube, venga. —Se mete en el vientre del navío y el hermano también sube a bordo. El cuñado se queda en el puente para vigilar la amurada de la izquierda, que se ha dado contra el muelle.

Ignazio se mete en la bodega, entre cajas y sacos de tela que desde Calabria llegarán a Palermo.

A eso se dedican: al comercio, sobre todo marítimo. Pocos meses antes había habido grandes altercados en el Reino de Nápoles: el rey fue expulsado y los sublevados fundaron la República Napolitana. Un grupo de nobles e intelectuales difundieron ideas de democracia y libertad, tal y como había ocurrido en Francia, durante la revolución que asistió a la caída de las cabezas de Luis XVI y de María Antonieta. Pero Fernando y María Carolina habían sido más listos y huyeron a tiempo, ayudados por esa facción del ejército que había permanecido fiel a los ingleses, históricos enemigos de Francia, antes de que los *lazzari*, los del pueblo, los barriesen con su furor.

Pero ahí, entre los montes calabreses, había llegado solo la última oleada de aquella revolución. Hubo homicidios, los soldados ya no sabían a quién obedecer y los bandidos, una plaga eterna en las montañas, habían empezado a asaltar también a los comerciantes en la costa. Entre bandidos y revolucionarios, los caminos eran peligrosos y, aunque el mar no tenía iglesias ni tabernas, sin duda ofrecía más seguridad que las rutas terrestres del reino de los Borbones.

El interior de la pequeña bodega es asfixiante. Cedros en cestas de mimbre, solicitados por perfumistas; pescado, sobre todo *pescado seco* y arenques en salazón. Más al fondo, retales de cuero, listos para ser transportados a Mesina.

Paolo revisa los sacos de mercancías. En la bodega se expande el olor del pescado en salazón mezclado con el levemente ácido del cuero.

Las especias, en cambio, no están en la bodega. Las guardan en casa hasta la partida. La humedad y la salinidad del mar podrían dañarlas, y las conservan con mimo. Tienen nombres exóticos que cobran sabor en la lengua y evocan imágenes de sol y calor: pimienta, citrino, clavo de olor, cincoenrama, canela. Son la auténtica riqueza.

Ignazio se da cuenta de repente de que Paolo está nervioso. Se lo nota en los gestos, lo advierte en las palabras, ahogadas por el rumor del agua contra la tablazón.

—¿Qué pasa? —le pregunta. Teme que haya discutido con Giuseppina. Su cuñada no es en absoluto sumisa como debería ser una esposa. Por lo menos, una esposa idónea para Paolo. Pero no está alterado por eso, lo nota—. ¿Qué pasa? —repite.

—Quiero irme de Bagnara.

Le dice eso en la fugaz pausa entre dos olas.

Ignazio espera no haber comprendido. Pero sabe que otras veces Paolo ha manifestado ese

deseo.

—¿Adónde? —pregunta, más apenado que sorprendido. Tiene miedo. Un miedo repentino, antiguo, una bestia que tiene el aliento ácido del abandono.

Mattia y Paolo han estado siempre a su lado. Ahora Mattia tiene una familia propia y Paolo quiere irse. Dejarlo solo.

Su hermano baja la voz. Es casi un susurro:

—En realidad, lo pienso desde hace tiempo. El temblor de esta noche me ha convencido de dar el paso. No quiero que Vincenzo se críe aquí, con el riesgo de que la casa le caiga encima. Por otro lado... —Lo mira—. Quiero más, Ignazio. Este pueblo ya se me queda pequeño. Ya no me conformo con esta vida. Quiero ir a Palermo.

Ignazio abre la boca para responder, pero la cierra. Está desorientado, siente que las palabras se hacen ceniza.

Claro, Palermo es una elección obvia: Barbaro y Florio, como los llaman en Bagnara, tienen allí una *putia*, una tienda de especias.

Ignazio recuerda. Todo había empezado hacía un par de años con un almacén, un pequeño espacio donde guardaban las mercancías que compraban a lo largo de la costa para venderlas en la isla. En un principio había sido una necesidad; pero enseguida su hermano Paolo intuyó que podía convertirse en una buena oportunidad para ellos: podían aumentar las ventas en Palermo, que, en ese momento, era uno de los mayores puertos del Mediterráneo. Así, a aquel almacén llegaba de todo. «Además, en Palermo hay una gran comunidad de bagnareses», reflexiona Ignazio. Es un lugar alegre, rico, lleno de oportunidades, sobre todo después de la llegada de los Borbones huidos por la revolución.

Hace un gesto con la cabeza y señala la cubierta, donde resuenan los pasos del cuñado.

No, Barbaro aún no lo sabe. Paolo le pide con un gesto que guarde silencio.

Para Ignazio, la soledad es un nudo en la garganta.



El regreso a casa es silencioso. Bagnara vive en un tiempo suspendido, esperando la llegada del día. Cuando llegan a Pietraliscia, los dos hermanos entran en el establo. Vittoria está dormida, y también Vincenzo. En cambio, Giuseppina está despierta.

Paolo se sienta al lado de su mujer, que está rígida, en alerta.

Ignazio busca un sitio en la paja, lo encuentra y se acurruca al lado de Vittoria. La niña lanza un suspiro. Instintivamente, la abraza, pero no consigue conciliar el sueño.

La noticia es difícil de aceptar. ¿Cómo va a quedarse solo, si solo no ha estado nunca?



El amanecer atraviesa la oscuridad por las grietas de la puerta. Una luz dorada, que habla de un otoño inminente. Ignazio tiritita de frío: tiene la espalda y el cuello entumecidos, el pelo está lleno de rastros. Zarandea suavemente a Vittoria.

Paolo ya está de pie. Resopla, mientras Giuseppina mece al pequeño, que está de nuevo llorando.

—Hay que entrar en la casa —dice ella, belicosa—. Vincenzo necesita ropa limpia y yo tampoco puedo seguir así. No es decente.

Paolo resopla, abre la puerta: el sol invade el establo. La casa sigue en pie y ahora, a la luz del amanecer, se distinguen cascotes y tejas partidas. Pero ninguna grieta, ninguna raja. Ella murmura una bendición. Pueden volver.

Ignazio entra en la casa inmediatamente después de Paolo. Detrás de él, Giuseppina. Oye sus pasos nerviosos, la espera, listo para ayudarla.

Cruzan el umbral. La cocina está llena de adornos partidos.

—Virgen santa, qué desastre. —Giuseppina sujeta en brazos al niño, que ya no para de llorar. La criatura huele a algo parecido a la leche agriada—. ¡Vittoria, ayúdame! ¡Pon un poco de orden, no puedo hacerlo todo sola! ¡Venga! —La niña, que se ha quedado atrás, entra. Busca la mirada de la tía, no la encuentra. Con los labios fruncidos, se agacha, empieza a recoger los trozos. No va a llorar, no debe hacerlo.

Giuseppina avanza por el corredor donde están los dormitorios. Cada uno de sus pasos es un lamento, una puñalada en el corazón. Su casa, su orgullo, está llena de cascotes y de objetos rotos. Harán falta días para ordenarlo todo.

Cuando llega al dormitorio, lo primero que hace es lavar a Vincenzo. Lo coloca en el colchón para así poder lavarse ella también. El niño patatea, trata de agarrarse un pie, y se ríe mucho.

—Mi amor —le dice ella—. Mi vida.

Vincenzo es su *puddara*, su estrella polar. Al que quiere más que a nadie.

Por fin, se pone la bata. En los hombros, el chal, sujeto por detrás.

Mientras está colocando a su hijo en la cuna, Paolo entra en el dormitorio.

Abre la ventana. El aire de octubre invade la habitación, junto con el crujido de las hayas que han empezado a teñirse de rojo por la montaña. Una urraca ladrona cotorrea a poca distancia del huerto que la propia Giuseppina cultiva.

—No puedo permanecer en Pietraliscia.

Ella se queda paralizada, con las manos en la almohada que está mullendo.

—¿Por qué? ¿Hay daños? ¿Dónde?

—El tejado está mal, pero no, no es solo por los daños. Nos vamos de aquí. De Bagnara. Giuseppina no da crédito. La almohada se le cae de las manos.

—¿Por qué?

—Porque sí. —La voz no deja dudas: hay una decisión irrevocable detrás de ese anuncio.

Lo mira.

—¿De qué hablas? ¿Irme de mi casa?

—De nuestra casa.

«¿De nuestra casa?», está a punto de preguntarle. Lo encara, aprieta los dientes. «Esta es mi casa —piensa la mujer con rencor—. Mía, mi dote, mientras que tu padre y tú queríais dinero y más dinero, y nunca os conformabais...» Porque Giuseppina recuerda bien el tira y afloja que hubo para conseguir la dote que los Florio querían, y lo que costó que se conformaran, mientras que ella habría preferido no casarse. ¿Y ahora él quería irse? ¿Por qué?

No, no quería saberlo. Se va al pasillo, huye del dormitorio y de esa discusión.

Paolo la sigue.

—Hay grietas en las paredes internas, se han caído tejas. El próximo terremoto nos parte la cabeza.

Llegan a la cocina. Ignazio comprende rápido. Conoce los signos de una tempestad y ahí están todos. Con un gesto, le pide a Vittoria que salga y la niña se va a las escaleras, hacia la calle. Él retrocede hacia el pasillo, pero no se acerca a la puerta: teme la reacción de Paolo y la cólera de su cuñada.

Nada bueno puede salir de esa discusión. Nunca ha salido nada bueno de su relación.

La mujer coge una escoba para barrer la harina del suelo.

—Arréglalo: tú eres el cabeza de familia. O llama a unos obreros.

—No puedo estar aquí vigilando a los albañiles y no tengo tiempo para hacerlo yo. Si no viajo, no comemos. Navego de Nápoles a Palermo, pero no quiero seguir siendo *el bagnarés*. Quiero más, para mí y para mi hijo.

Ella se ríe con un tono entre de desprecio y de burla.

—Pero si siempre serás *el bagnarés*, aunque te vayas a la corte de los Borbones. No se puede borrar lo que uno es, por mucho perfume de dinero que uno se ponga. Y tú eres un hombre que vende cosas con una esquiraza comprada en sociedad con un cuñado que sigue tratándolo de criado. —Giuseppina empieza a trajinar con la vajilla en el fregadero.

Ignazio oye ruido de platos entrechocándose, se imagina los gestos nerviosos de ella. Entrevé su espalda en movimiento, agachada sobre la pila.

Sabe cómo debe sentirse: colérica, confundida, asustada. Angustiada.

Lo mismo que siente él desde la pasada noche.

—Nos iremos un día de estos. Conviene que avises a tu abuela, que...

Un plato se estrella contra el suelo.

—¡Yo no me voy de mi casa! ¡Nunca lo haré!

—¡Tu casa! —Paolo reprime una blasfemia—. ¡Tu casa! No haces más que echármelo en cara desde que nos casamos. ¡Tú, y tus parientes, y tu dinero! Soy yo quien te permite vivir aquí, yo, con mi trabajo.

—Sí. Es mía, es la que me dejaron mis padres. Tú no podías más que soñar con una casa así. Vivías en el pajar de tu cuñado, ¿es que no te acuerdas? Recibiste ducados de mi tío y de mi padre, ¿y ahora decides que quieres marcharte de aquí? —Agarra una cacerola de cobre, la arroja al suelo con violencia—. ¡Yo no me voy! ¡Esta es mi casa! ¿Que el tejado está roto? ¡Pues se repara! Total, tú nunca estás aquí, te marchas cada mes. Vete, vete a donde quieras. Mi hijo y yo no vamos a movernos de Bagnara.

—No, tú eres mi esposa. El hijo es mío. Harás lo que yo te mande. —Paolo se muestra gélido.

El rostro de Giuseppina pierde color.

Se tapa la cara con el delantal, se da puñetazos en la frente con una rabia cruda, que solo quiere salir.

Ignazio querría intervenir, calmarlos a los dos, a ella y a su hermano, pero no puede, y tiene que apartar la mirada para no entrar.

—Miserable, ¿de verdad que me lo quieres quitar todo? —solloza Giuseppina—. Aquí tengo a mi tía, a mi abuela, las tumbas de mi padre y de mi madre. ¿Y tú, por el dinero, quieres que lo abandone todo? ¿Qué clase de marido eres?

—¡Calla de una vez!

Ella ni siquiera lo oye.

—¿Me estás diciendo que no? ¿Que no? ¿Y además adónde, adónde quieres ir, maldita sea?

Paolo observa los trozos de cerámica del plato, aparta uno con la punta del zapato. Espera unos segundos para que deje de sollozar antes de responder.

—A Palermo, donde Barbaro y yo hemos abierto el herbolario. Para empezar, es una ciudad muy rica, nada que ver con Bagnara. —Se le acerca, le acaricia un brazo—. Además, en el puerto viven algunos paisanos nuestros. No estarás sola. —Es un gesto torpe, algo rudo, pero amable.

Giuseppina se desprende de la mano de su marido:

—No —gruñe—. No voy.

Entonces los ojos claros de Paolo se endurecen.

—El «no» lo digo yo. Soy tu marido y vendrás conmigo a Palermo, aunque tenga que arrastrarte del pelo hasta la torre del Rey Ruggero. Empieza a guardar tus cosas. Nos iremos un día de la próxima semana.

Especias

noviembre de 1799 – mayo de 1807



Cu manìa 'un pinìa.

Quien se esmera no lo pasa mal.

Proverbio Siciliano

Desde 1796 en Italia soplan vientos de revolución, que llevan las tropas mandadas por un joven y ambicioso general: Napoleón Bonaparte.

En 1799, los jacobinos del Reino de Nápoles se rebelan contra la monarquía borbónica, instaurando la República Napolitana. Fernando VI de Nápoles y María Carolina de Habsburgo se ven obligados a refugiarse en Palermo. No regresan a Nápoles sino en 1802; la experiencia de la república concluye con una represión feroz.

En 1798, para contrarrestar la apabullante presencia de los franceses, varios estados, entre ellos Gran Bretaña, Austria, Rusia y el Reino de Nápoles, se alían contra Francia. Sin embargo, tras la derrota en Marengo, los austriacos firman el tratado de Lunéville y, un año después, con el tratado de Amiens en 1802, también Gran Bretaña acuerda la paz con los franceses, logrando así salvaguardar al menos sus posesiones coloniales. La marina inglesa refuerza de ese modo su presencia en el Mediterráneo, y en especial en Sicilia.

El 2 de diciembre de 1804, Napoleón se autoproclama emperador de los franceses y, tras la decisiva victoria de Austerlitz, declara el fin de la dinastía borbónica e invita a Nápoles al general André Masséna, con el encargo de instalar en el trono al hermano del propio Napoleón, José, que se convierte así en «rey de Nápoles». Fernando se ve de nuevo obligado a huir a Palermo, bajo la protección de los ingleses, aunque sigue reinando en Sicilia.

Canela, pimienta, comino, anís, cilantro, azafrán, zumaque, casia...

No, las especias no solo sirven para cocinar. Son fármacos, son cosméticos, son venenos, son perfumes y memorias de tierras lejanas que pocas personas han visto.

Antes de llegar a un mostrador, una vara de canela o una raíz de jengibre debe pasar por docenas de manos, viajar a lomos de mula o de camello en largas caravanas, cruzar el océano, llegar a los puertos europeos.

Lógicamente, los costes aumentan a cada paso.

Es rico quien puede comprarlas, es rico quien consigue venderlas. Las especias para la cocina —y aún más las especias para medicamentos y perfumes—, son para unos pocos elegidos.

Venecia basó su riqueza en el comercio de especias y en los aranceles aduaneros. Ahora, a principios del siglo XIX, comercian con especias los ingleses y los franceses. Desde sus colonias de ultramar llegan navíos cargados no solo de hierbas medicinales, sino también de azúcar, té, café y chocolate.

El precio baja, el mercado se diversifica, los puertos se abren, la cantidad de especias aumenta. No solo Nápoles, o Livorno, o Génova. En Palermo los herbolarios fundan una corporación. Tienen hasta una iglesia, Sant'Andrea degli Amalfitani.

Y aumenta también el número de aquellos que pueden permitirse venderlas.



Ignazio contiene la respiración.

Siempre es igual.

Cada vez que la esquiraza llega frente al puerto de Palermo, siente un vacío en el estómago, como un enamorado. Sonríe, aprieta el brazo de Paolo y su hermano le corresponde con el mismo gesto.

No, no lo ha dejado en Bagnara. Ha querido tenerlo a su lado.

—¿Contento? —pregunta.

Paolo asiente, con los ojos brillantes, absorto por la belleza de esa ciudad. Se agarra a los cabos, se asoma al bauprés.

Ha dejado Calabria, a su familia o lo que queda de ella. Pero ahora, con los ojos impregnados

de cielo y de mar, ya no le tiene miedo al futuro. El terror a la soledad es un fantasma.

La respiración se detiene ante la superposición de matices distintos del mismo azul, donde destellan las murallas que rodean el puerto, ya de tarde. Con la mirada fija en las montañas, Ignazio acaricia el anillo de su madre, que lleva en el anular derecho. Se lo ha puesto para así no perderlo otra vez. Lo cierto es que cuando lo toca tiene la sensación de que su madre está cerca, de que puede oír su voz. Lo había llamado, lo ha oído.

Delante de él, la ciudad se despierta. Cobra forma.

Cúpulas de cerámica, torres almenadas, tejas. Ahí está la Cala, repleta de falúas, bergantines, goletas, una ensenada con forma de corazón entre dos lenguas de tierra. Detrás de la infinidad de palos de navíos se entrevén las puertas, encajadas dentro de edificios literalmente contruidos encima de ellas: puerta Doganella, puerta Calcina, puerta Carbone. Casas muy juntas, amontonadas, como buscando sitio para tener un poco de vista al mar. A la izquierda, semioculto por los tejados, el campanario de la iglesia de Santa Maria di Porto Salvo; un poco más allá se distinguen la iglesia de San Mamiliano y la estrecha torre de la iglesia dell'Annunziata, y luego, casi al abrigo de las murallas, la cúpula octogonal de San Giorgio dei Genovesi. A la derecha, otra iglesia, pequeña y rechoncha, Santa Maria di Piedigrotta, y el imponente perfil del Castello a Mare rodeado por un foso; un poco más allá, en una lengua de tierra que se adentra en el mar, el lazareto para la cuarentena de los marineros enfermos.

Todo lo domina el monte Pellegrino. Detrás, un cinturón de montañas cubiertas de bosques.

Hay un aroma que llega de la tierra y que flota en el agua: una mezcla de sal, fruta, leña quemada, algas, arena. Paolo dice que es el olor de la tierra firme. Ignazio, en cambio, cree que es el aroma de esta ciudad.

Llegan los ruidos de un puerto en plena actividad. El olor del mar es reemplazado por un hedor ácido: estiércol, sudor y brea, junto con el del agua estancada.

Ni Paolo ni Ignazio se dan cuenta de que Giuseppina sigue con los ojos clavados en el mar de fondo, como si aún pudiese ver Bagnara.

No saben que recuerda el abrazo de Mattia. Para ella esa mujer no es solamente una cuñada: es una amiga, es certidumbre, la voz que la había guiado en los primeros y difíciles meses de su matrimonio con Paolo.

Giuseppina había confiado en que también Barbaro y Mattia pudieran acompañarlos a Palermo, pero fue una esperanza que pronto se desvaneció. Paolo Barbaro dijo que iba a quedarse en Bagnara y que viajaría continuamente a Palermo: así comerciarían con el norte y dispondrían de otro puerto seguro. Y que necesitaba una mujer que se ocupase de la casa y de los hijos. Lo cierto es que Giuseppina sospechaba que lo que pretendía era alejar a su esposa de sus hermanos: a Barbaro no le gustaba mucho su cercanía, sobre todo el vínculo entre Ignazio y Mattia.

Una lágrima solitaria le cae de la mejilla, desaparece en el chal. Giuseppina recuerda el

susurro de los árboles que desde la montaña llegan casi hasta el mar, las carreras por los caminos de Bagnara hasta la torre del Rey Ruggero, con el sol reflejándose en el agua y los guijarros de la playa.

Ahí, en el muelle que está al pie de la torre, aquel día Mattia le dio un beso en la mejilla:

—No creas que vas a estar sola. Haré que mis cartas te lleguen con el escribano y tú harás lo mismo. Y ahora deja de llorar, por favor.

—¡No está bien! ¡No quiero! —dijo Giuseppina, apretando los puños.

Mattia la abrazó:

—*Corazón*, así son las cosas. Somos de nuestros maridos, no tenemos poder. *Ánimo*.

Giuseppina negó con la cabeza, porque para ella era impensable que la arrancaran de esa manera de su tierra. Sí, las mujeres eran de sus maridos, ellos mandaban. Pero muchas veces los maridos no sabían cómo retener a sus mujeres.

Era lo que a ella le pasaba con Paolo.

Luego Mattia cambió de expresión. Se desprendió de los brazos de Giuseppina para ir al encuentro de Ignazio.

—Sabía que llegaría este día. Era cuestión de tiempo. —Le dio un beso en la frente—. *Que el Señor os ayude y la Virgen os proteja* —lo bendijo.

—Así sea —dijo él.

Mattia extendió la mano y juntó en un abrazo a Giuseppina e Ignazio.

—No pierdas de vista a nuestro hermano Paolo. Es demasiado duro con todo el mundo, especialmente con ella. Dile que tenga más paciencia. Tú puedes decírselo, eres su hermano y eres varón. A mí no me escucha —dijo.

Cuando lo recuerda, a Giuseppina se le hace un nudo en la garganta. Derramó lágrimas de ternura sobre el hombro de su cuñada, y se frotó la cara en la tela áspera de la capa.

—*Gracias, corazón mío*.

La respuesta fue una caricia.

Ignazio frunció el ceño al oír esas palabras. Se volvió para mirar a Paolo Barbaro.

—¿Y tu marido, Mattia? ¿Es paciente tu marido, te respeta? —masculló—. No sabes la pena que me da dejarte sola aquí con él.

La hermana bajó los ojos.

—Pues sí. Se comporta como es debido. —Una frase. Un zumbido, que sonó como a paja ardiendo.

Y Giuseppina vio en aquel gesto lo que ya sabía. Que Barbaro era violento con ella, que la trataba con aspereza. Su matrimonio había sido concertado por las familias por motivos económicos, como había ocurrido con ella y Paolo.

Los hombres no pueden comprender que las dos tienen en común el corazón partido.

Vittoria la llama:

—¡Tía, mire! ¡Estamos llegando! —Está feliz, entusiasmada. La idea de una ciudad nueva, alejada de Bagnara, la ha llenado de dicha desde el principio—. Será precioso, tía —le había dicho a Giuseppina un día antes de la partida.

La tía había contestado con una mueca:

—Eres demasiado joven para comprender. No es como aquí, en el pueblo...

—Ya. —Vittoria no se había dejado desanimar—. Una ciudad, una ciudad de verdad.

Giuseppina había meneado la cabeza mientras la pena, el rencor y la ira la roían por dentro.

La niña se pone de pie, señala algo. Paolo asiente, Ignazio se remanga.

Del montón de embarcaciones se aparta una lancha que los conduce al atraque. Cuando llega al muelle, ya se ha congregado una pequeña multitud de curiosos. Barbaro estira un brazo para sujetar el cabo y atarlo al amarradero. Un hombre aparece, los recibe.

—¡Emiddio!

Paolo y Barbaro saltan a tierra, lo saludan con confianza y respeto. Ignazio los ve cuchicheando mientras coloca la pasarela para que desembarque su cuñada. Giuseppina, quieta en la toldilla, estrecha al niño como si quisiese defenderlo de una amenaza. Entonces él, con amabilidad, la ayuda a bajar a tierra y le explica:

—Él es Emiddio Barbaro, un primo de Paolo. Es quien nos ha ayudado a comprar el herbolario.

Vittoria salta a tierra, va corriendo hacia Paolo. Él, brusco, con un gesto le ordena callar.

Giuseppina ve en el rostro de su marido una tensión extraña, como una vibración profunda, una grieta en esa actitud segura que con tanta frecuencia la hace ahogar un grito de rabia. Pero dura un instante: el rostro de Paolo es de nuevo hosco. La expresión es dura; las miradas, cautelosas. Si Paolo tiene miedo, sabe disimularlo bien.

Ella se encoge de hombros. No le interesa. Vuelve a dirigirse a Ignazio y lo hace en voz baja, para que nadie pueda oírlos.

—Lo conozco. Iba a Bagnara hasta hace dos años, cuando su madre estaba viva. —Luego, su tono se suaviza—. Gracias —murmura, e inclina la cabeza, regalándole una mirada a una franja de piel, entre el cuello y la clavícula.

Ignazio aminora el paso, luego la sigue.

Pone un pie en el banco de piedra.

Ve ya Palermo como algo vivo.

Ahora él está en la ciudad.

Es una sensación de maravilla y calidez que se desliza por su interior y que recordará con melancolía cuando, pocos años después, la conozca de verdad.



Paolo llama a Ignazio para que lo ayude a descargar sus cosas en la carretilla que Emiddio Barbaro ha conseguido.

—Os he instalado cerca de muchos amigos de nuestro pueblo que viven aquí en Palermo. Estaréis a gusto.

—¿La casa es grande? —Paolo lanza una cesta de mimbre con vajilla a la carretilla. Un crujido revela que al menos un plato se ha roto. Enseguida, dos portadores ponen en la carretilla la *corriola*, el cajón del ajuar de Giuseppina.

Una mueca.

—Una planta baja de tres habitaciones. No son, desde luego, amplias como las de vuestra casa en Calabria. Un paisano nuestro me habló de ella, después de que un primo suyo volviera a Scilla. Lo más importante es que está a pocos pasos de vuestra *putìa*.

Giuseppina no puede hacer otra cosa que observar la piedra del muelle y callar.

Todo está decidido.

La ira aumenta, brama por dentro. Se adhiere a los fragmentos del corazón, los junta, pero en desorden, y esos trozos se le clavan entre las costillas y la garganta, haciéndole daño.

Querría estar en cualquier parte. Incluso en el infierno. Pero no ahí.

Paolo y Barbaro se quedan descargando mercancías en el muelle. Emiddio los lleva a ella y a Ignazio por la puerta Calcina.

A lo largo del trayecto, las voces de la ciudad la agreden, suenan brutales, espantosas.

El aire está podrido. Toda la ciudad está sucia, repara en ello de un solo vistazo. Palermo es un sitio miserable.

Delante de ella, la sobrina ríe a carcajadas, hace una pirueta. «¿Por qué está tan contenta? —se pregunta con rencor, mientras arrastra los pies por el adoquinado fangoso—. Aunque bien es cierto que no tenía nada y nada ha perdido. Vittoria solo puede ganar.»

Y, en efecto, la niña se imagina su futuro y sueña, sueña con no ser solo una huérfana acogida por compasión. Se imagina con algo de dinero, a lo mejor con un marido que no sea un pariente. Con más libertad que a la que estaba destinada en aquel pueblo encajonado entre las montañas y el mar.

En cambio, Giuseppina se siente pobre y loca.

Pasada la puerta, la calle continúa entre tiendas y almacenes que dan a callejones, pegados a viviendas que más parecen tugurios. Reconoce algunos rostros. No les devuelve el saludo.

Le da vergüenza.

Sabe quiénes son, sabe quiénes son esos tipos. Dejaron Bagnara hace años. «Pordioseros», fue el juicio que su abuela había hecho de ellos. «Muertos de hambre que no querían quedarse en el pueblo», había añadido su tío, prefiriendo una vida de chanchullos en tierra extranjera, u

obligando a sus mujeres a trabajar de criadas en casas de otros. Porque Sicilia es otra tierra, un mundo aparte que no tiene nada que ver con el continente.

Y su ira aumenta porque ella, Giuseppina Saffiotti, no es una miserable que tenga que emigrar para buscarse el pan. Tiene una tierra, tiene un ajuar, tiene una dote.

Cuanto más se estrecha la calle, más apesadumbrada está. No camina al ritmo de los otros. No quiere.

Llegan a una plaza. A la izquierda, una iglesia con un pórtico rodeado de columnas.

—Esta es Santa Maria la Nova —explica Emiddio, y se la señala a Giuseppina—. Y la de ahí es San Giacomo. No le faltarán lugares donde rezar —añade complaciente.

Ella le da las gracias, se hace la señal de la cruz, pero no es en rezar en lo que está pensando en ese momento. Recuerda, más bien, lo que se ha visto forzada a dejar. Mira el empedrado, donde restos de fruta y verdura se hunden en charcos de fango. No hay viento que pueda eliminar el olor a muerte y a estiércol.

Se detienen por fin a un lado de la plaza. Algunos transeúntes aminoran el paso, lanzan miradas furtivas; otros, más descarados, saludan a Emiddio y echan una ojeada a sus cosas, sopesan la ropa, los gestos, indagan con las miradas en la vida de los recién llegados.

«¡Largaos todos! —querría gritar Giuseppina—. ¡Desapareced!»

—Hemos llegado —anuncia Emiddio.

Una puerta de madera. Hay cestas de fruta, de verdura y de patatas apoyadas en los batientes.

Emiddio se acerca, da una patada a un cuévano. Con los brazos en jarras, empieza a hablar con el tono de quien hace un anuncio:

—Maestro Filippo, ¿no piensa quitar esto? Han llegado los nuevos inquilinos de Bagnara.

El vendedor es un viejo con la espalda encorvada y un ojo lloroso. Llega del fondo del almacén sujetándose a las paredes.

—*Vale, ya voy.* —Levanta la cabeza y muestra otro ojo, mucho más despierto, que escudriña enseguida a Ignazio y se demora en Giuseppina.

—Anda, a buenas horas. *Le había dicho que quitara todo esto esta mañana* —comenta Emiddio.

Va hasta las cestas y aparta una. Ignazio se acerca para ayudarlo. Emiddio le toca un brazo.

—El maestro Filippo es más fuerte que tú y yo juntos.

Pero hay algo más en esas palabras.

Y esa es la primera lección que aprende Ignazio: en Palermo, media frase puede valer más que toda una parrafada.

Entre jadeos y suspiros, el vendedor despeja la entrada. Quedan hojas, cáscaras de naranja.

Basta una mirada de Emiddio para que lo barra todo.

Por fin pueden entrar.

Giuseppina mira de un lado a otro. Intuye enseguida que la casa está deshabitada desde hace al menos dos meses. Ahí está el fogón, casi en la puerta. El tiro funciona mal: la pared está negra, las losetas partidas, llenas de hollín. No hay más que una mesa; ni una silla, solo un taburete. Unos cuantos bargueños empotrados en las paredes, con puertas de madera abombada y quebrada. Las vigas están llenas de telarañas; en el suelo, larvas. El pavimento cruje bajo los pies.

Es oscura.

Oscura.

La ira se convierte en repulsión, sube por el estómago, se hace hiel. Es tan intensa que la mujer tiene una arcada.

«¿Esto, una casa? ¿Mi casa?»

Cruza el umbral del dormitorio, donde están Emiddio e Ignazio. El espacio es estrecho, casi parece un pasillo: la escasa luz llega de una ventana que da al patio interior, protegida por barrotes. De la calle llega el rumor de una fuente.

Las otras dos habitaciones: poco más que trasteros. No hay puertas, solo cortinas.

Giuseppina se estrecha al pecho a Vincenzo, sigue mirando alrededor y aún sigue sin creerse lo que ve. Y sin embargo todo es real. Esa porquería. Esa miseria.

Vincenzo se despierta. Tiene hambre.

Vuelve a la cocina. Ahora está sola: Ignazio y Emiddio están fuera, al otro lado de la entrada. Nota que le tiemblan las piernas y se sienta en la banqueta para no caerse al suelo.

Se está poniendo el sol y pronto oscurecerá en Palermo y en aquella chabola, convirtiéndola en una tumba.

Así es como la encuentra Ignazio cuando vuelve a entrar. Desolada, con el niño lloriqueando.

Empieza entonces a mover el equipaje.

—¿Te ayudo? —le pregunta—. Dentro de poco llegará Paolo con los otros cestos y el *ajuar*. — Quiere que Giuseppina borre esa cara de asco. Quiere distraerla, quiere...

—Para. —Se le quiebra la voz. Levanta la cabeza—. ¿No podíamos permitirnos nada mejor que esta miseria? —pregunta ella de un tirón, sin rabia, sin fuerzas.

—No aquí en Palermo. La ciudad... es una ciudad, eso es. Es cara. No es un pueblo como el nuestro —trata de explicar Ignazio, pero se da cuenta de que las palabras jamás le bastarán.

Ella tiene la mirada vacía.

—Esto es un tugurio. Un *catojo*. ¿Adónde me ha traído tu hermano?



Amanece. No hay casi nadie en San Giacomo, la plaza a la que da la *putia* de Florio y Barbaro.

La puerta del herbolario chirría. Paolo entra en la tienda. Un hedor a moho lo agrede.

Ignazio, detrás de él, lanza un suspiro de angustia. El mostrador está hinchado por la humedad. Las vasijas y los frascos están desaparejados.

El desánimo pasa de uno a otro, los envuelve, los atenaza.

—*Nadie me había dicho que vendrían a instalarse aquí* —trata de justificarse el mozo que les ha entregado las llaves—. Y además el señor Bottari está *enfermo, ya saben*. No se levanta de la cama desde hace semanas.

Ignazio cree que, más que no encontrarse bien, Bottari realmente se ha despreocupado de la tienda. Ese abandono no tiene pocos días.

Paolo no comenta. Dice, en cambio:

—Dame la escoba. Trae cubos con agua. —Agarra la escoba y se pone a limpiar el suelo. Lo hace dominando la rabia. No había visto la *putia* así en su última visita a Palermo.

Ignazio vacila, luego va a la pieza que se entrevé al otro lado de una cortina.

Suciedad. Desorden. Papeles amontonados por todas partes. Sillas viejas, majaderos mellados.

La sensación de haberse equivocado en todo, de haber arriesgado y perdido, se apodera de él. Advierte en el vaivén de la escoba que Paolo está teniendo la misma sensación.

Fruch, fruch.

Cada movimiento de la escoba es una bofetada. Nada ha salido como habían esperado. Nada.

Empieza a recoger los papeles, vacía una bolsa de yute para recoger los desperdicios. Una cucaracha enorme le cae junto a los pies.

Fruch, fruch.

El corazón es una piedra pequeña que se puede apretar entre los dedos.

Aparta el insecto de una patada.



A mediodía han terminado de limpiar. En la entrada, Paolo —descalzo, la camisa arremangada— se seca el rostro acalorado.

El herbolario huele ahora a jabón. El mozo desempolva vasijas y albarelos y los coloca en orden siguiendo sus indicaciones.

—Ah. Es cierto. Así que ha abierto de nuevo.

Paolo se vuelve.

El que ha hablado es un hombre de mediana edad con ojos de un azul tan claro que parecen desteñidos. Tiene la frente despejada, con amplias entradas. Viste un traje de paño y lleva un plastrón con un alfiler de corbata de oro.

Detrás de él, una chica con una capa bordada de raso y pendientes de perlas, al brazo de un joven.

—¿Qué ha hecho Domenico Bottari? ¿La ha alquilado? —pregunta el segundo hombre.

Paolo dirige la mirada hacia él. Es más joven que el otro, tiene una voz fuerte, teñida de un marcado acento, y el rostro manchado de pecas.

—Yo soy el dueño, con mi hermano y mi cuñado. —Se seca la mano húmeda en el pantalón con los bajos remangados y la tiende para saludar.

—¿Es usted el dueño? —El rostro del joven se retuerce en una carcajada—. *¿Tan dueño es que no consigue que nadie le friegue el suelo?*

—¡Otro calabrés! —exclama la chica—. Pero ¿cuántos hay? ¿Cuando hablan estos, parece que cantan!

—¿Y a qué se van a dedicar, al comercio de especias?

El hombre de más edad ha hecho caso omiso a la joven. ¿Será su hija? «A lo mejor, pues se le parece, y bastante», piensa Paolo.

El otro se le acerca, lo mira con atención.

—¿O es que van a hacer negocios con *otras cosas*? ¿Dónde van a abastecerse?

—Por supuesto, tendrán contactos con los otros calabreses y con los napolitanos. ¿Les venderán ellos las especias? —pregunta de nuevo el hombre de más edad.

—Yo... nosotros... —Paolo querría detener esa retahíla de preguntas. Tiende las manos hacia delante, busca a Ignazio, pero se ha ido a la carpintería a por tablas para reparar varias estanterías y las sillas cojas.

Ve al mozo en un rincón, cerca de la *putia*. Tiene un cubo en la mano y observa a los dos hombres con reverencia. Con un gesto le pide que se acerque, pero se da cuenta de que el chico no va a hacerle caso.

El hombre de más edad se acerca a la puerta.

—¿Puedo? —Entra en la tienda sin esperar respuesta—. Con Bottari esta *putia* funcionaba, pero ya hace tiempo que... —Una ojeada le basta—. Les queda mucho que hacer antes de poder vender algo sin *quedar mal*. —Se frota las manos—. Si no saben a quién comprar y cómo vender, se exponen a estar abiertos de Navidad a San Esteban.

Paolo apoya la escoba en la pared, se desarremanga. Su voz ya no es cordial.

—Cierto. Pero no nos faltan recursos ni voluntad.

—También necesitarán mucha suerte. —El hombre más joven ha ido detrás del mayor. Evalúa las estanterías, cuenta los albarelos, lee los rótulos de las vasijas. Parece que estuviera poniendo un precio a todo lo que ve—. Con esto no podrán llegar precisamente lejos. No están en Calabria. Esto es Palermo, la capital de Sicilia, que no es lugar para muertos de hambre. —Agarra una vasija, sigue la grieta con un dedo—. ¿No pensarán dedicarse a esto con frascos desportillados?

—Contamos con alguien que nos vende *material*. Somos comerciantes de especias, tenemos una esquiraza propia. Mi cuñado nos traerá la mercancía cada mes. En cuanto estemos instalados, empezaremos. —Paolo se ha puesto a la defensiva sin habérselo propuesto, pero ese hombre lo acosa, se mofa de él, lo acorrala.

—¡Ah! Así que sois vendedores. No herbolarios.

El joven le da un codazo al otro. No trata siquiera de hablar en voz baja.

—¿*Qué te dije?* Me parecía raro... Al Colegio de Herbolarios no había llegado ninguna solicitud, ni al de los farmacéuticos. *Son tenderos*.

El otro le responde con un:

—*Tienes razón*.

Paolo querría echarlos: han venido a entrometerse, han sido unos maleducados y encima le toman el pelo...

—Ahora, si no les importa, he de seguir trabajando. —Señala la puerta—. Que tengan un buen día.

El mayor se gira. Le reserva una mirada burlona, luego entrechoca los tacones, como si obedeciera a una invitación, y abandona la tienda sin despedirse.

El otro, en cambio, se queda todavía un momento mirando las estanterías:

—En dos meses estarán pidiendo limosna. Dos meses más, y echarán el cierre.



Cuando Ignazio regresa, ve que Paolo tiene el rostro tenso y que las manos le tiemblan. Aparta vasijas y albarelos, los observa, meneando la cabeza.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta enseguida. Porque algo tiene que haber ocurrido. Su hermano está alterado.

—Hace un rato entraron tres personas. Dos hombres y una mujer. Ya no sabían qué más preguntarme. Quiénes son, qué hacen, cómo comercian...

—Gente curiosa, en una palabra. —Ignazio levanta algunas de las tablas que ha traído de la carpintería para reparar sillas y estanterías. Coge un clavo, lo coloca, empieza a martillar—. ¿Y qué querían?

—No solo qué querían. ¿Quiénes eran?

Ignazio deja lo que está haciendo. En el tono de voz del hermano no hay solo antipatía, hay malestar, quizá también temor. Frunce el ceño.

—Paolo, ¿quiénes eran? ¿Qué querían de nosotros?

—Me lo ha dicho el *chiquillo* que nos mandó Bottari. Tanto miedo tenía que no ha querido ni

acercarse. —El hermano le pone una mano en el brazo—. Era Canzoneri, Ignazio Canzoneri, y su yerno, Carmelo Saguto. Ni te imaginas lo maleducado que ha sido.

Ignazio deja el martillo en el tablero del mostrador.

—¿Ese Canzoneri? ¿El mayorista que vende incluso al ejército regio?

—Y a todos los nobles. Sí, él.

—¿Y qué ha venido a hacer aquí?

Paolo señala el herbolario. Entre los brazos abiertos se crea un vacío, se insinúa la penumbra de la tarde de ese final de otoño.

—A decirnos que no llegaremos lejos, según él. —Y en su voz hay una nota de desánimo, de resignación que a Ignazio le llega a lo más hondo. Y que no puede soportar.

Coge el martillo, agarra un clavo.

—Que hable.

Un martillazo.

Es como si le devolviese la idea que le había contado en Bagnara, cuando le dijo que quería marcharse.

—Que hablen todos, Paolo. No hemos venido aquí a pasar hambre y a regresar huyendo a Calabria de noche como mendigos. —Su voz es dura, no oculta la ira, la indignación, el orgullo. Otro clavo, otro martillazo—. Aquí hemos venido y aquí nos quedaremos.



Después de Canzoneri, han ido otros herbolarios a curiosear. Se han demorado delante de la tienda, han mirado por el escaparate, han mandado a sus aprendices a echar una *ojeada*.

Las caras son hostiles, de agravio o de compasión. Uno de ellos, un tal Guli, les dijo amistosamente que no se pasaran de listos, porque Palermo «es difícil».

Palermo estudia a los Florio. Los estudia bien. Y no escatima.

Clientes, pocos.

Y pensar que ahora tienen especias, y de primera calidad.

Por eso, cuando unas semanas después oyen el chirrido de la puerta, casi no dan crédito a sus ojos.

Una mujer. Lleva un pañuelo en la cabeza y un mandil atado a la cintura. Tiene un papel. Se lo tiende a Paolo, el que encuentra más cerca.

—No sé qué hay escrito —explica—. A mi marido le duele la barriga y tiene mucha fiebre. Me han dicho que compre estas cosas, pero no tengo mucho dinero y a la farmacia no puedo ir. He

estado donde Gulì y me ha dicho que con lo que tengo no compro nada. *¿Ustedes me las pueden vender?*

Ellos se miran de reojo.

Paolo lee:

—«Medicamentos para la constipación de estómago.» Veamos lo que podemos hacer. —Lee las hierbas—: «Ruda, flor de malva...».

Ignazio se encarama a las estanterías y saca los tarros. Las hierbas pasan al mortero mientras Paolo escucha a la mujer.

—*Mi marido lleva cuatro días con dolores y sigue en cama.* —Mira con ansiedad a Ignazio, que está majando—. *¿Esto lo curará? Porque no tengo a donde ir.* He tenido que empeñar los pendientes para llamar *al doctor*, porque *un barbero no sabe nada.*

Paolo se frota la barbilla:

—¿Fiebre? ¿Fuerte?

—*Se metió en la cama y ahí sigue.*

—No halla paz, pobre hombre... Claro, si la fiebre es alta...

Ignazio le señala un frasco grande a su espalda. Paolo comprende.

Una cucharada de corteza oscura pasa al mortero.

Ella mira con recelo a Ignazio.

—*¿Qué es esa cosa?*

—Se llama corteza de quina. Es de un árbol de Perú, el de la quina, y sirve para eliminar la fiebre —explica Paolo con paciencia.

Pero la mujer está preocupada, se introduce las manos en los bolsillos. Ignazio oye el tintineo de los granos y de los tari[3] que va contando.

—Por esta vez no le cobramos. No se preocupe —dice por fin.

Ella casi no da crédito. Saca el dinero, lo deja sobre el mostrador.

—*Pero los otros...*

Paolo le coge un brazo:

—Los otros son los otros y son libres de hacer lo que quieran. Nosotros somos los Florio.

Así empieza todo.



Las semanas pasan volando. Se acerca la Navidad.

Un día, Giuseppina va a verlos poco después de que las campanas hayan tocado mediodía. Encuentra a su marido y a su cuñado apartando frascos y pesillos.

—Os he traído la comida —dice. Lleva un cesto con pan, queso, aceitunas. Ignazio le alcanza una silla para que se siente, pero ella niega con la cabeza—. Me tengo que ir. Vittoria está sola con Vincenzo.

Paolo la agarra de la muñeca.

—No huyas siempre. —Lo dice con una extraña dulzura.

Ella regresa al lado de su marido, que le tiende una rebanada de pan mojada en aceite.

—Ya he comido.

Él le estrecha la mano.

—¿No te apetece tomar algo más?

Giuseppina acepta. Pero mira al suelo.

Ignazio mastica despacio. Los observa.

Bromean. Mejor dicho, Paolo es el que bromea. Giuseppina acepta los bocados que él le ofrece, pero sigue triste.

Alguien llama a la puerta.

—Vaya, nunca te dejan tranquilo... —Paolo se limpia la boca con la manga. Va a la tienda mientras Ignazio come el último bocado de queso y se incorpora.

Giuseppina lo agarra de la manga.

—¡Ignazio!

El tono de Giuseppina es duro, casi le parece estar oyendo a su hermano.

—¿Qué pasa?

—Necesito tu ayuda. Yo... —Un tintineo de vasijas llega de la habitación de al lado.

—Quería mandar una carta a Mattia. ¿La podrías escribir?

Ignazio retrocede.

—¿No puede ayudarte Paolo?

—Se lo he pedido. —Giuseppina tiene la mano sobre la mesa. Aprieta el puño, lo acerca hasta casi rozarlo—. Me ha dicho que no tiene tiempo, y que no le haga perder más. La verdad es que no quiere, lo sé, y cuando se lo dije se puso furioso. Mattia no sabe cómo estamos, si nos hemos instalado... Antes ella y yo nos veíamos todos los días en la iglesia. Ahora ni siquiera sé si está viva, y por lo menos quiero escribirle...

Ignazio suspira. Esos dos son como el agua y el aceite: pueden estar en el mismo cuenco, pero nunca se mezclan.

Ella baja la voz. Lo toca, le aprieta la mano.

—No sé a quién acudir. Aquí todavía no tengo confianza con nadie y no quiero contarle mi vida a un extraño. Al menos tú, ayúdame.

En silencio, Ignazio reflexiona. «No. Lo suyo es que recurra a un escribano», se dice. No quiere

saber por qué Giuseppina tiene esa cara de desdichada, o por qué Paolo intenta acercársele, aun a sabiendas de que lo va a rechazar.

Pero es inútil: los ve a diario y los escucha, aunque no discuten en voz alta. Porque hay cosas que se oyen con el alma y con el instinto. Y él, que los quiere a los dos, está en medio.

Es entonces cuando él, el hermano tranquilo, generoso y amable, siente que le asoma una serpiente escondida, una culebra venenosa. Ignazio ha aprendido a tirarle pedradas, porque no puede permitir que salga. No puede decirle a Paolo qué ha de hacer con su esposa.

Giuseppina prácticamente le está hablando al oído:

—Te lo ruego.

Ignazio sabe que no debe inmiscuirse. Debería marcharse, decirle que hable de nuevo con Paolo.

Es entonces cuando se da cuenta de que ha entrelazado los dedos con los de ella.

Se aparta de golpe, habla dándole la espalda.

—*Vale. Ahora vete.*



Cuando Paolo le pregunta por qué se lleva a casa papel y tinta, se lo explica. Ve que su hermano pone mala cara.

—Si es lo que te apetece. Yo no quiero tragarme sus reproches también por carta.

Comen cruzándose pocas palabras; toman los bocados del mismo plato, que está en el centro de la mesa. Para terminar, uvas, un poco de fruta seca. Vittoria pasea por la habitación con Vincenzo al cuello. Canta.

*Mira a este niño
mira qué lindo es
duerme duerme
duerme feliz
que ya es la hora,
ya es el momento
ven, ven sueño
ven ya
y que se duerma mi niño.*

Giuseppina se seca las manos en el delantal. Se acerca a Vittoria y le da un beso.

—Marchaos a dormir. Yo tengo que hacer una cosa con tu tío. —Se deja caer en el banco, se aparta los pelos de la cara—. ¿Y bien?

—Voy a por papel. —Ignazio va a la pieza que comparte con Vittoria, busca tinta. Aguza el oído hacia la cocina.

—¿Por qué no me lo has pedido a mí? —dice Paolo.

—Me dijiste que no tenías tiempo. —La voz de Giuseppina es amarga.

—Ya. —Hace chirriar una silla—. Pues me voy a la cama.

Ignazio corre a la cocina, le cierra el paso a su hermano.

—Anda, Paolo, ven, dítame tú también un par de palabras de saludo.

Giuseppina mira a su marido. «Quédate», parece decirle.

Y Paolo se queda.

Se sienta, escribe. Tiene un carácter difícil, pero no podría ser de otra manera, a la vista de cómo se ha criado. Y es orgulloso, como todos los Florio.

Le devuelve entonces el papel a Ignazio. Este coge la pluma, invita a Giuseppina a empezar:

—«Querida Mattia»...

Se detiene, respira hondo. Y entonces sigue, como si ya no pudiera parar.

—«El niño crece bien, tus hermanos trabajan de la mañana a la noche...

»La casa es pequeña pero queda cerca del herbolario...

»No hay hortalizas como las que recogíamos juntas en la montaña...

»Palermo es enorme y solo conozco las calles que llevan al puerto...»

Ignazio está concentrado.

Sabe perfectamente a qué se refiere Giuseppina.

—«Al menos Vincenzo me da alegrías, pero Paolo e Ignazio me dejan sola todo el día y tengo la sensación de volverme loca en este agujero. Sí, porque la casa es poco más que un almacén al servicio del herbolario, y me paso el día sola, condenadamente sola, con mi hijo y Vittoria, y en esta ciudad enorme no tengo sitio, no estás tú, y aquí me estoy perdiendo entre las paredes y el barro y la nada.»

Al final, Giuseppina calla.

Paolo se acerca a su mujer, le aprieta un hombro.

—Mañana por la mañana enviaré la carta —le dice. Le acaricia el pelo. Una caricia muy larga, hecha de nostalgia, ternura y miedo. Abre la boca para hablar, pero no dice nada. Deja la habitación bajo la mirada desorientada de su esposa.

«Y sin embargo tendría que decir algo —piensa Ignazio—. Tendría que hablar. Escucharla. ¿No es eso estar casados? ¿No es cargar juntos con las dificultades de la vida?»

¿No es eso lo que haría él?



—¡Gracias otra vez, señor Florio, que tenga un buen día!

—Siempre a su disposición. Hasta pronto.

La Navidad de 1799 pasa deprisa. También el año siguiente. El herbolario ha crecido. Los hermanos Florio ya son conocidos, aunque les ha costado conseguirlo. Durante mucho tiempo nadie les había hecho caso por la desconfianza de los palermitanos y por los rumores que había hecho circular Saguto, el yerno de Canzoneri. Los otros herbolarios, en parte por miedo, en parte por no enfadar a Canzoneri, se mantuvieron alejados de su tienda. Paolo recuerda aún los días que había pasado en la puerta, esperando que un cliente entrase o que otro comerciante apareciese para reservar una partida de especias. No solo eso, habían tenido que aguantar las miradas de Saguto cuando pasaba delante de la tienda, que casi daba saltos cuando la veía vacía. Paolo se había jurado a sí mismo que le borraría ese gesto arrogante de la cara.

El nuevo año, 1801, llegó con hielo y lluvia. La puerta se cierra con el habitual y ya familiar chirrido. Durante un instante, el rumor de la lluvia entra en la tienda, junto con el viento del invierno y el olor a madera quemada.

Paolo mira de un lado a otro, ordena las vasijas que se han quedado sobre el mostrador.

A finales del año anterior hubo una violenta epidemia de gripe. Los cánticos de las misas de Navidad se alternaron con los lamentos en los muchos funerales.

Las existencias de corteza se habían reducido hasta casi agotarse. Los herbolarios más importantes, como el de Canzoneri, la vendían literalmente a precio de oro *a todos los que la necesitaban*.

Luego, de repente, Barbaro llegó con el cargamento de especias. Fue con el año nuevo: cajas repletas de especias que atiborraron la tienda. Y el rumor se difundió enseguida. En la vida, por una ley del destino, lo que hace reír a uno hace llorar a otro. Tal cual: al día siguiente, la tienda se llenó, y no solo de gente pobre en busca de hierbas medicinales.

Herbolarios. Pequeños farmacéuticos. Unos cuantos cirujanos. Estaban en la puerta, con el sombrero en la mano y el dinero en el bolsillo, implorándoles que les vendieran la corteza que no podían comprar en otro sitio.

Paolo recuerda que Carmelo Saguto, una vez que pasaba por la calle San Giacomo, se detuvo a mirar incrédulo la cantidad de especieros que estaban en la tienda de aquellos calabreses a los que nadie había dado crédito. Entró en el establecimiento dando empujones a los otros clientes, y preguntó por Paolo, para que le enseñase la corteza, pues no podía ser cierto, gritaba, les estaban tomando el pelo...

Paolo cogió un puñado y lo esparció sobre el mostrador.

—Corteza del Perú. Recién llegada, y ya está toda vendida. No sé de qué se queja, Saguto.

El otro retrocedió unos pasos, observado con temor por los demás herbolarios y por los

cirujanos. Tenía la cara congestionada, una mueca se la deformaba. No se movía, luego escupió y dijo:

—*Malditos.*

Al día siguiente, Canzoneri hizo correr el rumor de que tenía más especias y de que había bajado los precios, y que daría un trato de favor a los clientes fieles. Pero el daño ya estaba hecho.

—*Que sobreviva el más fuerte* —comentó Paolo.

Fue entonces cuando dejó de ser simplemente *el bagnarés* y se convirtió en don Paolo Florio.

Ahora su nombre figura en letras de cambio y en documentos, en los contratos que firman los comerciantes que han comprobado la excelencia de sus productos y que han regresado a su tienda.

Paolo coloca el último tarro en la estantería.

Sí, el cargamento de corteza fue un golpe de suerte. Pero no será fruto de la buena suerte todo lo que pase después.

Al otro lado del escaparate, bajo la lluvia, corre su recadero, Michele. Aprieta contra el pecho una caja tapada con un hule. Entra y se sacude el agua.

—¡Cómo llueve! —exclama, dejando la caja sobre el mostrador—. Aquí está: nuez moscada y comino. He cogido también un poco de dicitamo blanco porque me he dado cuenta de que se está acabando.

—¿Y el almacén?

—Está frío. Hay humedad, pero con esta lluvia no se puede hacer nada.

—La humedad destroza los aromas. —Paolo resopla—. Ve luego con Domenico a colocar las bolsas en alto y atrancad las puertas.

El joven asiente y desaparece en la trastienda. Han reemplazado la cortina por una puerta y pintado los postigos.

No es el único cambio en su actividad.

La tienda se ha quedado pequeña.

Paolo e Ignazio han alquilado un almacén en la via dei Materassai, en el distrito de Castellammare. Allí pueden guardar la mercancía que llega de todo el Mediterráneo. Un buen salto cualitativo, necesario desde que empezaron a vender al por mayor las especias a otros comerciantes.

Llama a Michele.

—Dígame, don Paolo.

—Voy a salir. Ignazio tarda en volver, no me gustaría que tuviese problemas con la Aduana. Tú cuida la tienda.

El chaparrón que lo recibe le da un escalofrío. Cruza despacio San Giacomo, mira hacia su casa: por las persianas se trasluce la luz de una lámpara. Giuseppina está guisando.

«Y Vincenzo...»

Vincenzo es un niño listo. Por la noche, lo observa jugando con Vittoria, o mira a Ignazio tratando de explicar a sus sobrinos las letras del alfabeto.

En ese momento su esposa se asoma a la puerta para tirar un barreño de agua sucia. Lo ha visto, está seguro, pero no ha hecho nada, ni siquiera un gesto de saludo.

Se encoge de hombros, continúa andando a paso ligero hacia el palacio Steri. Giuseppina no le tiene afecto. Lo sabe, eso no le ha supuesto un problema: tiene su trabajo. No echa de menos viajar por mar y el herbolario llena sus días.

Eso sí, a veces le gustaría un abrazo para poder dormirse acurrucado y amado.



Giuseppina cierra de un portazo. Paolo estaba fuera.

Adónde iría.

Siente que el pecho la oprime.

«*Se me nubla el corazón*», se decía en Bagnara.

Su corazón está negro. Odia esa casa. Odia esa ciudad, ese tiempo húmedo. En invierno y con lluvia, tiene que mantener cerradas las ventanas y encender las lámparas.

Hoy, además, no tiene un buen día. No se encuentra bien, ha tenido que quedarse en cama un rato mientras Vittoria la ayudaba con las faenas domésticas.

Está embarazada.

Lo sabe desde hace unos días. No le ha venido el mes y el pecho le duele.

Esto también tenía que pasarle: esperar otro hijo ahí, en Palermo, en esa casa sin luz.

«Tendré que decírselo a Paolo», piensa. Pero no ha encontrado el modo ni el momento.

¿La verdad? No sabe si lo quiere.

De Paolo no se fía, o peor que eso. Le teme, a veces le da miedo. En otros momentos el respeto reverencial que una esposa debería sentir por su marido se convierte en un rencor amargo, en una hoja de cuchillo que le hurga en el vientre. ¿Un hijo suyo ahora? ¿Otro?

Le da vergüenza pensarlo, pero ese niño podría no nacer.

Y entonces se cubre la cabeza con un chal y se calza. Sale, sigue el perímetro de la calle San Giacomo y baja hacia el puerto. Ahí, en una de las casuchas pegadas a la muralla, vive la comadrona de los bagnareses, Mariuccia Colosimo. Se acerca a la puerta. Desde ahí le llega un olor a jabón y ropa en remojo. Vacila:

—¿Doña Mariuccia! ¿Está en casa?

La mujer se asoma. Tiene un rostro tallado en toba y labios finos. La piel transpira.

—Doña Giuseppina... estoy preparando lejía para la ropa. ¿En qué puedo ayudarla? — pregunta, y se seca las manos enrojecidas en el mandil.

Durante un instante, Giuseppina vacila. No está bien lo que quiere hacer, es un pecado. La Virgen se da media vuelta cuando una mujer se desprende de un hijo, eso le decía su abuela.

Y sin embargo.

Giuseppina se acerca, le habla casi al oído:

—¿Puedo venir a verla uno de estos días?

La mujer inclina un poco la cabeza. Su olor es primitivo, a heno y a leche.

—Cuando guste. ¿Qué pasa, un huevo en el nido?

Ella asiente.

—Pero mi marido todavía no lo sabe —continúa en un susurro.

La comadrona endereza la espalda. No hace preguntas, se limita a abrir las manos. Comprende, lo comprende todo, y sabe que las cosas que las mujeres no dicen son más de las que los hombres jamás podrían entender.

—Aquí me tiene. La espero.

Giuseppina asiente y la comadrona desaparece detrás de la puerta.

A pasos lentos regresa hacia la casa. La lluvia le ha empapado el chal, y ahora se insinúa en el corsé. Son gotas densas, pesadas, que entorpecen el paso. Llega a la calle San Giacomo, echa una ojeada al herbolario. Detrás del escaparate ve siluetas, quizá sean clientes.

Suspira. Si Ignazio hubiese sido el marido elegido por la abuela, a lo mejor todo habría sido diferente.

Lo recuerda cuando, años atrás, enterraron a sus familiares tras el terremoto que destruyó Bagnara. Recuerda a aquel niño de ojos dulces, con el rostro anguloso enrojecido por el llanto, mirando el cúmulo de tierra bajo el cual estaba enterrada su madre, Rosa. Y ella, que había perdido a sus padres, poco más que una rama seca y torcida, con los puños apretados pegados al traje, enojada con el mundo porque le había arrebatado a su madre y a su padre, ella se le acercó, le dio un pañuelo para que se secase los mocos que le caían de la nariz.

«No llores —le dijo entonces—. Los varones no lloran.» Pero lo dijo con rencor, quizá porque envidiaba aquellas lágrimas liberadoras, pues a ella ya no le quedaban más. Y él la miró y se sorbió la nariz. No le respondió.



Entra en la casa. El borde de la falda está empapado, el chal hay que estrujarlo. Vittoria la interroga con la mirada:

—¿Está usted toda mojada, tía! ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí... he tenido que ir donde doña Mariuccia para preguntarle una cosa.

Vincenzo la distrae, le tira de la falda.

—Mamá, aúpame.

Giuseppina lo estrecha entre sus brazos, aspira el suave aroma de la piel del cuello. Su hijo es lo único que le ha dado su marido. Y con él tiene bastante, no quiere más, no quiere el que le está creciendo en el vientre y que la cansa y la deja sin fuerzas. Podría ser como su marido...

El rencor que le tiene a Paolo se reaviva. Es un rencor viejo, que guarda celosamente en el pecho, justo debajo del corazón. Quería tener marido e hijos, pero si hubiese sabido que estar casada era esto, habría huido a las montañas.

Oh, Paolo era respetuoso, desde luego. En solo dos cosas pensaba: en el trabajo y en el dinero. El mismísimo día de Navidad decidió ir al herbolario para revisar los fardos, dejándolas a ella y a Vittoria comiendo castañas y mirándose a la cara.

No era como Ignazio.



Llueve con intensidad. Es casi mediodía cuando Paolo cruza la entrada de los carruajes, la que da al lado de la Aduana, que se encuentra en el interior del palacio Steri: un cubo, con estrechos ajimeces, una fortaleza dentro de la ciudad, nacido como palacio de la familia Chiaramonte, luego usado como cárcel de la Inquisición y más tarde como cuartel, testigo mudo de la historia de la ciudad.

Se cobija en el espacio que queda entre los dos patios, junto con más gente, mozos de cuerda y comerciantes.

Y es ahí, en el patio cuadrado, donde distingue a Ignazio siguiendo a un hombre al tiempo que discute con él. Los reconoce.

—¡Paolo! ¡Ignazio!

No lo oyen. Barbaro empuja a Ignazio, y este abre los brazos.

Paolo sale rápidamente de donde está.

—¿Qué es esto? ¿Qué os pasa?

Barbaro se le echa encima.

—¡Tú también! ¡Cría cuervos y te sacarán los ojos! ¿Esta es la gratitud por haberos dado mi pan cuando erais unos muertos de hambre? ¿Por eso alquiláis sin decirme nada? ¿Y también firmáis a vuestro nombre?

—¿De qué hablas? —Paolo no entiende. Mira al cuñado, mira a Ignazio—. ¿Qué pasa?

Ignazio trata de explicarlo:

—Uno de los obreros de Canzoneri le ha dicho que hemos alquilado el almacén, afirma que le hemos querido robar...

—¿Por qué, es que no es verdad? —apremia Barbaro—. ¿Unos desconocidos tienen que venir a contarme que hacéis las cosas a mis espaldas? Somos socios e incluso parientes, maldita sea, ¿por qué me jodéis? ¡Oh, recordad quién pone el dinero en esto! Que si quiero os lo quito todo y os quedáis en la calle.

—¿Que vas a hacer qué? —salta Paolo—. ¿Quién trabaja aquí, nosotros o tú? Nosotros hemos montado el herbolario y lo hemos puesto en marcha. Cuando estábamos en Bagnara, decías que todo estaba bien, cuando en realidad era un cuartucho con gusanos de humedad. Y ahora la gente viene, entran los *dineros*. En vez de agradecernos lo que hacemos, ¿pretendes que te rindamos cuentas? Trabaja y entonces sabrás por qué hemos acertado alquilando un almacén. ¿Qué haces chillando?

—¿De qué hablas? ¡Me lo tendríais que haber contado antes de hacerlo!

—¿Por qué? ¿Necesitábamos tu permiso?

Barbaro le pone una mano en el pecho, lo empuja. Ignazio se interpone antes de que su hermano responda al empujón.

—Ya basta. Todo el mundo nos está mirando —murmura.

Sobre ellos, docenas de ojos hambrientos de rabia.

—Vamos a la tienda. Ahí hablaremos mejor.

Se alejan. Barbaro va delante, Paolo e Ignazio lo siguen. Distantes. Juntos.



Carmelo Saguto observa la escena desde los soportales. No disfruta, no muestra la menor satisfacción.

Por lo menos en apariencia.

Cuando los Florio han salido del palacio Steri, Canzoneri le da alcance.

—¿Ha visto cómo se les ha enfrentado el calabrés? Poco faltó para que la emprendieran a golpes.

El suegro asiente.

—Tú no sabes nada, ¿verdad?

Carmelo abre los brazos. Su expresión es de inocencia impregnada de veneno:

—¿Yo? Nada en absoluto. Fue Leonardo, *el estibador*, el que lo contó todo en voz alta. —No añade que fue precisamente él quien presionó al hombre para que dijera eso, que es él quien difunde los rumores que corren entre los empleados de la Aduana, a saber: que los Florio están

enfrentados entre ellos y que no hacen más que endeudarse. No dice que su arma preferida es la maledicencia, pero su suegro lo sabe. Por eso está siempre con él, más que con sus propios hijos.

Se ríen.

—*Vámonos, anda.* —Canzoneri señala el carruaje—. Regresemos a casa. —Luego se vuelve, mira al yerno—. Pero ¿ves lo que pasa por comerciar con parientes? Que cada cual ha de saber comportarse, y mantenerse en su sitio.

Saguto deja de reír.

—¿Es que no lo sé? ¿Le he faltado alguna vez el respeto a usted o a mis cuñados?

—Ya. Te lo decía para que no haya un *malentendido*. —El suegro da un golpe en el techo y el carruaje se pone en marcha—. Tú eres lo bastante listo para comprender cómo debes comportarte. *Eres un perro guardián, ¿verdad?*

Responde que sí, y mastica hiel. Porque eso es: un perro guardián. Lo sabe, se lo dice cada día cuando se mira al espejo. No es libre como esos dos calabreses que no le tienen miedo a nada y no le piden nada a nadie. Y él odia a los Florio por esa razón: porque pueden ser lo que él nunca será.



Esa noche, Paolo Barbaro no se queda a dormir en la casa de los Florio como hace cuando está en Palermo. La discusión —encendida, a veces incluso violenta— fue larga. En un momento dado, Paolo se levantó y se fue a la tienda dando un portazo, harto de que le dijeran una y otra vez que había tratado de engañar. En cambio, Ignazio se quedó, siguió dando explicaciones. Con paciencia, con calma.

Por fin, Barbaro se despidió de Giuseppina:

—Haz entrar en razón a tu marido —le dijo en el umbral— o todo se irá al garete, porque yo no quiero tener nada que ver con alguien que me engaña.

Giuseppina no replicó, porque *una mujer de casa* no responde. Pero sabe algo: Paolo e Ignazio son honrados. Su marido está más entregado al trabajo que a la familia. Pero sobre todo Ignazio no sería capaz de estafar a nadie.

Cenan tarde, cuando regresa Paolo. Nadie habla de la discusión. Ignazio parece cansado, febril. No termina de cenar, se acuesta casi sin dar las buenas noches.

Vittoria y Vincenzo lo imitan.

Paolo y Giuseppina se quedan solos.

Él sujeta una taza de arcilla entre las manos.

—¿Nos acostamos?

Ella sigue limpiando. No responde.

Paolo deja la taza. Le agarra las caderas. Giuseppina comprende qué quiere.

—Suéltame.

Él aprieta más:

—¿Siempre tienes que rechazarme? ¿Por qué?

—Estoy cansada.

Paolo insiste.

—¿Qué he de hacer, suplicar para tener un poco de lo que me corresponde? ¿Qué hay de raro en lo que te pido? —Y su voz tiene realmente un tono de súplica.

Prácticamente la aplasta entre la cocina y su cuerpo; durante un momento, Giuseppina cree que quiere poseerla ahí, con el riesgo de que los demás lo oigan todo. Le aparta la mano que le ha levantado la falda, forcejea.

Pero nota un estremecimiento, un abandono de su sexo traidor, que no consigue dominar el deseo.

—No. ¡Te he dicho que me dejes!

Él para. No sabe si ponerse a gritar, abofetearla o salir de casa dando un portazo y desahogarse con la primera que encuentre. Porque eso es lo que necesita: un poco de consuelo. No quiere nada más.

Le agarra la muñeca, la lleva a la habitación. La desnuda. Giuseppina permanece con los ojos cerrados mientras su marido busca amor dentro de ella y sabe que tiene que dárselo.



En la habitación de al lado, junto a la cortina que hace las veces de puerta, a Ignazio lo ha despertado el frío. Clava los ojos en la oscuridad. Escucha.



A la mañana siguiente, Giuseppina se levanta cuando todavía es de noche. Su marido duerme. No lo mira.

Abre la puerta. El invierno está castigando a Palermo sin piedad.

Aparte de unos pocos paseantes que se dirigen a la Cala, la calle San Giacomo está desierta. Prende la lámpara para que haya un poco de luz, prepara rebanadas de pan con miel. De una estantería saca una escudilla con trozos de queso y la pone en la mesa. Vittoria aparece en el umbral, murmura un «buenos días» y luego se aleja para vestirse.

El pinchazo obliga a Giuseppina a parar, con la mano en el vientre.

Le han enseñado que los hijos los manda Dios y que rechazarlos es pecado mortal. Ella lo cree, sabe que el Señor da y quita, que la castigará si hace algo malo contra ese niño. Pero ¿qué puede hacer si a esa criatura no la siente suya? No es como Vincenzo, que se le pegó a las carnes incluso antes de venir al mundo. En cambio, esta criatura le es ajena...

«No, a lo mejor solo es cuestión de tiempo», se repite, tratando de convencerse. Tiene que acostumbrarse, dejar que la naturaleza siga su curso, que le enseñe de nuevo a ser madre.

O puede que esté pecando por el simple hecho de que ya no quiera ser madre.

Arrastrará esa idea toda su vida. Cuando la recuerde, un clavo la retorcerá por dentro.

Otro calambre. Tiene que sentarse, respirar hondo. Vittoria aparece enseguida.

—¿Tía?

Vittoria aún no está formada, pero ya sabe de qué se trata.

—No se mueva, yo me ocupo —le dice.

Es despierta e inteligente. Esa noche oyó los ruidos que salían del dormitorio de sus tíos y supo qué era. Una cosa sabe, Vittoria: que no quiere un hombre que la mande como su tío. Quiere un marido que la respete, y que la deje hablar, y da igual que su tía le diga que las cosas no son así.

Toda la familia se va sentando a la mesa. Por la puerta entran corrientes gélidas que bajan la temperatura de la habitación.

Comen deprisa, los hombros hundidos. Ignazio y Paolo se envuelven en los tabardos y salen, uno hacia la Aduana y el otro hacia el herbolario.

Pero Paolo se detiene, vuelve sobre sus pasos. Se acerca a su esposa, la acaricia.

Giuseppina no reacciona y lo ve marcharse.



Barrer, hacer las camas, lavar las hortalizas, sacar brillo a las ollas. Vittoria entra con las manos entumecidas y los cubos llenos de agua de la fuente. Vincenzo lloriquea, quiere salir. El cansancio de Giuseppina no hace sino aumentar, y también los pinchazos en el vientre. Querría descansar, pero no puede: hay que hacer la colada, poner a hervir la lejía. Le chorrea sudor por la espalda y por los senos.

De golpe, Vittoria se detiene:

—Tía... —murmura con la mano en la boca—. ¿Qué le pasa?

Giuseppina baja la mirada. Manchas oscuras en la falda.

—¿Qué...?

La mujer comprende de repente que el calor que ha notado entre las piernas no es sudor sino

sangre. La confusión es ahora pánico. Solo llega a decir en un susurro que hay que llamar a la comadrona antes de desplomarse.



Descalza, por el empedrado brillante de lluvia, Vittoria corre hacia la via San Sebastiano. Se resbala, se levanta. Busca a Mariuccia; sabe que es la comadrona de los bagnareses. Paolo ha dicho que a menudo van mujeres y muchachas a pedirle hierbas que ella recomienda.

La chica encuentra la casa.

—¡Doña Mariuccia, mi tía se desangra! —grita, asustada ante la idea de quedarse sin los últimos parientes que tiene—. ¡Se ha desmayado! ¡Venga! ¡Venga!

—¿Quién es? ¿Quién es? —Una cara envuelta en un pañuelo se asoma por un ventanuco.

—Doña Giuseppina, la esposa del señor Florio. ¡Venga!

—¡*Madre santa Ana!*

La mujer desaparece en el interior. Pasos ruidosos bajan las escaleras y pocos instantes después Mariuccia está delante de Vittoria, con un cesto en la mano.

—Cálmate. *Cuéntame* qué ha pasado.

—Íbamos a hacer la colada y me di cuenta de que tenía el vestido manchado.

En ese momento, una voz la obliga a detenerse.

—¿Vittoria? ¿Qué haces aquí?

—¡Tío Ignazio! —La chiquilla se arroja a los brazos de su tío. Rompe a llorar.

—¿Qué ocurre?

Vittoria cuenta, él empalidece.

—¿Qué... pero estaba encinta?

Ella menea la cabeza, tiembla.

—Yo no sé nada, tío.

El hombre rodea con un brazo a su sobrina, la envuelve con el tabardo para cobijarla.

—Michele, lleva la mercancía al almacén y avisa a Paolo, que venga a casa. ¡Vamos! —Van corriendo juntos a la calle San Giacomo.

Mariuccia ha llegado antes que ellos.

Está arrodillada al lado de Giuseppina. Ella está despierta, llora en silencio, con la ropa enrollada casi hasta la pelvis. Del cuarto contiguo llegan los gritos de Vincenzo. En el suelo, una mancha de sangre.

—Vittoria, ve con Vincenzo, tranquilízalo —murmura Giuseppina.

La chiquilla obedece, los ojos clavados en la mancha. La voz del niño se aplaca de golpe.

Mariuccia levanta la cabeza.

—¿Está usted solo?

—Soy su cuñado. He de...

La mujer agita una mano.

—*Da igual. Venga, aunque sea hombre.* Ayúdeme, tenemos que tumbarla en la cama.

Sin embargo, Ignazio no se mueve.

—¿Está embarazada?

La comadrona asiente. Coge un paño del cesto, empieza a secarla. Giuseppina lanza un gemido de vergüenza, oculta el rostro en el codo de la mujer.

—Sí. No tendría que haber hecho esfuerzos. Ya no hay nada que hacer.

Ignazio se despoja del tabardo y levanta a Giuseppina en vilo, apartándola de Mariuccia.

—Déjeme pasar —le dice con un tono que no admite réplica—. Yo la llevo.

—Te vas a manchar la ropa. —Giuseppina gime—. Eres tú quien está conmigo —añade luego, y le aprieta la camisa—. Tú, no él.

Se lo dice en voz baja, tan baja que él cree que ha oído mal. Pero no es así, y eso añade dolor al dolor.

Mariuccia prepara la cama con sábanas y toallas para que no se manche el colchón, porque ahora tendrá que terminar lo que la naturaleza ha empezado.

—¿Paolo no lo sabía? —susurra Ignazio.

Ella niega con la cabeza. Sigue llorando, y él no puede sino pedirle perdón. Se lo pide entre sus cabellos húmedos de sudor. La ayuda a tumbarse en la cama y, cuando ya se iba, regresa sobre sus pasos, le agarra la mano, se la besa. Por fin se aleja, pues no quiere que la comadrona se dé cuenta del sufrimiento que lo atenaza.



Cuando Paolo vuelve a casa, Vittoria, de rodillas, está fregando el suelo.

—La tía está allí. —Señala en voz baja. Introduce las manos en el agua rojiza, estruja el trapo, repasa el suelo.

Paolo se le acerca:

—No tendrías que hacer estas cosas...

—¿Y quién va a hacerlas, si no las hago yo? —contesta Vittoria con dureza. Y con un tono de reproche.

De repente, el tío se da cuenta de lo que ha crecido, de que prácticamente ya se ha convertido en mujer. Pero ella no lo deja continuar.

—Se encontraba mal desde hace días, tenía vómitos, estaba siempre cansada. ¿No se había dado usted cuenta? —pregunta seria, severa.

Paolo balbucea, niega con la cabeza. El sentimiento de culpa se le empieza a agolpar en el corazón, lo abrumba. Ahora, solamente ahora comprende infinidad de cosas. También que lo rechazara la otra noche.

Vittoria lo observa sin decir palabra. Se levanta, arroja el agua sucia por la puerta. Pero ya no hay acusación en esos ojos oscuros y tranquilos. Sí que hay lástima. Compasión. Quizá también comprensión.

—¿Dónde está Ignazio? ¿Y Vincenzo?

La chica coge un plato empieza a picar verduras para preparar una sopa de carne, como se hace con las púerperas.

—El tío Ignazio se lo ha llevado para que no estuviera aquí mientras doña Mariuccia estaba en lo suyo. —La voz se suaviza—. Vaya con la tía. No debe estar sola, pobrecilla, no sea que piense que ha tenido la culpa.

«¿Y es que acaso la culpa es mía? —se dice Paolo—. ¿Yo, que ni me había dado cuenta de que estaba mal?»

En la puerta del dormitorio, observa a su esposa con profunda aflicción. Si lo hubiese sabido, por la noche no habría insistido.

Se le acerca con cautela.

—Podías habérmelo dicho. —Ningún reproche, solo amargura. Está abatido. Ahora que la mira agobiado por el dolor de ella, el sentimiento de culpa lo devora—. ¿Por qué no me lo has dicho? —le pregunta.

De los párpados de su mujer, gotas de llanto resbalan por las mejillas siguiendo un sendero ya trazado. Se sienta a su lado en la cama.

—Ahora no llores. Te lo ruego. —Le seca una lágrima—. A lo mejor habría sido otro varón. Se ve que no era el destino.

Giuseppina permanece inmóvil, la mirada en la pared. Ni una palabra de perdón, ni una disculpa, tal y como ha hecho Ignazio.

Mariuccia sale del dormitorio.



La Cala está semidesierta. Hace frío. No se ven más que unos pocos porteadores y marineros bregando en los barcos. El viento sopla con violencia contra las murallas de la ciudad, haciendo vibrar las contraventanas y agitando la ropa tendida.

—¿Ese velero?

Vincenzo está agarrado al cuello de Ignazio y señala hacia el mar. El tío lo tapa con su tabardo para protegerlo de la tramontana. La iglesia de Piedigrotta está cerrada, no hay ni mendigos delante del portal. En las murallas del Castello a Mare, un centinela hace la ronda, sujetándose el sombrero.

—Se llama «esquiraza». Es un velero como el que nos trajo aquí, cuando tú eras pequeño.

—¿Muy pequeño?

—Muy pequeño. Cabías en una cesta.

Vincenzo se revuelve. Ignazio lo baja al suelo y el niño se acerca al borde de piedra del muelle, mira hacia abajo, al agua negra y movida. La punta de un ancla repleta de algas se hunde en la oscuridad.

—¿Qué profundidad tiene el mar?

—Es muy profundo, Vincenzo —responde Ignazio. Lo coge de la mano. Vincenzo tiene ojos oscuros y confiados, y el pelo claro, parecido al de Paolo—. Más de lo que eres capaz de imaginar. ¿Sabes que más allá del mar, donde no alcanza la vista, hay otra tierra?

—Sí, lo sé. Está Bagnara. Mamá me lo cuenta siempre.

—No, Bagnara no. Todavía más lejos, están Francia e Inglaterra, y España, y además, más allá todavía, la India y China y Perú. Hay países a los que llegan barcos mucho más grandes que este, y transportan especias como las que vendemos tu padre y yo, y también seda y telas y cosas que ni siquiera te imaginas.

El rostro del niño emana estupor. Su mano tiembla en la del tío; querría correr, pero él lo sujeta: el suelo es resbaladizo y teme que pueda caerse al agua.

—¿Qué es la seda, tío Ignazio? —Todavía no sabe pronunciar bien la ese.

—La seda... —repite él—. Es una tela preciosa para gente rica.

—La seda... —En los labios del niño, la palabra adquiere el sonido del descubrimiento—. Yo también quiero vestirme de seda. Quiero hacer un traje de seda para mamá.

Ignazio lo coge de nuevo en brazos. El niño huele la ropa de su tío, nota el olor de las especias: un aroma familiar, cálido, que hace que se sienta protegido. Se dirigen juntos hacia la via dei Materassai.

—Pues tendrás que trabajar porque esas cosas son muy caras —explica Ignazio. No le cuesta nada hablarle al niño de esa manera. Vincenzo es inteligente. Muy inteligente.

—Trabajaré, tío Ignazio. —Lo dice tras una larga pausa, de una manera extraña, en voz baja.

Con el tono de una promesa.



La puerta del herbolario sigue chirriando, pero el mostrador lo han renovado, así como los tarros para las hierbas y las especias.

También han pintado los postigos. Solo figura en ellos el nombre Florio.

Es febrero de 1803 y, desde hace un mes, la compañía Paolo Barbaro y Paolo Florio ya no existe.

Discutieron varias veces después de hacerlo en la Aduana. La última vez, hace pocas semanas, con motivo de un cargamento de marfil raspado y canela.

Paolo fue a la Cala, precisamente porque Michele le informó de la llegada de su cuñado, quien sin embargo no se había presentado en el herbolario, como solía hacer. Lo encontró hablando con un comerciante, un tal Curatolo. Habían hecho un trato. Acababa de venderle el cargamento a un precio ridículo.

Curatolo se marchó sin siquiera mirar a Paolo, con evidente bochorno. Paolo no pudo más que ver cómo el otro se llevaba las especias. Pero inmediatamente después encaró a Barbaro.

—*¿Estás loco? ¿Todo el marfil para él, que es nuestro competidor?* —No se podía creer que lo hubiese hecho—. *¿Y ahora qué hacemos?*

—*¿Nuestro? ¿Es que contigo hay un nuestro?*

—*Era nuestro cargamento. ¿Por qué?*

—*¿Acaso tú no actúas así?* —respondió Barbaro con voz enojada—. Como yo te importo un rábano, me importa a mí un rábano lo que a ti te convenga. —Hizo sonar las monedas en el bolsillo—. Y estas me las quedo.

Paolo le dio la espalda. Regresó a casa con el orgullo destrozado. Les contó todo a su hermano y a Giuseppina. A ella le prohibió tener trato con los Barbaro, incluida Mattia.

Su sociedad murió ante un notario. Vendieron el barco y parte de la mercancía que quedaba en los almacenes, dividiéndose el resultado de la venta. Una hoja, dos o tres firmas sin mirarse siquiera a la cara. Paolo compró el herbolario y Barbaro les dejó el almacén de la via dei Materassai, y se fue a buscar otro local en la via dei Lattarini, al lado de los almacenes de otros bagnareses.

Las heridas de esa guerra no se habían cicatrizado. Su irritación seguía viva.



Vincenzo camina detrás de su madre y de vez en cuando se detiene para mirar alrededor. Lleva una barrita de regaliz, la chupa con gesto absorto. Y es que ahora que puede andar y correr solo, el mundo parece inmensamente grande.

Justo cuando va a pisar un charco, Giuseppina le da un tirón.

—¡Cuidado! ¿Por qué nunca te fijas por dónde andas? ¡Estás a punto de cumplir cuatro años, ya no eres un *niño*!

La mira con gesto culpable. Ella se desarma con un suspiro. Vincenzo sigue siendo el único, el verdadero amor de su vida.

Oyen distintos acentos donde están. Un campesino trata de venderle una carga de naranjas a un comerciante inglés con frac de paño y botas. La carreta impide el paso a los paseantes, algunos murmuran.

—*No, I won't buy those... arance. They are rotten!*

—*¡Qué rotas ni qué ocho cuartos! ¡Todas están sanas, si viera qué zumo hacen!* —Coge una, se la enseña, pero el inglés sigue protestando a la vez que señala la nube de mosquitos que hay sobre la fruta.

Un marinero napolitano, cuando ve la escena, eleva las manos al cielo:

—*¿Y creen que la gente es tonta? Con la cantidad de mosquitos que hay...*

Gente de un montón de países, idiomas nuevos. Desde que los franceses habían vuelto a hacer de las suyas en el Tirreno, se había acabado la paz. Los ingleses le habían declarado la guerra a Francia, y Napoleón había reanudado las hostilidades, atacando los buques que surcaban el Mediterráneo. Los mercantes ya no estaban seguros y los ingleses, que antes eran los dueños del comercio por mar, habían sido arrinconados. Palermo y Sicilia se habían convertido en un puerto seguro, alejado de la influencia francesa. Y, por encima de todo, estaba en el centro del Mediterráneo: eso había hecho de Palermo una ciudad desbordante de comerciantes y marineros procedentes de toda Europa. Las especias francesas llegaban de los puertos del norte de Italia; las inglesas, de Malta, pero no solamente. También llegaban mercancías de Turquía, de Egipto, de Túnez y de España.

De todo ello, Giuseppina sabe y comprende poco. Son cosas en las que no se entromete una mujer, como le repite con frecuencia a Vittoria, quien en cambio insiste en saber, y acosa a Ignazio con sus preguntas.

Giuseppina llega al herbolario. Al otro lado del escaparate distingue a Paolo en el mostrador, y ve con él a un hombre en traje de terciopelo. Más adelante, casi al lado de la iglesia, un palanquín dorado y verde.

La madre y el hijo entran. Paolo los ve, y con un gesto le pide a Vincenzo que guarde silencio. Sigue hablando con el cliente:

—La nuestra es una corteza purísima, barón. Procede directamente de Perú, y nosotros se la suministramos a buena parte de los farmacéuticos de Palermo... Fíjese qué aroma. —Coge un puñado de corteza. Es oscura, harinosa. Caen unas astillas sobre el mostrador.

El hombre frunce la nariz.

—¡Qué olor tan fuerte!

—Porque nosotros sabemos cómo conservarla. —Paolo baja la voz—. Desea que le prepare un poco mezclado con hierro, ¿verdad?

—Sí, gracias. Usted ya sabe cómo es esto... Tengo el espíritu de un jovenzuelo, pero el cuerpo, ay, no me ayuda. Me faltan los arrestos de antes y ya podrá imaginarse lo desagradable que es tener que retirarse en determinadas circunstancias —concluyó, con cierto bochorno.

—Entonces el hierro le aportará nuevo vigor. Añadiremos semillas de hinojo y corteza de limón, para que así esté protegido de las fiebres. ¿Sumo esto a la cuenta por la mercancía de la semana pasada?

—No, al revés. —Su voz es una mezcla de bochorno y de orgullo—. Aquí tiene lo que le debo de la última compra. Así ya no nos quedará nada pendiente. —En su mano brillan unas monedas—. Mil gracias. Sé que puedo contar con su discreción. Si he venido aquí y no donde otros colegas suyos con bastantes más títulos es porque me han dicho que usted es discreto.

—Considéreme desde ahora su confesor.

Paolo es amable, pero no servil. Los nobles palermitanos son gente rara. Se aferran a sus privilegios como las uñas a la carne, están endeudados hasta los calzoncillos, pero también cubiertos de terciopelos y joyas. Venden casas y posesiones que ya no son capaces de mantener, intercambiándolas como cartas de una baraja trucada.

Vincenzo elige ese momento para soltarse de su madre.

—¡Papá, papá! —Se agarra al borde del mostrador y le tiende la mano.

Paolo se vuelve hacia su hijo. En los ojos, enfado.

—Ahora no, Vincenzo.

Los dedos del niño sueltan el mostrador. Se aparta y se escurre a la trastienda, donde sabe que tiene que estar Ignazio. Lo encuentra inclinado sobre los libros de contabilidad.

—¿Tío?

—¿Qué haces aquí? —Lo sienta en la mesa. Aparta el tintero y sigue repasando facturas—. ¿Has venido con mamá?

—Mmm. —El niño chupa el regaliz y, entretanto, mece los pies—. Huele rico. Es clavo, ¿no? —añade, aspirando el aire.

—Es clavo de olor, sí. Llegó ayer. Venga, estate quieto. —Ignazio le pone una mano en la rodilla y ese gesto se convierte en una caricia—. ¿Qué le ha pasado a mamá?

—Han traído un papel. Lo ha traído un marinero. Ella se ha puesto nerviosa cuando lo ha visto.

—¿Un papel? ¿Un sobre, querrás decir?

—Mmm.

Ignazio levanta entonces la cabeza. Una rara angustia le recorre la espalda.

—¿A quién se lo ha llevado? ¿Para que lo lea, quiero decir?

—A una de las criadas del palacio de los Fitalia, la que conoce todo lo de su señora y se lo

cuenta siempre a ella y a Mariuccia.

Ignazio resopla.

—Vaya. La que nos faltaba. —Contiene la respiración y los pensamientos en el mismo suspiro. Han pasado más de dos años desde que Giuseppina abortó. Desde entonces ha sido testigo del alejamiento que habido entre ella y su hermano. Viven juntos, pero sus vidas se rozan sin pertenecerse, sin buscarse. Son extraños que comparten la misma casa.

Poco a poco, Giuseppina se ha resignado. Se ha encariñado con la comadrona, Mariuccia, que se ha convertido en lo más parecido a una amiga que puede tener. Luego han aparecido otras dos chicas de origen calabrés, una de ellas es Rosa, la criada a la que ha aludido Vincenzo. Una tremenda chismosa, en su opinión y en la de Paolo, quien de hecho no la aguanta.

—¿Y qué pasó?

El pequeño deja el regaliz. Pone cara seria, de reproche.

—Se echó a llorar. Después, me ha traído hasta aquí para hablar con mi padre.

Él calla. La pluma permanece en el aire unos segundos antes de volver al tintero.

Giuseppina no es de las que lloran sin motivo.

Ignazio aguza el oído, oye los saludos de Paolo al cliente. A continuación, la voz de su cuñada. Entonces, con un gesto, manda callar a su sobrino. Se acerca a la puerta, pero se queda a la sombra.

—¿Y? ¿Qué ocurre? —dice Paolo.

Giuseppina extrae un sobre. Se lo tiende.

—Es de Mattia. Está desesperada, nos pide que ayudemos a su marido, que está en la ciudad; ha enfermado y está solo, sin nadie que lo cuide. Nosotros estamos aquí, en Palermo...

El herbolario se sume en el silencio.

La mano de Giuseppina permanece largo rato tendida en el vacío antes de que Paolo coja la carta.

La hace trizas.

—Pero... ni la has leído —balbucea ella, más dolida que sorprendida—. ¡Es tu hermana!

Paolo le da la espalda:

—Era mi hermana. Eligió estar del lado de ese canalla con el que se ha casado.

Giuseppina abre los brazos.

—¿Con el que se ha casado? ¡No tenía elección! Tenía catorce años y tu padre la casó para quitársela de en medio. Ninguna mujer tiene elección cuando se casa. ¿Podía yo rebelarme cuando tú me arrastraste aquí?

Esa acusación Paolo no se la esperaba:

—¿Todavía me reprochas eso? Nuestra vida ha mejorado, ¿tan ciega estás que no lo ves?

¿Querías quedarte en Bagnara para ser una campesina? ¿No ves que aquí gano bien? ¿De dónde crees que sale la ropa nueva o la cómoda que he mandado hacer para ti?

—¡Claro! Y seguimos viviendo en un establo. La casa es...

—¡Pronto nos iremos a otro sitio!

—¿Cuándo? ¿Cuándo, porque resulta que me siento una criada en mi propia casa?

—¡Ten cuidado con lo que dices, o juro ante Dios que te doy lo que nunca te he dado!

Giuseppina tenía los puños apretados contra las caderas.

—Mattia no tiene nada que ver con las peleas que has tenido con Barbaro y, te guste o no, Paolo Barbaro sigue siendo tu cuñado. Has trabajado con él, habéis compartido el pan y el sudor... ¿y ahora? ¡Maldita sea! ¿No podéis tratar de perdonaros? Tu hermana...

Paolo deja paralizada a Giuseppina con una mirada. La postura, los gestos, el rostro, todo revela un rencor inflexible. Hasta Ignazio repara en su ira.

—Es culpa suya. Si traicionas mi confianza una sola vez, la habrás traicionado para siempre. ¿Sabes qué quiere de mí? El dinero. Mi dinero, el que traigo a casa a costa de mi sudor, mientras que él pretende actuar de jefe. En esas monedas está mi esfuerzo, está mi sangre y la de mi hermano. No recuerdas lo que hizo, ¿verdad? —En cada frase sube el tono de voz, se carga de rabia—. Les metió cizaña a los proveedores, les dijo a los otros comerciantes que teníamos que rendirle cuentas a él. Que yo tenía que rendirle cuentas a él. Yo, que he conseguido que este sitio se convierta en lo que es.

Ahora Giuseppina tiene miedo. Retrocede hacia las estanterías.

—Pero tu hermana...

—¿Cómo puedes pedirme que lea la carta de alguien que ha traicionado a los de su propia sangre? Para mí todos ellos están muertos.

Ella está encajonada entre su marido y las estanterías.

—Aguarda... Tu abuela era una Barbaro. ¿Qué pasa, es que han venido a pedirte ayuda? Te había prohibido que tuvieras trato con ellos.

—Ya basta, Paolo.

Ignazio entra en la tienda, le toca un hombro. Sabe cómo calmarlo.

Él tampoco puede perdonar a Barbaro. No tanto por sus ofensas y las insinuaciones que habrían podido hundir sus negocios, como por el distanciamiento que ha creado entre Paolo y él con Mattia.

Giuseppina, pasmada, mira a Ignazio. Corre donde Vincenzo, lo coge en brazos. Lo último que ven de ella es el borde de la capa que tropieza con la puerta.

—¿Por qué has tenido que enfadarte con tu mujer? Ella y Mattia se quieren.

—¡Se quieren! —La carcajada de Paolo es amarga—. Y le da igual lo que otros han dicho de su marido y lo que le han hecho. —Se coloca el pelo, disimula su amargura.

Ignazio querría abrazar a su hermano. Aplacarlo. Pero sabe que de nada valdría: Paolo se aferra a su rencor.

Se agacha para recoger los pedazos de la carta de Mattia. Distingue su nombre en un fragmento, el de Paolo en otro. Su familia se ha hecho trizas igual que esa hoja, y él no ha podido impedirlo.



Giuseppina regresa a casa llevando de la mano a su hijo. Él niño no habla. La observa en silencio, de nuevo con la barrita de regaliz entre los dientes.

Cuando cruzan el umbral, Vittoria sale a recibirlos, coge al niño en brazos y le hace cosquillas, cubriéndole el cuello de besos.

En cambio, Giuseppina se desploma en la silla.

—Nada. —Imita el gesto de Paolo—. La ha roto delante de mí. Tampoco de tu tía quiere saber nada. —Se tapa la boca con las manos para contenerse, porque una esposa no debe hablar mal de su marido, sobre todo con sus parientes, aunque, y pone a Dios por testigo, si por ella fuera, se pondría a gritar como una loca.

Vittoria frunce el ceño. Deja en el suelo a Vincenzo, que se va al dormitorio.

—No puede usted hacer nada, tía. —Le aparta un mechón del rostro cansado—. El tío Paolo es así. Además, el tío Barbaro realmente lo ha ofendido: ha hecho bien actuando así, la ofensa era enorme.

Giuseppina no replica. ¿Cómo va a saber Vittoria lo que significa no tener ya a nadie en quien poder confiar? ¿Qué sabe ella de cómo la acogió y la ayudó Mattia?



El carruaje aparcado delante del herbolario de los Florio ha bloqueado el tráfico de la via dei Materassai. Ahora casi tampoco se puede ir por ella a pie, tan estrecho es el pasillo que queda. En el aire, las primeras golondrinas y un olor fresco, a heno y a tímidas flores.

En el interior, Michele está atendiendo a un hombre, un artesano que ha ido a abastecerse de laca y minio. Ignazio, mientras tanto, está con otro cliente.

Una aristócrata.

La mujer que tiene delante es atractiva, está envuelta en una capa con un borde de piel de zorro para protegerse del frío de ese marzo inclemente. El cutis, pese al maquillaje, delata que ya tiene cierta edad. Ignazio esboza una sonrisa y sigue machacando ajeno con anís estrellado y dictamo.

Verlo en el mostrador ya es inusual. Desde que los Florio rompieron con Barbaro, en 1803, el trabajo ha ido viento en popa. Tienen contactos con muchos comerciantes tanto napolitanos como ingleses; es más, son ellos los que se han convertido en grandes proveedores. Son de fiar, y también los más interesados en mantener buenas relaciones con los sicilianos, dado el desbordante poder de los franceses en el resto de Italia. Pocos meses antes, Napoleón había conquistado el Reino de Nápoles, y los Borbones habían huido a Sicilia con el rabo entre las piernas, poniéndose bajo la protección de los ingleses. Demasiado amarga había sido la derrota. Así, Palermo sigue siendo uno de los pocos puertos libres de la influencia de Napoleón, una plaza de intercambio muy valiosa para la coalición contra los franceses.

Ignazio se dedica sobre todo a la administración y a la gestión de las cuentas. Y, sin embargo, para algunos clientes concretos, regresa al mostrador.

—Venir a su tienda resulta siempre tan... exótico. Hay tantos aromas de tierras lejanas. A propósito, ¿dónde está don Paolo?

—Mi hermano no tardará en venir. En cuanto vio el carruaje de su señoría, se dijo que le interesarían algunos de los objetos de los que le habló durante su última visita.

La mirada de la mujer muestra interés.

—Se trata del ámbar, ¿verdad?

Ignazio sigue majando las hierbas en el mortero y entretanto asiente.

—Ámbar del Báltico, de gran pureza. Procede de las estepas de Asia, y ya está en grano.

Rechinan las bisagras.

—Señora. —Paolo Florio saluda a la dama con una venia. Deja en el mostrador un cofre de madera y marfil—. Perdone la tardanza, pero he estado trabajando para usted.

La dama estira el cuello con gesto impaciente:

—¿Y bien?

—Ya la caja es una joya, pero no es nada comparada con su contenido. —Destellos de luz dorada se diseminan por el mostrador—. Fíjese. ¿No es estupendo? Además, a usted le viene muy bien: ¿sabe que el ámbar alivia las molestias de estómago y conserva las energías del cuerpo?

—¿En serio? —Toca las esferas. Retira la mano—. ¡Están calientes! —exclama sorprendida.

—Porque no es una piedra, sino una resina. Dicen que su luz conserva la chispa de la vida. Pero deje que... —Paolo se inclina, le tiende el collar—. Bien. Pruébeselo.

La ropa se enciende de reflejos. La mujer lo roza, lo contempla. El estupor es reemplazado por el deseo. Ya ha decidido.

—¿Cuánto?

Paolo frunce el ceño, finge reticencia. Por fin, murmura el precio.

Los labios de la mujer se tensan.

—Es una locura. Mi marido me lo estará reprochando días. —Aun así, los dedos no cesan de

reparar el collar. Baja el tono, habla con amargura y despecho—. Mientras que él se gasta en la mesa de juego mi dote, yo no puedo permitirme ni siquiera un capricho.

—Ah, pero usted no se está gastando dinero en un capricho. Se está comprando un remedio para su salud, justo como el tónico que le está preparando mi hermano. Por cierto, ¿qué tal la hinchazón de vientre?

—Mucho mejor. Tenía razón, no era nada grave.

—Me complace. Este es un remedio antiguo, para contados clientes. Si se tratase de algo más complejo, yo sería el primero en enviarla donde el señor Trombetta, en la puerta Carini. Es un excelente farmacéutico, además de cliente nuestro.

«Y uno de los que ha dejado los suministros de Canzoneri para pasarse a nuestras especias», piensa.

Pero la dama no lo está escuchando. Tiene los ojos plenos de la luz del ámbar. Suspira teatralmente.

—En fin. Le dejo un adelanto y un pagaré. Mi marido vendrá a saldar lo que quede.

Ignazio oculta su malestar tras un carraspeo.

Más pagarés, dinero pagado a plazos. La riqueza de algunos sicilianos está solo en los nombres y en los títulos, que no valen ni la piedra donde están tallados sus escudos.

Su hermano, en cambio, no pestañea.

—Y yo lo estaré esperando.

Paolo va a la trastienda en busca de papel y pluma. Ignazio, en cambio, vierte las hierbas trituradas en una botella con alcohol, luego agita el compuesto con una varilla de cristal. Llama a la criada de la dama.

—Fíjate bien. El tónico ha de reposar a oscuras ocho días. Le servirás un vasito a tu señora cada noche después de haberlo colado. ¿Has comprendido?

La muchacha farfulla un «*caramba*», una afirmación que revela su origen campesino. Ignazio precinta el tapón, cubre la ampolla con una tela oscura. Se la entrega a la criada en el momento en que la señora está firmando el pagaré.

Paolo acompaña a la noble dama hasta la puerta. El carruaje deja por fin libre el paso en la via dei Materassai.

—Está bien tener clientes que no te piden descuento en el precio. —Paolo se alisa el chaleco.

Ignazio lleva una prenda muy parecida sobre una camisa blanca remangada hasta los codos.

—Esperemos que el caballero Albertini no proteste demasiado. Cuando su esposa viene a comprar, él luego se queja de que derrocha el dinero. —Ignazio lee el pagaré que ha firmado la mujer—. Podría decir que no ha autorizado a su esposa a hacer este gasto. Lo sabes, ¿verdad?

—No lo hará. Albertini es pariente de notarios y jueces, y posee un almacén en Bagheria.

Terminará pagando porque no querrá quedar mal. —Observa a su hermano—. Deberías bajarte esas mangas. No somos mozos de cuerda.

Aunque así los siguen considerando. Ninguno de los dos lo admite de manera abierta. Y quizá justo por eso son especialmente cuidadosos con el decoro de la tienda y la indumentaria.

Ignazio lo sabe, sabe que así los llaman, y eso le escuece.

Hay recuerdos que son heridas abiertas en las que se echa sal.

Recuerda. Hace dos semanas.

La Aduana de los Steri, en la Oficina de inscripción, el lugar donde se registran las especias y se llevan las escrituras contables de las mercancías que entran y salen. Un despacho grande y rectangular en la planta baja que da al patio cuadrado.

Estaban esperando la autorización de los productos recién desembarcados y pasar al despacho del notario para abonar los impuestos. Durante la espera estuvo hablando con un joven inglés, Ben Ingham, recién llegado a Palermo.

—Encuentro que es una ciudad muy alegre, pero... cómo diría... *really chaotic*... ¿cómo dicen ustedes?

Ignazio esbozó una sonrisa:

—No es fácil vivir aquí, lo reconozco. Es una ciudad ingrata, más que una mujer... —Abrió el índice y el pulgar y los agitó—. Promete mucho y no da nada.

—Ah, ya me he dado cuenta. Y por lo mismo he comprendido que hay que ser prudentes y... *as you say*...

—¿*Cuidar el propio bolsillo*?

El inglés frunció el ceño, intentando comprender aquella frase. Intuía su significado y trató de repetirla. Luego estalló en una carcajada ronca, pues no lo consiguió.

De repente, la voz de Carmelo Saguto invadió la sala. Ignazio lo vio adelantarse a la fila, llegar directamente al notario, que lo recibió con grandes reverencias.

Hubo rumores pero no protestas: Saguto era el yerno de Canzoneri y nadie se metía con él.

Poco después, le tocó el turno a Ignazio.

En cuanto salió del despacho del encargado, Saguto lo abordó.

—Caramba, aquí nos vemos, señor Florio. Vaya, *jovenzuelo*. Hizo un gesto irónico con la mano, buscó con la mirada la complicidad de los empleados. ¿Cómo le van las cosas, señor mío? ¿*Le aceptan la documentación*?

—Estupendamente, gracias.

—Ah. Las cosas les van estupendamente a *ustedes*. —Saguto se acercó a la mesa y ojeó la cifra—. *¡Caray! ¿Todos estos dineros?*

El empleado asintió:

—Los Florio trabajan mucho. Debería decirle a su suegro que se cuide las espaldas.

—*Mucho pan y cebolla tienen que comer aún* antes de llegar donde están los Canzoneri. Dicho con respeto, ¿eh? —añadió otro escribano—. Una familia honrada. Todavía me acuerdo del padre de su suegro. Un gran trabajador...

Habló como si Ignazio no estuviese. Como si él, su trabajo, su dinero, su propia vida no tuviesen ni el más mínimo valor.

Ignazio prácticamente le arrancó de la mano el recibo al escribano.

—Si ya ha terminado...

Pero Saguto no quería dejar que se marchara. Subió el tono de voz y le cerró el paso.

—Dígame, ¿cómo le va a su cuñado? Me refiero *al bagnarés* de la via dei Lattarini, *ese* que ha tenido que malvenderlo todo. Ah, ¿no dice usted nada? —Se echó a reír. Una carcajada seca, que recordaba el raspado de una lima contra el hierro—. *Ni los animales hacen eso.*

Ignazio necesitó invocar a los santos para permanecer tranquilo.

—Todos nosotros estamos bien, gracias. En cualquier caso, no se entrometa en mis asuntos, que yo no le digo cómo debe comportarse con sus parientes.

El tono de las conversaciones de la gente que había alrededor había bajado. Saguto dio unos pasos, luego retrocedió.

—¿Ahora pretende enseñar la manera en que debe uno comportarse en una familia de verdad? ¿Usted que es un vagabundo, un *parásito*? *Los dineros no se miran* cuando se trata de la sangre. ¿Sabe cuánto dinero hay aquí? —Agitó un fajo de recibos.

—En total, no hay mucho más que en el que tengo yo aquí. Además, solo somos mi hermano y yo. ¿*Ustedes, cuántos son?* ¿Entre cuatro, cinco... a repartir? En cualquier caso, usted es el secretario de don Canzoneri, no un farmacéutico como sus hijos. Es un subalterno.

Carmelo Saguto empalideció. Enseguida, sin embargo, se inflamó:

—*Joder, si yo soy un recadero, tu hermano y tú sois mozos de cuerda.* Todavía recuerdo a *tu hermano barriendo la putia.*

De golpe, la Aduana se sumió en el más absoluto silencio.

Detrás de él, alguien susurró:

—Pues sí, estos *bagnareses* eran mozos de cuerda.

Y otro añadió:

—*¿Y cuánto dinero!*, solo el Señor lo sabe.

En la puerta, comerciantes, marineros y otros empleados parecían perros vagabundos babeando a la espera de un hueso, listos para conocer esa historia y divulgarla por todo el distrito de Castellammare, haciéndola más violenta y enriqueciéndola con más detalles.

Una mano agarró el brazo de Ignazio:

—Ha acabado, ¿cierto? Porque es mi turno. —Se volvió y reconoció al joven inglés, Ben Ingham.

—Le debo un favor —le dijo Ignazio a la salida.

—Ya me lo pagará. Usted se habría comportado igual. Dar espectáculo nunca es una buena idea, sobre todo si el público es este —respondió el inglés.

Se estremece cada vez que evoca esa escena. No se le puede borrar de la memoria. Y a la vez le sigue guardando gratitud a Ingham por esas palabras que le impidieron partirle la cara a Canzoneri delante de todo el mundo.

Ignazio se quita el mandil y se pone la chaqueta y la capa.

—Me molesta trabajar con los puños bajados: se llenan de polvo y se manchan. De todos modos, cuando la señora entró, ya quería el ámbar. El tónico no era más que una excusa.

Paolo ríe:

—Se lo describí de una forma tan sugestiva que debió de quedársele grabado.

De la trastienda llega el ruido de los majaderos en los morteros de piedra, un ritmo asincrónico que pauta sus jornadas. Ahora, además de Michele, tienen dos mozos que se ocupan de la preparación de los polvos. E Ignazio cuenta con Maurizio Reggio, un *tenedor* de libros, un contable que lo ayuda con las facturas.

Su hermano se dispone a salir, pero vuelve sobre sus pasos.

—En el cofre no había solo el hilo de ámbar.

Paolo acaricia la caja que se ha quedado sobre el mostrador. La abre.

—No. —Saca un par de pendientes. Granos de coral se alternan con perlas—. Le pedí al capitán Pantero que me buscara un regalo para Giuseppina en Nápoles para la fiesta de San José. Ha encontrado estos pendientes. Espero que le gusten.

Giuseppina sigue siendo la misma. Aunque en esos días parece que se ha ablandado. Quizá sea la señal de una paz aburrida que comparte con Paolo, dictada por la costumbre de vivir con un hombre al que no quiere, pero del que sin embargo se ha encariñado.

En ese momento entra un cliente, un criado de librea. Ignazio aprovecha para escabullirse y salir para reunirse con su contable.

Desde hace un tiempo los Florio tienen alquilado un almacén en los locales de detrás de las oficinas de la Aduana, también dentro del gran conglomerado del palacio Steri. Son espacios frescos, bien vigilados, repartidos a lo largo de un pasillo que desemboca en el patio de servicio, detrás de la Oficina de inscripción; ahí se almacenan las especias de tránsito hacia otros puertos o que están a la espera de ser cedidas a otros vendedores. El peaje de entrada se abona solo cuando los productos ingresan en Palermo, no antes. Es una práctica común para los mayoristas: es preferible pagar el alquiler de un espacio a sobrecargarse con más tributos. Hay especias procedentes de las Indias a través de los ingleses y otras de las colonias francesas, que son vendidas en Livorno y en todo el Tirreno, que compran marineros italianos y son revendidas en

Palermo. Tienen mercancías procedentes de todo el Mediterráneo, y de altísima calidad. No pueden considerarse ricos como los Canzoneri, desde luego. Pero han progresado bastante.

En cualquier caso, el almacén de la via dei Materassai se había quedado demasiado pequeño.

Cuando llega a la Oficina de inscripción, descubre que Maurizio ha solventado casi todos los trámites.

—He pagado el impuesto de entrada de los fardos y contratado el envío de la corteza a Mesina y Patti. Los sacos saldrán mañana. —Le enseña el recibo y señala un carro vigilado por un empleado del herbolario.

—Entonces ve a la tienda a registrar la cesión. Dile a mi hermano que volveré pronto.

Cuando se queda solo, Ignazio se permite el lujo de ir paseando hasta la Cala. El horizonte es una línea azul y clara. La luz empieza a brillar, ya no sopla un viento hiriente como en las pasadas semanas. La primavera es un perfume en el aire.

Se decide enseguida.

Va por el callejón de la Neve, acompañado por un frescor que elimina los olores del gentío que se amontona entre los callejones. Cruza la puerta donde venden la nieve que traen de la cadena montañosa de la Madonia; desde algún lado, por encima de él, el sonido de un violín y la voz de un preceptor reprendiendo a su alumno. Por las calles, en los almacenes, en las tiendas, voces y acentos se mezclan: genovés, toscano, un poco de inglés y de napolitano, todos a la vez.

Sigue andando por la via Alloro sin fijarse en los ricos palacios de los nobles palermitanos; llega a la calle de los Zagarellai, llena de mujeres con cuévanos o arrastrando niños chillones. Se detienen ante las tiendas, la gente compara, compra.

Se acerca a un puesto que está debajo de un arco de piedra. En el tablero, cintas de todo tipo: de seda, de encaje, bordadas, de terciopelo.

Ignazio se fija en una cinta dorada. Se la imagina en el corsé de sarga que Paolo le compró hace un tiempo a su esposa.

—¿Qué desea, señor? —La tendera lo saca del apuro—. ¿Esa cinta?

—Sí. —Se aclara la voz—. Tengo que hacer un regalo. ¿Cuánto se necesita para un corsé?

Miradas perplejas vuelan a su alrededor.

—Depende. ¿Para quién es? ¿Para su señora? —Señala el anillo de su madre que Ignazio lleva en el dedo. Él levanta la mano y dice que no, que no está casado.

—Para mi hermana —improvisa. Y no sabe por qué, pero nota que se pone rojo como un niño.

La mujer lo observa con escepticismo.

—¿Cuánto quiere?

Pánico.

—¿Cuánto puede necesitar?

—Depende de cómo sea.

Trata de responder. No tiene ni idea. ¿Cómo se habrá metido en ese lío?

—¿Tiene un busto amplio? ¿Le gustan las cosas sencillas o muy decoradas?

—¿Tiene que ponérselo solo como un adorno o en las costuras? —pregunta otra mujer, que vende encajes.

Un coro de mujeres lo apremia.

No lo sabe, Dios santo. Tiene que decir algo:

—Será... como ella. —Y señala a una chica que está comprando un cordón. La chica se ríe, y en su boca exhibe dientes marcados por caries.

—*Cristina, trae dos piezas, para que elija.* —La que ha hablado es una vieja que está sentada en un rincón, su cara parece de corteza. Probablemente es la dueña—. *Trae también hebillas.*

Y Cristina, la chica con la que ha hablado hasta ese momento, saca hebillas de hueso. La vieja tiene razón: las hay muy bonitas. Elige una con el dibujo de una sirena.

Poco después, Ignazio regresa a casa con un paquete oculto bajo la capa. Falta poco para la via dei Materassai. Ha hecho un camino tortuoso y ahora está en el callejón de los Chiavettieri, invadido por el olor de limaduras de hierro y por los zumbidos de los tornos.

«Es por San José —se dice—. Giuseppina ha sufrido mucho por nuestra familia, se merece esto y más. La hemos obligado a venir hasta aquí y además conmigo siempre ha sido respetuosa y...»

De repente no sabe qué hacer con el paquete que lleva debajo de la capa.

No puede entregarle un regalo así. Realmente no es su hermano... o quizá sí, ¿qué más da? Son cuñados, ella lo conoce de toda la vida.

Son una familia, ¿no?



Llega San José. Giuseppina recibe el regalo de Paolo con una sonrisa de estupor que se transforma en un agradecimiento. Coge los pendientes, los sujeta en alto para que Vincenzo no se los pueda arrancar de la mano y se los pone.

El marido sigue sonriendo mientras ella se contempla en el espejo, incrédula y feliz.

El paquete con la cinta y la hebilla sigue en las manos de Ignazio, que tiene a su espalda. Él también se limita a sonreír y se siente tonto, fuera de lugar, fuera de tiempo.

Se aleja. Poco después vuelve a su dormitorio. Esconde el paquete en un baúl, al pie de la cama.

Ahí lo encontrará Giuseppina, tras su muerte.



Vincenzo corretea por los callejones, le da igual que se le embarren los pantalones. Llega a la via della Tavola Tonda y llama con fuerza a una puerta.

—¡Peppino, oye, baja! ¡El bergantín ha llegado, vámonos!

Un chiquillo se asoma al umbral. Tendrá seis años, más o menos la misma edad que Vincenzo. Mirada avispada, pelo revuelto, pies sucios. Ríen. Corren, uno de ellos va descalzo, el otro con zapatos de cuero. En los ojos, el placer de estar juntos.

—¿De dónde te ha dicho tu padre que viene?

—De Marsella. Los franceses dan las especias a los marineros napolitanos, que se las revenden a mi padre. Así luego él las vende en el herbolario.

Cruzan la puerta de la Aduana pegados a un carro. Cuando el conductor se da cuenta, los amenaza con un palo y ellos se van corriendo, riendo a carcajadas.

Llegan al muelle sudando y con la cara roja.

El pelo de Vincenzo brilla al sol de septiembre. Ve a su tío en la toldilla revisando la carga conforme la sacan de la bodega. Reggio lo sigue, con papeles en la mano, y hace el recuento en voz alta.

Otros comerciantes esperan su turno en el muelle, pero son los Florio los que se quedan con la mayor parte del cargamento. Eso Vincenzo lo sabe porque se lo ha oído decir a su padre esa noche. También sabe que, si las ventas se dan bien, podrán mudarse de casa. Eso lo ha dicho su madre.

Seguido por Vincenzo, Peppino trepa a unas jarcias.

—*Caray, tu tío lleva botas de señor.*

—A mi tío le gusta. Dice que la gente te valora por cómo le hablas y que no te atiende si no vas bien vestido. —Se hace visera con las manos para protegerse del sol. Le llega el aroma de las especias, que se sobrepone al olor salino del mar. Reconoce el clavo de olor y la canela y, a ráfagas, la vainilla.

Ignazio lo ve entonces, cuando se vuelve para hablar con Reggio. Sabe quién es el chiquillo que está con él: Giuseppe Pastore, hijo de un marinero bagnarés casado con una palermitana.

Si su hermano se enterase de que Vincenzo es amigo de semejante golfillo se pondría como una furia, y no le faltaría razón. Francesco Pastore, el padre de Peppino, vive del cuento; la mujer es la que lleva dinero a casa trabajando de marmitona. Pero Ignazio no ve las cosas de esa manera; al revés. Vincenzo tiene que relacionarse con todo tipo de gente, y debe ser capaz de mantener la dignidad ante cualquiera. Además —¡caramba!—, ellos también han jugado descalzos por las calles de Bagnara.

Reggio se le acerca en ese momento:

—Hemos terminado, don Ignazio. ¿Mando que lo depositen todo en la Aduana?

—Sí, todo menos el fardo de índigo y uno de azafrán. Manda llevar eso al almacén de la via dei Materassai.

Del muelle llega una especie de murmullo, que Ignazio interpreta como un suspiro de alivio.

No es un delito tener más cuota de carga. «Que se resignen», piensa. Pero, por las miradas feroces que le clavan cuando baja a tierra, no se trata de envidia.

Es ojeriza.

—¿Qué, ha terminado?

El que ha hablado es un comerciante de la via dei Lattarini, Mimmo Russello: uno de los que antes colocaba en el mercado especias de dudosa calidad y que sobrevivía a la sombra de Canzoneri o de Guli.

—Lamento haberlo hecho esperar tanto. Tiene el terreno libre. —Sus palabras las acompaña con una fingida reverencia.

Se oyen carcajadas, otros se tapan la boca con la mano y tosen.

—Aquí antes era Canzoneri el único que dictaba la ley. Ahora están también ustedes, ya no hay manera de trabajar. ¿Qué pasa, es que han llegado a un pacto? —masculla Russello.

—¿Nosotros? ¿Con Canzoneri? —La carcajada de Ignazio es genuina—. ¡Ni como compañero de procesión!

—*Ustedes* se ríen y los que tenemos que trabajar pasamos hambre. En cuanto ustedes o Saguto llegan a la Aduana, todo se paraliza. Fijan los precios, se quedan con los mejores fardos. Ahora, incluso aquí, llegan y *van de amos*.

Ignazio ya no se ríe.

—Este es mi trabajo. Yo no tengo la culpa de que sus clientes no vengan, maestro Russello. —Recalca «maestro», para que los que están ahí sepan la diferencia que hay entre ellos—. Si nuestros precios son altos es porque la calidad es la mejor de todo Palermo, y eso la gente lo sabe. ¿Quiere más especias? ¿Cosas diferentes? Venga a nuestra tienda y hablaremos del asunto.

—Claro. *Venga*, entre ustedes y Canzoneri me dejan sin nada.

—Pues no se queje. —Ya no hablaba con sarcasmo sino con frialdad—. Nadie le está robando nada. *Este es nuestro trabajo*. —Y lo dijo en un palermitano que ya había perdido casi del todo los tonos de Calabria.

Russello apretó los párpados.

—*Caramba* —murmura. Observa la ropa de Ignazio, llega a las botas. Las señala con un gesto de la barbilla—. ¿No le quedan estrechas? No, porque se dice que, cuando se camina descalzo mucho tiempo, después no se aguantan los zapatos cerrados.

Alrededor de Ignazio, el silencio se concentra en miradas de sorpresa e incomodidad. Solo los

marineros siguen gritando y llamándose entre sí, indiferentes a lo que está pasando.

La respuesta llega cuando Russello ya está en mitad de la pasarela.

—No, los pies no me duelen. Puedo permitirme un cuero blando. Pero a usted, dentro de poco, le dolerá *el bolsillo, porque cuando nos tocan los dineros, lloramos*.

Emplea el tono apacible de una constatación, y sin embargo los comerciantes se apartan, están confundidos. El tranquilo Ignazio nunca ha usado palabras amenazantes.

Se aleja sin mirar a la cara a nadie. La rabia le bulle por dentro: corrosiva, injusta. En Palermo no basta con trabajar y deslomarse. Hay que levantar la voz, imponer una fuerza, real o supuesta, luchar contra quien habla más de la cuenta y sin venir a cuento. Contra las apariencias. La mentira compartida, el fondo de cartón piedra sobre el que cada cual interpreta su papel.

La realidad, la riqueza auténtica, no te la perdona nadie.

Su mirada se cruza con la de Vincenzo, que sigue subido a las jarcias.

La carita de su sobrino se ensombrece, se asusta. Antes de que pueda decir nada, Ignazio lo agarra de un brazo.

—¿Quién te ha mandado venir aquí? ¿Y encima con ese? ¿Qué van a pensar de nosotros? —dice señalando a Peppino. El rencor le exige encontrar una escapatoria—. Si tu padre supiese que te mueves por estas calles, te daría de palos.

El niño balbucea excusas. ¿Qué es lo que ha hecho mal?

Peppino, detrás de él, baja de las jarcias, se aleja unos pasos.

Vincenzo sigue mirando hacia atrás, hacia su amigo, mientras su tío se lo lleva de ahí. Mira a Ignazio y mira a Peppino.

No comprende.



Golpes de tos seca. Incesantes.

Paolo deambula por la casa con una mano delante de la boca para no despertar a Ignazio, o a Vincenzo y Vittoria, o a Giuseppina.

Tirita en la manta en la que se ha envuelto. Está sudando. Llega al comedor: hay una mesa, un aparador en el que se apoya para recuperar el aliento. En las paredes, dos tapices.

Se acerca a la ventana en busca de aire fresco, pero se detiene: demasiado frío.

Debajo de él, el suelo brilla por la humedad, luce blanco a la luz de la luna. Las cestas del vendedor de fruta yacen vacías contra la puerta de su antigua vivienda.

Es bonita la nueva casa. Es una planta baja, tiene ventanas y puertas de verdad, y una cocina con un brasero que funciona.

Otro ataque de tos. Paolo se frota el pecho. Cada vez que tose, siente como si se le abriese el

tórax. Debe de haberse cogido un fuerte resfriado. ¿Y cómo iba a ser de otra manera, si está siempre por ahí, haga sol, viento o lluvia?

Pasos detrás de él.

Se vuelve. En la oscuridad, un rostro. El camisón tapa a duras penas los pies descalzos sobre el suelo de ladrillo.

Su hijo lo está mirando.

De mayor, la primera imagen que Vincenzo tendrá de su padre será precisamente esa. No la voz, tampoco sus gestos o una emoción. La memoria, despiadada, le devolverá a un hombre encorvado que lo observaba con ojos febriles y la marca de la enfermedad.

Le devolverá la angustia que experimentó cuando, confusamente, intuyó que su vida iba a cambiar.

En la garganta sentirá su débil voz de niño. En la nariz, ese olor a enfermedad que ya ha aprendido a detestar.

—¿Qué le pasa, padre?

Vincenzo ha crecido: tiene siete años y una mirada que nada trasluce. Paolo nota en la voz de su hijo un temor sin nombre.

—Un poco de tos, Vincenzo. Vuelve a la cama.

Pero el niño niega con la cabeza. Coge una silla de un rincón para sentarse a su lado. Ahora están juntos. Las respiraciones se sincronizan, las miradas reposan en las mismas piedras.

Vincenzo agarra la mano de su padre.

—¿Mañana puedo ir al herbolario?

—¿Y el maestro? ¿Qué le decimos al maestro cuando venga?

El niño insiste:

—¿Después?

—No.

Desde el instante en que su padre decidió que debía estudiar, para Vincenzo se acabaron los días de libertad en la Cala y los callejones del puerto con Peppino y los otros hijos de bagnareses. Pero Vincenzo no se rinde. Encuentra la ocasión de escaparse, a la Cala o con sus amigos. Se va con ellos a jugar a *u' piriu*, la peonza, en las *balate* de la plaza Sant'Oliva, las grandes piedras lisas que conforman el suelo de la plaza. Allí su madre lo agarra de las orejas y se lo lleva a casa, donde, a diario, un joven que quiere ser cura, Antonino Gagliano, lo hace estudiar.

Escribir, hacer cuentas, leer. Lo cierto es que le gusta estudiar, pero lo que en realidad prefiere es estar detrás del mostrador, escuchar a su tío hablando con proveedores y capitanes de navíos, aprender los nombres de los sitios, identificar las siluetas de los barcos del puerto. Sabe reconocer los olores de las especias: corteza, clavo de olor, árnica, incluso el del asafétida.

Su padre parece leerle el pensamiento.

—Has de tener paciencia. Paciencia y perseverancia: si no aprendes, nunca podrás hacer mi trabajo.

—Pero usted no ha estudiado.

—Es cierto. —Un suspiro—. Por ese motivo las cosas me han costado mucho más, y también me han engañado. Pero si tú conoces las cosas, será más difícil que a ti te ocurra lo que a mí. Cuantas más cosas sepas, menos podrán tomarte el pelo.

Vincenzo no está convencido.

—Uno tiene que ver las cosas, padre, y no solo estudiarlas.

—Cuando tengas más años. —Intenta levantarlo en brazos, pero renuncia. Se marea y tiene que apoyarse en el marco de la puerta—. Vamos a la cama, venga. Estoy cansado.

Pero Vincenzo lo abraza. Se pega a su pecho, le pone la cara en el cuello y aspira su olor a hierbas medicinales y a sudor. Sumido entre esos olores, percibe algo nuevo, desagradable y ácido, que no le pertenece.

Recordará toda la vida aquel abrazo.



1806 ya casi ha terminado; en cambio, a Paolo no se le quita la tos. Ahora es profunda, persistente. Se niega a que lo vea un médico, pese a que Ignazio se lo ha dicho varias veces. Paolo está siempre cansado, aguanta estar en la tienda solo un rato.

Maurizio Reggio se encarga de las cuentas e Ignazio dirige la actividad. Los clientes lo encuentran a él detrás del mostrador, y a él se dirigen los minoristas para hacer los pedidos. Es un joven de voz serena, sin emoción. Su rostro no refleja preocupación por los negocios, ni el temor de que la enfermedad del pecho que padece Paolo pueda ser algo serio.

Pero lo es.

Se da cuenta cuando Orsola, la criada que Paolo ha contratado para su mujer, llega jadeando a la tienda.

—Don Ignazio, venga enseguida —dice, restregándose las manos en el mandil—. Su hermano se encuentra mal.

Pese a que ya es invierno y falta poco para Navidad, Ignazio no se entretiene en coger el tabardo. Corre, sube los escalones de dos en dos. Se queda en el umbral del dormitorio. En un rincón, hundida en una silla, Vittoria, con las manos en los labios, se bambolea. Murmura: «Virgen santa, qué desgracia», y no dice nada más.

En cambio, Giuseppina está de pie. Sujeta un barreño lleno de pañuelos sucios. Su expresión es la de quien sabe lo que está pasando pero se niega a reconocerlo.

Muy despacio, Ignazio entra, le quita el barreño. Las manos de Giuseppina tiemblan. Se las rodea un instante con las suyas.

—Ve a la cocina. Dile a Orsola que llame al cirujano Caruso. Luego lávate y lava al niño, y tú haz lo mismo, Vittoria. Lavad con agua hirviendo y lejía toda la ropa.

Las mujeres salen de la alcoba. Solo entonces Ignazio se atreve a volverse hacia su hermano.

Paolo está hundido en almohadas. Los labios y el bigote están manchados de rojo. Esboza una sonrisa que es un guiño.

—Hasta aquí hemos llegado. Sabía que no era un resfriado.

Ignazio vacila un instante antes de sentarse en la cama. Lo abraza con fuerza. Es su hermano, da igual lo enfermo que esté.

—Yo me encargo de todo, ¿vale? —Y apoya la frente en la de él, como había hecho Paolo hacía años—. No voy a dejarte solo. —Le aprieta la nuca—. Voy a prepararte enseguida la tintura de equinácea. Después te buscaré una casa en las afueras, a lo mejor en la Noce o en San Lorenzo. Estarás en un lugar cálido y con aire puro. Te recuperarás, te lo juro.



En la cocina, Vittoria y la criada están preparando ollas con agua para hervir sábanas y ropa. La chica está con la cara lívida, los labios apretados como una herida.

Giuseppina no consigue contener el temblor de las manos. Vincenzo, envuelto en toallas, está subido a la mesa de la cocina. A sus pies, una tina humeante. Ve a su madre alterada y no comprende la causa.

Ignazio entra en ese momento. Parece envejecido de golpe.

—Tienen que revisarnos a todos. —Está rígido, la voz ha perdido calidez.

Giuseppina querría decir algo, pero en la garganta nota una piedra. Detrás de ella, su hijo percibe que algo grave está ocurriendo. Lo intuye a la manera de los niños: con una iluminación que es ya una certeza.

—¿Padre está mal?

Giuseppina e Ignazio se vuelven a la vez.

Vincenzo comprende.

La madre va a ir hacia él, pero su cuñado la detiene. Le habla como a un hombre.

—Sí, Vincenzo.

Los ojos oscuros del niño se apagan. Baja de la mesa, cruza la habitación y va a su cuarto. En la cama hay una pizarra. Ahí están los deberes que le ha dejado el preceptor.

Se sienta. Empieza a escribir.



Esa noche nadie duerme.

No lo hace Paolo, alma perdida que sigue tosiendo. Ni Vincenzo, incapaz de imaginar lo que va a pasarle a su padre, y ahoga el llanto en la almohada. Ni Vittoria, que ve acercarse el espectro de una nueva soledad.

Ni Giuseppina, que da la espalda a su marido, contempla la oscuridad y oculta su miedo.

Ni Ignazio, que anda descalzo, con la camisa fuera de los pantalones y el chaleco abierto. Acepta con gusto la sensación de frío que llega del suelo.

La enfermedad de Paolo lo cambia todo.

Ya sabe que la noticia empezará a circular por Palermo y que algunos —Canzoneri antes que nadie— tratarán de aprovecharse de esa situación.

Los negocios recaerán por entero sobre sus hombros. Necesitará otro empleado; tendrá que asegurarse de que Vincenzo estudie sin distraerse. Tendrá que ocuparse de Giuseppina.

Y eso lo hace temblar por dentro.

Es incapaz de imaginarse qué puede pasar en los próximos meses. Cuánto habrá avanzado la enfermedad, cuáles serán las consecuencias.

Evoca una mañana de otoño, cuando su hermano, todavía adolescente, se lo llevó a la casa de Mattia y Paolo Barbaro, para protegerlo de la ojeriza de la madrastra y de la indiferencia de su padre. Le había salvado la vida, ahora lo comprende.

Mattia.

Mattia se ha mudado con sus hijos a Marsala. Ignazio le manda dinero para que Raffaele estudie y sencillamente para ayudarla a sobrevivir, ya que Paolo Barbaro, tras la enfermedad, no ha podido trabajar y ha encontrado ahí una casa barata para él y su familia.

O quizá, con vergüenza lo reconoce, para lavar su conciencia.

Tiene que avisar a su hermana. Paolo no lo sabe, pero su mujer ha desobedecido su orden de que no tuviera trato con Mattia. Primero tímidamente después con regularidad, Giuseppina le ha pedido que le escriba cartas, e Ignazio la ha complacido.

Así se ha mantenido unido ese pedazo de familia, ese pedazo de vida. Es un secreto que comparte con su cuñada, una de esas cosas no dichas que los une desde siempre.



La oportunidad de ponerse en contacto con Mattia llega pocos días después. Paolo ha sido

trasladado al campo, y Giuseppina ha ido con él para buscar una criada que lo atienda día y noche.

Ignazio y Vincenzo, en cambio, se han quedado en la ciudad.

Dos de la tarde. Los dependientes se han ido a casa a comer.

—¿Se puede?

Vincenzo, que está haciendo divisiones en el mostrador de la tienda, levanta la cabeza.

—Tío, te buscan—dice.

Ignazio se asoma por la puerta de la trastienda. Es uno de sus fletadores que navega con una falúa y ha ido a recoger anís.

—Maestro Salvatore, bienvenido. Pase, por favor.

—*Que Dios lo bendiga*, señor Florio. Lo veo a usted bien. ¿Y cómo se encuentra su hermano? En el puerto me han dicho que está un poco delicado... —Palabras en voz baja, respetuosas, seguidas de miradas de reojo al niño.

—Ah, gracias, eso nos viene muy bien... Mi hermano... ahora mismo... Está mal del pecho, pero no está moribundo, desde luego. Se está restableciendo en las afueras de la ciudad y esperamos la voluntad de Dios.

—Vaya. Y pensar que había oído decir *cosas malas*. *La gente habla por hablar*.

—No tienen otra cosa que hacer, se ve. Venga... —Lo empuja con suavidad hacia el despacho de la trastienda. Ignazio percibe un aroma a mar y a sol que le evoca recuerdos de infancia.

A saber si su hermano sigue recordando el mar y los días que pasaron en la *San Francesco*, entre Nápoles y Mesina.

Mientras firma los recibos de carga, le pregunta a Salvatore cuáles van a ser sus siguientes etapas de viaje.

—Vuelvo ahora de Mesina, de manera que pensaba bajar hacia Mazara del Vallo y luego ir a Gela... ¿Por qué?

Ignazio lo observa con atención, la barbilla apoyada en los puños apretados.

—¿Si le pidiese que parase en Marsala para llevar una carta, lo haría?

—*Caramba*. ¿Es algo importante?

Ignazio saca un pliego del cajón del escritorio.

—Importantísimo. Se lo tiene que entregar a Mattia Florio de Barbaro, y solo a ella. Si se fija, he anotado la última dirección en el papel. Si ya no están ahí, no se encontrarán lejos.

El marinero asiente. Frunce el ceño. Recuerda algo, un chisme que mencionaba al cuñado de los Florio, al que ellos habían expulsado de sus negocios, desentendiéndose de su quiebra. Sin mirarlo a la cara, *como extraños*.

Guarda la carta en el bolsillo de la chaqueta. No pregunta y no quiere saber: no es asunto suyo.

Ignazio lo acompaña a la puerta.

—*Que el Señor lo ayude y la Virgen lo acompañe*, señor Florio. Y salude de mi parte a su hermano: rezaré para que san Francisco de Paula lo proteja.

—También a usted, maestro Salvatore. También a usted.

Lo ve alejarse, tambaleándose por las *balate* como si estuviese aún en el puente de un barco. Está un poco arrepentido de haberle pedido que entregue el mensaje.

Pero no tiene elección. No sabe cuánto tiempo le queda.



Giuseppina tiene la frente apoyada en la mano, los ojos clavados en el rectángulo de cielo que se ve por la ventana. Es un azul intenso que habla de un principio de primavera, impetuosa e iracunda.

Paolo ha empeorado mucho. En algunos momentos, la tos prácticamente le impide respirar. Ella ha mandado avisar a Ignazio, que ya casi dirige el herbolario a tiempo completo.

Una mano le toca un hombro. Ella la agarra, la besa. El traje de Mattia Barbaro cruje cuando se sienta delante de Giuseppina.

Las dos mujeres se miran sin hablar.

Mattia llegó hace dos días de Marsala en un viaje pagado por Ignazio, junto con su hijo Raffaele. La vida para los Barbaro es cada vez más difícil, pero jamás volverán a Bagnara: Paolo Barbaro es demasiado orgulloso para que todo el mundo vea lo mal que está, y desde luego no está dispuesto a aguantar que los bagnareses le estén hablando siempre de los éxitos de los Florio.

Mattia tuvo que soportar una pelea feroz —la primera tras años de sumisión— con su marido, que le prohibía irse, que se quejaba de que no tenían dinero, que decía que Paolo no se merecía ese sacrificio.

Pero ella es una Florio, y los Florio no abandonan a los de su sangre.

El rostro de Mattia es una máscara de resignación y cansancio, con los rasgos demacrados. El tiempo y los disgustos han hecho que le salgan canas y se le hinchen los párpados.

Del otro lado de la habitación llegan voces de niños: Vincenzo le está enseñando sus libros a Raffaele, su primo, unos pocos años mayor que él. Con los dos está Vittoria, que los vigila y de vez en cuando aguza un oído para enterarse de lo que dicen las tías. A ella también le ha afectado mucho ver el rostro de Mattia, tan arrugado por el tiempo y el agotamiento.

Giuseppina los observa, desconsolada.

—Él no ha comprendido que su padre se está muriendo —dice con angustia, también con algo de rencor—. A veces veo que se queda quieto delante de la habitación sin atreverse a entrar,

incluso cuando Paolo le hace un gesto para que se acerque. Es como si ya no quisiera verlo así, y no se da cuenta de que a ese pobre hombre lo hace sufrir.

—Es un niño: ahora le asusta lo que está pasando. Pero tú no puedes hundirte. En este momento hay que saber conservar la entereza y pedirle ayuda a Dios.

—Yo a Dios no le importo nada. Si nos hubiésemos quedado en Bagnara, no habría pasado, lo sé.

—Eso no lo puedes decir. A lo mejor nuestros maridos habrían naufragado con el barco, o habría habido otro terremoto. ¿Qué sabemos de los rumbos que sigue la vida? —Ella también conoce esa amargura y, precisamente por eso, sabe cuánto daño puede hacer—. No has de pensar más en lo que ha pasado y en lo que habría podido pasar. Yo tampoco quería ir a Marsala, pero he tenido que hacerlo porque mi marido enfermó. Para él, tenía que olvidarme de la familia; para mi hermano, yo ya no existía. Y sin embargo, ¿ves ahora? Aquí estamos, de nuevo juntos.

Giuseppina trata de colocarse el pelo, pero es inútil. Un mechón le cae sobre la frente.

—Tú sigues teniendo un marido, y tienes a Ignazio. Él es tu sangre. Yo ya no tengo a nadie, mis parientes están muertos... —Palabras ácidas, con el chal resbalándosele sin gracia y la impotencia ardiéndole en la garganta—. ¿Qué tengo, me lo puedes decir?

En el silencio que sigue, Mattia cierra los ojos.

—Tienes a tu hijo, que es un encanto. —Sonríe triste—. Y también tienes a Ignazio. ¿Nunca te has dado cuenta?



Cuando Giuseppina le dijo que Paolo había empeorado, Ignazio llamó al cirujano Caruso. Este le había asegurado que iría a verlo en cuanto tuviese un carruaje que lo llevase hasta la Noce.

—Podría ser mucosidad, o una acumulación de humores. He de oírle los pulmones para saber lo que tiene.

Entonces Ignazio alquiló una calesa y fue a recoger al médico a su casa. Caruso examinará a su hermano, él le hablará de la llegada de Mattia, le dará una esperanza, se dice mientras recorre los olivares de la Noce con el cirujano.

Tiene que haber una esperanza.



Regresa ya entrada la noche.

Sus pasos son pesados, tiene los ojos rojos. Vincenzo y Raffaele ya duermen, muy juntos,

vencidos por las emociones del día. Vittoria ha barrido los cuartos y se ha ido a descansar.

Las dos cuñadas, en cambio, esperan en la cocina.

Giuseppina le nota en la cara el desconsuelo. Va a su encuentro, se detiene, apretando los bordes del chal.

—¿Y?

Mattia está con ella. Él menea la cabeza.

—Nada. No quiere verte.

Mattia se tapa la boca para ahogar los sollozos, se tambalea.

—¿Cómo? ¿Ni con la enfermedad? ¿Ni siquiera ahora se le ablanda el corazón? —Giuseppina quiere abrazarla, pero ella la aparta—. Sin corazón ni conciencia. ¿No me merezco ni el perdón?

Ignazio la estrecha contra su pecho.

—Lo siento. Se puso a gritar, vomitó sangre. Tuve que darle láudano para calmarlo. —Busca consuelo en el rostro de Giuseppina, inmóvil detrás de Mattia, con los puños apretados y los ojos brillantes.

No va a decir nada de la ira de su hermano, de su tremenda furia. Del dolor que había sentido cuando le dijo que para él Mattia estaba muerta, y que, si había venido por el dinero, se fuera a tomar viento, porque él ya había pensado en el testamento, y ella y el perro de su marido no iban a recibir nada.

No necesita decírselo a Giuseppina. Ella ya lo sabe.

Pero a ella tampoco puede contarle el desconsuelo del cirujano después de que le auscultara el pecho. Ahora no, al menos.

Mattia se aparta de su hermano.

—Llevaré muchos pecados ante Dios, pero no este rencor. —Se da golpes de pecho—. Es mi hermano, lo quiero y ruego a Dios que lo perdone por hacerme esto. ¿He tenido que pelearme con mi marido para venir y ahora reniega de mí como si fuera una leprosa?

Más sollozos. Giuseppina la lleva hacia la alcoba.

—Tranquilízate, *corazón* —le dice en voz baja—. Ven a dormir, vamos.

«Son hermanas sin tener la misma sangre», piensa Ignazio.

La cuñada se vuelve.

—Te he guardado un plato de macarrones con brócoli. Todavía estará caliente. Tú también come y descansa.

Él asiente, aunque no tiene hambre.

Pero en la puerta de la habitación Mattia se detiene.

—Quien siembra viento, recoge tempestades —dice—. Hay cosas que no se perdonan, generación tras generación. No solo me está haciendo daño a mí, nos lo está haciendo a todos: tiene que acordarse siempre de eso.

Giuseppina tiembla, y también se estremece Ignazio.

Porque esas palabras suenan como una *maldición*, y hay cosas que, una vez dichas, ya no hay manera de hacerlas volver atrás.

Caen en el tiempo, pasan de una generación a otra, hasta que se convierten en realidad.



Giuseppina espera a que Mattia se duerma para ir a recoger la cocina.

—No me lo merezco —ha seguido repitiendo Mattia—. Lo he cuidado como si fuese su madre, le he lavado la ropa. Lo he protegido. ¿Y ahora me rechaza así? —Y de nuevo se pone a llorar.

Giuseppina le seca las lágrimas mientras la ira la carcome por dentro.

¿Y ahora? ¿Qué querría que pasara ahora? ¿Que el marido al que nunca ha amado se cure y volviese a casa?

Un hombre, para una mujer como ella, significa seguridad, la única seguridad que tiene. Es un plato en la mesa, es un cubo de carbón para el *cufune*, el brasero de cobre.

Se envuelve en el chal. No, eso no es lo que realmente la asusta. Es otra cosa, algo que solo nota ella, algo que sobrepasa su entendimiento.

Da un respingo cuando ve una sombra en la oscuridad de la cocina.

Es Ignazio, tiene la cabeza en la mesa, los hombros le tiemblan. Está llorando.

Sollozos contenidos, ahogados, de hombre que no consigue contener el dolor porque lo sobrepasa, pero que teme hacer ruido.

Ella retrocede un paso. Regresa al dormitorio.



Esa noche Ignazio duerme poco y mal. Esperaba que el llanto lo aliviara un poco, pero no ha sido así; si acaso lo contrario. Teme no conseguir hacer nada de lo que debería. Teme fracasar.

Pero es algo que no puede pensar siquiera, menos aún decírselo a nadie.

Se levanta, se prepara lo mejor que puede para que no se diga que los Florio tienen problemas. Da igual que sea muy temprano, tan temprano que el alba es poco más que una sensación. El herbolario lo espera.

Cuando llega a la cocina, sin embargo, encuentra a Giuseppina.

—¿Mattia? —pregunta.

—Sigue durmiendo, *pobrecilla*. Ha tenido pesadillas.

La observa mientras le sirve una taza de leche tibia.

—¿Y tú? ¿Has dormido?

—Un poco.

Ella coge la escoba y se pone a barrer mientras él moja pan en la leche.

La mujer para de golpe. Habla sin mirarlo.

—Dime la verdad.

Y él comprende, como la ha comprendido siempre. La leche se torna veneno en la boca.

—Ha empeorado. Es inútil que te lo ocultes.

—¿Te lo ha dicho el cirujano?

—Sí.

—¿Se está muriendo?

Ignazio no responde.

Delante de él se hace un vacío. Ningún ruido, ningún calor. Giuseppina parece haberse disuelto, dejando en su lugar una estatua.

Luego un sollozo. Y otro. La escoba cae de golpe. La desesperación estalla, brota del rostro, del cuerpo tembloroso, de la boca abierta.

Hace ya tiempo que Ignazio comprendió que el hecho de vivir en el mismo sitio crea un vínculo. No queremos a la persona, sino la idea que nos formamos de ella, las sensaciones que nos inspira, incluso los motivos por los que la rechazamos. Nos encariñamos incluso con sus demonios.

—Por favor... No te pongas así... —le implora, y no puede hacer más que estrecharla contra su pecho, pues es como si fuera a hacerse pedazos, tan violentos son los sollozos.

Le ahoga el llanto en su cuello. Se da cuenta de que también está llorando, y lloran juntos, abrazados. Sin embargo, cuando las lágrimas cesan, nota que se pone rígida. Giuseppina levanta la cabeza, casi se rozan.

El fantasma que lleva dentro se transforma en un cuerpo de carne que, en ese momento, es suyo.

No de su hermano, no de su sobrino. «Suyo.»

Siempre ha ido un paso por detrás de ella. Nunca ha cometido la osadía de tocarla.

Puede hacerlo ahora que Paolo está lejos, recluido en una cama.

Ella también parece confundida. Pero cuando le clava los ojos en la cara, el desconcierto se desvanece. Le pone una mano en la mejilla, le toca los labios.

Ignazio se imagina por un momento cómo habría sido todo si hubiese ocupado el lugar de Paolo.

Si Giuseppina hubiese sido su mujer y Vincenzo su hijo, y aquella su casa. Se imagina los días y las noches, los hijos que habrían podido tener en Bagnara o allí en Palermo. Una vida humilde, sencilla, convencional, que les habría dado felicidad, o por lo menos tranquilidad.

Pero no es esa la vida que tiene.

Giuseppina es la esposa de su hermano, y él es un traidor. Eso es lo que es: un infame.

Cierra los ojos. Se aferra unos instantes más a esa vida con la que ha soñado. La estrecha con fuerza antes de dejarla y luego se va, para que la tentación no se apodere de él de nuevo.



Pocos días después, Mattia regresa a Marsala con la falúa del maestro Salvatore. Ignazio le dio un poco de dinero; Giuseppina, un abrazo muy largo. Se marcha con el corazón apesadumbrado y nada puede aliviar su dolor, ni siquiera la ternura de Vittoria o la despedida de Vincenzo, una sonrisa desdentada y tímida. Sabe que no volverá a ver a su hermano Paolo. Sabe que hay heridas que no se restañan, que su tiempo ya ha pasado.



En el dormitorio, la enfermedad es un hedor asfixiante contra el que nada puede la ráfaga de azahar que llega de fuera. Un limonero extiende las ramas hacia la ventana. El sol acoge a las primeras cigarras que chirrían entre las ramas.

En el umbral, Giuseppina observa el tórax de Paolo subiendo y bajando con dificultad. Se muerde los labios. Todo se precipita.

Una mano le toca el brazo.

—Aquí estoy. He venido lo antes que he podido. —Ignazio se le acerca, le habla al oído—. Lo he dejado todo en orden en la tienda. Y además está Maurizio, me reemplazará hasta... que haga falta. —Pero Giuseppina no le ha prestado atención, Ignazio lo nota en su mirada perdida—. He traído a Vincenzo. Está jugando al pie de los árboles, ve un rato con él.

Ella recibe la invitación con alivio.

Le gustaría llorar, pero no lo consigue. Sufre por ese marido al que nunca ha amado, pero a la vez sufre por sí misma, porque sabe que notará su ausencia. Será un vacío al que tendrá que adaptarse en el futuro.

Ha vivido con Paolo sin amor, a veces con odio. No va a poder pedirle perdón por el daño que se han hecho mutuamente. Paolo está llegando a una frontera más allá de la cual ya no podrán hablarse. Ahora tampoco pueden hacerlo. Su sentimiento de culpa será su purgatorio en la tierra.

Ignazio entra, despide a la criada que está velando en un rincón. Al oír su voz, Paolo vuelve la cabeza. Le brillan los ojos por la fiebre.

El hermano se sienta en la cama. Ya no le pregunta cómo se encuentra: prescinde de esa hipócrita formalidad desde hace unos días, cuando el cirujano fue a verlo al herbolario y le

comunicó que la tuberculosis le había devorado los pulmones: «Ya es cuestión de pocos días», le dijo.

Ignazio le dio las gracias, le pagó sus honorarios y siguió trabajando.

Pero Paolo aguantó mucho tiempo. La fuerte constitución y la testarudez de los Florio lo mantenían con vida.

El hermano le estrecha la mano.

—Hoy la criada me ha sentado al pie del limonero. Empecé a toser y escupí no sé cuánta sangre. Han tenido que cambiarme toda la ropa. —Le cuesta hablar—. Lo que el Señor da, el Señor te lo quita, dicen. —Esboza una sonrisa amarga—. A mí me lo está quitando todo. —Un golpe de tos. Largo, doloroso. Habla otra vez y la voz es un raspado de hierro contra piedra—. ¿Te ha dicho el notario Leone que he hecho testamento?

Bajo el pañuelo, los labios de Ignazio están secos.

—Sí.

A Paolo le falta el aire. Ignazio le levanta la cabeza, lo ayuda a beber. Luego dice:

—Nadie le creará problemas mientras yo viva. Ya he encontrado un preceptor para que le enseñe latín y las otras materias en lugar de Antonio Gagliano, que dentro de poco se ordenará sacerdote...

Un gesto de Paolo lo interrumpe.

—De acuerdo, de acuerdo. —Le aprieta el brazo e Ignazio repara en la poca fuerza que tiene ahora—. Préstame atención. Tú tendrás que ser el que ya no podré ser yo.

—Sabes que lo quiero como si fuese mi hijo. —Ignazio pone una mano sobre la de su hermano.

—No. Más que eso, ¿comprendes? Tienes que criarlo. Los otros lo harán por dinero, pero tú serás su padre. ¿Comprendes? Su padre. —Lo mira como si quisiera metérselo en la cabeza.

Ignazio no puede soportarlo. Se levanta. Fuera, Vincenzo y Giuseppina juegan bajo un limonero. Habla midiendo las palabras. No quiere que se altere.

—He visto a uno de los primos Barbaro en el puerto. Me ha dado un mensaje de nuestro cuñado Paolo.

Paolo da un manotazo contra la cama.

—¡Dios! He pensado muchísimo en él y en Mattia. —Ahora llora—. He comprendido que este es el castigo que el Señor me ha enviado. Cuando él estuvo mal, podría haberlo ayudado. Habría sido una obra de misericordia. Cuando nuestra hermana vino, habría podido verla, *pobrecilla*, y yo... No hice nada, al revés, la rechacé. —Se seca los ojos—. Le dirás a Mattia que la perdono, ¿verdad? ¿Y que ella debe perdonarme? ¡Y yo, ay, ay! El demonio se había apoderado de mi alma, me maldigo.

Ignazio lo mira. Querría consolarlo, pero no puede hablar y es como si el corazón se le hubiera quedado como la manita de un niño. Su hermano está aterrorizado, se lo nota en la cara. Debe de

sentir la muerte muy cerca para pedir perdón de esa manera, si ha llegado al extremo de arrepentirse por ser tan inclemente.

Paolo levanta la cabeza de la almohada. El pelo empapado de sudor se le pega a la frente.

—¿Y bien? ¿Qué mensaje me manda Barbaro?

Ignazio se obliga a responder. La voz, que antes no le salía, se libera con un suspiro.

—Dice que está rezando por ti y espera que te repongas pronto. —No sabe por qué, pero encuentra ridícula esa frase. Se echa a reír y su hermano, un instante después, lo imita.

Ríen juntos, como si la vida fuese una inmensa broma, como si la tisis de Paolo fuese solo una burla del Creador, como si pudiesen volver atrás y arreglarlo todo. Pero no, y eso es lo cómico: todo es cierto y no habrá paz, todo se quedará irresuelto, interrumpido, roto.

La risa de Paolo se convierte en un ataque de tos. Ignazio corre, le tiende un barreño y su hermano escupe grumos de sangre y mucosidad.

Ignazio lo abraza. Paolo está muy flaco. La enfermedad lo ha consumido, ya es solo huesos y piel, envases de un espíritu indómito que no quiere dar su brazo a torcer. Aún no.



Pocos días después, cuando abre la puerta, Vincenzo se encuentra con un hombre con sotana negra y una estola violeta. Es el cura de Olivuzza, don Sorce. Tiene la cara cansada por el inmenso calor.

—Tu madre me ha mandado llamar. ¿Dónde está? —pregunta.

Aparece la criada.

—Por aquí, rápido.

El niño los ve desaparecer por la esquina. Desde el jardín, por la puerta abierta, llega un aroma a verano y a calor.

Sale corriendo. No quiere saber, no quiere oír.



Cuando Ignazio llega, todo ha terminado.

Encuentra a Giuseppina sentada a los pies de la cama. No habla, no llora. Se muerde los nudillos. Es como si se encontrara muy lejos, y a lo mejor es así.

Mira el cadáver.

—Hay que ponerle su mejor ropa —murmura. Estrecha el rosario entre los dedos.

Él dice que sí, con un gesto mecánico.

—Iré a la via dei Materassai a organizar el funeral. Tengo que decirle a Maurizio Reggio que cierre la tienda dos días. —Hace una pausa—. Tengo que escribirle a Mattia y a nuestros parientes de Bagnara. Me llevo conmigo a Vincenzo.

Giuseppina se aclara la voz, pero lo que le sale de la garganta es un susurro.

—Las misas. Tienen que decir muchas misas para purgarle el alma, pues al final se arrepintió de lo que le había hecho a su hermana. Me lo dijo cuando le cambiaba el camisón, después de confesarse. Y también hay que hacer donativos para los huérfanos. Díselo a Vittoria, que ella se encargue.

Ignazio asiente. Contiene el aliento. Respira, él todavía lo puede hacer.

Se acerca al cuerpo de Paolo. Aún conserva un poco de calor: tiene el cutis transparente; las manos, antes fuertes y callosas, están muy flacas. El pelo y la barba están canosos.

Estira la mano. Lo acaricia. Se inclina de golpe, le besa la frente y se queda así, con los labios pegados a la piel y un nudo en la garganta.

En la vida olvidará ese momento. El beso sella una promesa, es un juramento que le brota de los labios y que solo Paolo y él pueden oír.

Se endereza, sale de la habitación. Va al limonero, donde lo está esperando el niño.

—¿Te has despedido de tu padre?

Vincenzo no lo mira. Juega con un palito, lo parte en muchos trozos.

—Sí.

—¿Quieres verlo de nuevo?

—No.

Ignazio estira la mano y Vincenzo la agarra. Se encaminan hacia la calesa que espera en el bulevar.



Delante de la tienda hay un grupo de gente, casi todos calabreses. Maurizio Reggio está en la puerta, abraza a Ignazio, escucha sus instrucciones. Pocos minutos después, ponen lazos negros en las ventanas y las cierran.

Ignazio no rehúye las miradas. Algunos se santiguan, otros continúan dándole el pésame. Él sigue andando, lleva a su sobrino de la mano. En el umbral, Vittoria llora en silencio. Corre hacia el primo, lo besa, lo abraza.

—Ahora tú también te has quedado sin protección, como yo —dice.

Vincenzo permanece inmóvil. Mudo.

En la casa encuentran a Giuseppe Barbaro, uno de los parientes de Emiddio, que se ofrece a organizar el funeral.

—Que el Señor acoja su alma —le dice.

Ignazio corresponde con un:

—Así sea.

Dentro reina el silencio. Orsola coge a Vincenzo y se lo lleva a su cuarto para vestirlo de negro. De la pieza de sus padres llega el ruido del baúl donde están buscando ropa.

Con el crujido de telas suenan trozos de frases. Vittoria, Ignazio, Emiddio.

—La tuberculosis estaba demasiado avanzada...

—Una muerte santa...

—Habrá que ocuparse de la casa —dice de pronto la chica.

—Tendrá que decorarla un pintor. Su misa tendrá que ser cantada por frailes. Él no es... no era un hombre cualquiera. Mi hermano era don Paolo Florio. Aquí en Palermo nuestro herbolario tiene un prestigio y su trabajo es lo que lo ha hecho importante.

De repente, Vincenzo lo comprende.

La firmeza de la mano de su padre en el hombro. Su apretón. La barba raspándole la cara. La mirada severa. Las manos sopesándole la corteza en la balanza. Su olor a especias.

Vincenzo va tambaleándose a la alcoba de sus padres.

Su padre ya no regresará. Y en el instante en que esa verdad se apodera de él, se cruza con la mirada de Ignazio y encuentra un vacío igual de doloroso que el suyo.

De pronto, la ausencia se dilata hasta asfixiarlo.

Huye, con los ojos arrasados en lágrimas, los pies resbalando por las piedras. Se va corriendo de aquella casa, con la vana esperanza de dejar atrás el suplicio que lo está destrozando.



—¡Vincenzo!

Ignazio lo llama, el niño parece volar por el adoquinado. De golpe, en la via San Sebastiano, lo pierde de vista.

Se detiene, las manos en las rodillas.

—Quién te manda meterte... —murmura. Respira hondo. Sigue buscando al niño por el puerto repleto de gente. Esquiva a los conocidos que lo paran para darle el pésame, se abre paso entre los bártulos listos para ser embarcados.

Llega al centro de la Cala, la recorre con la mirada, desde la iglesia de Piedigrotta hasta el

lazareto. El Castello a Mare arroja una sombra sobre el puerto. Decenas de palos y velas le confunden la vista.

Por fin, lo encuentra.

Está sentado en el extremo del muelle, con las piernas colgando.

Llora.

Se acerca con precaución. Lo llama. El niño no se da la vuelta, pero endereza los hombros.

Ignazio querría regañarlo, y quizá sería lo adecuado: con todo lo que ha pasado, su huida ha sido solo una bravata. Y además es un chico, y los chicos no lloran. Pero no lo regaña.

Se sienta a su lado. Permanecen en silencio un rato, juntos. Le gustaría consolarlo, contarle cómo se sintió él cuando murió su madre, después del terremoto. Tenía más o menos su misma edad, y recuerda bien la sensación de abandono, de vacío.

La desolación.

«Pero ¿el padre?»

No consigue imaginárselo: su padre, el maestro Vincenzo Florio, herrero de Bagnara, es poco más que un recuerdo. En cambio, Paolo y él están juntos desde que empezaron a trabajar en el mar.

Y ahora le da miedo lo que lo aguarda, un maldito miedo, pero no se lo puede decir a nadie, menos a un niño.

Vincenzo habla primero.

—¿Qué voy a hacer sin él?

—Es lo que le ha tocado a tu padre. Por voluntad de Dios. —Con esas palabras, Ignazio busca una explicación que también le valga a él—. Todos nosotros tenemos un destino que llevamos escrito desde el momento en que venimos al mundo. No podemos hacer nada.

El silencio lo rompen las olas que se estrellan contra el muelle.

—No. Si esa es la voluntad de Dios, no la quiero. —Vincenzo contiene las lágrimas.

—Vincenzo, ¿qué dices?

Esa frase es violenta, blasfema, demasiado fuerte para un niño de ocho años.

—No quiero tener hijos si luego debo morir así. Madre llora, y tú también sufres, lo veo. — Habla en tono feroz. Levanta la cabeza—. Ahora tengo que vivir sin él y no sé cómo hacerlo.

Ignazio mira el agua negra. Sobre sus cabezas hay gaviotas girando en el aire vespertino.

—Yo tampoco sé cómo hacerlo. Me falta la tierra bajo los pies. Él ha estado siempre y ahora... —Respira hondo—. Ahora estoy solo.

—Ahora estamos solos —murmura Vincenzo. Se apoya en el hombro de su tío, y él lo abraza.

«Todo ha cambiado», piensa Ignazio. Ya no se puede permitir el lujo de ser hijo y hermano. Ahora él es el jefe. Ahora todo el trabajo le corresponde a él. Y también toda la responsabilidad.

Es la única certidumbre que tiene.

Seda

verano de 1810 – enero de 1820



'U putiàru soccu ave abbànnia.

El tendero ensalza lo que tiene.

Proverbio siciliano

Convertido José Bonaparte en rey de España, en 1808 Napoleón nombra rey de Nápoles y Sicilia a su cuñado Joaquín Murat.

En Sicilia, en 1812 estalla una revuelta debido a un impuesto que grava las ganancias, creado por Fernando IV. El Parlamento siciliano promulga una Constitución —inspirada en la inglesa—, que desautoriza al rey borbónico y contempla la abolición de los feudos y la reforma de los aparatos estatales. Su objetivo es modernizar la sociedad isleña, así como instaurar una relación todavía más estrecha con los ingleses, que están especialmente interesados en mantener la independencia de la isla.

Ese mismo año Napoleón empieza la desastrosa campaña de Rusia. Tras la derrota de Leipzig, Murat se alía con Austria, con la esperanza de conservar el reino. Regresa al lado de Napoleón en 1815, pero los austríacos lo derrotan definitivamente en la batalla de Tolentino. En mayo de 1815 Fernando IV vuelve a Nápoles e instala en Palermo, como lugarteniente del reino, a su hijo Francisco.

El 8 de diciembre de 1816 el soberano da un golpe y reúne bajo una sola corona el Reino de Nápoles y el de Sicilia, adoptando el nombre de Fernando I, rey del Reino de las Dos Sicilias. La Constitución de 1812 queda anulada. La isla es tratada como una colonia y sometida a un durísimo régimen fiscal.

La seda no pertenece a Palermo.

Pertenece a Mesina. O, más bien, le pertenecía.

Desde el estrecho hasta la llanura de Catania, familias de campesinos criaban gusanos de seda a la sombra de moreras seculares, cuyas hojas se usaban para alimentar las larvas. Eran sobre todo mujeres las que trabajaban en esa faena maloliente e ingrata. Aunque también eran más libres e independientes que las campesinas o las criadas que dependían de las familias nobles: podían guardarse lo que cobraban.

Dinero muy valioso y ganado con esfuerzo, con el que las mujeres se compraban el ajuar o los muebles de su futura casa.

Luego el descubrimiento: en Extremo Oriente se producía más seda, y a un coste muy inferior.

Llegan así las telas de los ingleses, que adquieren en las colonias fardos de hilo que serán tejidos en su país, o bien importan telas con dibujos exóticos. Adiós a las telas a rayas y de colores que se hacen en Europa. Tras los largos años de las guerras contra Napoleón, hay ganas de fantasía y de vitalidad.

Las exportaciones desde Sicilia hacia el resto de Italia van poco a poco disminuyendo, y por último se interrumpen. Las moreras se abandonan.

Empieza la moda de los objetos chinescos: muebles, porcelanas, tallas de marfil.

Y, por supuesto, las telas.

Incluso los Borbones se contagian, hasta el punto de que el rey Fernando decide que su palacete de caza —y *garçonnière*— debe convertirse en un «palacete chino».

Todos los ricos tienen al menos una habitación tapizada de seda.

Todos los ricos visten de seda.



La puerta se abre. La cristalera del escaparate ya no tiembla, las bisagras bien aceitadas se deslizan sin ruido.

La mano corre por el mostrador. Tablero de mármol sobre pluma de caoba, pulido como terciopelo. La mirada se demora en las losetas del suelo, luego sube a los cajones de nogal con los nombres de las especias grabados. En el aire, olor a madera fresca y pintura.

Ignazio se encuentra en el centro de la habitación. Está solo, pero no le habría gustado que fuera de otra manera.

Desde hacía dos años se imaginaba este momento, desde que su antiguo dueño, Vincenzo Romano, aceptó cederle la tienda. Cuando todavía el dolor por la muerte de Paolo era una cicatriz a la que le costaba cerrarse.

También entonces era verano.



—Pero ¿qué dice? —Tras oír la petición, el rostro de Vincenzo Romano, dueño del inmueble de la via dei Materassai, se transformó en una luna llena.

Sentado al escritorio, Ignazio lo había mirado de arriba abajo.

Después de citarlo en el despacho —porque ahora era él quien citaba a la gente—, no lo invitó a sentarse. Lo dejó de pie, como a un mendigo, para desconcertarlo. Para que se sintiera incómodo. Lo hizo esperar mientras firmaba unos papeles, un montón de papeles. Porque ahora los Florio tenían un montón de negocios. Luego le hizo su petición.

—¿*Está loco?* —Romano se agarró al borde del escritorio—. ¡Ni muerto! Yo no vendo.

Ignazio conocía su amor al dinero y había previsto que se encontraría con una pared, pero estaba preparado para derribarla. Había dirigido su ataque sin agresividad, pero con firmeza. La paciencia y la amabilidad habían sido siempre sus armas predilectas.

—Pero usted también debe comprender mis motivos. Estas habitaciones y el entresuelo precisan una reestructuración, una profunda reestructuración. *Usted lo sabe*: la Casa Florio no puede seguir en un local con manchas de humedad y puertas que chirrían.

—¿Y entonces? Le dan una mano de pintura y *un poquito de aceite*...

—Ese no es el problema. Es el agua que llega intermitentemente, el suelo destrozado... Hay muchas cosas que hacer y todas urgentes. Dudo que encuentre tan buenos inquilinos como nosotros y, en el caso de que nos marchemos, de todas formas tendría que arreglar el local.

Vincenzo Romano pensó negarse. Pero solo lo pensó durante un momento. Sabía que Florio tenía razón.

Sí, la duda. La grieta en la muralla del rechazo. La llevaba escrita en los ojos desorientados, en la boca entornada.

Entonces, Ignazio lo apremió:

—Yo tengo una idea, si no le importa escucharla. Un buen acuerdo para ambos.

—¿Cuál?

Solo entonces lo invitó a sentarse.

—Una enfiteusis.

—¡Magnífico! Yo sigo siendo el dueño, pero todos los derechos los tiene usted. A mí me queda solo el título de propietario, y ni siquiera *el lujo* de poder hacer algo —maldijo Romano en voz baja—. No es perro, es cara de perro; bonita diferencia.

—Piénselo bien. Con la enfiteusis seguiría siendo, al menos ante los demás, dueño de la tienda. Yo, con mi empresa, me encargaría de la reestructuración. Pero si no quiere vender... —Hizo con la mano un gesto elocuente—. Es usted dueño de no hacerlo. Lo mismo que nosotros somos libres de mudarnos.

Ignazio habló con absoluta firmeza. Ocultó bien sus propios temores, pues estaba corriendo un riesgo. La negativa de Romano habría significado tener que buscar otro local para el herbolario y almacenes en otra zona.

Habría significado dejar el lugar donde había empezado todo con Paolo.

Pero ya no podían seguir más tiempo en un local con moho en la trastienda y con las puertas rotas. No se correspondía con lo que era ahora la Casa Florio.

Romano había ido a cobrar el alquiler y se había encontrado con una oferta inesperada. Estuvo dando vueltas por la habitación antes de preguntar, más asombrado que sarcástico:

—¿Es que le dan envidia Canzoneri y Gullì, porque tienen su propia *putia*?

—La verdad es que no. Es que deseo tener certezas. Saber que *los ladrillos llevan sangre* de uno: en lo que se invierte sangre y sudor tiene que ser tuyo y nadie puede reclamarlo. No gasto *dineros* en una *putia* que luego usted a lo mejor querrá vender a otro. ¿Me comprende?

Desde luego que lo comprendía.

Romano se despidió con un:

—Lo pensaré.

Y lo pensó menos de lo que Ignazio se había temido. Aceptó la propuesta.

Primero llegó la enfiteusis. Luego hubo obras: el fontanero, el carpintero, las baldosas y el nuevo escaparate. Pocos meses después, Ignazio ya se había convertido en el dueño del herbolario.



Cuando recuerda esos seis meses de obras, el corazón le canta en el pecho.

Albarellos y vasijas nuevos con el nombre «Florio» pintado en la base llenan las estanterías. En los almacenes de la via dei Materassai, en la calle San Giacomo o en la Aduana esperan sacos de corteza peruana, lista para ser majada y para que se le extraiga el polvo de quina.

El herbolario Florio se ha convertido, pues, en lo que él siempre se había imaginado: una

verdadera droguería.

Solo hay algo que Ignazio conserva de la vieja tienda: la balanza de precisión, la que había usado su hermano desde los primeros días de trabajo.

Le sirve para recordar quién es, de dónde ha llegado.

Al otro lado de la puerta, el murmullo de curiosos y criados que ojean el interior esperando la reapertura. No lo hacen más que para ver en qué se ha convertido esa *putiedda*, esa tienducha de los bagnareses, eso dicen, pero sus caras los delatan, e Ignazio disfruta viéndolos así, entre curiosos y recelosos. Jamás reconocerían que la envidia y la admiración los corroe, que por eso están ahí delante, aguardando.

En cuanto a él, está esperando la ocasión para vengarse de quienes, hasta ahora, solo han sabido ponerle zancadillas. Ahora empieza un nuevo desafío, no solo con Canzoneri y Saguto, sino también con todos los herbolarios de Palermo, que ya murmuran, se hacen preguntas, temen.

Porque los Florio ya no son simples *tenderos*. Ahora son comerciantes, y pueden decirlo con la cabeza alta.

La puerta se abre. Alguien entra.

Ignazio se vuelve.

Es Giuseppina.

—¡Pero... está preciosa! —La mujer tiene la boca entornada por la sorpresa. El entrecejo se relaja. Se alisa el traje oscuro con la mano enguantada—. En serio, no creía que pudiera cambiar tanto.

Ella también ha cambiado.

Gracias al bienestar ahora tienen criadas, ropa hecha por una costurera en vez de remendada a luz de la vela, zapatos y abrigos nuevos. La comida es mejor, para ella, para Vincenzo y para Vittoria, que sigue viviendo con ellos pese a que habla cada vez más de tener una familia propia. Pero no se trata solo de ropa más elegante y de no tener ya las manos agrietadas.

Giuseppina tiene una luz nueva en los ojos. Parece serena.

Ignazio la observa moverse por la tienda: pasa el dedo por los cajones, abre uno, huele las especias.

Levanta la cabeza, le sonrío.

Y él no puede dejar de mirarla.

—Pues sí, un trabajo excelente —observa ella a media voz.

A él le gustaría acariciarle las mejillas, sentir su calor. Pero lo que hace es cruzar los brazos sobre el pecho, no quiere arrugar la chaqueta que se ha mandado hacer justo para la reapertura. Quien entre en la tienda ha de darse cuenta enseguida de que ya no tiene delante a un chico en mangas de camisa.

Vincenzo llega en ese instante.

—¡Mamá! ¡Tío! ¿No me habéis esperado?

El chiquillo es alto para su edad. Parece un adolescente, pese a que apenas ha cumplido once años.

Ignazio le pasa una mano por el pelo.

—No nos hemos ido a ningún sitio. De todas formas, lo que tenéis que ver está detrás. La pintura todavía se está secando.

Conduce a Giuseppina y a Vincenzo por el pasillo que desemboca en la oficina comercial. En las mesas, también nuevas, hay tinteros, resmas de papel y tampones.

Ignazio señala un largo cartel de madera pintada: está en el suelo, al fondo de la habitación. Los colores son nítidos, todavía están frescos. En la parte baja, en letras pequeñas, la firma del pintor, Salvatore Burgarello, bien conocido en Castellammare.

—Lo ha terminado esta mañana. Dijo que había que dejarlo secar lejos del sol, si no los colores se cuarteán.

Giuseppina tiene las manos en los labios, como para contener una exclamación.

La mirada de Vincenzo, en cambio, pasa del cartel a su tío. Señala la inscripción.

DROGUERÍA DE IGNAZIO Y VINCENZO FLORIO

—¡Le has dicho que también ponga mi nombre! ¿Por qué?

Lo agarra de los hombros.

—Porque eres mi sobrino y el heredero de tu padre.

«Y porque —se dice a sí mismo con una ternura que le inflama el pecho— eres para mí como un hijo del alma, ya que no de la carne.»

En el cartel hay pintado un bosque. En la parte de abajo, un torrente que brota de las raíces de un árbol en el que un león busca aplacar su sed.

Es un árbol de quina.



—Encantado como siempre de atenderla, doña Margherita. Hasta pronto.

La mujer mayor camina a pasitos cortos del mostrador a la puerta del brazo de Vincenzo. El muchacho es un adolescente alto y espigado, le saca a ella una cabeza. La mujer asiente, esboza una especie de bendición con la mano.

—*Bien. Yo te he visto crecer. Ya de pequeño se notaba que eras muy sensato. Ahora que eres mayor, eres muy respetuoso. Estupendo... ¡Que el Señor te lo pague!*

Vincenzo sigue sonriendo hasta que la puerta se cierra. Pero, en cuanto la clienta sale, se tapa la cara.

—¡Virgen del Carmen, no paraba!

Los empleados de la droguería se ríen. Margherita Conticello, del barrio dei Tribunali, es un fósil difícil de soportar para cualquiera. Cuando Vincenzo tiene que ocuparse de ella en su papel de aprendiz, acaba siempre agotado.

En el despacho se oyen voces.

Aparece Ignazio con un hombre con la cara bronceada por el sol: Vincenzo Mazza, uno de los muchos bagnareses que se han mudado a Palermo.

—De acuerdo, lo mantendré informado —dice con un marcado acento calabrés. Le estrecha la mano a Ignazio, le da una palmada en el hombro a Vincenzo—. Caray, Vincenzo, cómo has crecido. ¿Qué te dan de comer?

—Pan, aceitunas y cebollas.

—¿Y tu madre te pone los pies en remojo, así por la mañana te encuentra más alto?

Más carcajadas.

Tras las despedidas, Ignazio vuelve al despacho. El chico lo detiene.

—Tío, ¿puedo hablar contigo?

Ignazio suspira; ya se imagina el motivo de la discusión.

—Pasa. —Se sienta, se frota las sienes. Se mata a trabajar. Pero de eso Vincenzo no es plenamente consciente: tiene quince años y el egoísmo de quien se asoma al mundo y cree que ya lo sabe todo. Le señala la silla—. ¿Y bien?

Vincenzo se desinfla como un saco vacío.

—Ha venido doña Conticello. De nuevo. —Se tapa la cara con las manos—. Yo sé más de su gota que su médico. Solo acepta que la atendamos tú o yo; dice que quiere hablar con los dueños y no con los mozos.

Ignazio se frota los labios.

—¿Qué tiene eso de malo? Es una *cristiana* que necesita hablar y tú le caes bien. Dile siempre que sí y ella se irá contenta. Y otra cosa, esa no es manera de sentarse. Pon la espalda recta, la mirada al frente y las manos en las rodillas. ¿Cuántas veces he de decírtelo?

Vincenzo se endereza, pero no se quita las manos de la cara; mira de reojo al tío con actitud suplicante.

—Pero ¿tengo que continuar en el mostrador? No aguanto a la gente que se queja, me entran ganas de ahogarlos en la Cala. Te sería más útil en el despacho con el señor Reggio, sabes que soy bueno con los números. ¡Por favor!

Ignazio lo clava en la silla con una mirada.

—No. Ya te he explicado el motivo.

—Porque así puedo conocer a los clientes y descubrir lo que realmente quieren. Porque así aprenderé disciplina y me haré resistente al cansancio. Porque sabré respetar el trabajo ajeno. — Vincenzo enumera las motivaciones con la punta de los dedos y resopla—. ¿Me he olvidado de algo?

—Sí. —Ignazio señala el despacho—. Esto que ves, tu padre y yo nos lo ganamos trabajando, empezamos con una *putia* que parecía un trastero. Quiero que comprendas lo que significa este lugar para los Florio.

El chico mira al suelo, respira con ansiedad. Calla.

—Ahora regresa al trabajo —le ordena Ignazio.

Solo después de que ha desaparecido al otro lado de la puerta, la cara de Ignazio se relaja. Su sobrino se parece a su hermano Paolo, en efecto, pero al mismo tiempo no podría ser más distinto. Es optimista, le gusta reír, mira la vida sin temor.

Vincenzo es su orgullo, su joya. Está aprendiendo deprisa, pero no es suficiente. Aún le falta aprender a tener los pies en el suelo.

Sigue reflexionando cuando la puerta acristalada se abre de nuevo.

—Pero ¿puedes decirme al menos qué quería el señor Mazza?

Ignazio eleva los ojos al cielo.

—Tienes la cabeza en eso, ¿eh? —Le enseña un fascículo—. Toma, lee.

Vincenzo no espera a que se lo repita. Lo coge, lo hojea.

—¿Una póliza de seguro?

—Sí. Mazza y yo tenemos la intención de asegurar una gran cantidad de zumaque. A la hora de la verdad, pagando una cuota nos protegemos de la pérdida del cargamento.

—¿Así no se repetiría lo que le pasó al barco del capitán Olsen, cuando tuviste que pagar el rescate por los fardos de especias?

Ignazio señala un punto del documento:

—En efecto. Si mal no recuerdo, tuvimos que desembolsar un montón de dinero para recuperar la mercancía.

—Nadie lo hace aquí en Palermo. Y sin embargo parece algo bueno... —concluye Vincenzo, devolviéndole los papeles. Es casi tan alto como su tío; bastante alto para ser un adolescente.

—Lo es: con un seguro no te quedas sin nada, que es lo que ocurre si pierdes el cargamento, pero eso no lo entiende todo el mundo —explica Ignazio, paciente—. Me convenció el hecho de que es Abraham Gibbs quien administra la compañía. Los ingleses saben cómo hacerse respetar, tienen una flota que los protege de los franceses, cosa que nosotros no tenemos. Hemos de defender nuestros intereses, y aprender a hacerlo siguiendo su ejemplo. Aquí en Palermo han alquilado almacenes y locales que les permiten comerciar en todo el Mediterráneo; Palermo y Malta son dos puertos seguros para ellos. Saben cómo proteger a los buques mercantes: aseguran

los cargamentos desde hace décadas y Gibbs tiene experiencia en estos asuntos. Además, no solo es un comerciante, también es el cónsul inglés, lo que nos da más garantías. De hecho, ahora que lo pienso... —Busca un documento entre los papeles, se lo entrega a Vincenzo—. Ya que quieres alejarte del mostrador, no te molestará hacer de recadero. Esto es para Ingham. Asegúrate de que lo lee personalmente.

—¿Para Beniamino?

Los ojos se le iluminan. A Vincenzo lo intriga ese hombre que habla con un fuerte acento extranjero y que dirige a las personas con un solo gesto de la mano. Tiene mucho dinero, tanto como para poder permitirse fletar un barco entero en el que enviar a Gran Bretaña las mercancías que compra en Sicilia. De los comerciantes ingleses, como John Woodhouse, James Hopps o el propio Gibbs, es el más conocido. Tal vez no el más rico —«aún no», piensa el muchacho—, pero seguramente el más astuto. El más resuelto.

—El señor Ingham, para ti, Vincenzo. Recuérdalo: el respeto *es correspondido*. El hecho de que él sea vecino nuestro no te autoriza a tomarte confianzas indebidas. Y ahora vete.

El chico sale por la puerta.

Ignazio suspira. A veces siente que es realmente su padre, y como tal lo corrige, y lo quiere.

Sin embargo...

Hay una parte oscura en ese chico. La ha percibido solo en ciertas ocasiones. Una inquietud de fondo, un espíritu rebelde que lo alarma; y, precisamente porque nunca ha tenido que enfrentarse a ese tipo de sensaciones, no sabe cómo encararlas.



En la via dei Materassai la primavera estalla en los estrechos balcones, en las flores y en las macetas de hierbas aromáticas, en la ropa tendida al sol entre un edificio y otro, en el olor a jabón y a salsa de tomate fresco. Ahora, en vez de las contraventanas que protegían de las tempestades invernales, hay cortinas blancas y livianas.

Hay movimiento de gente, sobre todo de comerciantes que visten a la moda inglesa, con chalecos y chaquetas de paño. Desde la calle San Giacomo llegan los gritos de los vendedores, y más allá resuenan los martillejos de los artesanos. Un marinero muy moreno charla con un hombre pelirrojo y con la piel quemada por el sol en una lengua mezcla de árabe y siciliano.

Vincenzo, con las manos en los bolsillos y muy tranquilo, recorre los escasos metros que separan la tienda de la vivienda de Benjamin Ingham. El inglés es más rico que cuantos viven en esa calle. Es más rico que muchos nobles palermitanos.

Se coloca el cuello de la chaqueta, llama a la puerta. Un mayordomo de librea lo conduce al

vestíbulo; luego es el propio Ingham quien lo recibe.

—¡El joven Florio! ¡Bienvenido! Pase, acompáñeme.

—Señor...

Vincenzo sigue al inglés hasta su despacho, los ojos clavados en su espalda. Poco menos de quince años los separan, y pese a ello el joven ha vivido experiencias —de vida, de negocios— que lo han marcado, haciendo que aparente mucha más edad de la que tiene.

Ben Ingham viste un plastrón y prendas sobrias. Su rostro con manchas del sol siciliano tiene arrugas que hablan de tenacidad, rigor y disciplina. Vincenzo percibe claramente el poder que ese hombre emana. Es una especie de calidez que lo rodea, un soplo de viento que obliga a la gente a guardarle al menos un palmo de distancia, algo físico y a la vez intangible. Nunca eleva la voz, ni se altera como hacen otros comerciantes. No necesita hacerlo.

Vincenzo, sin embargo, no sabe, no puede saber cuánto ha tenido que esforzarse Ingham para alcanzar esa posición. Llegado a Palermo tras el naufragio del barco que transportaba las telas fabricadas en Leeds por su familia, lo que la arruinó, Ingham se encontró solo en una ciudad desconocida, sin recursos. Cuando Ignazio lo conoció en la Aduana, estaba buscando una manera de introducirse en el comercio de telas en Sicilia, dado que el paño, la seda y el algodón era lo único que conocía, lo único de lo que sabía hablar. Sin embargo, aprendió rápido y ya se podía permitir vender también azufre, zumaque y pieles a los otros comerciantes ingleses.

—¿Tiene algo para mí?

Vincenzo le entrega el pliego, que el otro empieza a leer.

Entretanto, el muchacho mira alrededor. Nunca ha estado ahí y el lugar le parece tremendamente interesante, muy diferente del herbolario y de su barullo. El silencio está acolchado; el ambiente, impregnado de un aroma dulce, quizá de tabaco con hojas de menta.

Ese espacio está lleno de luz, cuero, madera, libros. En los documentos, timbres extranjeros.

De una puerta a su derecha llega un crujido de páginas y voces quedas; en ese preciso instante, un hombre entra en la habitación para enseñarle a Ingham un documento y le pregunta algo en inglés. Vincenzo solo conoce unas pocas palabras de ese idioma y no consigue comprender de qué hablan. Sigue al secretario con la mirada, lo ve desaparecer silenciosamente, tal como había llegado.

Cuando repara en su interés, Ingham frunce el ceño.

—¿Puedo hacer algo por usted?

Sorprendido, Vincenzo trata de salir del apuro:

—No, verá, yo... Perdóneme, pero es que este despacho es tan... —mueve la mano, señala las paredes— diferente.

—Un poco de Inglaterra en Sicilia. —Ingham está complacido. Lo invita a acercarse—. El

orden lo es todo. Fíjese: los volúmenes están divididos por año, y en el interior hay secciones del debe y el haber. Me parece que don Ignazio emplea un criterio semejante.

—Sí. —Vincenzo lee lo que hay escrito en los lomos de piel—. Me gustaría visitar su país, señor —le dice—. Debe de ser muy diferente del mío.

—¿Y por qué no hacerlo? Tienen ustedes cargamentos de Inglaterra... puede pedirle a su tío que lo envíe con un navío que transporte sus mercancías. Sería una experiencia muy instructiva.

La voz del muchacho se vuelve prudente.

—Sí, algo tenemos. —Si una regla ha aprendido es la de no hablar nunca de los negocios familiares.

Ingham se coloca delante de él:

—Más que «algo», si no recuerdo mal. Hace tiempo que no comercian solo con especias.

—Sí, movemos mercancías procedentes de muchos puertos, y no solamente del Mediterráneo.

—Me lo imagino. Ustedes los Florio no han llegado a donde están vendiendo solo canela y clavo de olor para preparar tartas. —Le devuelve el documento una vez que ha garabateado algo—. Por cierto, dígame a su tío que no hay problema: las personas de las que habla son solventes.

La curiosidad puede más que la cautela con la que Vincenzo ha hablado hasta ese momento. Mira de reojo la respuesta.

—Son pagarés, ¿no?

Ingham aprieta los párpados, así le surgen las ideas.

—Sí. Pero si su tío no se lo explica, yo no voy a hacerlo.

Entonces comprende por qué lo ha enviado su tío. Y el pensamiento le traza el fantasma de una sonrisa.

Cuando Vincenzo vuelve a la tienda, se reincorpora al mostrador para trabajar con los otros. No protesta. Tiene la cabeza llena de ideas; en los ojos, la biblioteca de Ingham; en la nariz, el aroma de su tabaco. En el pecho, unas ganas desconocidas de mar y de cielos abiertos que pertenecen a sus raíces, al pasado de su familia.

En el despacho, Ignazio repasa la respuesta del comerciante inglés. Esboza una sonrisa tras leer la última frase: «Vincenzo es muy prometedor. Tarde o temprano, le robará a usted el oficio».



Casi ha anochecido cuando Ignazio y Vincenzo se marchan por fin del herbolario. El cielo primaveral pasa del gris al añil y los contados transeúntes que se ven en la calle se mueven fatigosamente por el adoquinado al final de un día de trabajo.

Vincenzo ahoga un bostezo.

—Tío, ¿te molesta que estire un poco las piernas antes de ir a casa? Estoy un poco mareado.
Ignazio le responde con una palmada en la espalda.

—Lo único importante es que llegues a casa cuando suenen las campanas de San Domenico, porque es la hora de cenar y tu madre se pone de los nervios si no estás.

—Lo sé. De todos modos, todavía tengo que estudiar, porque mañana viene don Salpietra...

—Entonces aligera, venga.

Ignazio lo observa marcharse, sus ojos destellan indulgentes. Luego recorre los escasos metros que separan el herbolario de la casa y, con lentitud, abre la puerta. Un aroma a estofado le abre el apetito, y recuerda que se ha saltado la comida.

Giuseppina está sentada en la cocina, con el rosario en una mano y la cabeza apoyada en el puño cerrado, el rostro relajado por el sueño. Delante de ella, la mesa puesta. Se ha quedado dormida esperando.

Él permanece inmóvil, dudando si despertarla o dejarla descansar, y permitirse de ese modo mirarla, observar el pelo que se ha soltado de la trenza y que enmarca un rostro en el que han aparecido las primeras arrugas. Entonces Giuseppina abre los ojos y la expresión plácida es borrada por el sentimiento de culpa.

—Virgen santa, me he quedado dormida rezando las oraciones...

Ignazio coloca el abrigo en el respaldo. Ella reza una jaculatoria, murmura un «Amén», besa el rosario. Cuando eleva de nuevo la mirada, nota en su cuñado esa dulzura abrumadora que le acelera el corazón y que la obliga a mirar hacia otro lado.

Ignazio se acerca.

—¿Estás cansada? ¿Olimpia no te ayuda lo suficiente, quieres otra criada en casa? Nos lo podemos permitir, ya lo sabes —dice solícito.

Ella niega con la cabeza, se envuelve en el chal, se lo aprieta al pecho.

—No, no necesito más. Ya sé que no es como antes, y que ahora... Pero justo por eso pensaba en el pasado, y en Paolo. En cómo éramos, en todo por lo que hemos pasado. Estaba rezando por él.

«Paolo.»

Su hermano murió hace siete años. Giuseppina sigue rezando por su alma y poniéndose ropa de luto, pero no por el dolor. No, en ella había una tenaz voluntad de expiar culpas que nadie le reconoce, una necesidad de castigarse por el daño que Paolo y ella se infligieron.

—Con él, yo... yo no era feliz —dice de golpe, como en respuesta a los pensamientos de Ignazio—. Pero era el marido que mi familia y la voluntad de Dios me dieron, y lo acepté. Y si hubiese sobrevivido, a lo mejor habría aprendido a quererlo, porque no era mala gente. Era serio, *trabajador*, un hombre que no podía dejar de trabajar. Y si a veces *discutíamos* era porque éramos iguales.

—Discutíais porque queríais cosas distintas —replica Ignazio, conmovido—. Porque tú decías blanco y él negro, y tú no lo soportabas y él te obligaba a hacer cosas que no querías, y eso te atormentaba. —No puede detenerse. Quería a su hermano más que a sí mismo y velaba por su recuerdo, pero no puede tolerar que Giuseppina lo santifique, achacándose culpas que no son suyas.

Ella levanta la mano, querría responder. Luego asiente.

—Es verdad. Pero ya sabes que no se habla mal de los muertos.

Ignazio siente que, una vez más, se afianza la esperanza. Pero sabe que es una mala hierba y, como siempre, la arranca a la fuerza. Aprieta los puños, observa a Giuseppina moviéndose por la habitación, pero no consigue ahogar esa sensación de injusticia que le revuelve las tripas.

—Paolo ha muerto. Descansa en paz, y tú deberías tranquilizarte —murmura.

Giuseppina, atareada con las cazuelas, se detiene. Se encoge de hombros y, silenciosamente, se maldice.

—No lo consigo. No puedo —dice por fin. Y en esas palabras pone el dolor y la ira que lleva dentro, y el remordimiento, y la soledad, y la incapacidad de perdonar y perdonarse.



Cuando llega a la casa, Vincenzo los encuentra abstraídos, sumidos en un silencio que él no puede descifrar. Cenán el estofado, se cruzan unas pocas frases sobre lo que han hecho durante el día.

Ignazio es el que primero se retira. Da una palmada en un hombro a su sobrino, luego se acerca a su cuñada, casi la roza. Ella, cargada de platos, se detiene en el umbral de la cocina.

—Buenas noches —dice él, y su aliento le eriza el cabello.

Giuseppina siente que algo se le revuelve en el pecho, el eco de un recuerdo jamás vivido, de una vida con la que nunca ha tenido siquiera el valor de soñar.

Y cuando se inclina hacia él, Ignazio aparta el rostro y se aleja.

Vincenzo observa la escena sin comprender qué está pasando. «Puede que hayan discutido», piensa. O bien su madre está dolida por algo que ha dicho el tío. «Quién sabe...» Los ha visto siempre juntos, y nunca se ha hecho preguntas. Han sido —y son— su familia, los dos lo han criado a su manera, como debe ser en el orden de las cosas.

Pero esa noche, por primera vez, tiene la sensación de que no es así. De una manera confusa, pero inequívoca, intuye que esas dos personas no son distintas, sino que son una pareja. Y que le han construido una familia, renunciando —quizá— a sí mismas. Porque se aman con un sentimiento que nada tiene que ver con el matrimonio, pero no por ello el amor es menos intenso, menos tenaz. Aunque un fantasma los separa: su padre, Paolo.

Y entonces comprende que hay amores que no tienen ese nombre, pero que son igualmente fuertes, igualmente dignos de ser vividos, por dolorosos que sean.



La iglesia de los herbolarios, Sant'Andrea degli Amalfitani, está atestada. Los hombres visten traje oscuro; las mujeres, pocas, van tocadas con un velo negro. A poca distancia, las voces y los olores del mercado de la Vucciria.

Delante de la puerta hay estacionada una carroza fúnebre con caballos enjaezados de oscuro y altos penachos negros. Detrás ya están listos los huérfanos acompañantes. Dos plañideras se dan golpes de pecho pendientes de la entrada, para elevar el tono de los lamentos cuando salga el féretro.

Es el funeral de Salvatore Leone, un viejo especiero de Palermo, así como uno de los mejores clientes de la Casa Florio.

El ataúd recorre la nave, seguido por el cura y los monaguillos con el incensario. A continuación, la viuda en lágrimas y las dos hijas vestidas de seda y con crespón negro.

Vincenzo está en uno de los últimos bancos, detrás de su tío. Suda. Es un mes de septiembre bochornoso, todavía impregnado de verano.

—Un funeral de primera —susurra Vincenzo—. Los huérfanos, el coro de monaguillos... Solo la carroza fúnebre debe de haberles costado un ojo de la cara. —Se pasa dos dedos por el cuello de la camisa, ahí donde la barba pica y molesta. Los diecisiete años le han aportado en dote unos pelos hirsutos a los que aún está aprendiendo a acostumbrarse.

Ignazio hace un gesto con la cabeza.

—Y fijate que su familia ha podido celebrarle esta ceremonia a pesar de la crisis que hay. No obstante, tiene que haber dignidad en la muerte como en la vida.

El muchacho y el tío se acercan a la familia del difunto, le dan sus condolencias. Las tres mujeres están aturdidas, estrechan manos y lloran.

Mientras las plañideras reanudan los lamentos, alrededor de los familiares se agrupan los representantes del Colegio de Herbolarios con su estandarte. Los observan y cuchichean.

—¿Te has fijado? —pregunta el chico.

Ignazio asiente.

—¿Se habrán enterado del acuerdo con el cuñado de Ben, Joseph Whitaker, para la pimienta de Sumatra?

—A lo mejor. No es problema nuestro, Vincenzo. Vamos a pagar cara esa pimienta, pero al menos la hemos encontrado. Ellos no.

Tras un grito de las plañideras, estallan los sollozos de la viuda. Con un barquinazo, el carruaje se pone en marcha y la gente lo sigue. Los dos Florio se quedan un poco rezagados.

—Señores... Justo a ustedes los estaba buscando.

Alto, de buena planta, con olor a perfume de sándalo, Giuseppe Pajno se les ha acercado por detrás sin que ellos se den cuenta. Es un comerciante mayorista, al que los Florio le compran y le venden. Se conocen, se aprecian. Han hecho varios negocios juntos, entre otros la adquisición de productos coloniales capturados por los corsarios sicilianos y revendidos en Palermo.

Se estrechan la mano.

—¿Cómo está?

—Mejor que don Leone, seguramente. —Se coloca entre los dos, habla en voz baja—. Pobre hombre, después de una vida de trabajo... Era uno de sus clientes, ¿verdad?

—Uno de los mejores, aunque últimamente le costaba saldar las facturas.

—Como todos en estos tiempos, por otra parte.

Un toque de alarma suena en la cabeza de Ignazio.

—También era uno de sus compradores, me parece.

—Sí. ¿Sabía que Leone había vendido la tienda hace pocos días a don Nicchi?

No, no lo sabía. Pero Ignazio no deja que se note.

—Había oído decir algo —dice en cambio—. Pensaba ir a ver a los familiares de don Leone uno de estos días. Dadas las circunstancias, no me parecía apropiado hablar de negocios.

Pajno aminora ligeramente el paso.

—Usted es un caballero, don Ignazio. No como otros. —Hace un gesto con la barbilla hacia el estandarte de la corporación.

—Ah. —Vincenzo comprende—. ¿Qué han dicho ahora? No hacen más que criticar y crear problemas. También la otra vez, en la Oficina de inscripción...

Pajno lo coge de un brazo.

—Lamentablemente, hay quien no lo aprecia a usted mucho. Cuanto más se asciende, más obstáculos se encuentran, y a menudo son los hombres que hablan demasiado los que causan daño. Verán —añade dirigiéndose a los dos—, yo soy un comerciante, igual que ustedes. A mí me importan el que trabaja y el que me paga. Dadas las relaciones que tenemos, me ha parecido que debía avisarles de que hay quien va contando cosas feas sobre su trabajo.

—¿Cuáles? —Ignazio camina con la mirada fija en el féretro, el rostro impassible.

—Dicen que no tienen moneda en caja y que el asunto de la pimienta es solo un rumor para inducir a la gente a comprar mercancía. Tras la marcha de los ingleses, Palermo está muerto. Todos pensábamos que, una vez derrotados los franceses, los comercios se recuperarían. Pero resulta que todo está parado, y eso que a Napoleón lo han mandado al exilio donde el Señor perdió los zapatos, como se dice en Sicilia. Con la crisis que ha estallado, encontrar especias de

importación se ha vuelto difícilísimo, ya no es nada seguro viajar por mar y uno no sabe con quién contratar. Bueno, ustedes, de repente, presumen de haber recibido pimienta directamente de Sumatra. —Baja la voz—. Reconocerán que es extraño.

—¡Pero es la verdad! Nosotros...

La mirada que le echa el tío es una cuchillada. Vincenzo calla.

—Me juego todo lo que hay en los almacenes de la Aduana que sé quién hace circular estos rumores. Saguto, ¿a que sí? —La voz de Ignazio es cortante como el filo de una navaja.

Lentamente, Pajno asiente.

—Dice que están ustedes al borde de la quiebra. Hace poco le oí decir que están endeudados hasta el cuello y que no llegarán a cerrar el año. Ese hombre es una víbora. No sé por qué les tiene tanta ojeriza, pero es de los que emplea el arma de los cobardes: la maledicencia. Y, créanme, sabe cómo engatusar a la gente.

Ignazio habla con calma, y su cólera la oculta apretando los puños dentro de los bolsillos.

—El contrato con Whitaker se firmó con el poder de Ingham, que es su cuñado, así como su agente en Palermo. ¿Quiere poner en duda su palabra?

—Personalmente, desde luego que me abstendría de hacerlo. —Pajno se mira la punta de los zapatos—. Pero Ingham es un extranjero, y de los extranjeros, por ricos que sean, muchos no se fian del todo.

—Carmelo Saguto es un piojo que tose, pero de tanto morder y picar, ha conseguido que le hagan caso. Y usted, Pajno, ¿nos cree?

El comerciante cruza las manos en la espalda.

—Usted es mi deudor por un suministro que recibió hace dos meses y que todavía no ha pagado.

Ignazio no replica enseguida.

—Comprendo —dice por fin—. Si no recuerdo mal, la letra que firmé es a tres meses.

—En efecto. Digámoslo así: esta charla ha sido una manera de avisarle de que se cubra las espaldas. Usted es un comerciante fiable, señor Florio, es una persona seria.

—Entonces ¿por qué ha venido? *El negro, si no mancha, ensucia.*

Vincenzo interviene en ese momento con acritud:

—Si nos aprecia tanto, podría habernos preguntado directamente si disponemos de efectivo para pagarle. No era necesario este teatro.

—¡Vincenzo! ¿Qué maneras son esas?

Pajno sonrío y, en su breve gesto, hay un reconocimiento de culpa.

—¡Ay, dichosa juventud! —Confiesa su desconfianza casi con ligereza, con un tono de disculpa que pretende parecer cómplice—. Ustedes también serían precavidos si temieran perder dinero.

En ese instante el cortejo fúnebre se detiene para la bendición. Nuevos lloros, más rezos.

Ignazio se rezaga con Pajno.

—Cobraré sus *dineros* conforme lo acordado, Pajno, haya o no crisis. Los Florio siempre pagan sus deudas. Y si no se conforma con mi firma, tiene mi palabra.

Ignazio le tiende la mano. El otro se la estrecha.

—De usted me fio. Lo espero.



De regreso, Vincenzo ve a su tío andando cabizbajo. Sabe que está indignado, rabioso.

—¿Por qué? —le pregunta de repente, francamente asombrado—. ¿Por qué hay gente que nos odia tanto? Y no hablo solamente de Canzoneri y del gusano de su yerno, tío. Tarde o temprano a esos dos les partiré la cara...

Ignazio aminora el paso.

—No lo sé. Pero lo cierto es que llevo ya mucho tiempo haciéndome esa pregunta. Al principio pensaba que era porque éramos extranjeros en la ciudad: nos acusaban de bajar los precios para quitar trabajo. Luego empezamos a ganar y eso no nos lo han perdonado. Hemos tratado de hacer las cosas a nuestra manera, sin pedir ayuda a nadie. Hay gente que, si pudiese, le prendería fuego a nuestra tienda.

—Pero aquí todos somos extranjeros, también Ingham lo es. Y sin embargo a él nadie le ha dicho nada.

—Porque vino con los ingleses, y eso lo favoreció: nadie decía no a los aliados del rey. Ahora, en cambio, después de la guerra con Napoleón, está teniendo nuestros mismos problemas. Ya es mucho que decidiera quedarse incluso después de que sus compatriotas se marcharan.

La calle San Giacomo los recibe con un abrazo de sol y de frescor. Vincenzo respira con fuerza.

—O a lo mejor porque también para él esto se ha convertido en su casa.

Esas palabras le evocan a Ignazio su llegada a Palermo, cuando esperaba hallar un sitio al que pertenecer. Recuerda el momento de la partida de Bagnara, cuando la esquiraza pilotada por su hermano Paolo se alejó del muelle. La *San Francesco di Paola* parecía no querer irse. Había llegado hasta la entrada del puerto con la vela latina agitándose contra el palo en busca de un soplo de viento.

Ignazio pensó entonces que Bagnara no quería que se fueran. Pero no bien dejaron atrás el promontorio, un fuerte viento penetró entre las jarcias, haciéndolas chirriar. La latina se hinchó, la vela del bauprés se abrió como un ala. El cambio de velocidad fue inmediato.

Ve a Paolo sujetando el timón, llevando el buque hacia alta mar. Evoca las promesas que la ciudad le había hecho a su llegada, seduciéndolo con aquella abundancia de gente, de colores, de

vida. Aunque los principios habían sido muy duros, aunque el esfuerzo había sido enorme, aunque él había llegado a anularse para garantizarles a Vincenzo, Giuseppina y Vittoria cierto bienestar, se sentía feliz. Había trabajado mucho, y lo había hecho con gusto.

Pero Palermo había sido infiel. Le había dado y quitado un montón. Con Palermo era imposible que las cuentas cuadraran.



Giuseppina está en la puerta del cuarto de su hijo. Observa a Vincenzo, que está mirando la calle. Parece esperar la llegada de alguien.

Giuseppina tiene casi cuarenta años. Nunca ha querido a nadie más que a ese hijo.

Él es carne suya. Y por eso mismo se ha dado cuenta.

Está enamorado.

Por primera vez, Giuseppina nota el paso del tiempo en su cuerpo. Ha aceptado las primeras arrugas y se ha encogido de hombros cuando ha descubierto las primeras canas. Pero esto no. ¿Va a llevarse una mujer a su hijo? Eso no puede ni imaginárselo. Significaría que el pedazo de alma que ella le ha dado ya no sería suyo. Se quedaría sola.

Tiene que pasar y pasará, lo sabe, es ley de vida. Pero todavía no, es demasiado pronto.

Retrocede, los pasos amortiguados por la alfombra. Se refugia en la cocina, donde Marianna, la cocinera, está preparando la cena.

Suspira. No tiene con quién desahogarse. Echa de menos a Vittoria, que ha decidido casarse con un pariente lejano y ahora vive en Mistretta. Pietro Spoliti, así se llama: un comerciante que, como los Florio, tenía un pequeño barco con el que recorría los puertos del Tirreno. Traía siempre noticias de Bagnara, contaba quién se había casado, quién se había muerto o marchado; y Giuseppina, que necesitaba seguir vinculada a su pueblo y al mundo de sus recuerdos, lo invitaba a que se quedara a comer para poder conocer más historias y escuchar ese acento tan familiar.

Un día, sin embargo, Pietro llevó aparte a Vittoria y le pidió que se casara con él: sabía que no podía brindarle el mismo bienestar que sus parientes, pero le garantizaba una vida digna y libre. Dejaría de ser una criada en casa ajena, para ser ama en su propia casa.

Vittoria se quedó aturdida y con el corazón alterado. Pero era una muchacha práctica: se estaba acercando a los veinticinco años, y en Palermo pasaba los días haciendo las faenas con su tía y bordando. Se sentía una monja en casa, una de esas solteronas que se pagan el sustento con el trabajo doméstico, volviéndose invisibles a ojos del mundo para no estorbar y dejando que los años vayan pasando por ellas.

Cuando Pietro volvió, le dijo que sí. Juntos se lo comunicaron a Ignazio y Giuseppina. El tío fue

generoso: le dio una buena dote y un largo abrazo, diciéndole que había elegido bien. Giuseppina, en cambio, la miró mal, como si se sintiese traicionada.

—¿Por qué te quieres ir? ¿Qué es lo que te ha faltado en esta casa? —le preguntó triste.

—Nada, tía. Usted ha sido para mí como mi madre. —Vittoria hablaba en voz baja—. Pero quiero una casa que sea mía, y quiero decidir qué hacer con mi vida. Aquí no puedo hacerlo, aquí solo soy su sobrina, y no tengo un techo propio, o una renta. No quiero ser la pariente soltera toda la vida. Tengo suerte, pues Pietro es un hombre honrado, y creo que me respetará.

Giuseppina no pudo replicar nada. Era muy simple: Vittoria tuvo más lucidez que ella, y más valentía. Elegía vivir en una casa más pobre, lejos de Palermo, pero ser dueña de su propio destino.

Mira alrededor, ahuyenta esos pensamientos melancólicos. Su casa no puede llamarse lujosa, pero tienen una criada interna y otra que trabaja unas horas en las tareas pesadas. De los muebles que trajeron de Bagnara solo queda la *corriola*, el cajón con su ajuar. Todo se ha renovado, también la mantelería.

Viven con un bienestar que hace veinte años ella no se habría ni siquiera atrevido a imaginar. Y sin embargo sigue echando de menos Bagnara. Echa de menos a su bebé, pegado al pecho.

Se siente isla en la isla, lejana de la tierra a la que pertenece.

Renunciaría a todo por volver atrás. A Bagnara. A Vincenzo niño.

Podría incluso amar a Paolo. Quién sabe.

De su marido ya no recuerda la voz. Sigue teniendo delante su rostro severo, los gestos bruscos, los reproches ásperos. Vincenzo ha heredado de él la tez, la mirada cortante y esa decisión rayana en la inflexibilidad.

Pero si Giuseppina piensa en la calidez, en las muestras de afecto, en los alicientes mutuos, entonces es otro el rostro en el que piensa, el que le inspira —aún y siempre— un sentimiento tímido y, a la vez, un apego de animal salvaje.



Giuseppe Pajno no es el único que ha oído los rumores sobre los Florio. La tarde siguiente a la del funeral se presenta en el herbolario Guglielmo Li Vigni, secretario de otro mayorista, Nicolò Raffo. Ha ido para saber si tienen provisiones de zumaque y, entretanto, casi casualmente, pregunta si van a pagar a tiempo el suministro de azúcar del mes anterior. Así es como descubren que Saguto se ha presentado en el despacho de Raffo con la intención de comprar sus letras de cambio. A su manera mezquina, con insinuaciones y sobrentendidos, Saguto había dicho que

estaba convencido de que los Florio no iban a pagar sus deudas, por lo que había intentado convencer a Raffo de que le cediera los documentos.

—Me habría venido bien, don Ignazio —concluye Guglielmo con un suspiro—. Él traía el dinero en mano... pero a usted *esta jugarreta* no se la hago. Además, nunca he comprendido por qué lo odia tanto... Si es usted un caballero.

—Le agradezco la consideración, don Li Vigni. Carmelo vive de *envidia y rabia*, y esa envidia no podemos dársela mi sobrino ni yo. La lleva incorporada porque querría ser no sé quién, pero resulta que solo es el secretario de don Canzoneri. La época es difícil para mí, pero le juro por mi honor que recibirá su dinero, hasta el último céntimo.

Cuando el hombre sale del despacho, Vincenzo pregunta, con cierto temor:

—Tío, pero ¿realmente estamos en apuros?

Ignazio cierra la puerta, se dirige hacia la caja fuerte de armario.

—Hay poco dinero en la caja, es diferente.

—Pero tenemos letras de cambio...

Ignazio se apoya en el escritorio.

—Vincenzo, no hay santos: la gente no paga y, si no paga, nosotros no tenemos dinero. No se come con el papel. —Nota la boca seca—. Habrá que pedir un préstamo. Necesitamos efectivo.

Vincenzo siente que el estómago se le encoge. Hasta ese momento su tío lo ha mantenido al margen de toda preocupación, y ahora, en cambio...

—Pero ¡lo sabrá todo el mundo! ¡El imbécil de Saguto va a contarlo a los cuatro vientos!

—¡Maldita sea, lo sé! —Ignazio da un puñetazo contra el escritorio. El tintero tiembla—. Cuando no queda otra, hay que tragarse el orgullo. «*Dóblate, junco, hasta que pase la crecida*», dicen los viejos. Y eso es lo que vamos a hacer. —Se frota la punta de la nariz—. Vete a casa. Yo iré a hablar con un par de personas y, por favor, no le digas nada a tu madre...

Vincenzo nota que las mejillas se le inflaman. Murmura un «Sí, tío», coge la chaqueta y sale de la habitación. Esa preocupación desplaza las otras cosas que tenía en la cabeza. También la imagen de unos ojos negros que desde hace unas cuantas semanas hacen que se ponga rojo y que balbucee como un *niño*.

Aunque eso no es fácil.

Y no solo por el orgullo. No es fácil encontrar una persona de confianza cuando se trata de negocios. No es fácil encontrar a alguien que les deje dinero y que luego no vaya por ahí contándoselo a todo el mundo.

Pero cuando Vincenzo tenga los mismos años que ahora tiene su tío, entonces comprenderá realmente cuánto le costó esa decisión.



Ya es muy tarde cuando en la puerta se oye un ruido de llaves.

Ignazio.

Giuseppina lo ayuda a despojarse del gabán. Él también tiene las sienes canosas y muchas ojeras.

—¿Duermes bien? —le pregunta de golpe.

Él se desconcierta.

—Me queda toda la eternidad para descansar. Y ahora no tengo tiempo para hacerlo, sobre todo después de la guerra con los franceses. —Le acaricia la cara—. De todos modos, gracias por preocuparte.

Ella esquiva la caricia.

Ignazio, con un nudo amargo en la garganta, retira la mano.

—¿Y Vincenzo?

—Está en su cuarto. De él quería hablarte.

El silencio está repleto de preguntas.

La sigue a la cocina. Marianna está desalando atún: le cambia el agua y lo cubre del todo, es la única manera de eliminar la sal que le sobra. Un olor denso, de salsa con patatas, le abre el apetito.

Giuseppina le hace un gesto a la cocinera, que sale y cierra la puerta detrás de ella.

—Está raro. ¿Tú también lo has notado?

Ignazio moja salsa con un trozo de pan y la prueba.

—¡Oh! ¡Desde luego! Hoy ha estado con la cara pegada al escaparate de la tienda. Para mí que estaba esperando a alguien. —Se chupa los dedos—. Sí, la salsa está riquísima.

La mujer empalidece.

—¿A quién?

—Tengo una sospecha. No dramáticas, solo es un chico obsesionado con las faldas. —Ignazio se contiene, no quiere delatar a su sobrino.

Pero Giuseppina es la madre y es un mastín.

—¿Quién es?

—La hija de los barones Pillitteri. He notado que se sienta siempre detrás de ella en la iglesia, y una vez impidió a uno de los empleados que la atendiera para hacerlo él personalmente. Vincenzo detesta estar detrás del mostrador, pero vi cómo echó al otro para poder hablar con ella.

—¿Isabella Pillitteri? ¿Esa *cosita* todo pellejo y huesos? ¿Hija de nobles que se han arruinado con los naipes?

—Pero ella me parece juiciosa. Habla pausadamente, y parece modesta...

—¡Más le vale! Después de cómo se han comportado su padre y su hermano, que han tenido que vender hasta los calzoncillos por las deudas, ella no debería ni salir de casa. En un convento tendría que encerrarse, aunque no la querrían ni ahí porque ya no tiene dote. —Recorre la cocina de arriba abajo, nerviosa, se detiene delante de él—. ¿Estás seguro de que es ella?

—No, pero es muy probable. Además, vive aquí detrás, en la plazuela de San Eligio. —Ignazio oculta el hecho de que, en al menos dos ocasiones, Vincenzo se ha ofrecido a ir allí con encargos.

Giuseppina se mueve por la cocina con las manos en la frente.

—¿No sería preferible que le buscáramos una de Bagnara para casarlo enseguida?

—¡Olvídate de Bagnara y de los matrimonios concertados, haz el favor! —estalla Ignazio—. Vincenzo ya es casi adulto, y varón: no puedes tenerlo pegado a tus faldas toda la vida, ya no es un *niño*. Va a cumplir dieciocho años, ¿te das cuenta? Y ya que estamos, te digo algo en lo que pienso desde hace tiempo: dentro de unos meses se irá a Inglaterra con Ingham y su secretario. Vincenzo me lo ha pedido varias veces e Ingham ha aceptado llevarlo y alojarlo. Le sentará bien cambiar de aires; así se le quitará esta fantasía.

—¿Cómo dices? ¿Que se va? ¿A Inglaterra? —Se deja caer en la silla, una mano en el pecho—. ¿Mi hijo se marcha y tú no me has dicho nada? Por eso está estudiando inglés con el secretario de ese comerciante, ¿verdad?

—Sí. Vincenzo tiene que ver mundo, conocer todo lo que pueda. Y ya verás que, tras su estancia en Inglaterra, se habrá olvidado de la baronesita.

Giuseppina menea la cabeza. El hecho de que su hijo, su Vincenzo, se haya fijado en una chica así la altera incluso más que ese viaje que ella se imagina plagado de peligros.

—¡Tiene que quitarse a esa de la cabeza!

Ignazio levanta la voz.

—¡Ya basta! Ni siquiera sabemos si es eso lo que le está pasando, y, en el caso de que sea así, haremos que entre en razón. Y el viaje, daño no va a hacerle. Y ahora vamos a comer, que después todavía tengo que trabajar.



La cena transcurre en silencio.

Vincenzo está perplejo. Come, mira de reojo a su madre, le parece que está enfadada y no sabe por qué.

Tras recoger la mesa, se sienta con su tío para repasar los libros.

Ignazio separa las facturas de las letras de cambio; Vincenzo hace las cuentas.

—Hay demasiada gente que no paga —comenta, en un momento dado—. Y menos mal que contamos con el herbolario, porque, de momento, lo que sacamos como proveedores con la mercancía no nos da nada. Todo se está yendo al traste entre guerras, deudas y el frío.

Casi en respuesta a esas palabras, la criada entra para echar carbón al brasero que caldea la habitación. 1817 es un año sin calor.

Ignazio espera que la chica salga, se desentumece y hace una mueca.

—Después del préstamo, será milagroso no cerrar con pérdidas.

—No seremos los únicos. Todo el mundo está pasándolo muy mal —observa Vincenzo—. Hasta Saguto ha pedido aplazamientos de pago en nombre de su suegro... siempre que el nombre de ese viejo todavía signifique algo. Tuvo un ataque de apoplejía, y desde entonces el hijo mayor es el que se ocupa de los negocios.

—Saguto es un pobre infeliz. Lo aguantan porque les aportó *dineros* cuando se casó con la hija del viejo, pero será siempre un infeliz. Es un perro que ladra a los muertos de hambre y lame los pies de los ricos.

—Ya, un perro, pero *muy ladrador*. Ahora también los Canzoneri tienen deudas. Han dejado de fastidiar.

—La mitad de Palermo tiene deudas, Vincenzo. Y la otra mitad tiene créditos que no puede cobrar.

El sobrino no responde. Sigue haciendo cálculos, moviendo los labios en silencio. Esa mañana había ido a la Cala. En la calle, el vacío. Donde antes estaban los almacenes de los ingleses, ahora solo había persianas bajadas y puertas cerradas. En la via San Sebastiano, en la bodega de los comerciantes vio al dueño barriando el suelo de un salón sin público.

Tras la derrota de Napoleón, el Mediterráneo había sido liberado de la plaga francesa, y para los ingleses había desaparecido el motivo principal de su presencia en Sicilia: ahora ya podían comerciar donde, como y con quien quisieran. La isla había perdido su importancia estratégica. Los puertos se habían vaciado.

Palermo parecía muerto.

A la vuelta había pasado por delante del herbolario de Guli. Quiso quitarse esa curiosidad.

La *putia*, con sus postigos de nogal y sus tarros de alabastro, estaba desierta. Guli en persona estaba apoyado en el mostrador y miraba la calle con gesto afligido. Hasta que vio al joven, y entonces escupió al suelo.

«Da igual que escupa», piensa ahora Vincenzo. Busca entre el montón de letras de cambio y esboza una sonrisa cuando encuentra la hoja: la firma de Guli, muy clara.

Ignazio abre un poco la ventana para que salga el humo del brasero.

—Jamás había visto que se cerraran tantas tiendas en tan poco tiempo. Hasta Ingham me ha dicho que le han hecho muchos menos pedidos...

—¿Qué esperaba? Tras la marcha de sus compatriotas, el comercio ha muerto. Se han quitado de en medio y a nosotros nos han dejado los líos con los napolitanos.

Vincenzo menea la cabeza. Demasiados y demasiado rápidos han sido los cambios en los últimos años.

Nadie había podido oponerse al regreso de los Borbones: los sicilianos estaban divididos. Palermo odiaba Mesina; los trapaneses, aliados de Mesina, detestaban Palermo; los cataneses eran un caso aparte. Podían presumir de tener el Parlamento más antiguo del mundo, pero no sabían qué hacer con él, como habían demostrado con creces. Solo en una cosa estaban unidos: la aversión a todo lo que se encontraba «más allá del faro», al otro lado del estrecho de Mesina.

Luego, el desastre. El regreso de los Borbones a Nápoles.

Desde diciembre de 1816 eran napolitanos los funcionarios de la administración y de la Aduana, eran napolitanos los comandantes militares. Palermo ya no tenía poder ni independencia. Más aranceles y nuevas restricciones y obligaciones al comercio dieron el golpe final.

Y la economía, que empezaba a resurgir, se paralizó completamente.

Vincenzo cerró el libro con un golpe seco.

—Este mes hemos pagado más de lo que hemos ingresado, pero hay letras de cambio vencidas. —Agacha la cabeza hacia las brasas extendidas, suelta un sonoro bostezo.

Ignazio le lanza una mirada de reproche; su sobrino le pide disculpas y se endereza. Luego Ignazio le señala la hoja de las cuentas.

—No somos una cofradía de la caridad. —Coge los pagarés cambiarios—. Basta de dilaciones.

Siguen trabajando en silencio, hombro con hombro. Por momentos, cuando está meditabundo, Ignazio cree que sigue al lado de su hermano y se dirige a él en calabrés. Entonces el sobrino levanta la cabeza e Ignazio se da cuenta del error.

Es en ese momento cuando el recuerdo le crea ansiedad y luego se convierte en nostalgia.



A la mañana siguiente, cuando Vincenzo se levanta, encuentra a su tío listo.

Ignazio juguetea con el anillo de su madre, lo ve brillar a la luz del día. Luego mira a Vincenzo. A saber qué habría pensado Rosa Bellantoni de ese nieto suyo.

Lo oye imprecicar a media voz. Lo encuentra peleándose con jofaina y navaja, una servilleta para taponar un corte que sangra debajo de los labios.

—¿Qué, ya estás nervioso por la mañana? Dame eso, yo te ayudo.

Vincenzo se sienta. Resopla.

La mano de Ignazio es firme, rápida. Le habla en voz baja para que no lo oiga Giuseppina.

—¿Qué te ocurre, Vincenzo? —Enjuaga la navaja. El metal tintinea contra la cerámica—. Llevas un tiempo raro. Tu madre también se ha dado cuenta.

El chico se reclina.

—Me pasan cosas por la cabeza, tío.

—Quieto, que te puedo hacer daño —le advierte. Le levanta la barbilla con los dedos—. ¿Cosas serias? ¿Algún problema de *dineros* del que no me has hablado?

—No. En absoluto.

Otro repaso. Debajo del jabón, reaparece la piel.

—¿Alguna mujer?

Un momento de vacilación. Luego, imperceptible, un gesto afirmativo.

—Ajá.

Vincenzo se pone rojo.

—Cuidado en quién te fijas, Vincenzo. —La hoja corre por la mandíbula con suavidad—. Y cuidado con lo que haces, y con quién. Es muy fácil hacer tonterías, sobre todo si se hacen porque te las reclama el cuerpo.

En la mirada del muchacho hay vergüenza e impaciencia.

—Sabes que ya no soy un *niño*, tío.

—Lo sé. Pero las mujeres pueden volver tonto a un hombre. Y tú no eres tonto. —Ha terminado. Le devuelve la navaja—. Te espero en la tienda. Date prisa.



Isabella Pillitteri tiene dieciséis años, el pelo negro, los ojos brillantes y cuello de cisne. Sus modales son refinados, posee el encanto de quien combina el recato de una novicia con una sensualidad exuberante.

Es realmente guapa.

Ha hecho que en Palermo más de una cabeza se haya vuelto para mirarla. Pero es pobre de solemnidad, porque su padre era un apasionado del juego. Todo, la casa que tenían en Bagheria y las joyas de la madre, se lo han quedado los acreedores. Hasta que un día encontraron al hombre muerto en la cama.

Isabella sabe que se envenenó, pero eso no es algo que pueda contarse. Los suicidios no los bendice la Iglesia.

A su hermano, en cambio, lo han arruinado las *mujeres* con las que se junta. Con su madre se pasa la vida discutiendo.

Ya nadie les concede un crédito. Solo ese jovencuelo del herbolario acepta sus promesas.

Isabella sabe que se derrite por ella. No le asombra verlo, por la mañana y por la noche, al pie de sus ventanas en la plazuela de San Eligio, donde vive en una casa que un tío materno ha cedido a la madre más por compasión que por afecto.

Él es un poco mayor que ella y amable, y su familia tiene algo de dinero, al menos según se cuenta por ahí. Pero a ella no le interesa un partido como ese. Ella es hija de barones. No tienen tierras, están endeudados hasta la siguiente generación, pero siguen comiendo en platos de porcelana, da igual que no los llenen sino con brécoles y cebollas. Ese chico no es más que un recadero enriquecido.

Y sin embargo...

Ahí está, como cada mañana.

Isabella se pone detrás de la cortina.

—Mamá, ha vuelto ese chico —anuncia.

La baronesa Pillitteri llega corriendo.

—¡Ay, qué pesado! —La aparta de la ventana—. No le des confianza. No necesitamos a uno como él. Solo tú nos puedes garantizar algo de tranquilidad. Tienes que buscarte un buen partido y casarte con él, y hacerlo deprisa.

Pero Isabella se resiste, le lanza otra ojeada a Vincenzo, le hace un gesto y él responde con un saludo.

La madre la aparta del todo.

—¿Es que te has vuelto una desvergonzada? —Corre las cortinas, la zarandea—. ¿Lo quieres echar todo a perder? No puedes comportarte de esa manera con un palurdo que se ensucia las manos con el trabajo. Esa es gente vulgar, no tienen modales.

Isabella se resigna a obedecer. Sabe que los aristócratas se juntan solo con sus iguales y que buscan una belleza como la suya. Y también sabe que la belleza pasa rápido.

Pero no puede ignorar las miradas de Vincenzo Florio. No son como las de los otros cortejadores: le llegan hondo, la hacen reír por la vergüenza, la seducen, le apagan la sonrisa, le hacen daño.



El domingo siguiente, en la misa vespertina de Santo Domingo, Vincenzo se sienta detrás de Isabella Pillitteri.

Ha evitado acompañar a su madre por la mañana a Santa Maria la Nova. Giuseppina se ha vuelto agobiante, le pregunta sin cesar qué va a hacer y adónde va a ir. Vincenzo prefiere estar con Ignazio, que se limita a vigilarlo con una mirada seria.

Pero ¿qué más da? Por una mirada de los ojos gatunos de Isabella puede soportar el entrometimiento de la madre y la muda desaprobación del tío.

Isabella tiene un cutis muy blanco, es mármol contra el negro del cabello. Tiene casi la sensación de percibir su calidez, el aroma de los polvos de tocador. Tan fuerte es la atracción que siente por ella que se imagina palpando el latido de la vena azul de su cuello.

Le encantaría verla vestida de seda: un traje espléndido, con un escote en el que se intuye su seno lechoso. Se imagina tocando esa seda y sintiendo ese cuerpo al lado del suyo. Y luego bajando hacia...

Se tapa la cara con las manos.

Ha comprendido que es una mujer que puede volverlo loco.

Concluida la misa, Vincenzo da unos pasos, se coloca delante de ella.

Como es muy baja, Isabella tiene que levantar la cabeza. Enarca ligeramente las cejas, en una pregunta silenciosa.

Y ese instante parece eterno.

Con un golpe de tos, Vincenzo le cede el paso.

—Tenga la bondad —murmura, con una voz cavernosa que no sabe bien de dónde le ha salido.

Entonces la chica rompe a reír y él cree que ese es el sonido más hermoso del mundo.

Isabella está a punto de darle las gracias, pero la madre la empuja.

—¿Qué haces? ¡Vámonos!

Aún concentrado en la chica, que no para de volverse, Vincenzo no ha reparado en la mirada de profundo desprecio de la madre.

El que sí ha reparado en ella es Ignazio, de pie, al lado de su sobrino.

E Ignazio corresponde a esa mirada con igual dureza.



—¿Sigue detrás de esa? —Giuseppina escupe las palabras, que parecen volcarse sobre la mesa del comedor, de donde caen al suelo.

Ignazio prefiere no prestarle atención. Agarra el cubierto y empieza a comer. Se ha pasado la mañana respondiendo a las preguntas de los funcionarios napolitanos que quieren tasarle hasta los zapatos, y ahora está cansado y hambriento.

Giuseppina se acerca a la ventana, se sienta, se levanta otra vez. Delante de ella, el plato de pasta con salsa está intacto.

—¿No piensas decir nada?

Él sigue comiendo.

—Él mismo debe comprender que no es la persona adecuada y...

—¿Y si mete la pata? ¿Y si acabamos lamentándolo y nos tenemos que quedar con ella, con sus deudas y con su bastardo?

—Tranquilízate. —Ignazio enarca las cejas, le señala su sitio en la mesa—. Entonces, y solo entonces, afrontaríamos el problema. Antes no. Y lo haría yo. Tú eres su madre, yo soy un hombre, sé cómo piensa. Además, si ella se comporta como una mujer ligera, la culpa no sería de Vincenzo. Ya es un hombre, es normal que... —se aclara la garganta—... que busque eso que quieren todos los hombres.

Giuseppina enrojece bajo el peso de la mirada de Ignazio. A veces se olvida de que su cuñado también es un hombre y que también él debe tener necesidades.

Se oyen unas llaves en la cerradura. Vincenzo llega agitado.

—Perdonad el retraso, yo...

—No, yo no te perdono. ¿Dónde has estado?

—Madre, pero qué...

—Ahora calla y escucha. A la tal Pillitteri no quiero verla, ¿te enteras? Tiene un hermano que derrocha dinero en los burdeles y la madre espera dar con un rico mentecato que esté dispuesto a casarse con ella. Según parece, tú eres el candidato perfecto, a la vista de la forma en la que te estás comportando.

—¡Ay, por san Francisco de Paula! —Ignazio se tapa los ojos con las manos—. No podías esperar a que yo hablase con él, ¿verdad?

El chico se aparta de la mesa.

—A mí no me hable así. Isabella es...

—¿Isabella? ¿Ya la llamas por su nombre?

—¡Se llama Isabella, maldita sea! Sí, he estado enfrente de su casa. ¿Y? —También Vincenzo levanta la voz—. ¿Qué le hace pensar que no es una... mujer honesta?

—Solo hay que ver cómo se mueve para comprender qué clase de mujer es. —No hay poder humano o divino capaz de hacer que Giuseppina entre en razón cuando está furiosa.

Es entonces cuando Ignazio lo ve: el lado oscuro de Vincenzo, ese que siempre le ha intuido. Destructivo, fortalecido por la determinación, fomentado por la ira. Ahí es donde late, y brilla.

—Vincenzo, cálmate. —Se le acerca, trata de apaciguarlo, pero el muchacho ni siquiera lo escucha. Lo aparta. Es como si ya no reconociese a su madre: no sabe quién es esa bruja que le escupe insultos a la cara. Es el desprecio que le ve en la cara lo que lo hiere en lo más profundo.

—¿Quién le da derecho a creerse mejor que ella? ¡Usted siempre ha juzgado con demasiada facilidad, se ha pasado la vida encerrada en su mundo, nunca ha querido ver lo de fuera! Le gusta torturar a los demás, eso es.

—¡Yo soy tu madre!

—No... —La ira lo asfixia, le impide hablar. Retrocede hacia la puerta.

Devora los metros que lo separan del herbolario. Por suerte, en la tienda no hay nadie: todo el mundo está comiendo en casa.

Intenta calmarse enumerando las especias y su aplicación.

«Hamamelis como calmante.

»Clavo de olor para las náuseas y la indigestión.

»Cincoenrama contra las infecciones intestinales.

»Raíz de castaño de Indias contra las venas varicosas.

»Corteza de quina para las fiebres.»



Ignazio termina de comerse la pasta ya fría, mientras Giuseppina sigue gritando.

Nunca lo dirá, pero sabe que los temores de su cuñada no son infundados: la llegada de un bastardo sería lo peor que les podría pasar. Se marcha entonces sin siquiera despedirse y va al herbolario.

Encuentra a su sobrino solo, en el despacho, inclinado sobre los libros de contabilidad. Le pone una mano en la espalda.

—¿Confías en mí?

Vincenzo asiente.

—¿Qué es lo que está pasando con la baronesita, Vincenzo?

—Nada, tío. Te lo juro.

En su mirada, Ignazio vuelve a notar ese lado oscuro que siempre ha temido. Ya ha salido a la luz y no hay forma de hacerlo desaparecer.

—No es como lo cuenta mi madre: ella habla así porque... —Se pasa las manos por el pelo tupido y desordenado—. No sé por qué.

—Tú eres su hijo. Teme que la dejes de lado. —«Y está celosa. Porque tu madre no te quiere como a un hijo, sino como si fueras parte de ella misma, con una clase de amor que no deja sitio para nada más», piensa.

Vincenzo se acoda en la mesa.

—De todos modos, creo que ella también me quiere. Me refiero a Isabella.

—¿Qué te lo hace pensar?

—El otro día estaba detrás de la cortina: cuando pasé por debajo de su casa, me saludó. Ahora me sonrío abiertamente, aunque esté su madre, que luego la regaña. Esa vieja me desprecia como si tuviese la peste.

—Su madre también quiere lo mejor para ella.

—¿Es que entonces yo no la merezco?

Ignazio no responde. Los Florio son pudientes, es cierto. Pero Vincenzo no es el heredero de una familia noble y, para la gente de alta alcurnia, la sangre lo es todo. Le pasa una mano por el pelo.

—Atiéndeme. El mes que viene te irás a Gran Bretaña y estarás fuera unos meses. Cuando regreses, si la sigues queriendo, trataré de hablar con tu madre y de convencerla. Pero no antes. En este momento, si tu madre se encontrase delante de esa chica la estrangularía.

Vincenzo suelta una carcajada. Pero la mirada se le ensombrece.

—Verás, tío, también he estado pensando en este viaje. No sé si es una buena idea que me marche.

Ignazio se queda helado.

—¿Cómo dices?

—No estoy seguro de querer ir.

—Tienes que ir, Vincenzo. —Como siempre, Ignazio ha hablado pausadamente, pero en su interior brama.

El chico suelta la pluma. Una gota de tinta se extiende por el papel.

—Pero si Isabella...

—Es mujer, y de momento es guapa y te *gusta*, pero hay cosas que no duran siempre, Vincenzo. ¡Lo que dura es este trabajo!

—Si su madre la casa con otro, yo...

—No. —El tío eleva la voz por primera vez, lo zarandea—. No puedes hacerme algo así. Serías un ingrato después de todos los sacrificios que he hecho por ti y por esta empresa. Has de ocuparte tú también de esta *putia* y de la gente que trabaja para nosotros. Ya no puedes pensar solo en ti mismo, Vincenzo.



«Ya no puedes pensar solo en ti mismo.»

Esas palabras le retumban en la cabeza mientras camina cabizbajo y con las manos en los bolsillos.

Son palabras duras como piedras.

Le cuesta desprenderse del sentimiento de culpa. Es verdad: su tío se ha consagrado al trabajo, y lo ha hecho por él y por su madre. Siente que se ahoga, es un animal enjaulado.

Nunca ha sido tan consciente de pertenecer a una familia como en ese momento.

Por fin, llega a la Cala.

Hasta hace un año el puerto estaba repleto de embarcaciones, y a lo largo del muelle se descargaban cajas con los timbres ingleses y de las colonias. Ahora toda la zona parece replegada en sí misma, envuelta en un silencio pastoso en el que incluso se oye el chapoteo del agua.

La idea del viaje a Inglaterra resurge, más presente que nunca.

«Dios mío, es verdad: quiero ir», piensa el joven. Es lo que más desea desde que conoció a Ingham. Por otro lado, Isabella es el deseo de un corazón alborotado convencido de las promesas contenidas en las miradas lanzadas desde detrás de una cortina.

Los zapatos devoran el adoquinado, lo conducen a la plazuela de San Eligio.

Al diablo las convenciones. Tiene que saber.



Cae la tarde cuando Isabella sale. Lo primero que ve es a Vincenzo apoyado en el muro que hay delante del portal.

Él se le acerca, le agarra la mano.

—¿Y bien? —le pregunta deprisa—. Dímelo, ahora.

Ella contiene la respiración. Querría responder, no puede, lo intenta.

—Yo...

Un abanicazo en los labios la hace callar. Veloz, la baronesa se interpone entre ellos.

—¿Y bien qué? ¿Qué quieres tú?

—Hablar con Isabella, no con usted.

—¿Cómo te atreves a llamarla por su nombre? Para ti ella es la baronesa Pillitteri. Y ahora largo de aquí, antes de que llame a mi hijo para que te atice los bastonazos que se merece un *mozo de cuerda* como tú.

Detrás de la madre, la muchacha está palidísima y no reacciona. Aprieta los puños contra la boca.

Vincenzo siente que la ira se le va acumulando debajo del esternón.

—Su hijo, señora —no piensa darle el gusto de llamarla por su título nobiliario—, estará borracho en algún burdel, gastándose las últimas monedas que usted le haya dado.

La mujer tiene las mejillas hundidas. A lo mejor de joven fue tan hermosa como Isabella, pero la vida le ha marcado el rostro, robándole hasta la última chispa de atractivo.

—¡Tú, *parásito*! ¿Cómo te permites hablarme así?

—Yo no le estoy faltando el respeto. Usted a mí, sí.

La gente se ha parado a mirarlos. Hay cabezas asomadas a las ventanas.

—Mis antepasados mandaban azotar a la gente como tú si levantaban la mirada o si decían una palabra de más, ¿y tú ahora te atreves a hablarme así? Vuelve a la sentina de la que habéis salido tú y tu familia de estibadores.

Vincenzo le clava los ojos. Su traje tiene el encaje remendado y el volante del ruedo está tan desgastado que se ha soltado.

—¿Ha elegido usted la ropa para salir? ¿O ha sido su criada...? No, eso es imposible: usted no tiene ya doncella personal, ¿verdad? Pues tendría que haber elegido mejor, porque la seda de la falda esta rasgada, señora.

El ruido de una bofetada resuena en la calle.

Vincenzo se queda petrificado.

Ni siquiera recuerda la última vez que su madre lo abofeteó.

Lívida de vergüenza, Isabella retrocede hasta el portal. Vincenzo se da cuenta y se aparta de la baronesa, sin pensar en el escozor de la mejilla.

—¡Isabella! —la llama.

Pero ella primero hace un gesto negativo con la cabeza, y luego repite ese rechazo en voz alta, varias veces, antes de desaparecer en la oscuridad del patio.

—No.

La baronesa se acerca a Vincenzo y, poniéndose de puntillas, le acerca los labios al oído. Las palabras son cuchilladas.

—Antes que ver a mi hija rozada por alguien como tú, prefiero saberla muerta o deshonrada —musita—. E incluso *puta* en un burdel. —Se aleja, luego eleva la voz para que todos la oigan—. Aunque tengas todo el dinero del mundo, apestarás siempre a sudor. Mozo de cuerda eres y mozo de cuerda serás. La sangre es lo que marca la diferencia.



Vincenzo se queda paralizado en medio de la calle mientras Palermo le pasa por delante. Las ventanas se cierran, los carruajes no dejan oír las risas. Hay quien lo mira con simpatía, con compasión. Otros no ocultan su desprecio.

«La sangre es lo que marca la diferencia.»

Se aleja de la plaza. Con la cabeza erguida, la espalda recta. Pero se siente de plomo.

Todo él se está haciendo añicos. Solo la humillación lo mantiene de pie.

«Nunca más», se dice.

«Nunca más.»



—¿Y bien? ¿Qué piensa de Yorkshire?

Benjamin Ingham está sentado enfrente de él en el carruaje. Le habla en inglés.

Vincenzo tiene la nariz pegada a la ventanilla y observa la campiña.

—Es hermoso, pero toda Inglaterra es diferente de como me la imaginaba —responde por fin—. Pensaba que estaba llena de ciudades y casas. —Lo mira—. Nunca había visto tanta lluvia, y menos en agosto.

—La traen los vientos del océano —explica Ingham—. Aquí no hay montañas que frenen las nubes, como en Sicilia. —Luego observa el traje del joven y asiente, satisfecho—. Mi sastre ha hecho un trabajo excelente. Lo que había traído usted de Palermo no era apropiado para este clima.

Vincenzo palpa la tela de la chaqueta: es cálida, resistente, no permite que traspase la humedad. Pero lo que realmente lo ha sorprendido es el algodón con el que están confeccionadas las camisas. La textura de su ropa era tosca; esta, en cambio, es suave, está fabricada en telares a vapor que Ingham le ha descrito con entusiasmo.

En esas pocas semanas está aprendiendo más que en un año entero de estudios. Todo es un descubrimiento en ese viaje: el océano, que le ha dado una sensación tal de enormidad que lo ha atemorizado; los acantilados de la costa francesa, el sol convertido en una presencia evanescente. Y las fábricas. ¡Cuántas fábricas!

—Antes de que lleguemos a mi casa, en Leeds, iremos a una de las factorías textiles de las que soy propietario —le había prometido Ben a su llegada—. Una fábrica de telas, donde los telares funcionan a vapor. Ya verá qué maravilla.

Justamente es allí adonde se dirigen.

No bien se apea del carruaje, a Vincenzo lo acomete el olor de la combustión del carbón: un olor áspero, amargo, que se mezcla con el viento del norte.

Los obreros se mueven entre vagones de mercancías y contenedores cubiertos con telas.

Observa los muros de ladrillo del patio. Ningún revoque. Ninguna decoración. En el centro, un edificio con un ancho portal y una chimenea en un tejado de pizarra.

Un hombre se acerca a recibir a Ingham. Es el capataz: un gordinflón con una chaqueta que parece que está a punto de reventar. Mientras los acompaña a la entrada, menciona las averías de un motor.

Benjamin lo tranquiliza, le dice que ya hablarán de ello. Con un gesto, le indica al joven que lo siga.

Entran.

Pitidos, golpes, chiflidos y un chirriar constante que parece proceder del tejado. El ruido es ensordecedor. Vincenzo entra en la oscuridad y nota el calor.

Percibe movimientos. Cuerpos. Le vienen a la memoria los tercetos del *Infierno* de Dante que había aprendido con don Salpietra, cuando el poeta encuentra a los indiferentes corriendo y tropezándose unos con otros en pos de un estandarte, en un esfuerzo inútil.

Unos segundos después ve hombres, mujeres y niños moviéndose alrededor de las máquinas. Muchos transpiran y tienen un pañuelo en la cabeza.

Benjamin lo agarra de un brazo.

—Aquí hay más de treinta personas empleadas. El trabajo tiene un orden concreto: allí se producen los hilados que luego se elaboran en este sector de la fábrica. —Señala un lado de la nave que parece más luminoso. Vincenzo ve niños sentados cardando lana—. Antes eran pastores y tejedores por encargo; ahora tienen un salario y un techo seguros.

Un pitido a su derecha. Vincenzo se inclina hacia la canilla mecánica que gira trenzando trama y urdimbre, como si tuviera vida propia. Está a punto de tocar los hilos, pero se contiene cuando repara en los dedos de la mujer que está en el telar. Le faltan dos falanges.

Siente que el sudor se le concentra en los omóplatos, que le chorrea por la espalda. Se quita el abrigo. Ahí dentro falta el aire. ¿Cómo puede esa gente trabajar así?

Ingham le señala unos cilindros negros, separados de la zona de trabajo por una pared. Ahí es donde suenan los chiflidos y los chasquidos. Cuanto más se acercan, más asfixiante es el calor. Los rostros de los obreros parecen febriles, algunos de ellos trabajan con el torso desnudo. Casi ni se fijan en los recién llegados; con todo, en aquellas miradas furtivas Vincenzo percibe una mezcla de acritud y resignación.

Están en el corazón de la fábrica. El motor a vapor es un monstruo de caparazón negro, brillante de grasa. Una plancha oculta los pistones que activa el calor. Con cuidado, casi con reverencia, Vincenzo estira una mano hacia uno de los tubos. Está caliente, nota el movimiento que vibra debajo de su mano. Es como si latiera con vida propia.



Ingham tiene razón cuando afirma que en Sicilia no podría funcionar nada semejante. En Inglaterra los obreros trabajan sin quejarse ni mangonear, el agua no escasea y, sobre todo, no faltan empresarios.

—Es diferente la mentalidad de la gente —explica en el despacho, al final de la visita.

Una criada les sirve té. Es una mezcla que Vincenzo no ha probado nunca, con aroma a flores.

Levanta la taza tratando de imitar los modales ingleses, que nada tienen que ver con el sencillo estilo de su familia.

—Únicamente con dinero no se monta una empresa. Hacen falta ideas y valor para sacarla adelante. Le pondré un ejemplo. De todos los herbolarios de Palermo, ¿cuántos tienen su volumen de negocio?

—No muchos —reconoce Vincenzo—. Quizá un par, Canzoneri y Gulì.

—¿Por qué? Estoy seguro de que lo ha pensado.

—Trabajan de la misma manera desde hace generaciones, y así siguen. —Los pensamientos en los que tantas veces ha tropezado se alinean, cobran sentido—. Nunca han creído que puedan llegar más lejos... Así que...

—Se han conformado con lo que tienen. Con una *tienducha*. —Resulta raro oír esa palabra pronunciada con acento inglés.

Mientras Ingham se bebe el té, Vincenzo inclina la mirada y reflexiona. Durante unos instantes, recuerda de nuevo a Isabella. Rehúye esa evocación, y con ella las palabras que le dijo la baronesa.

—Pero ¿y si se implantaran estas máquinas en Sicilia? ¿No abarataríamos los costes? —insiste.

—Sí y no. —Ingham deja la taza. Es hora de ponerse en camino—. No crea que no lo he pensado. Tendría que importar los telares y las piezas de recambio, y llevar mecánicos... por no hablar de que aquí el carbón se encuentra fácilmente. La idea sería que hubiera en Palermo una fábrica que produjera estas máquinas.

—Pero no hay ninguna —concluye Vincenzo, desanimado—. Sería una operación deficitaria.

Cuando se disponen a subir al carruaje, Ingham le agarra un brazo.

—De todos modos, diría que ya podemos dejar de ser tan formales. Llámame Ben.



El siroco es una manta húmeda lanzada sobre Palermo.

Los nobles se han ido a San Lorenzo o a Bagheria a pasar el verano en las villas rodeadas de jardines. Los más afortunados pasan el día metidos en casa, mojando las cortinas para refrescar el aire o refugiándose en las habitaciones subterráneas.

Ni los niños tienen ganas de jugar. Están en la playa, más allá de la Cala, lanzándose al agua y persiguiéndose por las escolleras.

Los que no tienen más remedio que trabajar cruzan las calles cabizbajos bajo un sol de justicia. Ignazio detesta el calor: lo agota, le impide respirar. Llega al herbolario al amanecer y se marcha cuando está anocheciendo.

Es entonces cuando los palermitanos se adueñan de nuevo de la ciudad. En las calles angostas, entre los callejones de toba que hay detrás de suntuosos palacios aristocráticos —con las contraventanas cerradas porque los dueños están en las villas del campo—, la vida se reanuda. Del puerto llegan ventoleras impregnadas de humedad; quien puede, coge el carruaje o la calesa y da un paseo por la playa. Aparecen coches brillantes y carros pintados con las figuras de las marionetas de los paladines sicilianos, simones sin pretensiones repletos de gente que busca algo de alivio. El Festino, la gran fiesta popular por la patrona santa Rosalía, se celebró hace poco, dejando la ciudad agotada y aturdida de fiesta y color.

Hay sillas y banquetas delante de las puertas de las casas; las mujeres charlan sin perder de vista a sus hijos; los obreros se quedan dormidos en los jergones que hay en los balcones.

Giuseppina lo espera sentada a la ventana, zurciendo algo. Cenar sumidos en un silencio quieto, familiar.

Luego salen al balcón a mirar a la gente que pasea por la calle. Ella con un abanico de palma y un vaso de agua de *zammù*, de agua de anís, e Ignazio con un cuenco de *semenza*, de pipas de calabaza.

Esa noche, de repente, Giuseppina se entristece.

—¿Qué pasa? —le pregunta él, más por costumbre que por auténtica preocupación.

—Nada.

—¿Qué te pasa? —repite.

Ella se encoge de hombros. Parece melancólica. Luego habla en voz baja.

—¿Alguna vez te acuerdas de la casa de Pietraliscia?

Ignazio deja el cuenco de pipas en el suelo.

—De vez en cuando. ¿Por qué?

—Pues yo me acuerdo siempre. Me digo que me gustaría volver, al menos para morir allí. —Reclina la cabeza, busca las estrellas, no las encuentra—. Quiero regresar a mi casa.

—¿Qué dices? —Ignazio está perplejo.

Giuseppina casi no lo escucha.

—Tú estás a gusto con tu trabajo —prosigue, hablando más para sí misma que con él—. Mientras que yo no sé qué hago aquí. Aparte de Mariuccia, que ya está muy mayor, y pocas conocidas más, no tengo a nadie. Podría decirle a Vincenzo que se viniera conmigo y él te ayudaría desde allí con las ventas, te organizaría el trabajo...

Ignazio no da crédito a lo que Giuseppina acaba de sugerir. Agarrado a la barandilla, busca palabras que no encuentra.

—¿Qué dices? ¿Mandamos barcos a Marsella y tú me hablas de Calabria? ¿Quieres que Vincenzo, que habla inglés y francés, se vaya a vivir a Bagnara? ¿Es un hombre de ciudad, todo un palermitano, y tú pretendes que se vaya a un pueblo de mala muerte? —Habla con vehemencia,

con incredulidad, con rabia—. Llevamos casi dieciocho años en Palermo. Hasta la tumba de tu marido está aquí.

—¡Maravilloso, tu hermano! Me lo quitó todo y *no me dio ni pizca de amor*. Se apropió del dinero de mi dote y luego me arrinconó.

—¿Sigues con eso? La dote le pertenecía y tú te quedarás aquí. ¿Adónde vas a ir, sola y sin nadie? ¿Quién se ocuparía de mí y de tu hijo?

Las arrugas del rostro de Giuseppina dibujan una mueca de ira.

—¡Es cosa de familia! Tengo que ser vuestra criada hasta el fin de mis días, ¿verdad? He sido idiota por haberte pedido eso, esperando que fueses distinto, pero eres como todos los otros, egoísta y *cabezota*. —Se levanta—. ¿Y sabes qué es lo que más me duele? Que mi hijo se esté pareciendo cada vez más a vosotros, que se le esté endureciendo el corazón...

—Pero ¿qué te pasa esta noche? ¿Qué dices de tu hijo?

—No me pasa nada, son cosas mías. Ya es inútil hablar. Al fin y al cabo, tú también te has olvidado de todo. A ti solo te importan los *dineros* y la empresa. —Y desaparece detrás de la cortina.

Ignazio se queda en el balcón, los puños aferrando con fuerza la reja.

«Es pura ingratitud —se dice—. No es mi culpa.»

Tiene ganas de ponerse a gritar como un loco. Giuseppina le ha lanzado acusaciones crueles e injustas, sin reconocer ni una de las mil cosas que ha hecho por ella.

Y entonces se pregunta de repente si es justo que se haya matado a trabajar como lo ha hecho, sin una pizca de afecto. Y no piensa en el afecto que le ha dedicado cuidándolo, porque Giuseppina eso siempre lo ha hecho.

Piensa en otra cosa, en algo que lo reconcome y lo desvela desde hace años, demasiados años.

«Ya basta.»

Entra en la alcoba de su cuñada. Se ha cambiado: está en camisón, liso, sin oropeles, herencia de su ajuar. Delante del espejo, se está quitando los pasadores del cabello.

—¿Por qué? —Ignazio ya no se contiene—. ¿Es que no sabes quién eres para mí? ¿Por qué has de recordar siempre el pasado?

Giuseppina baja los brazos.

—Ya te lo he dicho. Yo no elegí esto. Para mí estar aquí es una penitencia.

—No me lo reproches. La gente se adapta, son muchos los que se han afincado en Sicilia... hasta Vittoria y Pietro Spoliti viven en Mistretta. ¿Qué crees que queda en Bagnara?

Giuseppina no responde. Sabe que Ignazio tiene razón. Pero ha alimentado el rencor durante tantos años que ya no puede prescindir de él. Ese resentimiento es una espina entre las costillas y el estómago. Deja los pasadores, empieza a peinarse.

—Vete, por favor. —Golpea el tocador con el cepillo—. ¡Vete!

Oye unos pasos alejándose.

Pero el rencor no disminuye.

Las palabras le salen sin que se dé cuenta, pues la desborda la ira por todo el tiempo que se la ha guardado para sí.

—Eso es lo que sois: ¡gente que se queda con lo que le da la gana! —grita—. Primero tu hermano y ahora tú os habéis apropiado de mi vida. Me habéis convertido en una nulidad, y a mi hijo lo habéis convertido en un canalla, en un *cani di mannara*.

Otros pasos.

De repente, unos brazos la estrechan con tanta fuerza que le hacen daño. El camisón se abre, le descubre el seno.

Ignazio la aprieta, hombros contra pecho. Está temblando.

Se miran en el espejo.

Giuseppina ve a un extraño y siente miedo. Porque el hombre que la ha aferrado de esa manera no puede ser el apacible y paciente Ignazio. Es un hombre desesperado, dispuesto a todo.

—Si yo fuese como dices, ya hace años que habría cogido lo que quiero —murmura. Se lo dice al oído, se lo confirman sus manos.

Giuseppina tiene miedo. Nunca lo ha visto de esa manera y lo que ve en su cara le paraliza las piernas.

Pero ve también su propio deseo, y eso es lo que la ruboriza, lo que le impide respirar.

Hace falta poco. Ambos lo saben.

Y es ella la que cruza esa barrera. La que se gira, la que busca a Ignazio. Da igual que a la mañana siguiente se arrepienta. Da igual que se arrepientan ambos y que no puedan mirarse a la cara durante días. Da igual que después de que sus manos conozcan el camino que tantas veces han recorrido con los ojos y el deseo, no admitan haberlo hecho el resto de su vida.

Esa noche la enterrarán en el recuerdo, porque demasiado profundos serán el arrepentimiento y la conciencia de haber traicionado a quien ya no está. Nunca podrán hablar de ello, ni siquiera como si lo hubiesen soñado.

Era una vergüenza que debía permanecer en el recuerdo.



Diecinueve años.

En el soleado 3 de abril de 1818, Vincenzo lleva ya diecinueve años en el mundo. Desde hace diecinueve años, con su madre y su tío forman una familia hecha de ausencias y silencios.

Ese día, a la hora del cierre, en el mostrador hay licores y galletas. Ignazio ha querido invitar a

los empleados del herbolario a un aperitivo; luego han ido a casa, donde los espera Giuseppina, que para la ocasión ha preparado un estofado.

El día de su regreso, en octubre del año anterior, Ignazio y Giuseppina fueron a recibirlo al muelle. Cuando desembarcó, ella lo abrazó con la posesiva vehemencia de las madres. Vincenzo permaneció frío, incómodo; buscó enseguida al tío con la mirada, y él, a un lado, le hizo un gesto. Poco después, se dieron un apretón de manos.

Nada más.

Pero el tío comprendió enseguida que esos tres meses en Inglaterra le habían sentado bien: el muchacho de corazón afligido había desaparecido; ahora era un joven orgulloso, de labios tensos, hombros anchos y expresión decidida.

Una vez en casa, mientras los portadores subían el equipaje, tío y sobrino se quedaron charlando en el salón.

—Ni te imaginas lo que he visto, tío. Allá las máquinas lo hacen todo en menos de la mitad de tiempo. —Y siguió hablando de los motores a vapor, las hiladoras y las locomotoras.

De vez en cuando, Giuseppina dejaba la cocina para acercarse a su hijo, le besaba el pelo y lo escuchaba, rebotante de orgullo.

En cambio, Ignazio lo escuchaba con suma atención.

—Por ese motivo pueden comerciar a precios tan competitivos —concluyó.

—Exacto. Y ahí podríamos entrar nosotros, ofreciéndoles lo que necesitan. —Del bolsillo de la chaqueta, Vincenzo extrajo un sobre. Sin decir nada, se lo tendió a su tío.

—Nombres y direcciones de fábricas y de agentes comerciales —comentó Ignazio mientras repasaba el contenido de la hoja—. Me complace. Ingham ha sido un buen maestro.

Vincenzo juntó las manos y se las llevó la barbilla, una leve sonrisa acompañó el gesto.

—En la última parte del viaje me quedé con él en Londres. Se vio con agentes comerciales, con terratenientes, también con unos cuantos dueños de fábricas. Creían que tenían delante a un chiquillo, así que hablaban con Ingham sin pensar en mí. Yo escuchaba, y así comprendí que no les gusta tener tantos proveedores distintos.

Ignazio ve en su sobrino la misma pasión que él había tenido largo tiempo.

—Bien. ¿Y?

—Nosotros podemos ser los intermediarios en Sicilia. Piensa en el tanino: ellos lo usan para trabajar la piel y el cuero y para fijar los colores. Aquí en Sicilia tenemos zumaque, ¿no? Lo compramos, lo mandamos triturar, lo convertimos en tanino y lo vendemos directamente a las curtidurías.

Ignazio miró la lista de nombres, luego a su sobrino. Se había dejado un poco de barba, que le hacía parecer mayor. Pero era en la actitud en lo que había cambiado radicalmente: serio, incluso severo.

—Ingham ya hace eso —murmuró Ignazio.

—Sí. Pero él es inglés. Mientras que nosotros somos palermitanos, y podemos conseguir precios más bajos...

Giuseppina los interrumpió para llamarlos a la mesa.

Vincenzo les pidió que esperaran un momento; se acercó a un baúl y sacó de él dos paquetes.

—Esto es para ti, tío. Y esto es para ti, madre.

Giuseppina cogió el regalo con la alegría de una niña. Un corte de tela con motivos orientales salió del papel. Asió una punta y se la acercó al rostro.

—¡Seda! —exclamó—. Pero ¿cuánto has gastado?

—Seda china, para ser exactos. Nada que no pueda permitirme. —Luego miró a su tío, le hizo un gesto con el mentón—. Abre el tuyo.

Un corte de tela oscura para un traje y una corbata. Ignazio apreció la calidad de la tela, su suavidad.

—Es de una de las fábricas de Ben. Te hablaré de ello en la mesa.

Y eso hicieron.

Hablaron largo y tendido.



Ignazio está al escritorio, el sobrino repasa los libros de los años anteriores, llega al año en curso, dice la cifra, compara las cantidades de mercancías que han salido y entrado. La corteza es su principal recurso. Pero hay más.

—En comparación con el año pasado, hemos tenido un incremento de ventas del zumaque. — Vincenzo se frota los dedos—. Casi todo se ha colocado en el mercado inglés. Y además están los cargamentos de seda china. Se esfumaron en cuanto pasaron la aduana, literalmente.

—Pero tampoco los franceses se andan con bromas. El otro día, Guli envió un gran cargamento de zumaque a Marsella. —Ignazio se muerde el labio, medita unos segundos—. Verás, Vincenzo, estaba pensando producir para la venta también piel semielaborada, además de tanino. Los ingleses usan pieles de cordero y cabrito que aquí no faltan. ¿Qué opinas?

El muchacho asiente.

—Opino que debemos intentarlo. Mi padre y tú empezasteis en un trastero, me lo has contado mil veces, y ahora nos llegan pedidos de media Europa. ¿Empezamos a hacer las propuestas? Verás, tú pensabas en el cuero, y yo quería hablarte de los franceses que compran azufre. ¿Me has escuchado? ¿Por qué no...?

En silencio, el tío señala una carpeta del escritorio con unas notas de Maurizio Reggio.

—Lo he pensado antes que tú. A comerciantes y gerentes de minas les he preguntado por las condiciones de venta del azufre. —Lo mira de reojo con mucha ironía—. ¿Qué, pretendes enseñarme el oficio?

La carcajada del sobrino lo reconforta.



Es enero de 1820, y hace mucho frío. Ignazio padece desde hace tiempo de dolores reumáticos y ha pedido que enciendan el brasero en el despacho que hay en la parte trasera del herbolario.

Vincenzo pela una naranja, cuyas cáscaras echa a las brasas. Un agradable aroma se difunde por el ambiente.

En esos dos años Vincenzo ha crecido bastante. Ignazio lo observa y se da cuenta de que no es solo su cuerpo el que ha cambiado, sino también su mente. Es cada vez más fría y calculadora.

Por ejemplo, cuando se le metió en la cabeza importar y vender el polvo de corteza inglesa, aun a sabiendas de que a los farmacéuticos no iba a gustarles esa novedad. Y su deseo se había concretado pocos días antes: el Protomédico, la autoridad encargada de la venta de los nuevos fármacos en Sicilia, le había concedido la autorización, con lo que quedaba al amparo de cualquier queja. A buen seguro, no iban a faltar los compradores de esa corteza refinada y de excelente calidad.

«Y las protestas no tardarán», pensó Ignazio.

Así, cuando un empleado llama a la puerta y, apurado, dice que ha llegado una delegación de farmacéuticos para «pedir explicaciones», tío y sobrino tienen el tiempo justo para cruzarse una mirada de complicidad. En efecto, el grupito de hombres embutidos en abrigos negros ya está en la puerta: delante de todos ellos están Carmelo Saguto y su cuñado, Venanzio Canzoneri.

Ignazio se levanta, los recibe, los invita a sentarse en el despacho y él hace lo propio en el escritorio. En cambio, Vincenzo permanece de pie, mirándolos con gesto amenazador.

—Y bien, Florio, díganos —empieza Venanzio Canzoneri. Tiene patillas tupidas y pelirrojas, y habla como quien está acostumbrado a mandar—. En fin, ¿qué es esto de que ahora pueden vender fármacos? Nos ha llegado la noticia, pero es tan rara que resulta increíble.

—Buenos días, igualmente, señor Canzoneri —replica Ignazio, elevando la vista al techo—. Yo también lo encuentro a usted estupendamente.

—Ya me imagino quién se lo ha dicho. —Vincenzo rodea al hombre. Se coloca detrás de Saguto, se inclina hacia él, le habla casi al oído—. Usted, como siempre, es peor que una *chismosa*.

—¿Quién es este niño? —Saguto se vuelve de golpe, trata de cogerlo, pero Vincenzo lo

esquiva y se ríe en su cara.

Con un gesto, Ignazio le pide a su sobrino que se acerque al escritorio, y él, rabioso, obedece. Ignazio no quiere que haya una pelea en su despacho. Pero tampoco está dispuesto a dejarse intimidar.

—Únicamente lo que le ha contado su... discreto cuñado, don Venanzio. Por cierto, ¿cómo se encuentra su padre? Sé que sufrió otro desmayo hace unas semanas y que no se ha recuperado.

—Sobrevive, por voluntad de Dios. —Canzoneri cruza las manos sobre el vientre. Hablar del padre, que ya es un vegetal, le molesta. Hace que se sienta fuera de lugar, pese a que él ya es, a todos los efectos, el titular de la farmacia—. Volvamos a lo nuestro. ¿Sabe que no pueden comerciar con fármacos? Ni usted ni su sobrino son farmacéuticos, y, hasta donde yo sé, tampoco trabaja ninguno con ustedes.

—No haríamos nada que no esté autorizado por la ley. El Protomédico nos ha reconocido esta posibilidad, lo que le agradecemos sobremanera. Tenemos un título que nos lo permite, es una autorización extendida expresamente. Por lo demás, yo le pregunto ahora: ¿qué hace usted aquí?

Canzoneri resopla, se mueve inquieto en la silla. Detrás de él, Pietro Gulì, el viejo farmacéutico que tanto había escarnecido a Paolo y a Ignazio a su llegada a Palermo, se seca los labios, luego toma la palabra:

—Hay un Colegio de Herbolarios con reglas concretas. Ustedes no son miembros. Peor aún, no han pedido permiso, ni respetan las reglas que guían a nuestra corporación para el comercio de las hierbas medicinales.

—Porque solo existen sus reglas —le replica enseguida Vincenzo—. ¿Sabe cuál es su problema, señor Gulì? Creen que las leyes han sido hechas para ustedes y que pueden hacer y deshacer a su antojo.

—Pues las cosas son así, hijo mío —dice Venanzio Canzoneri en voz baja, cortando la respuesta ofendida de Gulì—. Este encuentro es una aclaración preventiva. Considérenlo de ese modo.

Vincenzo inclina la cabeza. Empieza a sentirse también harto y airado.

—¿Cómo?

—Están demostrando que siguen teniendo mentalidad de extranjeros, y eso que viven en Palermo desde... desde hace veinte años, ¿no? Les ha ido bien y han puesto bastante de su parte, lo reconozco. Sin embargo, siguen sin ser capaces de comprender que aquí hay cosas que cambian no cuando uno quiere cambiarlas o se tienen permisos, sino cuando existen las condiciones para que cambien.

—Existen. Más de la mitad de los farmacéuticos de Palermo son nuestros clientes exclusivos. Saguto abre los brazos, es uno de sus gestos teatrales.

—Todo esto lo tienen gracias a que consiguieron los papeles. Pero ¿y si ya no entra más dinero?

—Saguto, no me gusta la manera en la que habla. A veces...

—Vincenzo, no. —Ignazio agarra a su sobrino por un brazo—. Así no es como reaccionan los Florio.

Vincenzo da un paso atrás, pero sigue mirando fijamente a Saguto, que sonrío satisfecho.

La atención de Ignazio pasa de Gulì a otro de los ahí reunidos, que hasta ese momento se ha mantenido algo apartado. Lo conoce bien: es Gaspare Pizzimenti, un farmacéutico del barrio dei Tribunali. Es un hombre de edad avanzada, de aspecto distinguido y con la cara picada de viruela, quizá porque de niño tuvo esa enfermedad.

—Dígame, Gulì, y usted, Pizzimenti: ¿a quién le han comprado las provisiones de corteza los últimos años?

Pizzimenti se aclara la voz.

—A usted, pero...

—Siempre han dicho que nuestras mercancías eran las mejores del mercado, y que nuestra corteza inglesa la embotellaban sin refinarla. No se avergüencen: aquí pueden confesarlo. Estamos entre hombres de honor, ¿no es así? —pregunta Ignazio, y deja que sus palabras floten en el aire unos segundos—. Ánimo, nadie les reprocha eso. No son los únicos que lo hacen. Sin embargo, ahora, por lo que cuentan sus colegas, parece que ya no tienen intención de comerciar con nosotros y, al igual que ustedes, muchos otros. Pero creo que no va a ser tan fácil interrumpir las relaciones. En realidad, interrumpirlas no será fácil y causará dolor. A ustedes, quiero decir.

Vincenzo comprende al vuelo: sabe qué tiene que buscar y dónde.

Abre el cajón del escritorio del contable, saca unas hojas, se las entrega a su tío. De golpe, delante de Ignazio aparecen paquetes de letras de cambio divididas por nombres e importes.

Y ahí constan sus nombres.

Ignazio se cruza de brazos, los mira fijamente. Espera a que se den cuenta.

—Por supuesto, ciertas reglas deben respetarse —dice por fin—. Sin duda, lo honorable es pagar siempre las deudas que uno contrae. ¿No es así?

Saguto ya no sonrío, su gesto ahora es serio. Pizzimenti regresa a la sombra. Gulì agacha la cabeza, se mira los zapatos.

Venanzio Canzoneri lanza un fuerte suspiro, casi liberador.

—Sí —admite.

Unos instantes después, salen. Canzoneri mira al frente, camina sin dirigirle la palabra a nadie. Saguto, en cambio, se vuelve. Ve a Ignazio y a Vincenzo en la puerta y se muerde un nudillo del puño cerrado. Nunca olvidará lo que ha ocurrido.

Corteza

julio de 1820 – mayo de 1828



'U pisu di l'anni è lu pisu cchiù granni.

El peso de los años es el mayor peso.

Proverbio siciliano

Instigado por la aristocracia palermitana y con la ayuda de una densa red de sociedades secretas, se fue afianzando el odio contra los Borbones, «culpables» de haber eliminado toda ambición siciliana de independencia tras la unión del Reino de Nápoles con el de Sicilia y la anulación de la Constitución de 1812. En junio de 1820 estalla en Palermo una revuelta que obliga al príncipe Francisco a refugiarse en Nápoles, lo que da lugar a la creación del Parlamento siciliano, que reinstaura la Constitución. Pero también en el continente soplan vientos revolucionarios: la insurrección que dirige el general Guglielmo Pepe empuja a Fernando I a aceptar la misma Constitución que Fernando VII de España había promulgado.

El espíritu independentista del gobierno siciliano —que persigue reinstaurar el Reino de Sicilia— se enfrenta, naturalmente, a los Borbones, que se aprovechan de las disputas entre las ciudades sicilianas (sobre todo entre Palermo, Mesina y Catania) y reprimen fácilmente la revuelta con sangre. En noviembre se restablece la monarquía y Sicilia vuelve a estar bajo el control del gobierno napolitano. Las potencias de la Santa Alianza —Prusia, Rusia, Austria—, a las que ha recurrido Fernando I, derrotan definitivamente a los rebeldes: en marzo, los austríacos entran en Nápoles y reponen en el trono al rey. Permanecerán hasta 1827, cuando Francisco I de las Dos Sicilias, que había sucedido a su padre Fernando en 1825, logra por fin alejarlos.

Un león herido bebiendo en un arroyo. A poca distancia, las raíces de un árbol se prolongan en el agua, irradiando sus propiedades curativas.

Esa es la imagen que indica la actividad de los Florio: del cartel del herbolario a la estatua de Benedetto De Lisi que hay delante de la tumba de la familia, en el cementerio de Santa Maria del Gesù, en Palermo.

El árbol que hunde sus raíces en el torrente es el árbol de la quina, y su corteza probablemente ha salvado millones de vidas humanas. Sus propiedades febrífugas las conocieron primero los indios —de Perú y Bolivia—, pero no se les escaparon a los jesuitas, quienes, en el siglo XVII, llevaron esa corteza a España: una vez seca y guardada en sacos, se vendía en los puertos más importantes de Europa.

La llaman «corteza».

Sin embargo, cuando en Europa se descubren sus usos oficiales, se cae al mismo tiempo en la cuenta de que es un fármaco para unos pocos elegidos: porque es caro, porque llega de muy lejos, porque la corteza ha de ser triturada a mano. Y además ese polvo deja a los enfermos sin fuerzas, aunque les quita la fiebre, algo que, para la gente sencilla, resulta a veces más grave que la propia fiebre.

En el siglo XIX, el gran avance: gracias a la muela mecánica, en pocos segundos pueden conseguirse cantidades enormes de corteza refinada. El precio disminuye. En 1817, Pierre Joseph Pelletier y Joseph Bienaimé Caventou extraen de esa corteza la quinina. Pero solo a finales de siglo se demostrará de manera inequívoca la relación entre la malaria y los parásitos, y a principios del siglo XX, en Italia, cuando todavía mueren quince mil personas al año a causa de la malaria, el Estado autorizará que se venda quinina en los estancos.



—¡Corred, corred, dicen que están llegando al puerto los barcos de los españoles!

—¡De eso nada! ¡Son napolitanos, están trayendo al rey Fernando aquí, porque en Nápoles ha estallado la revolución!

—¿El rey? ¡*Si viene aquí, lo ahogamos!*

—¡Han sido los soldados! ¡Los soldados en Nápoles han reclamado la Constitución, y el rey ha

accedido!

—*¿A ellos sí y a nosotros no? ¡Hijos e hijastros!*

—Fernando tiene que devolvernos la Constitución, la que nos quitó en 1816. Es nuestro derecho. ¡Viva el Reino de Sicilia!

—¡La revolución, ha estallado la revolución!

Hombres, carros, caballos. Desde el día anterior, fiesta de Santa Rosalía, Palermo está amotinado. Las calles y las plazas son un pandemonio.

Ignazio recoge los fragmentos de los gritos de la multitud que baja por la calle San Giacomo.

—¡Cuidado! —El tío empuja a Vincenzo antes de que un carruaje que viene lanzado lo arrolle.

Quien puede, abandona Palermo. Otros, en cambio, buscan la oportunidad de hacerse notar y de fomentar la ira del pueblo. Con la revuelta en marcha no se sabe qué puede ocurrir.

El sobrino se aparta un mechón de pelo de la cara.

—¡Tenemos que atrancar las puertas de los almacenes! No sea que traten de saquearlos...

—Si quieren poner a fuego y sangre la ciudad, un par de tablas más no se lo van a impedir. ¡Vamos!

Suben a contracorriente la via Materassai. Ignazio entra en el herbolario. Las contraventanas están cerradas, lo único abierto es la puerta, que vigila un empleado.

Ignazio mira de un lado a otro, y evoca un lugar y un momento lejanos. Vivía aún en Bagnara cuando estallaron los motines contra los Borbones de los que nació la República Napolitana. Hubo entonces muchos muertos y desórdenes en todo el reino, y también se ajustaron cuentas privadas y se perpetraron venganzas familiares. Los asesinatos y los saqueos habitualmente no tenían nada que ver con motivaciones políticas: revelaban, más bien, la voluntad de vengarse de un enemigo, que podía ser un pariente odiado, un campesino que sisaba, un vaquero demasiado avisado o un cura que se había excedido pidiendo décimas.

«No, esta vez es distinto», se dijo.

En Nápoles, algunas secciones del ejército se habían rebelado. Así se supo que numerosos oficiales se habían adherido a la Carbonería, y que, siguiendo a sus jefes, una buena parte de los soldados se había sumado a los sublevados. Muy pronto, el rey Fernando se había encontrado con problemas. Pocos días antes se vio forzado a conceder una Constitución que reconocía derechos a la nobleza y al pueblo, y que incluso establecía el nacimiento de un Parlamento.

Los sicilianos no se quedaron de brazos cruzados. El insulto de 1816, cuando el rey suprimió el Reino de Sicilia y derogó la Constitución de 1812, no podía olvidarse. El 14 de julio de 1828, con la ciudad repleta de gente por la fiesta de Santa Rosalía, estalló la revuelta. Ya nadie quería seguir encerrado en su casa, y así los nobles, los intelectuales y el pueblo aprovecharon la crisis de Nápoles para declarar la independencia de Sicilia.

Ahora bien, la verdadera chispa estalló entre los aristócratas. En 1799, los Borbones huidos

fueron acogidos y protegidos por ellos, pero ¿cómo se lo agradecieron? Privándolos de su poder, de sus privilegios, de los cargos que habían ocupado siempre, porque siempre había sido así y así tenía que seguir siendo. Los sicilianos gobernaban a los sicilianos. Los nobles mandaban a los campesinos.

Sicilia era rara: el rey no tenía aliados entre los nobles. Los nobles sicilianos eran más bien rivales de la Corona, porque el rey era un extraño, que había llegado para imponerse en su casa. Ellos, en cambio, vivían en Sicilia desde hacía generaciones, algunos desde la época de los árabes y los normandos. Esa isla la habían creado ellos, con su poder, sus ritos, su sangre y sus matrimonios, la habían fraguado con la sal, la tierra y el agua de mar. Y eran muy buenos movilizándolo a las masas de aldeanos y de pobres a su antojo. El fuego lo prendían ellos, pero los pobres tenían que mantenerlo encendido, e inevitablemente se quemaban.

—*Vamos* —le dijo Ignazio a Vincenzo.

—¿Adónde?

—Quieren requisar las mercancías de la Aduana, aunque no se comprende el motivo. ¡Ya no se comprende nada, malditos sean!

—Entonces, nuestro cargamento...

—Está todo parado. ¡No dejan salir nada, maldición! —Ignazio está furioso—. Dicen que se está formando un gobierno provisional, pero ahora mismo en la Aduana reina el caos, me lo acaba de comunicar Ben Ingham. Muévete, él nos está esperando allí.

Ignazio camina con decisión. Mientras las calles se van abarrotando de gente, llegan al patio cuadrado de la Aduana, invadido por comerciantes y marineros.

En la entrada hay soldados con cara de preferir estar en cualquier otro sitio menos ahí, y desde luego no en ese momento. Mantienen apartada a la multitud blandiendo sus fusiles, advirtiéndoles a gritos que van a disparar, pero nadie parece oírlos.

—Insisto. Van a dejarnos a pasar porque estamos en nuestro derecho.

Vincenzo reconocería en cualquier parte la voz de Benjamin Ingham.

Ignazio se le acerca.

—El señor Ingham tiene razón. Tenemos un barco que está a punto de zarpar. Nuestros documentos están ahí dentro. —Señala el edificio blanco que hay detrás del soldado—. Si nuestras mercancías no salen, nos causarán un perjuicio de muchos miles de onzas.

—No podemos, señor —dice un soldado—. Y tampoco le valdría de nada. Un despacho militar ha prohibido todas las salidas.

Se elevan voces.

—¿Cómo? Además, ¿quién ha mandado ese despacho?

—¡Queremos hablar con un funcionario!

—¡Queremos ver los papeles!

—¿Quién lo ha decidido?

Los soldados se cruzan una mirada aterrorizada.

En ese momento algunos funcionarios tratan de huir de la Oficina de inscripción. Los reciben con gritos e incluso les arrojan estiércol. Los aduaneros tratan de refugiarse en los recovecos que hay entre las antiguas murallas, pero es inútil. La multitud quiere respuestas.

Por fin, da la cara un funcionario que huele a sudor y a miedo.

—¡Es inútil que sigan aquí! —grita—. Todo está bloqueado, no se puede zarpar. ¡Les hundirían los barcos a cañonazos!

—¿Puede explicarme por qué?

Vincenzo mira a Ingham con franco estupor. Es increíble que consiga hacerse oír entre aquel griterío sin levantar la voz.

—*¡Es lo que nos han dicho!* —responde el aduanero—. *¡Márchense a casa!* —Y se aleja.

—¿Han oído? ¡Márchense! —le hace eco un guardia, levantando el fusil.

Algunos comerciantes retroceden.

Pero Vincenzo no se resigna. Sigue al hombre y lo retiene por un brazo.

—*A mí no me cuente embustes.* No ha habido ningún despacho —le dice en voz baja. Tira de él. Ahora lo tiene tan cerca que percibe su pánico—. Puede engañar a los demás, pero a mí no. Nadie puede fijar nada.

El aduanero forcejea para que le suelte el brazo.

—Déjeme ir o llamo a la policía.

—¿Cuánto?

Los ojos del hombre se dilatan.

—¿Cómo? ¿Qué?

Con su otra mano Vincenzo le aprieta el cuello.

—¿Cuánto por dejar que el barco zarpe?

Ingham lo ha seguido, con Ignazio. Se acerca a Vincenzo, mira fijamente el suelo.

—Me sumo a la pregunta del joven Florio —murmura—. ¿Cuánto?

El hombre vacila.

—Yo...

—¡Dese prisa, por Dios...! —exclama Ignazio cuando ve que el capitán de un buque se está acercando.

El aduanero señala con el mentón los almacenes. En sus ojos, pánico y codicia.

—Nos vemos en las puertas traseras dentro de un rato. —Mira a Vincenzo, luego a Ingham—. Solo ustedes tres.



En el callejón de detrás de la Aduana, la sombra es apenas una raya. Los minutos se alargan, se convierten en horas. La puerta Doganella está abierta, vigilada por un puñado de soldados.

El sol de julio es un animal feroz. Ingham tiene la cara colorada, plagada de pecas. Ignazio se seca la frente con un pañuelo.

De repente, uno de los portales se abre. El rostro del aduanero es una mancha blanca en la oscuridad.

—*Pasen.*

Se cruzan miradas, entran, dan unos pasos. La sombra los acoge como agua fresca, el olor a humedad los envuelve.

—¿Cuánto? —pregunta el aduanero.

Vincenzo empieza a sentir lástima del hombre. No es más que un infeliz aterrorizado. La confirmación llega enseguida.

—Tengo que mantener a tres hijos pequeños, y por ustedes estoy arriesgando mi trabajo —susurra.

Vincenzo se acerca a la puerta para vigilar que no llegue nadie. Ingham es quien pone el precio. El hombre discute. Una bolsa pasa de las manos de Ignazio a las del funcionario, que cuenta las monedas.

Inmediatamente después, los permisos.

—Los documentos tienen fecha de hace tres días, así no habrá problemas. El barco debe zarpar con la marea nocturna, con las luces apagadas y con velamen reducido. El puerto estará abierto, al menos por ahora. Procuraré que no haya ningún soldado en esa zona del muelle... siempre que no ocurra una catástrofe.

La sonrisa de Ingham es una hoja de cuchillo:

—Estoy seguro de que usted conseguirá que todo salga bien.

Ignazio llama a Vincenzo a un lado.

—Tenemos los permisos para nosotros y para Ingham. Ve corriendo al barco, entrégaselos al capitán y explícale todo. Solamente a él, por favor.

Vincenzo se marcha, seguido por el aduanero. Ingham e Ignazio cruzan los pasillos y llegan al patio desierto, donde están las puertas de los almacenes alquilados a particulares. Las cerraduras están echadas; las puertas, atrancadas.

Parece que todo está bien. Lanzan un suspiro de alivio.

Palermo se halla sumido en un profundo embotamiento. El calor y las emociones lo han dejado

agotado, sin fuerzas, dormido en el calor del atardecer. Juntos bordean las murallas y llegan a la puerta Felice, la única que sigue abierta.

—Hoy Vincenzo me ha sorprendido mucho. —Ingham camina con indolencia, las manos en los bolsillos—. Ha mostrado una presencia de ánimo notable para su edad. Ha sido muy pragmático, pero el momento no permitía sutilezas.

—Ya.

El inglés mira a Florio por el rabillo del ojo.

—¿No está contento con él?

—Oh, sí. Estoy orgulloso, ha tenido agallas. Es solo que a veces... —Se detiene. No sabe qué decir. Vincenzo se comporta con una indiferencia que a veces no logra comprender del todo.

Ya están en la Cala. Del mar llega el murmullo del viento entre los palos de los buques. A poca distancia de la puerta Doganella quedan huellas de las trifulcas de la mañana.

El inglés esquiva una carretilla volcada.

—Vincenzo tiene un carácter muy... brusco, sí. Extraordinariamente decidido.

Ignazio reconoce el barco que han alquilado. En tierra, su sobrino está hablando con unos marineros.

—¿Eso cree?

—Sí. —Ingham está mirando a Vincenzo—. Verá, tengo algunos sobrinos en Inglaterra, hijos de mi hermana, jóvenes valiosos y rigurosos. Pero ninguno de ellos tiene en el cuerpo la rabia de su sobrino. Es una rabia sana, entiéndame, de las que te hacen llegar lejos.

En la voz del comerciante inglés, Ignazio nota admiración, quizá también algo de envidia. Sin embargo, no consigue alegrarse.



Vincenzo volvió a Inglaterra. Ha estado fuera todo el verano y ha regresado hace poco, con un gran baúl de madera y un herrero inglés, con quien el único que es capaz de hablar es él. Han estado metidos en el almacén de la calle San Giacomo varios días, hasta este anochecer, cuando él se encamina a la puerta de la casa de Isabella Pillitteri. Se dice a sí mismo que es casualidad, que ha llegado ahí casi contra su voluntad. Pero sabe que no es así.

La casa está vacía, las ventanas están atrancadas. Le han llegado rumores de que las dos mujeres han tenido que mudarse a las afueras de Palermo: el pariente que les permitía vivir en aquella casa decidió que no las podía mantener de por vida y las había obligado a marcharse, con sus pertenencias guardadas en pocas maletas y metidas en un carro. En cuanto al hermano, se decía

que se había enrolado en el ejército napolitano para llevar algo de dinero a casa y estar lejos de los burdeles.

Con los ojos fijos en esos balcones que el tiempo y el abandono están desmoronando, Vincenzo se dice que hay una especie de lenta y tortuosa justicia divina. Una ley no escrita del destino: si se hiere a alguien, antes o después se sufre el mismo dolor.

Ese pensamiento lo lleva a recordar con amargura al chiquillo con el corazón roto que se había ido a Inglaterra la primera vez. Entonces era un necio, un *idiota* que permitió que una vieja bruja lo insultara en público. Ahora es un hombre. Y sin embargo siente aún un poco de rabia y de arrepentimiento. Rabia porque Isabella no quiso escucharlo, porque había huido, porque para ella había sido más importante la sangre noble; arrepentimiento porque la posibilidad de construir una familia con ella había nacido muerta.

«Agua pasada», piensa. Tiene veinticinco años, y antes o después encontrará una *chica* con la que tendrá hijos. No ahora, porque no quiere complicaciones de *mujeres* y *familia*. Pero va a hacerse rico, por supuesto que sí, lo bastante para borrar esa expresión de suficiencia y asco de la cara de personas como la baronesa Pillitteri. Tan rico, que no le costará nada encontrar una chica de una familia con muchos títulos y un montón de hipotecas.

Una noble que se rebajará a un burgués como él.

Los *dineros* no mienten; los bienes no tienen palabras falsas. Los hombres son los que tienen *cuatro caras*. Lo que más placer le brinda, más que el cuerpo de una mujer —que ha aprendido a conocer en Inglaterra—, o que una botella de vino o la comida, es su trabajo. La ganancia. En cuanto al reconocimiento social, da igual el tiempo que necesite para conseguirlo: lo tendrá.



La noche siguiente, Vincenzo entra en la casa sudado, manchado de grasa, pero satisfecho. Le ha rogado a su tío que lo acompañe por la mañana y que lleve a Reggio, así como a un obrero con un saco de corteza.

Su única respuesta al pedirle explicaciones fue:

—Ya verás.

Y ahora Ignazio no da crédito a sus ojos.

La máquina es un armazón de hierro que hace un ruido estridente. Dos bloques de hierro conforman la muela, que está envuelta en un cobertor hermético.

Ignazio toca el cobertor, luego mira a Vincenzo, que está esperando su reacción con los brazos cruzados. Muy cerca, Maurizio Reggio, pasmado y fascinado.

Con un gesto, Vincenzo le pide al obrero inglés que pare la máquina. Ignazio y Maurizio se

acercan. Levantan con delicadeza el cobertor. Los envuelve enseguida un extraño centelleo, a la vez que el olor de la corteza se expande por la habitación. Debajo de la placa de metal hay un montón de polvo con una consistencia parecida a la ceniza.

—Me lo habías escrito, pero no creía que fuese tan rápido —murmura Ignazio, impresionado—. En media hora tritura más corteza que cinco obreros en una hora. —Mira fijamente a su sobrino—. ¿En Inglaterra la elaboran así?

—Sí, solo con estas máquinas; luego la exportan a las colonias. Observa: el polvo es mucho más puro, ya que el desecho se queda en el fondo, y ya está listo para la venta. No hay ni que tamizarlo. Lo único que hay que hacer es guardarlo en frasquitos de cristal.

Maurizio Reggio mete un dedo en el polvo.

—Impalpable... ¡Es increíble, en serio!

Vincenzo lanza una breve carcajada. Cierra el cobertor para que no se dispersen las sustancias volátiles, y luego le dice al obrero palermitano que coja frascos.

—Precinta los tapones y lacra nuestro sello. —Por último, le da las gracias al herrero en inglés y le explica a su tío—: Le diré que enseñe a nuestros obreros a manejar la máquina, así podrá marcharse con el próximo barco que vaya a Leeds.

Los tres hombres salen a la calle. Es uno de esos días en los que el sol todavía calienta, pero la luz ya no deslumbra y en el viento se nota un frío cortante que sabe a mar.

—A ti Inglaterra te sienta bien. Y también a nosotros. —Ignazio coge del brazo a su sobrino. Se ha convertido en un hombre con el pelo revuelto de Paolo y los ojos almendrados de su madre.

Giuseppina.

Su cuñada está envejeciendo como él, y sin embargo conserva esa mirada indómita que lo fascinó en el mismo instante en que la conoció. Lleva años a su lado y lo cuida.

No puede hacer otra cosa.

Frota el anillo de su madre. Paolo murió hace muchos años. Vincenzo y él llevan juntos la empresa.

Podría buscarse otra mujer: una que le brinde afecto, que le dé una familia. Y un poco de felicidad. Quizá hasta ternura.

Pero sigue con Giuseppina y Vincenzo.

Ha elegido vivir así. Se lo puede confesar a sí mismo con la tranquilidad de quien ha ajustado cuentas con el pasado.

Alguien podría decir que es un iluso. Pero Ignazio no finge, no actúa por sentido del deber.

Lo que siente por Giuseppina ya no tiene el sabor de la pasión. Es algo que recuerda la dulzura de las noches de otoño, con la conciencia de que el verano ya pasó y de que el invierno aguarda al otro lado de la puerta.



Llegan al herbolario casi a mediodía.

—Cuando me escribiste desde Londres contándome que querías comprar esta máquina me quedé patidifuso, pero, ahora que la he visto en funcionamiento, ya no tengo dudas. —Ignazio reflexiona en voz alta—: Si vendemos la quina en recipientes precintados, el mercado no abarcará solo Palermo, sino toda Sicilia.

—Ese es mi propósito, tío.

Maurizio va delante de ellos, abre la puerta de la tienda. El olor a especias se mezcla con el aire impregnado del aroma a mar que llega de la Cala.

—Ya. Pero creo que todavía no es el momento, Vincenzo —objeta—. Sobre todo falta preparación. Y, además, los farmacéuticos no van a estar conformes, ya verás.

Vincenzo se encoge de hombros.

—Cambiarán de parecer. Es cuestión de tiempo —dice con seguridad mientras levanta la tapa que separa el mostrador de la trastienda—. Y nosotros les enseñaremos cómo se hace.

Los clientes los saludan. Ignazio estrecha manos y se queda hablando con un empleado, pero no puede ahuyentar el recuerdo que ha asomado a su mente. Cuatro años atrás. Cuando tuvo la idea de pedirle al Protomédico permiso para la venta de fármacos. La concesión. Y los farmacéuticos que entraron furiosos en el herbolario y que solo se callaron cuando les plantó en la cara sus letras de cambio... «¿Han cambiado realmente los tiempos? ¿Cambian alguna vez?», se pregunta, yendo hacia el despacho.

Vincenzo está haciendo cálculos y previsiones de ventas.

—Tío, ya tenemos la autorización para los polvos medicinales. Ni los farmacéuticos ni los herbolarios pueden decirnos nada. Aún no la hemos aprovechado, pero ahora...

Ignazio se pasa las manos por los cabellos blanquecinos.

—Ya sabes cuánta quina nos compran los farmacéuticos, y a qué precio. ¿Te imaginas lo que sacan vendiéndola en tienda? Con la venta directa de la corteza, les tocaremos *el bolsillo*. Puedes prever lo que va a pasar, ¿verdad?

El sobrino levanta los brazos, impreca para sus adentros.

Ignazio permanece un instante inmóvil.

—Bueno... podemos protegernos. —Repiquetea los dedos sobre la mesa—. Llama a Maurizio. Tenemos que preparar una solicitud al virrey.



Pasan los días. Preparan bien la solicitud, sondean el terreno con charlas informales.

Por fin, Ignazio y Vincenzo van personalmente a ver a Pietro Ugo, marqués delle Favare, virrey de Sicilia.

Permanecen largo rato sentados en sofás de brocado, en un salón de techo muy alto, donde esperan con otros solicitantes. Los ujieres de palacio les lanzan miradas que son tanto de curiosidad como de desprecio. «¿Qué quieren estos palurdos vestidos de terciopelo? ¿Por qué pretenden hablar con el virrey en persona?»

Ignazio permanece impassible. No se ha convertido en uno de los comerciantes más importantes de Sicilia preocupándose por lo que puedan pensar unos lacayos cuya única fortuna consiste en haber tenido un padre que también fue criado de palacio.

Vincenzo, en cambio, camina por el salón con los brazos en jarras y se pone nervioso cuando ve que llega más gente.

Cuando pasa a su lado un cura en capa de terciopelo, resopla ferozmente.

—Vincenzo... —Ignazio eleva ligeramente la vista—. Cálmate.

—Pero, tío...

Ignazio levanta la mano.

—Basta.

Con los dientes clavados en el labio, Vincenzo vuelve a sentarse a su lado.

Esperan. En la calle, el día avanza en Palermo.

Ya ha atardecido cuando Pietro Ugo los recibe.

Un valet de librea los hace pasar, luego vuelve a confundirse con la tapicería del despacho.

Dos grandes patillas, ojos avispados bajo una frente que le ha ensanchado la calvicie. Sentado al escritorio de marquetería de carey y marfil, el hombre los mira de arriba abajo, se concentra en Ignazio. Lo examina unos cuantos segundos antes de decidir que sí, que esos dos pueden sentarse.

Ignazio habla en voz baja, con la espalda recta y los dedos señalando los documentos. Describe la máquina, explica que ya cuentan con la autorización para la venta de fármacos.

—Entonces ¿qué quieren? Si ya tienen un documento oficial... —Pietro Ugo lo ha escuchado con atención—. Quiero decir, la quina es un fármaco. ¿No está incluida en la autorización del Protomédico?

—Sí y no. Hasta ahora su venta ha sido una prerrogativa exclusiva de los farmacéuticos. —Ignazio cruza las manos en el regazo—. Es un tema espinoso, excelencia. No reivindicamos competencias médicas que sabemos que no tenemos: nuestra inversión es de naturaleza puramente económica. No nos gustaría vernos en la situación de contar con una maquinaria que no podemos utilizar a causa de un impedimento burocrático.

—Comprendo. De modo que quieren una autorización expresa. —El hombre se acaricia la perilla, ya está pensando en otra cosa—. Le diré a mi secretario que estudie el tema y...

Vincenzo pone las manos en el escritorio, habla con ardor.

—Solo le pedimos que proteja nuestros derechos, excelencia. Queremos que nos dejen ser comerciantes, y esta máquina nos permitirá serlo de manera innovadora. No somos criados de nadie, no pedimos favores. Queremos que se nos reconozca el derecho a trabajar.

El marqués está sorprendido, como si hubiese reparado en él en ese momento.

—¿Y usted quién es, jovenzuelo?

—Vincenzo Florio, excelencia.

—Es mi sobrino.

Los dos Florio hablan a la vez: Vincenzo con orgullo; el tío, apurado.

El virrey los observa con cierta simpatía.

—El fuego y el agua —murmura. Poco a poco se apoya de nuevo en el respaldo de la silla. Mira fijamente el borde historiado del escritorio—. Verán, hoy he recibido a solicitantes de todo tipo: gente que pedía dinero, ayuda, protección, hasta a un sacerdote que quería conseguir una parroquia. —Eleva la vista, cambia el tono de voz—. Pero nadie me ha pedido el reconocimiento de un derecho para poder trabajar como han hecho ustedes.

Se levanta.

Ignazio y Vincenzo lo imitan. La entrevista ha concluido.

Luego, de forma inesperada, el virrey les tiende la mano. Cuando comprenden que no les está pidiendo que se la besen, sino que quiere estrechar la suya, se muestran más sorprendidos que titubeantes. El valet los acompaña a la puerta.

Ya en el umbral, oyen la voz del virrey:

—Pronto tendrán noticias.



Y las noticias llegan a finales de 1824.

Poco antes de Navidad, un documento con el sello real es entregado en la dirección del Registro que se encarga de los derechos de venta.

La noticia recorre Palermo, entra en los despachos de los contables, atraviesa las droguerías y, por último, llega a la via dei Materassai.

En el herbolario se celebra: podrán vender el polvo de quina de la firma Florio no solo en Palermo, sino también en Licata, en Canicattì, en Marsala, en Alcamo, en Agrigento.

Pasan vasos de vino de mano en mano. Maurizio Reggio levanta directamente la botella.

—¡Por los Florio y por sus empleados!

Ignazio ríe, bebe. Ha sido un buen año: no solo tienen ya el permiso de venta sino que además,

desde hace unos meses, comparten la propiedad de una goleta, la *Asunción*.

—Con la *Asunción* haremos entregas por toda Sicilia —anuncia con el vaso en una mano y la otra en el mapa de la isla, que está extendido sobre el escritorio—. Quina elaborada en ampollas tapadas con cera y con nuestro sello. Con entregas mensuales.

Vincenzo hace otro brindis.

En ese momento, en la tienda suena un cristal partido.

Se oyen luego gritos.

—¿Qué ocurre? —Ignazio sale corriendo del despacho, seguido por Maurizio y su sobrino.

Dos clientes asustados se están marchando, dejando sobre el mostrador los pedidos ya preparados.

—¡Son ustedes unos ladrones, unos ladrones! ¡Canallas! ¿A quién han comprado para conseguir el permiso?

Carmelo Saguto está intentando destrozar la tienda. Francesco, el encargado, le impide el paso y trata de echarlo.

Ignazio avanza entre cristales rotos, en los que se ha depositado un polvo dorado. Los trozos de un tarro de canela están diseminados alrededor.

—*¡No pintan nada aquí, malditos! ¡Estafadores!* —chilla Saguto—. ¿Qué, es que se han hecho investigadores de golpe? ¿Porque sabrán que hay que tener carrera para vender fármacos, y ustedes no tienen nada? ¿Quieren vender *polvo* de corteza? *En serio*, ¿se han comprado el permiso?

Ignazio se le acerca con cautela.

—Conseguimos el permiso de venta de polvos medicinales hace ya cuatro años —dice en voz baja—. Lo recuerda, ¿no? Tenemos una licencia. ¿Qué pasa ahora?

—¡La quina en polvo! Además, ¿qué es eso de que tienen una máquina? ¿Qué es, algo que seguro trajo su sobrino medio inglés?

—¿Y qué? —Vincenzo avanza, pero su tío le corta el paso.

—*El perro se ha puesto a ladrar.* —Saguto ríe, se seca la saliva con la manga. Los mira con malicia, con rabia—. *Caramba*, me acuerdo de él. Tienen todavía las letras de cambio, ¿no?

Ignazio no responde. Pero entonces nota que Vincenzo está nervioso detrás de él y dice, sin perder la calma:

—Es una muela, señor Saguto. Hace lo mismo que los obreros con el mortero, pero más rápido y mejor. —Lo único que quiere es que ese hombre se marche.

—Cuénteles eso a los idiotas a los que se lo va a vender. Una máquina no tiene ojos, lo muele todo igual. Es más, ¿saben lo que les digo? ¡Háganlo, vendan el polvo! Ya se arruinarán ustedes, porque en cuanto se descubra que son unos estafadores, nadie querrá esa basura. —Escupe al suelo—. *Dedíquense a lo suyo, que eso lo hacen bien.*

Ignazio deja caer los brazos.

—Ya no sabe lo que dice —contesta, ahora en tono gélido. Le señala la puerta—. *Márchese.*

Saguto ríe, y su risa es de desprecio.

Francesco lo empuja hacia la salida.

—Vamos...

—*¡No me toques, mozo de cuerda!* —grita Saguto. Luego se alisa la corbata que se le había arrugado. Lo hace ostentando una elegancia que no tiene.

La mirada de Carmelo Saguto pasa por encima de Ignazio, llega a Vincenzo, se clava en su cara.

—Me marchó, por supuesto. *Ya pueden tener todo el dinero del mundo,* pero seguirán siendo lo que eran, y su conducta lo prueba.

—¡Le he dicho que se marche!

Vincenzo se coloca al lado de su tío, con los brazos en jarras.

—No, no, espera. Que hable. ¿Qué somos nosotros?

—*Piojos. Siguen siendo los mismos mozos de cuerda que conocí.*

La tienda se sume en silencio.

La mano de Vincenzo es tan rápida e inesperada, que Saguto no puede esquivarla. Le da de lleno, entre la base y los ojos, y lo tumba al suelo.

Enseguida, Vincenzo lo agarra del cuello, lo arrastra fuera de la tienda, a la via dei Materassai. Le pega con método y violencia, con los dientes apretados, sin un grito.

Francesco, Ignazio y Maurizio Reggio no logran separarlos. Vincenzo le sigue dando puñetazos, pero el otro le atiza en un ojo y le hace perder el equilibrio.

Solo que Vincenzo es joven y ágil. Le da un cabezazo en el vientre y lo tira al barro de la calle.

—¡Ya basta! —Es Ignazio el que ha gritado. Se interpone entre ambos, mientras Maurizio y Francesco logran por fin empujar a Vincenzo hacia la puerta de la tienda—. ¡Tú! ¡Dentro! —le ordena a su sobrino, que se revuelve y jadea.

Luego se dirige a Saguto, que sigue en el suelo. Los pantalones están manchados, en la chaqueta tiene un desgarró por donde asoma el forro.

Vincenzo ha pegado para hacer daño.

—No concluyo la obra de mi sobrino por el respeto que me tengo. Es usted un cobarde, Saguto. Usted y los Canzoneri llevan toda la vida escupiéndonos veneno a los Florio, nos han insultado, nos han puesto en ridículo con su arrogancia. Pero ya basta. ¿Me ha oído? ¡Basta! Esos días se han acabado. Ustedes no pintan nada. Si nosotros somos mozos de cuerda, usted también lo es. Pero mi familia y yo hemos ascendido, hemos trabajado para eso... —Señala la tienda—. ¿Qué ha hecho usted, en cambio? Sigue siendo lo que era, o sea, el subalterno de los Canzoneri. Y siempre lo será. Y ahora desaparezca, no vuelva a venir por aquí como no sea para disculparse.

Entra en el herbolario sin dignarse mirar a Saguto ni al corro de curiosos que se ha formado.

Respira hondo. El corazón le late con fuerza, las manos le tiemblan un poco.

Levanta la cabeza, tropieza con los rostros inquietos de los vendedores y de Francesco.

—Vuelvan al trabajo —resopla.

Luego va al despacho, donde alguien está lanzando una retahíla de maldiciones. Maurizio ha hecho sentarse a Vincenzo y le ha puesto en los pómulos un trapo mojado.

—He mandado a un chico a la via dell'Alloro por hielo —explica Maurizio. Retira la compresa de tela, la cambia por otra más fría—. Menudo imbécil, venir aquí a insultar a la gente que trabaja honradamente. ¿Cómo se atreve?

Ignazio permanece de pie. Observa a su sobrino sentado al escritorio.

—Déjame ver —le ordena. Le está empezando a salir un moretón entre el ojo y la mandíbula.

Vincenzo no se queja, no habla. Mira el vacío. En el rostro, nada: ni rabia ni cólera. Es algo más oscuro e indefinible.

—Ve a la tienda, Maurizio. Me quedo yo —dice Ignazio.

Reggio se estremece cuando oye ese tono gélido como el metal.

Ignazio nunca ha hablado así.

Deja solos al tío con el sobrino.

Ignazio se acerca a Vincenzo. Cierra y abre la mano. Querría darle una bofetada como nunca ha hecho. En cambio, habla en voz baja, furioso.

—No lo vuelvas a hacer nunca, ¿me oyes? Jamás debes demostrar que eres vulnerable a sus insultos. Jamás.

Vincenzo echa chispas por los ojos, parecen a punto de estallar; pero enseguida su mirada es amarga.

—No podía aguantarlo. Me he dejado llevar por la rabia y me he cegado.

—¿Qué te crees, que yo no sé cómo nos llaman? ¿Que para ellos hemos sido y seguimos siendo mozos de cuerda? —Ignazio lo zarandea, levanta la voz. Él, siempre moderado, siempre comedido en los gestos—. Llevan veinte años riéndose a mis espaldas y haciéndome la vida imposible. ¿Qué sabrás tú de mercancías cambiadas en el último instante, de funcionarios que te hacen esperar en una cola mientras que a otros los cuelan? Antes lo hacían porque tu padre y yo éramos dos tipos casi desesperados, luego porque quisimos crecer y venderles a los nobles. Pensaban que éramos gente con suerte, no que trabajábamos como mulas. ¿Qué crees, que no sé que consideran que no valemos nada? Pero no soy como ellos, ni tú tampoco. Y ahora es diferente. Han empezado a hablar mal de nosotros porque... Atiende bien, Vincenzo: nos envidian. Les damos rabia y miedo, y la rabia quema. Es con el dinero que ganas con lo que tienes que agredirlos, porque esa es la medida de su fracaso. No con puñetazos: eso vale para los estibadores portuarios. Los hechos han de hablar por ti. Recuérдалo.

Vincenzo se levanta de golpe. Se marea, tiene que sentarse de nuevo. El tío Ignazio nunca le ha

hablado abiertamente de esas cosas.

—Pero entonces, no... Tú...

—La calma, Vincenzo. Saber dominarse. Yo no he hecho caso durante años, pero nunca he olvidado. —Se toca la frente—. Lo he anotado todo aquí. No me olvido de nada de lo que me han hecho. Pero no hay que demostrarles nunca que estás enojado, porque la cólera es lo que te lleva a hacer las mayores tonterías. Esta es gente que razona con las tripas. Nosotros, no. Tienes que tener *cuorna ruri*, cuernos duros como los de los toros, y no hacer caso, y seguir adelante por tu camino.

Se miran.

—¿Has comprendido?

Vincenzo asiente.

—Entonces volvamos al trabajo.

Ignazio se sienta al escritorio. Se olvida de la sensación de angustia que tiene en el pecho. Coge dos hojas y una pluma, que enseguida deja. Mira a su sobrino, que está sentado con la cabeza abandonada entre los brazos.

Vincenzo no es hijo suyo solo porque no es suya la simiente que lo engendró. Por lo demás, le ha dado el alma. Y uno a un hijo querría ahorrarle sufrimientos y decepciones, aun a sabiendas de que le servirán para crecer, para que se haga más fuerte y listo, para *farisi crisciri i' scagghiuni* o «para que le crezcan los dientes», como dicen los viejos palermitanos.

Lo mira y se le encoge el corazón. Querría evitarle todo dolor, pero eso es imposible. Es ley de vida, como la que rige el ciclo de los días y las estaciones: cada uno lleva consigo la marca de su propio sufrimiento.



Vincenzo, tumbado en la cama, mira el techo que alumbra la luna. La mejilla le palpita dolorosamente.

Sopla el viento, oye cómo chocan las sábanas tendidas contra las rejas del balcón.

Da vueltas en la cama.

Lo ha llamado «mozo de cuerda».

Es la última imagen que tiene de Isabella Pillitteri. La madre, esa arpía, también lo había insultado así: «mozo de cuerda y parásito», le dijo. Por eso había rehuído hasta ahora a Saguto. Tiene que darle las gracias a su tío por haberlo separado, porque podría haber acabado matándolo.

Isabella.

Su recuerdo ya no le hace tanto daño. Sí perdura la vergüenza, y las ganas de vengarse. Pero ella ya no le importa. Es solo una sombra, un fantasma perdido en una adolescencia en la que lo protegieron en exceso. Hace tiempo que leyó en el periódico el anuncio de su boda con un marqués veinte años mayor que ella.

«No se ha hecho porque no se podía ni se debía hacer.»

La voz de Ignazio le retumba en los oídos. Hace una mueca y las sombras de la ropa que mece el viento parecen responderle.

Vincenzo tiene mucha intimidad con la ira.

La alberga en su pecho desde hace años. La cría como si fuese una hija.

Un rayo parte en dos la noche. Está a punto de llover.

Él no es como su tío, que tiene paciencia, dominio de sí, valentía.

Valentía sí cree que tiene. ¿Calma? ¿Dominio de sí? Se toca el moretón. Necesita mejorar en eso.

Tiene veinticinco años. Es un hombre. Todavía duerme en su habitación de niño, en una cama con el cabecero de cobre pintado.

Ha estudiado, ha viajado. Sus trajes son de buen corte. En cuanto a su familia, creía que era respetada y probablemente sea así, pero no por todo el mundo, no como es debido.

Y eso es lo que lo indigna. Descubrir que nunca acaba, que nunca es suficiente. Que, haga lo que haga, arrastra un pecado original del que no es culpable.

En la via dei Materassai, entre los callejones del distrito de Castellammare, ellos son los Florio: intermediarios, comerciantes, mayoristas de productos coloniales, personas dignas de respeto a las que recurrir para un consejo acerca de una partida de mercancías o una carta de garantía.

Pero esa es una ciudad dentro de la ciudad, es el Palermo del mar que poco tiene que ver con el que se encuentra más allá del Cassaro, la avenida que, en el cruce barroco de los Quattro Canti con la via Maqueda —la gran y elegante calle de piedra creada por los virreyes españoles—, divide la ciudad en cuatro distritos: la antigua Kalsa, ahora sede de los Tribunales; la Albergheria, donde se encuentra el Palacio Real; el Monte de Piedad, con su mercado del Capo, y, por último, Castellammare, donde vive él, el antiguo barrio de la Loggia.

Da un manotazo en la cama. Está cayendo un chaparrón que azota las ventanas.

Ve caras altivas que lo desafían y le exigen que agache la cabeza, que ceda el paso.

Normalmente se aparta. No lo hará más. Mantendrá la cabeza erguida, hará lo mismo que su tío, se convertirá en piedra y no mirará a nadie a la cara.

Hará que se traguen su arrogancia: la gente corriente como Saguto, los nobles como los Pillitteri. Todos.

Lo jura, y deja el juramento al mando de su odio.

Ha de tener paciencia. Paciencia y rencor.



En la habitación de al lado, Ignazio está de pie. Contempla el temporal.

Oye llamar a la puerta. Cuando se vuelve, ve a Giuseppina en el umbral, con el pelo suelto y los ojos hinchados.

—De no ser por ti, ya se habría metido en líos un montón de veces. —Habla en voz baja, y su voz casi se pierde en el temporal—. Me lo has criado como si fuese tuyo. —Se traga el orgullo y las lágrimas—. Paolo no lo habría tratado como lo has tratado tú.

Ignazio está sorprendido. Su pecho resignado suspira. No quiere interpretar en esas palabras lo que no dicen: Giuseppina sigue furiosa por todo lo que su marido —y el destino— le ha impuesto, y puede que esté furiosa siempre.

Y sin embargo...

—Quiero a Vincenzo. —«Y a ti», se lo dice con la mirada. «Estoy aquí.»

Ella asiente. Querría decirle más cosas, muchas más, pero no lo hace. Porque el rencor es un dique de piedra entre la garganta y el alma. Es su seguridad, su coartada para justificar la infelicidad.



El aire de primavera es tibio. Huele a mar y a sangre.

Ignazio mira los atunes que están desembarcando de uno en uno, son las víctimas de la matanza tras la fiesta de la Santa Cruz de ese mayo de 1828. Los ojos grandes, brillantes, parecen casi pasmados. La piel plateada y desgarrada por los arpones.

Al fondo de la embarcación negra todavía quedan algunos. Los llevarán a la almadraba, donde al menos durante dos días estarán colgados de la cola para que suelten la sangre y otros humores antes de que los destripen.

Mira de un lado a otro, busca a Ignazio Messina con la mirada. Lo ve hablando con el *rais*, el patrón de la almadraba.

Ignazio es su secretario, lo contrataron cuando Maurizio Reggio dimitió. Confesó que se sentía inadecuado para el puesto debido al volumen de los negocios; Ignazio, por su parte, sabía que Maurizio ya no estaba a la altura de la tarea, pero no quería despedirlo después de tantos años de

trabajo y dedicación. Su dimisión fue un alivio para todos: ahora la magnitud de los negocios de la Casa Florio exigía gente con experiencia y entusiasmo, algo de lo que ya carecía Maurizio.

Ignazio Messina, en cambio, es astuto. Enseguida le gustó ese hombre ya mayor, pero con gran energía. Sobre todo, tiene una mirada pacífica, pero que en realidad sondea en lo profundo.

El secretario le da alcance. Parece satisfecho.

—La segunda captura también ha ido bien. Le he dicho a don Alessio que pase mañana por la oficina a cobrar lo suyo y lo de la tripulación.

Ignazio musita un «bien». Se hace visera con la mano para protegerse del sol. Los atuneros están terminando el desembarco. Algunos transportan cubos para limpiar la sangre, otros recogen los cabos.

Desde la rampa para los barcos alcanza a ver la costa, casi hasta la Madonia.

Abajo, la Cala y Palermo con las cúpulas de mayólica y las murallas ocre. Recuerda el día de su llegada, la emoción que sintió al ver la ciudad que se le ofrecía, bulliciosa y llena de promesas.

Y luego la vida fue cambiando, los negocios crecían y con ellos Vincenzo. Al cabo de muchos años, también el dolor por la pérdida de Paolo ha dejado de ser intenso y se ha convertido en un pensamiento melancólico, en una tristeza clavada entre la garganta y el pecho que lo obliga a suspirar.

A veces lo extraña, es verdad: pero, más que nada, siente una profunda nostalgia de lo que ha sido y no volverá a ser, y recuerda su cuerpo fuerte, la ilusión, el entusiasmo, incluso la emoción de un amor sin esperanza que lo hacía sentirse vivo. Extraña ser lo que era.

Extraña el mar.

Una punzada entre el vientre y el costado se lo hace saber. Tiene una sensación de pérdida cuando recuerda el balanceo del barco, o la libertad que sentía en su primer navío, treinta años atrás.

Él, que era una criatura del viento, ha tenido que convertirse en un hombre de tierra y de dinero.

De repente, el dolor que solo era un lamento del alma es un tirón que no lo deja respirar. La sangre se acelera en la garganta. Cierra los ojos, se apoya en el brazo de Messina.

No es la primera vez que le sucede.

—¿Qué le ocurre, don Ignazio?

Se le pasa el tirón, se relaja.

—Cansancio —responde, con un gesto rápido.

—Trabaja usted demasiado. Se entrega en cuerpo y alma a los negocios y nunca descansa. —El secretario parece francamente preocupado—. Su sobrino sabe cómo tratar con los clientes. Podría usted...

—Eso es asunto mío... —lo interrumpe, con más brusquedad de la necesaria.

El otro se calla.

A paso lento, los dos hombres bordean el muro del establecimiento.

—Siempre me ha gustado este sitio. —Ignazio lo dice en voz baja y el viento arrastra sus palabras—. Hace unos años, cuando me encargué de su administración, no daba grandes beneficios. Se pescaba poco, los ingleses se habían marchado y ya no quedaba dinero. Luego, en pocos años... —Chasquea los dedos—. Todo cambió.

El secretario mira alrededor.

—No era un buen momento. En cambio, este año el mar ha sido generoso. —Indica con la cabeza el interior del edificio, de donde salen voces, ruidos, chirrido de cadenas—. Podemos ponerlo en sal y venderlo en el continente, más allá del Faro.

—Sí.

Ignazio se apoya en la pared. Debajo de él, agua negra y rocas; delante, el reflejo del sol.

Su vida siempre ha sido así: una combinación de momentos buenos y malos a los que siempre debía adaptarse. A lo mejor por eso se hizo eficiente, porque se empeñó en ser lo que no era.

Se aparta del muro.

—Venga, volvamos a la via dei Materassai. Tengo que acabar unas cosas.

—Pero, don Ignazio, es muy tarde. ¡Cuando llegemos a la ciudad, ya serán las vísperas!

Ignazio lo precede.

—El tiempo no espera a nadie. El que me está esperando es Vincenzo, para cerrar unos asuntos.

Sube a la calesa. Vuelve a mirar el mar de la almadraba de la Arenella, con el corazón abrumado de deseo y añoranza.



El 18 de mayo de 1828 Ignazio abre los ojos. Ve una luz atravesando las persianas del balcón que da a la via dei Materassai: una claridad nítida que anuncia el verano junto con las golondrinas que cantan en el desván.

Está cansado. Ha pasado mala noche. Hace tiempo que tiene problemas de digestión, tanto es así que a veces prefiere comer solo pan y fruta.

No le apetece levantarse, pero tiene que hacerlo. Se apoya en el colchón, se marea, se tumba otra vez sobre las almohadas. Le duele el brazo izquierdo, pero es normal, ya que suele dormir de ese lado. Respira hondo, espera.

Se queda dormido casi sin darse cuenta.

Cuando se despierta, ha pasado una hora. Llama a la criada, Olimpia, y la mujer se presenta en la habitación chancleteando.

—Aquí estoy. *Ccà sugnu.*

La criada abre las contraventanas. El sol entra a chorros en la habitación y alumbra la cama deshecha.

—Don Ignazio, ¿qué le ocurre? Dios santo, está blanco como el papel.

Ignazio contiene un ataque de tos, se sienta con esfuerzo.

—Nada, no he digerido. ¿Me prepara agua con laurel y limón? —Se frota el pecho. El vientre le escuece.

Olimpia recoge la ropa que él ha dejado en el suelo por la noche, demasiado cansado para colocarla en orden. Mientras dobla los pantalones, sigue hablando:

—Su sobrino vino hace poco a verlo. Estaba preocupado, *pobrecillo*. Usted estaba dormido, así que lo dejó descansar. Ahora está en la tienda. Deme un minuto para que le prepare agua con laurel.

La mujer desaparece. Él se apoya en la mesilla de noche para levantarse.

De pie, respira mejor.

Toma la infusión, se rasura, se viste. Las manos le tiemblan.

«Ya no soy un *niño*», se dice mirándose en el espejo. Tiene los párpados hinchados, el cabello entrecano. El tiempo es un acreedor que no acepta letras de cambio.

De la cocina llega la voz de Giuseppina. Debe de haber salido temprano para ir al mercado. Es algo que le gusta hacer, dice. Ignazio sabe que en realidad no se fía de las criadas.

Acaba de anudarse la corbata cuando, en la puerta, con una mano en la jamba y la otra en el pomo, la ve:

—Olimpia me ha dicho que te encuentras mal. También Vincenzo y yo, cuando salimos, pensamos...

—Estoy bien —la interrumpe, áspero. Se pone la chaqueta, pero ese gesto le arranca un quejido. Los pinchazos en el brazo han aumentado. Tiene arcadas. Se tambalea.

Ella lo sujeta un instante antes de que se caiga. Los cuerpos de Ignazio y Giuseppina vuelven a estar muy juntos después de muchos años. Él percibe su aroma; ella se da cuenta de lo mal que está.

El corazón le late como un tambor. De repente, el dolor en el pecho es insoportable.

Ignazio cae de golpe al suelo. Giuseppina no puede impedirlo: es demasiado pesado, la arrastra en su caída, la jofaina llena de agua se parte. Agua y trozos de loza se derraman por el suelo.

—¡Olimpia! —grita Giuseppina—. ¡Olimpia!

La criada llega, se lleva las manos a la cabeza.

—Don Ignazio, ¡*madre mía!* ¿*Qué ha pasado?*

—Ayúdame, subámoslo a la cama.

Pero Ignazio está casi sin conocimiento y tiene convulsiones.

—¡Llama a Vincenzo! Ve corriendo a la tienda, dile que venga enseguida.

—¡*Qué espanto!* —grita Olimpia—. ¡*Qué horror!* —Y sus gritos parecen anunciar una catástrofe.

Giuseppina está a punto de ponerse a llorar. Ignazio está pálido, sudado. Lo estrecha contra su pecho, le aparta el pelo de la frente. Le abre el cuello de la camisa, le arranca la corbata.

«¿Qué le está pasando? No puede morir, él siempre ha sido, él es...»

—¡Ignazio! —lo llama, y la voz es llanto—. ¡Ignazio mío!

Ahora está sollozando.

Nota un temblor en la mano de su cuñado.

Ignazio abre los ojos, ve los ojos de ella. Los dedos de él se abren, le rozan las mejillas.

Giuseppina lo ve todo de él en un instante. Cuánto y qué, y cómo, y a lo largo de cuánto tiempo. Y comprende lo pobre que va a ser a partir de ese momento, y lo rica que ha sido, aun sin saberlo.

—¡Tío! —Vincenzo entra corriendo en el cuarto, se arrodilla al lado de la cama de Ignazio—. Tío, qué te ocurre... —Le pone las manos en el pecho mientras su madre lo sigue abrazando y meciendo. Prácticamente lo arranca de los brazos de ella—. ¡Tío! ¡No!

Grita de nuevo, y vuelve a gritar. No puede morir así, él no. ¿Qué va a hacer solo?

Ignazio parece mirar a Vincenzo un momento. Incluso esboza una sonrisa.

El corazón cede en ese instante.



Messina se encarga de comunicar el fallecimiento de Ignazio Florio al funcionario del Registro Civil. Él también llama al notario Serretta para que acuda a la via dei Materassai al día siguiente del funeral para que dé lectura al testamento.

Vincenzo, con corbata de luto, espera en el salón, repleto de bagnareses y de empleados de la tienda. En un rincón, de negro, Giuseppina. Ha envejecido de golpe. Está triste, desvalida, ella que ha sido siempre fuerte, luchadora. Desde hace dos días va al dormitorio de su cuñado, pone una mano sobre la cama, lanza un suspiro amargo y sale. Una y otra vez.

Cuando llega Serretta, los parientes y los empleados se sientan alrededor de la mesa. Todos menos Vincenzo, que permanece de pie al lado de la ventana, mirando la calle. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho, parece impasible.

La luz de mayo inunda las paredes, se extiende por los tapices flamencos comprados años atrás, por las alfombras adquiridas por los capitanes que comerciaban con Oriente, sobre los muebles de ébano y de nogal. Todo lo había elegido Ignazio, Vincenzo se da cuenta ahora.

En treinta años, gracias a él, todo ha cambiado: ha convertido su *putia* en una empresa, los ha hecho lo que son.

Los Florio de Palermo.

Y ha hecho que él se convierta en un hombre.

El notario da cifras, participaciones y legados para los sobrinos de Bagnara, una cantidad para Mattia y sus hijos.

Vincenzo no se ha movido.

—¿Ha oído lo que he dicho, don Vincenzo?

«Don Vincenzo.» Todos los ojos lo están mirando. Ahora es el cabeza de familia.

El notario Serretta aguarda.

—Sí —responde Vincenzo.

Conoce el testamento de su tío. Habían redactado dos documentos semejantes, años antes, en los que uno nombraba heredero al otro. Pero hay una cláusula que Ignazio ha hecho introducir hace poco. Es una señal, un mensaje. Cuando el notario lee esa cláusula, Vincenzo siente cerca de él la presencia sólida y amable de Ignazio.

—Que la empresa siga con la razón social de «Ignazio y Vincenzo Florio».

Firma la aceptación de la herencia sin decir palabra. Le estrecha la mano al notario. Le besa la frente a su madre, que está llorando. Se acerca a Ignazio Messina.

—Ocúpate tú del papeleo. Nos vemos dentro de un rato en la tienda.

Sale.

Sus pies saben dónde ir.

Con la cabeza gacha, avanza con decisión, esquivando a los paseantes. Llega a la Cala, sigue hasta el final del muelle.

Se sienta en el suelo, como hizo hace muchos años, cuando murió su padre.

Aquella vez le dijo a su tío Ignazio: «Ahora estamos solos».

«Ahora estoy solo», piensa.

Una lágrima, solo una, le resbala por la mejilla.

Azufre

abril de 1830 – febrero de 1837



Addisiari e 'un aviri è pena di muriri.

Querer y no tener es muy penoso.

Proverbio siciliano

En 1830, Fernando II, con veinte años, asciende al trono del Reino de las Dos Sicilias, dispuesto a apoyar la renovación económica y social. Comienza entonces una inteligente política fiscal y, sobre todo, se da notable impulso a la renovación de las infraestructuras. El reino de los Borbones se transforma en un lugar donde la tecnología y la ciencia son ampliamente valoradas: se da impulso a la industria metalúrgica, a la creación de líneas férreas y a la construcción de buques militares con cascos de metal. Se crea el primer sistema de pensiones de Italia y se comienza la primera red eléctrica de iluminación pública. Se intenta, además, mejorar el aprovechamiento de las azufreras, esto es, provocar un enfrentamiento abierto con los ingleses y los franceses, decididos a comprar el azufre a precios inferiores a los del mercado.

Entre 1830 y 1831 estallan movimientos revolucionarios en Francia (con el ascenso al trono de Luis Felipe de Orleáns, monarca constitucional) y en Bélgica (que logra la independencia). En julio de 1831, en Marsella, Giuseppe Mazzini funda la Joven Italia, que se propone «la independencia del extranjero», «la unidad de la patria» y la constitución de la república; sin embargo, los movimientos revolucionarios que los seguidores de Mazzini organizan en 1833 y 1834 acaban en sangre.

Azufre. *U' sùrfaru*, en siciliano.

El oro del diablo. Piedras que prenden fuego.

La riqueza maldita de los comerciantes.

El tesoro que los terratenientes hallaron bajo sus pies después de haberlo maldecido durante siglos; su presencia volvía las tierras estériles, no valían ni para pastos por las emanaciones del suelo.

Ahora, en cambio, zanjas tortuosas recorren el terreno. Niños y hombres, en fila como hormigas, emergen con espuestas llenas de piedras amarillas que encorvan las espaldas.

Los terrones se pesan, se meten en sacos, quedan listos para la venta.

Una vez estibado, el azufre sale de Sicilia hacia el resto de Europa: hacia Francia y, sobre todo, hacia Inglaterra, que se ha asegurado la mayor parte de la producción; pero hay también otros destinos, como el norte de Italia.

El azufre se quema en una cámara de plomo y, a través del calor y el vapor ácuo, se transforma en aceite de vitriolo, el valioso ácido sulfúrico, que se emplea para producir tintes, y que también es útil para procesos de transformación en las fábricas químicas que están surgiendo en toda Europa.

El oro del diablo crea fortunas. Da bienestar y trabajo.

En todas partes, excepto en Sicilia.

De eso, sin embargo, los sicilianos no se dan cuenta.

No todos, al menos.



Hace poco que ha salido el sol. Alumbra con una luz tibia, suave, típica de las mañanas de primavera, como ese día de abril de 1830.

En la via dei Materassai, la vida ya se ha puesto en marcha.

Giuseppina coge una pasta, la moja en la taza de leche. En el líquido flotan migas.

—¿Vendrás a comer, hijo?

Vincenzo no le contesta. Severo, con traje oscuro y botas relucientes, está sumido en la lectura de un mensaje que un recadero le ha llevado.

—¿Has oído lo que te he dicho?

Con un gesto, le pide que se calle. Luego, de golpe, hace una bola con la hoja y la tira.

—Maldición.

—¿Qué es? —Giuseppina se le acerca—. ¿Qué te pasa?

—Nada. Déjalo.

Olimpia elige ese momento para entrar en el salón.

—¿Puedo retirar las tazas? —pregunta, casi canturreando. Se da cuenta entonces de que el señor está tenso y de que la señora está nerviosa, y se le borra la sonrisa de los labios. Recoge los platos y desaparece sin hacer ruido.

Giuseppina insiste:

—¿Qué ha pasado? —Su voz preocupada persigue a Vincenzo. El traje negro cruje por el pasillo.

—Nada, ya se lo he dicho. —Coge el abrigo, le da un beso.

—Pero...

—Estese tranquila y siga con sus cosas.

La mujer se queda con las manos contra el pecho. Vincenzo, carne de su carne, ha dejado de pertenecerle hace tiempo. Nada ni nadie puede entrar en ese mundo hecho de dinero, hombres, mercancías.

La única persona que la ha cuidado murió hace casi dos años. Ella ya es casi vieja.

Muy despacio, con el corazón oprimido, vuelve a su silla.



Vincenzo abre la tienda, tal y como hacía su tío. Unos minutos después llegan los empleados; luego entra Ignazio Messina, que ya ha ido a la Cala para conocer las últimas novedades.

Vincenzo los recibe a todos con un saludo que es casi un gruñido. Llama al secretario. El hombre lo observa un momento, y eso le basta para comprender.

—¿Qué ocurre, don Vincenzo?

Él se dirige al escritorio que había sido de Ignazio.

—El *Anna* se ha perdido.

—¡Virgen santa! ¿Cómo? —El secretario se da un manotazo en la frente—. *¿Qué ha pasado?*

—Piratas. Había dejado Brasil hacía apenas tres días. Probablemente lo siguieron desde la costa y lo atacaron en cuanto emprendió rumbo hacia Europa.

—¡Malditos! —exclama Messina—. Pedirán un rescate, los muy bellacos. ¿Hay muertos, le han hecho daño a alguien?

—Parece que no, al menos por lo que dice el despacho de esta mañana. —Vincenzo se desploma en la silla—. Son unos cobardes, eso es lo que son. Era un barco europeo sin escolta que nunca había llegado hasta ahí, y lo han notado enseguida.

—Claro, habrá sido por eso... No nos lo esperábamos, nos va a hacer mucho daño. Pero veamos el lado positivo. Ha hecho bien contratando al capitán Miloro: sabe lo que se hace y no debemos soltarlo. —El secretario se acoda en el escritorio—. Hemos llegado hasta Brasil sin conocer las rutas de los clíperes norteamericanos y sin buscar la mediación de los ingleses. Eso es sumamente importante. La cosa tampoco está tan mal.

—Miloro conoce los vientos y las corrientes, y tiene estudios. No es un grumete *tonto*. —Repiquetea con los dedos sobre la mesa, donde hay extendido un mapa del Atlántico—. No me preocupa el cargamento: es una gran pérdida, pero estaba asegurado. Sí, lo importante es que ahora sabemos que podemos comprar café y azúcar en las colonias sin contar con los ingleses y los franceses. Así, también nuestros productos, como el aceite y el vino, pueden llegar hasta América.

La sonrisa de Vincenzo es amarga, casi una mueca. Pese a que ha acabado así, el camino ya está abierto. Puede establecer relaciones comerciales con los americanos, y no solo eso. Puede llegar a Estados Unidos con sus barcos y sus mercancías, como hace desde hace tiempo Ben Ingham, que ya tiene participaciones en los trenes que van de la costa Este del país a la costa Oeste.

Instintivamente, Messina vuelve la vista hacia la calle, donde Palermo aguarda noticias para poder hablar y criticar.

—Pero cuando la gente se entere...

Vincenzo se levanta. Acaricia el anillo de su tío, el que había sido de la madre de Ignazio y que él le quitó cuando ya estaba en el ataúd. Se imagina lo satisfecho que su tío habría estado del resultado, cómo lo habría mirado, disimulando el entusiasmo bajo una apariencia de indiferencia.

—Cuando la gente se entere, los idiotas se alegrarán de que hayamos perdido un cargamento. Los más listos tratarán de imitarnos. —Se dirige hacia la salida—. Más tarde iremos a dar el parte a la compañía de seguros. Ahora, acompáñeme.

—¿Adónde? —Al secretario apenas le da tiempo de recoger carpetas y documentos. Tiene que seguirlo por el pasillo. A veces el ritmo de ese hombre lo sobrepasa.

—A la almadraba.



La Casa Comercial Ignazio y Vincenzo Florio es muy rica para ser una casa de negocios de Palermo. Comercia con especias y productos coloniales, participa en una compañía de seguros

integrada por comerciantes palermitanos y extranjeros, es accionista de varios buques y barcos de carga. Administra las almadrabas de San Nicolò l'Arena, de Vergine Maria y, desde hace poco, la de Isola delle Femmine: unas inversiones que han empezado a ser rentables después de años de pérdidas.

Para Vincenzo, sin embargo, la «almadraba» es el edificio de la Arenella. La única, auténtica y gran pasión de Ignazio, que quiso mantenerla alquilada incluso en la época en que la pesca del atún atravesaba una profunda crisis.

«Es una cuestión de amor», decía su tío.

Y él también se ha enamorado de ese sitio, sin darse cuenta, y lo quiere como si fuese el cuerpo de una mujer. Tal y como ocurre con ciertos amores que anidan en uno y que duran toda la vida.

Ignazio Messina se apea del carruaje, seguido por Vincenzo. El secretario se apoya en un bastón y Vincenzo lo adelanta, camina a paso ligero. Deja atrás la puerta del *marfaraggio*, el pabellón, pintada del mismo negro que el de los cascos de las embarcaciones pesqueras.

Llega a la *trizzana*, el arsenal donde se reparan los barcos. En el interior, voces de hombres, olor seco a mar y a algas. Los marineros se están preparando para empezar la almadraba.

—¡Señor Florio! —Un atunero descalzo se le acerca—. Le traigo un mensaje de su señoría. Lo espera en la cuesta, donde está la tienda.

—Gracias. —Con un gesto, Vincenzo le dice a Ignazio Messina que lo siga.

—¿El barón? —pregunta Messina, perplejo.

—Sí, Mercurio Nasca di Montemaggiore. —Vincenzo cruza por delante de un grupo de hombres que están remendando las redes para la pesca de ida, la que aprovecha la llegada de los atunes al Mediterráneo para aparearse—. Es uno de los dueños a partes iguales de la almadraba con el monasterio de San Martino delle Scale.

—Sí, ya sé que es uno de los dueños... Pero ¿cómo es que lo ha citado aquí? Quiero decir, resulta extraño que un aristócrata se rebaje a pedir un encuentro en una almadraba.

Dejan atrás a los atuneros que están calafateando los barcos. Vincenzo, que le saca un palmo a Messina, lo mira por encima del hombro. En el aire, olor a brea y alquitrán.

—Haga un esfuerzo de imaginación: ¿qué puede pedirle un barón a un comerciante como yo?

—Solo una cosa.

—En efecto. —Vincenzo inclina la cabeza hacia el secretario—. Hace unos días, Nasca di Montemaggiore me mandó una nota: pedía un encuentro. Y quería que fuera discreto.

—Ah. Entonces, los rumores acerca de él...

—Son ciertos. Está con el agua al cuello. He descontado algunas de sus letras, y él se ha enterado. Por eso quiere hablar conmigo: creo que está buscando a algún pobre mortal que le preste dinero.

En la cuesta pavimentada con guijarros y mortero, una tienda blanca brilla contra el azul del

mar.

El barón está sentado a una mesa campestre. Es un hombre de mediana edad con atuendos algo raídos, que demuestran un gusto algo pasado de moda: una camisa de encaje y un frac de franjas bordadas. Detrás de él, un criado de librea; a su lado, un hombre distinguido, quizá su hombre de confianza.

Alrededor, trozos de red y anclas abandonadas.

—Señor Florio. —El tono es el de un soberano dando audiencia. Y, en efecto, tiende la mano para recibir el homenaje del hombre corriente. Vincenzo la agarra, se la estrecha con fuerza. El noble la retira, se la aprieta al vientre.

Entonces, sin esperar la invitación, Vincenzo se sienta. Se dirige al criado.

—Una silla para mi secretario, si tiene la bondad.

El otro obedece.

La frente del barón está perlada de sudor. Demasiado sudor para ese abril apenas templado.

—Veamos... —Se detiene.

Vincenzo no hace un solo gesto.

—Veamos.

El hombre de confianza murmura algo al oído del barón, que asiente con visible alivio y le pide con un gesto que continúe.

—Su señoría desea pedirle su colaboración. —Aspira las vocales, su acento es el típico del interior de Sicilia—. El barón ha tenido que afrontar gastos imprevistos a causa de coyunturas económicas desfavorables, a lo que se ha sumado la necesaria reforma del palacio de Montemaggiore. La situación de sus almacenes es especialmente delicada en este momento y se encuentra en una crisis de liquidez...

—En síntesis, ya no tiene dinero. —Vincenzo se dirige al barón, que tiene la mirada clavada en el mar—. Lo comprendo perfectamente. También mi actividad empresarial me expone a graves riesgos. Tiene usted toda mi comprensión, señor.

El barón se aclara la garganta. Suenan palabras amargas.

—Le hablaré con claridad, señor Florio: necesito un préstamo. Por eso le he pedido un encuentro en este lugar. No me parecía adecuado discutir un acuerdo de negocios en mi palacio.

Vincenzo no replica.

El silencio se hace sal. Seca y amarga.

—¿Cuánto? —pregunta Messina.

El hombre de confianza vacila.

—Al menos ochocientas onzas. Su señoría está dispuesto a ofrecer como garantía su parte de la almadraba. —Extrae de una cartera de piel unos documentos y se los tiende a Ignazio Messina, que empieza a leerlos.

—Tiene que darnos unos días para valorar el monto del préstamo y de las garantías ofrecidas —comenta al cabo Messina.

La voz del barón se tiñe de temor y vergüenza.

—Yo... Tenemos gastos ingentes... Me veo forzado a pedirle que tome una decisión mañana a más tardar.

—¿Mañana? No creía que estuviera tan angustiado. —El estupor de Vincenzo parece auténtico. Se vuelve hacia Messina, pero este menea la cabeza y señala los papeles.

«Demasiado poco tiempo.»

—¿Lo ve? Mi secretario también dice que es imposible. Una semana es lo mínimo indispensable para valorar sus garantías. —No espera un gesto de despedida, se levanta—. Conocerá la respuesta dentro de una semana. Señores, buenos días.

El barón estira la mano hacia él.

—¡Aguarde! —Agarra la manga de su hombre de confianza, lo tironea—. ¡No! ¡Por el amor de Dios, no! —casi grita—. ¡Ya será demasiado tarde, dígaselo!

El hombre de confianza trata de calmarlo mientras Messina, desconcertado, recoge los documentos, esboza una reverencia y, sin decir palabra, se aleja.

Da alcance a Vincenzo delante del carruaje. Prefiere no ver ese fantasma de emoción que hay en el rostro del otro.

—Pero, don Vincenzo, ¿no cree que...? ¿No habrá sido usted demasiado...? —resopla.

—No. Quiere ese dinero y hará de todo para conseguirlo. Y lo conseguirá, pero con mis condiciones.



—Como garantía del préstamo, se ceden los aparejos y las herramientas, el portalón, las anclas, la estructura, los depósitos, las aguas donde estos están situados y los almacenes de la almadraba...

El notario Michele Tamajo lee con voz monocorde; casi parece la cantilena del oficio de difuntos.

Vincenzo, de traje oscuro, está sumido en un pensamiento secreto. Hace caso omiso al zumbido de una mosca que está atrapada en la habitación, al crujido de las páginas del documento, al chirrido de las sillas.

A la debida distancia, el barón Mercurio Nasca di Montemaggiore lo mira con odio. Tiene las mejillas coloradas, los párpados hinchados. Si las miradas pudiesen matar, Vincenzo Florio ya estaría muerto en medio de espantosos sufrimientos.

—Y esto es todo. —El notario se dirige al barón—. ¿Está seguro de que quiere firmar?

El hombre señala a Vincenzo.

—¡No me ha dejado elección, este... cabroncete! —La voz es un destilado de rencor.

Vincenzo parece reparar en él solo en ese momento.

—¿Yo, un cabroncete? Barón, no soy una congregación de caridad.

—¡Se está usted aprovechando de mi situación de indigencia! —El barón tuerce la boca—. Me está obligando a malvender.

—No, señor. No mienta. Le pedí una semana para evaluar sus garantías, e hice bien, pues he descubierto que los utensilios de la planta estaban en condiciones penosas. Entonces me ofrecí a comprarle su parte de la almadraba, para ayudarlo. Por toda respuesta, usted me pidió el pago al contado para acallar a los acreedores. Lo ha recibido. ¿Y ahora encima tiene el valor de decir que no le he dejado otra opción?

—¡No tiene sangre noble, y eso se nota! Es usted un individuo mezquino y sin respeto. —La voz es casi un zumbido—. *Vous êtes un parvenu insolent!*

Vincenzo, que está con la pluma de ganso en la mano para firmar el contrato, se detiene. Da igual que hayan pasado años o que el francés haya reemplazado al dialecto. Ese insulto sigue quemando, siempre.

—Se puede usted retirar, si lo desea —murmura gélido.

El despacho cae en un silencio opresivo, lo único que se oye es el zumbido de la mosca. Una gota de tinta mancha la hoja.

Todo el mundo lo sabe y el notario Tamajo no es una excepción: el barón está arruinado. Pero también sabe que ese hombre es orgulloso como pocos.

—Tiene usted la palabra, señor barón —se entromete entonces, para salvar las apariencias—. ¿Qué elige?

La tentación es grande. El barón probablemente está pensando que a lo mejor todavía puede aguantar un poco, vender las últimas joyas de su esposa, o ceder su parte de la almadraba a los monjes de San Martino delle Scale, que ya son dueños de una parte del edificio. Pero sabe perfectamente que los monjes no se gastan un real y que las joyas de su mujer son de pacotilla. Contiene un suspiro de humillación.

—Firme, por Dios —murmura al fin—. Firme y desaparezca de mi vista.

Vincenzo estampa su rúbrica debajo de la mancha de tinta. Les deja el sitio a Ignazio Messina y al hombre de confianza del barón para que resuelvan los temas burocráticos, y se va a un rincón de la pieza. Cruza los brazos sobre el pecho y enarca las cejas, lo que le da un aspecto de rapaz.

Al cabo, Messina se le acerca.

—Podría usted haberse quedado en la oficina, yo tengo poderes para representarlo. No tenía por qué presenciar este número.

Pero Vincenzo sigue observando a Nasca di Montemaggiore.

—En el futuro, a lo mejor. Hoy no. —Tiende la mano—. Deme la bolsa.

—Pero...

Su mirada no admite réplica.

Vincenzo se acerca al barón, que está abatido en la silla, y le suelta la bolsa en las piernas. El hombre no tiene tiempo de agarrarla, las monedas caen al suelo y se desparraman por la alfombra.

Vincenzo Florio abandona el despacho mientras el barón Nasca di Montemaggiore, de rodillas, está recogiendo el dinero del suelo.



—Despacio, despacio... Virgen santa, ¿es que no pueden tener cuidado con las cosas ajenas?

Giuseppina se pone nerviosa, trata de guiar a los *mozos de cuerda* por los pasillos de la nueva casa.

Es una casa grande, en una primera planta. También en la via dei Materassai, pero en el número 53.

Vincenzo se la ha comprado a un vecino de la tienda, Giuseppe Calabrese. Para ser exactos, se trata de una dación en pago por una deuda que Calabrese no ha podido saldar a tiempo. Los negocios son los negocios, y punto.

En realidad, son dos apartamentos que él ha unido tirando unas paredes. Desde un lado de la azotea se ve la Cala hasta el horizonte y, por el otro, la ciudad y las montañas. Como le gusta la vista, hará una terraza para pasar ahí las tardes de verano.

Giuseppina se sienta en una silla y se limita a señalar las habitaciones donde hay que dejar los muebles. Las criadas ya se encargarán de barrer y de colocarlo todo en su sitio.

Vincenzo aparece en el umbral.

—¿Qué, madre, le gusta?

—Me encanta. Es grande... cuánta luz.

El recuerdo es un ladrón que se desplaza a la casucha de la calle San Giacomo; luego va a la otra, a la de la via dei Materassai, donde había muerto Ignazio. Casas de alquiler, para obreros.

—Está muy bien —asiente Giuseppina, y mira de un lado a otro. Su hijo la ha reformado; ha cambiado los suelos y pintado las paredes y los techos con flores y cielos azules. Tiene incluso agua corriente y una cochera—. Claro que no tiene el encanto de la casa de Bagnara, pero...

—¿Sigue? —Vincenzo eleva la vista al cielo—. ¿Cómo es que no se cansa de hablar siempre del pueblo? Esta es nuestra casa. No hay que recordar más los alquileres y las *casuchas* de Calabria. A partir de ahora viviremos aquí.

Y, una vez más, a Giuseppina no le queda más remedio que agachar la cabeza. Nunca ha podido vivir donde le habría gustado.

Cuando quiso saber si podían permitirse un apartamento tan lujoso, Vincenzo levantó la cabeza de los papeles y la miró con no menos calma que irritación.

—¿Desde cuándo me lleva usted las cuentas, madre? —le preguntó—. Claro que podemos. Ya no somos *tenderos*. Justo ayer pagamos los impuestos de aduana del cargamento del *Santa Rosalia* y, cuando aún no habíamos terminado de descargar la mercancía, ya se había abierto la subasta para la venta del algodón. —Con el tiempo, la risa de Vincenzo se ha vuelto ronca. Ya tiene treinta y tres años—. Necesitamos una casa digna de nosotros. Mientras yo esté, no le faltará nada.

Un obrero llama a Vincenzo, que se aparta.

Ella permanece de pie, mira por una ventana: alcanza a ver un buen trozo de la via dei Materassai y una parte de la de San Giacomo.

Han prolongado mucho la calle.

Y su rencor se ha atenuado con los años, hasta desaparecer con la muerte de Ignazio.

Solo se tiene a sí misma y sus recuerdos. Su hijo —su criatura, su razón de vida— es una isla, como ha sido ella durante mucho tiempo. Y ahora tiene que darse ánimos, porque hay algo que le preocupa y que no la deja conciliar el sueño. A sus años, cincuenta y cuatro, se siente vieja y sabe que Vincenzo no puede quedarse solo. Todo hombre necesita una mujer a su lado, que le caliente la cama y que lo cuide, que lo aguante cuando está de mal humor. Que le dé hijos, herederos, algo que ahora necesita la Casa Florio.

Lo que Ignazio y Vincenzo han construido no se puede tirar por la borda. Es un patrimonio que se ha de legar y cuidar, y eso requerirá un buen linaje. Una mujer que haya sido educada como una dama. Su hijo tendrá que crear una familia. Se lo dice de mala gana. Tiene que hablar con él sobre el asunto.

Y ella tendrá que hacerse a un lado. Pronto.

Le queda la conciencia de estar sola, y otra más amarga, más sutil, más dolorosa: la de haber rechazado al amor de su vida.



Esa noche, en la cena, madre e hijo se sientan uno frente al otro, solos, como ocurría en la antigua casa. Una lámpara baña de luz el mantel, la vajilla, las manos. Olimpia, ya demasiado vieja —y demasiado vulgar— para servir en la Casa Florio, ha sido reemplazada por una chica pecosa y por su madre, que se encarga de la cocina y de las faenas pesadas.

Giuseppina le habla con suavidad.

—Quería decirte algo, Vincenzo.

Él levanta la cabeza del plato. Frunce el ceño.

—¿Hay algún problema?

—Ninguno. Pero podría haberlos, y conviene evitarlos con tiempo. —Siente que algo la carcome, pero tiene que darse ánimos. Esto trasciende su vida, así que hay que afrontarlo—. Tienes más de treinta años. —Hace una pausa—. Debes pensar en el futuro, y no solo en el tuyo.

Vincenzo deja la cuchara en el plato.

—¿Una esposa, supongo? —pregunta entonces, sin levantar la vista.

—Sí. —Giuseppina respira profundamente. Una mujer que comparta esa casa con ella, que esté sentada a la misma mesa, que duerma con su hijo...

No va a ser fácil.

Vincenzo coge la copa de vino, bebe un sorbo. El cuello de Isabella Pillitteri es el recuerdo de un instante.

—Verá, durante un tiempo esperé que me dijese eso. Pero ese momento ya pasó. —Unos ojos de ónix se clavan en los de ella un instante. Se levanta. Le da un beso—. Encárguese usted. Búsqueme una esposa apropiada para mí y que le agrade a usted, que sea de buena familia y que tenga una dote adecuada. Ya me lo comunicará. —En la puerta, añade—: No me espere levantada. Tengo una cita.

—¿Con quién?

—Ya lo verá. Es una sorpresa.



En la escalinata de San Giovanni dei Napoletani hay unos hombres. Son comerciantes, en su mayoría de origen calabrés y napolitano, con sus hijos. Comparten el origen, el oficio, el lugar donde viven. La excusa es la oración, el propósito, verse las caras, hablar de negocios, contarse chismes.

Las miradas que se cruzan no son nada amables. La oración de las vísperas no parece haber surtido ningún efecto en ellos.

El sacristán masculla:

—*¿Esta gente puede perder tanto tiempo?* —Y cierra el portón de la iglesia con violencia.

Vincenzo está hablando muy discretamente con un hombre de mandíbula cuadrada y fuerte acento calabrés. Parece que se conocen bien, lo que no deja de suscitar la curiosidad de otros

comerciantes. A diferencia de Ignazio, que era siempre afable, Vincenzo Florio tiene un carácter hosco. No se codea con nadie.

«Menudo listo», piensa todo el mundo.

Vincenzo los oye: murmullos, muestras de envidia mezclada con admiración. Se concentra en el hombre que está con él.

—Como ves, montones de bagnareses y napolitanos comercian en la costa. Pero ellos no me interesan. Veo más allá.

El otro, un poco más bajo y musculoso que Vincenzo, mira alrededor.

—Algo me comentabas en una de tus cartas. Entonces ¿de qué...?

Un ojo perspicaz notaría que tienen ciertos rasgos en común. Frente alta, manos anchas y fuertes, piel morena. Sin embargo, la calidad de la tela del traje y la menor seguridad de los gestos del recién llegado revelan que este no posee tanto dinero como Florio.

Vincenzo lo coge del brazo, lo conduce hacia el palacio Steri.

—Esta es la Aduana —le explica—. Pero no ha sido siempre así. Originalmente era el palacio de un noble, luego se convirtió en un tribunal y después en una cárcel para herejes, asesinos y ladrones. —Se detiene. Están al pie del palacio, una sombra negra de piedra—. No quiero un Caín en mi casa. ¿Me guardas rencor por aquello que pasó cuando éramos pequeños?

—Quizá en el pasado —responde el otro en tono sincero—. Recuerdo la desesperación de mi madre, y el hambre, y la humillación de tener que pedir dinero a los parientes. Vendimos la casa y nos fuimos a vivir a Marsala... Sí, estuve enfadado con tu padre y con el tío, también porque todo el mundo nos contaba que las cosas os iban bien.

—Pero después empezaron a llegaros pequeñas cantidades, ¿verdad? —Vincenzo habla en voz baja—. Las enviaba el tío Ignazio, sin decir nada a nadie. He encontrado los recibos de las remesas en los libros de aquellos años. Aún recuerdo la vez que la tía y tú vinisteis a Palermo. Mi padre se estaba muriendo. A mí me resultaba raro saber que tenía una familia. Después pensé muchas veces en cómo habría sido todo si hubiésemos estado más cerca. Pero así han sido las cosas.

El otro asiente.

—Mi madre os quería. Se acordaba siempre de vosotros, rezó siempre por tu padre y por el tío. Vincenzo siente un escalofrío. Se rehace.

—Yo no soy el tío Ignazio, recuérdalo. Soy de los que no se conforman con lo que tienen.

—Yo tampoco.

Y en esa frase, en el tono resuelto, Vincenzo encuentra la certidumbre que está buscando.

—Mañana vendrás conmigo a la via dei Materassai. Te presentaré a Ignazio Messina; él se encargará de explicártelo todo. Es un hombre mayor, con experiencia, y tendrás que estar a su lado. Mi madre aún no sabe nada, pero le encantará ver de nuevo al hijo de Mattia.

Raffaele Barbaro, hijo de Paolo Barbaro y Mattia Florio, por fin sonríe.



La callejuela es silenciosa y tranquila, pese a que queda cerca de la muralla de la ciudad y de la Aduana. En la via della Zecca Regia hay casas angostas, algunas de las cuales dan a la via dell'Alloro: casas modestas de pequeños comerciantes. Nada que ver con los palacios nobiliarios de la zona.

En el despacho que hay en la primera planta del piso, la oscuridad est  desplazando a la luz del ocaso. El otoño de 1832 avanza a grandes zancadas y acorta los días, trayendo oleadas de tramontana.

Cuatro hombres.

—Imagínense el desierto del África negra.  rido, desolado, sin esperanza. De vez en cuando surge un oasis con un charco de agua y dos palmeras cruzadas. Pues aquí pasa lo mismo: encontrar una empresa parece un milagro. —Vincenzo abre la mano derecha, cuenta con los dedos—: Hay algunas algodoneras, un par de fábricas de fusiles, una de lat n y otra de hierro. Las otras son *put e*, talleres con un capataz y unos quince obreros, si la cosa va bien. En cuanto a mi actividad, la Casa Florio no tiene fábricas: comercia. Ponemos en contacto a productores y compradores, en nuestro nombre y por cuenta de terceros.

Al otro lado del escritorio, Tommaso Portalupi, comerciante de Milán llegado a Palermo hace pocos meses, lo escucha con atención. Tiene entradas, ojos color avellana y una nariz pronunciada llena de venas oscuras. Lo flanquea su joven hijo Giovanni.

Portalupi se acoda en la mesa.

—Señor Florio, yo también soy intermediario, y si acudo a usted es porque he preguntado explícitamente quién es el mejor proveedor de Palermo. Mi tarea consiste en encontrar materias primas para elaborarlas en Lombardía. Me interesan el vino, el aceite, el atún en salmuera, el zumaque y el azufre. No quiero acudir a los comerciantes ingleses porque ellos sacarían su producción, y no me interesan los productos de baja calidad que algunos han intentado colarme.  Cu ales de estas mercancías puede ofrecerme y en qué condiciones?

Vincenzo cruza una mirada con Raffaele, que est  sentado a su lado. Se reclina en la silla.

—Pregunte. Puedo proporcionarle todo lo que se produce en Sicilia. Todo.

Un tintineo de cristal contra metal los interrumpe. La puerta se abre.

— Se puede?

Entra una chica con un vestido marrón llevando un plato con galletas. Un suave aroma a vainilla se expande por la habitación.

—Mamá me ha dicho que traiga estas galletas. Están recién hechas. —La joven retrocede un paso, observa a los invitados. Se detiene en Vincenzo.

Vincenzo, que le está aceptando una copa de licor a Giovanni, se vuelve. Y la ve.

«Debe de ser una pariente de Portalupi», piensa, su sobrina o su hija. Tiene sus colores, la cadencia de la voz, hasta la nariz pronunciada. Se mueve con discreción, con gestos casi contenidos. No suele dejarse cautivar por el encanto femenino, pero esa chica lo impresiona: muy erguida, el rostro dulce.

Las mujeres de Palermo no tienen esa mirada limpia, directa.

Tommaso Portalupi le acaricia el rostro.

—Gracias, mi niña. Ya puedes irte.

Espera a que la puerta se cierre para seguir hablando.

—Azufre, señor Florio. Vino y azufre.

Vincenzo junta las manos sobre las piernas cruzadas.

—Por supuesto. El azufre, ¿qué cantidad y en qué plazos?



Esa noche Vincenzo advierte que su madre está especialmente amable. Lo atiende ella misma en la cena, lo mimaba, le pregunta por su trabajo.

La mira con recelo.

Está cansado. Se ha quitado la chaqueta y la corbata; lleva el chaleco desabotonado, está despeinado. Después de un día de trabajo frenético, por fin puede ser otra vez él mismo.

Giuseppina aparta el plato.

—Hijo mío, escucha. He encontrado una chica que puede valernos.

A Vincenzo no se le escapa ese plural. Como si su madre también fuese a casarse. Pero él no necesita una compañera, ni tampoco un ama de casa: solo quiere una mujer que le dé herederos sanos y fuertes. Giuseppina se ocupará de todo lo demás, como siempre.

—Dígame, madre.

—Se trata de una joven de buena familia, educada por las monjas: tiene diecisiete años, es seria y respetuosa. Me la han sugerido ellas.

Vincenzo apoya el rostro en los puños cerrados.

—¿Qué es lo que le preocupa, entonces? Porque noto que está preocupada.

Repasa con dedos nerviosos el mantel.

—Su familia tiene un lejano parentesco con el príncipe de Torrebruna. Sería un matrimonio prestigioso. Me han hecho saber que estarían encantados de que se casara contigo. Naturalmente,

está el problema de la dote: aparte del título, de un almacén en Enna y de una casa aquí en la ciudad, no tienen nada más. —Giuseppina elige las palabras con cuidado.

La sensación de alarma de Vincenzo aumenta.

—Nada irresoluble. ¿Pero? —Porque hay un pero, lo nota, flotando entre ellos.

—Ponen una condición. Querrían que dejaras de ocuparte de los negocios personalmente, que contrataras a alguien para que se encargara del herbolario. No consideran ese trabajo decoroso para el título que tienen. —Giuseppina calla, espera un gesto, una palabra.

Él, en cambio, no mueve un músculo. Luego se tapa la cara con las manos. Habla despacio, y es como si no creyera lo que acaba de escuchar.

—¿Pretende usted que deje mi trabajo... por una mujer?

—¿Una mujer? Es una niña. —Minimiza—. Cásate, después ya se verá. Cuando seas de la familia, ya no podrán decirte nada. Tendrás la sartén por el mango.

Pero Vincenzo echa la cabeza hacia atrás. Ríe con fuerza, da un puñetazo en la mesa.

—¡Ahora! ¡Ahora me dice esto! —Su voz suena con una brusca amargura que asusta a la madre—. ¿Se acuerda de lo que pasó cuando no tenía ni veinte años? —Endereza la cabeza. Los ojos son piedras de lava—. ¿Se acuerda de Isabella Pillitteri? ¿Cuando usted me dijo que tenía que olvidarme de ella porque era una muerta de hambre? ¿No se acuerda?

Giuseppina podía esperarse cualquier cosa menos eso. Se pone de pie.

—¿Qué tiene que ver? Ella era hija y hermana de libertinos que solo buscaban dinero.

—¿Y estos qué quieren? —Sigue a Giuseppina, que ha empezado a recoger la mesa—. ¡No solo mi riqueza, también imponerme sus normas!

—¿Quién va a decirte nada a ti? Ella es un alma devota, una *niña* que ha estado con las monjas. Te obedecerá, le digas lo que le digas: eres el hombre de la casa y tú mandas. ¡Tú eres el que tiene el dinero!

Vincenzo la señala con el dedo.

—Respondo no, a ellos y a usted. Le había pedido que me encontrase una esposa, no que me emparentase con unos pordioseros que se sienten ricos porque tienen un título y encima se ponen a dictar condiciones.

Giuseppina está furiosa. Había pensado que la cosa estaba hecha, y sin embargo... Deja los platos en la mesa, lo encara con los brazos en jarras.

—No me perdonas lo que ocurrió hace quince años, ¿verdad? Y eso que te abrí los ojos y tendrías que habérmelo agradecido... Pero no, la culpa es mía. ¿De qué, dime? ¿No recuerdas cómo te trató su madre? Sí, hijo mío, lo sé todo. ¡Me contaron esa escena vergonzosa en plena calle! Lo cierto es que eres vengativo y que no tienes corazón, igual que tu padre. Es inútil, hay cosas que forman parte de la índole de los Florio. —Aprieta los labios—. Sigue así y te quedarás más solo que un perro.

Vincenzo tiene que contenerse para no romper nada. Giuseppina se lo nota en la cara, retrocede, pero él le agarra los brazos y le dice:

—Mejor ser un perro roñoso que pasarse la vida detrás de una mujer que no te quiere.

La suelta. Ella se tambalea, se sujeta a la silla.

Mira a Vincenzo y ya no lo reconoce. Parpadea, se traga las lágrimas. Sigue así hasta que él ha salido del comedor. En ese momento, más que nunca, habría querido que Ignazio estuviese a su lado.

La conciencia de que ha sido cruel con él la oprime.

Quiso hacer insoportable la vida de su marido, creyó que el rencor que guardaba a los Florio la habría separado de ellos. Y se había imaginado que tenía un aliado en su hijo. Sin embargo, esa noche descubrió que la leche materna mezclada con el odio con el que lo había alimentado había sido veneno. El odio se le había enquistado dentro.



Apretones de manos.

Tintineo de copas.

La criada sirve licores y galletas.

—Su azufre tiene el precio más competitivo que he encontrado en el mercado con esa calidad.
—Giovanni Portalupi habla animadamente con Vincenzo. Repiquetea con los dedos sobre el contrato—. He oído por ahí que es usted dueño de una cantera.

—Administro una mina del barón Morillo. —Vincenzo toma un trago de oporto. Le gusta hablar con ese hombre tan directo—. El señor barón no quiere ensuciarse las manos con el trabajo, pero el dinero del alquiler le viene bien, de modo que...

Giovanni se encoge de hombros:

—*Pecunia non olet*, decían los latinos. Una frase muy apropiada para el azufre.

Se ríen.

Cuando va a añadir algo, entra una mujer de mediana edad que se acerca a Portalupi y le habla al oído. Tiene rasgos marcados y una mirada cálida, una extraña mezcla de fuerza y delicadeza.

—¡Madre! —Giovanni la llama—. Le presento a don Vincenzo Florio. Acabamos de firmar por un suministro de azufre. Ella es mi madre, Antonia.

—Señora. —Vincenzo la saluda con formalidad. Su mirada se desplaza ligeramente hacia donde ha visto moverse una sombra. La señala con discreción—. ¿Y ella? ¿Quién es?

Giovanni parece no comprender enseguida a quién se refiere; luego ve a su hermana en la puerta. Habitualmente nadie se fija en ella.

—Ah. Giulia.

La muchacha se vuelve cuando oye su nombre. Acostumbrada a ver la casa llena de hombres de negocios que siempre hablan de mercancías y cuentas, pronto ha aprendido a estar en su sitio.

—Acércate, anda. —Le tiende una mano. Se coloca a su lado—. Mi hermana mayor, Giulia. — Giovanni inclina la cabeza—. Él es don Vincenzo Florio.

Vincenzo los mira a los dos.

—¿En serio? Nunca hubiera dicho que usted es la mayor.

—Le saco solamente dos años. Demasiado poco para hacerle de madre, pero lo suficiente para odiarlo por ser hombre y menor que yo.

Giovanni ríe:

—Lo único que pasa es que yo soy el preferido de nuestra madre.

—Yo no tengo preferencias. —Antonia coge del brazo a su hija, la aleja con delicadeza de los dos hombres—. Giulia ha sido siempre testaruda y su hermano un inconsciente. Criar a dos hijos así no ha sido fácil.

Vincenzo se detiene en Giulia:

—Pero tiene que haber sido divertido.

La muchacha se mira un instante la punta de los dedos.

—Hemos sido felices, y eso me basta. —Levanta la cabeza, lo mira con ojos de raso—. Los recuerdos de una infancia tranquila son el mejor regalo que un padre puede dar a un hijo.



Cuando dejan la habitación, Giulia siente un alivio agrisado. Mira hacia atrás mientras acompaña a su madre a la cocina.

—Ese Florio es un hombre extraño, ¿no te parece? —dice Antonia—. Tan joven y ya tan rico. Tu padre me ha contado que tiene fama de rebelde. Dicen que en pocos años ha hecho una fortuna comprando a precios de saldo terrenos a nobles con problemas. Incluso hay rumores de que presta dinero con usura.

—*Mon père* no haría negocios con alguien que no sea decente, ¿no cree?

—Los negocios son cosa de hombres, hija mía. Tienen reglas que no podemos comprender... — Un violento ataque de tos la interrumpe, la obliga a sentarse. El invierno, también el siciliano, es la estación más difícil para quien sufre del pecho, como Antonia.

Giulia está enseguida a su lado.

—¿Se encuentra bien?

El padre llega del salón, sobresaltado.

—Antonia...

La mujer se frota el tórax, los tranquiliza:

—No pasa nada. —Le acaricia el rostro a su marido—. Desde que estamos en Palermo me encuentro mejor. El médico tenía razón, el clima suave me ha sentado bien.

Tommaso Portalupi suspira.

—Le he dicho a don Vincenzo que se quede a cenar. —Ahora habla en susurros—. Tiene muchos contactos comerciales, es rico y lo conocen bien en la ciudad. Su aprecio nos conviene. Pero si tú no te encuentras bien...

Giulia le toca un brazo.

—Ya me encargo yo, me ayudará Antonietta. Todavía no se ha ido, ¿verdad?

La aflicción enrojece el rostro del padre.

—Me temo que sí, lamentablemente. Tendrás que prepararlo todo tú sola. —Le da un beso en la frente—. Sé que eres capaz de hacer milagros. Haz uno de los tuyos.

Giulia suspira. ¿Cuándo aprenderá a estarse callada? Siempre ha tratado de ser amable con todo el mundo. Pero resulta que, con demasiada frecuencia, su amabilidad le causa sobre todo problemas.

La madre ha dejado de toser, se agarra al brazo de Giulia y se incorpora. Juntas van a la cocina. Antonia se sienta en una silla, suspirando.

Giulia se pone un mandil, abre la artesa. ¿Qué se puede preparar para una cena digna de su invitado?

«¿Qué le gustará? ¿Algo fuerte, un sabor nuevo? ¿Qué?»

Se mueve rápido, busca entre las vasijas y los cuencos de la despensa. Luego ve la cacerola con el cocido de la noche anterior.

«Ya está. Cocido, pan rallado, huevos: todo eso hay. Especies... sí. Hojas de col en vez de las de berza... qué le vamos a hacer. Tampoco hay mortadela de hígado, pero aquí en Palermo no se encuentra, no saben ni lo que es. Usaré salami muy picado...»

Antonia la observa mientras prepara las albóndigas. Su Giulia es una buena chica. Se siente un poco culpable con esa hija que tiene ya más de veinte años y que no ha podido formar una familia propia. Además, en el último año sus congestiones de pecho habían exigido cuidados y atenciones constantes.

Había sido difícil para todos dejar Milán, la seguridad económica y su bonita casa a poca distancia del barrio Navigli. Y todo por ella. La tisis que padecía ya le impedía permanecer en el frío y en la niebla. Necesitaba la luz y el sol para vivir.

Antonia se siente culpable, pues ha forzado a toda su familia a trastocar su vida para mudarse a esa ciudad que es hermosa pero también muy complicada, y donde la miseria convive con los derroches de nobles dignos de una corte europea. Y ella también echa de menos Milán, su aspecto

tranquilo, sus calles llenas de tiendas y la solemnidad de los grandes edificios del centro. Echa de menos los olores y los sabores, echa de menos incluso la bruma de la mañana que borra los contornos del paisaje y atenúa los ruidos. Estaba acostumbrada a una belleza más sobria, de contornos más borrosos; no opulenta, desbocada y excesiva como la de Palermo.

Pero las cosas han sido así, y sus hijos han tenido que adaptarse. Bien es cierto que, mientras que Giovanni trabaja con el padre, Giulia tiene que quedarse con ella en casa y cuenta con pocas ocasiones para distraerse. Aunque, ¿acaso no es ese el destino de las hijas que permanecen en el hogar? ¿No es su deber cuidar de los padres mayores?

En Palermo los negocios no arrancan con facilidad: pocos contactos, mucha desconfianza. Es una ciudad cerrada, en manos de quienes conocen bien el mercado. Por eso su marido ha invitado a cenar a ese hombre.

En la mesa, Florio demuestra que es un invitado amable, pero no demasiado locuaz. Habla primordialmente de negocios con Tommaso y Giovanni. Hasta que, de repente, se dirige a Giulia:

—¿De manera que usted ha cocinado?

A la muchacha la asombra una pregunta tan directa:

—Sí. Espero que sea de su agrado...

—Todo está muy rico. No debe de haber sido fácil preparar una cena en tan poco tiempo. Otras mujeres se habrían puesto nerviosas... —Se ríe—. Mi madre, por ejemplo. Por suerte, tenemos una cocinera que se ocupa de estas tareas.

Giulia agacha la cabeza y da las gracias con una sonrisa.



Giulia sigue sonriendo. Pero es una sonrisa distinta, que se diluye en la inquietud.

Ese Florio la ha estado observando durante toda la velada. Miradas fugaces, de soslayo, en ningún caso indecorosas, aunque les ha faltado muy poco.

Ella ha vivido siempre en un mundo de hombres y desde la adolescencia ha aprendido a mantenerse apartada de los conocidos de su padre o de los amigos de su hermano.

Y sin embargo ahora está confundida, pues nadie la ha mirado jamás de esa manera.

Da vueltas en la cama.



Al otro lado de la pared, al otro lado del cuarto de Giovanni, también a Antonia Portalupi le

cuesta conciliar el sueño.

Piensa en su invitado: pese a que ha sido muy distinguido y cortés, la ha incomodado. Incluso ahora, entre el sueño y la vigilia, no es capaz de comprender qué es lo que la desconcierta de ese hombre. Le ha confiado sus temores a su marido, pero Tommaso ha reaccionado encogiéndose de hombros.

—No tiene nada de raro. Giulia es una joven atractiva, así que es normal que un hombre se fije en ella. Si la corteja, salimos ganando: así tendríamos suministros mejores. De todas formas, Giulia sabe que tiene que ocuparse de ti.



La brisa del mar es un suspiro cálido que recorre los callejones. Avanza en oleadas lentas y entra en las casas por las fisuras de las puertas.

Acaba de salir el sol, y Vincenzo ha llegado a la via dei Materassai. Está en su despacho. Ese espacio se está quedando pequeño: tendrá que alquilar un piso y convertirlo en la sede de la empresa, como ha hecho Ben Ingham.

Además de en la idea de dejar ese sitio piensa en otros asuntos, y todo se cruza con el mapa de la azufrera del barón Morillo que tiene delante.

Se ve de nuevo junto a ese mismo escritorio, aunque cuando se sentaba en él su tío Ignazio. Y recuerda a un hombre, con el sombrero en las rodillas y el gesto abatido, delante de ellos.

—Señor Florio, es inútil seguir dándole vueltas. No puedo pagar la letra que he firmado.

Ignazio suspiró.

—Don Saverio, ¿qué hacemos? Ya le he concedido un aplazamiento. No podemos seguir así, usted lo sabe.

El otro asintió.

—*Por eso he venido expresamente de Agrigento.* Tengo un gran cargamento de *azufre* que no consigo vender porque no tengo manera de llevarlo al mar, y no conozco a nadie que esté dispuesto a venir a recogerlo.

—¿Por qué?

—*Saben que no tengo dinero para pagar.*

—¿Y cómo es que lo tiene? Me refiero al azufre, si *aquí* no hay.

El hombre estiró los brazos.

—Es un terreno de mi mujer: uno escarba con la puntera del zapato y en un santiamén lo encuentra. No vale ni para las cabras; se caen muertas envenenadas.

—¿Y es de buena calidad?

—Puro, limpio. *La verdad*, parece recién escupido del infierno. —Le imploró con las manos juntas—: Si el documento de la letra llega ante el juez, me meten en la cárcel. Se lo ruego.

El tío y el sobrino se cruzaron una mirada. Y enseguida se acordaron de sus socios franceses.

—Iré a ver ese azufre —dijo Vincenzo—. Si es bueno, como dice, me lo quedaré y romperé la letra delante de usted.

Así fue.

Colocaron el cargamento en Marsella por un valor tres veces superior al de la letra. Después de la muerte de su tío, Vincenzo compró aquel terreno.

A partir de ese momento, el azufre se convirtió en un asiento importante del presupuesto de la Casa Florio.

Los pensamientos deambulan, se desbaratan.

Vincenzo piensa y le da vueltas al anillo del tío Ignazio.

Su tío. Su madre. Quién sabe qué habría dicho él acerca del empeño de Giuseppina en buscarle una esposa entre esas chicas nobles —poco más que niñas—, nacidas en familias donde el primo se casaba con la prima y el tío con la sobrina, y donde nunca brillaban por su inteligencia, y a menudo tampoco por su belleza. «Tienen la sangre podrida como los muebles en los que se sientan...»

—¿Vincenzo?

Sumido en esas reflexiones, no se ha dado cuenta de que los empleados han llegado y de que Raffaele no solamente ha entrado en el despacho, sino que está ahí, al lado del escritorio.

Vincenzo se despabila y mira a su primo, que está esperando. Sabe que tiene que ponerlo al día sobre la compra de un terreno, donde quiere construir una bodega.

En silencio, Raffaele extiende en el escritorio, sobre el mapa de la azufrera, el de la costa de Marsala. Vincenzo lo observa largamente.

—Me interesa que tenga acceso directo al mar, porque ahí solo hay caminos de herradura y los carruajes grandes no pueden pasar —dice al cabo—. No podemos gastar dinero en el transporte de *carros* y *carreteros*. Quiero que los toneles vayan directamente a la bodega de los barcos. — Señala un punto—. Aquí, entre los locales de Ingham y Woodhouse... Este es el sitio más adecuado.

Raffaele busca en sus notas.

—El barrio Inferno. Dos *tuminos*[4] de tierra cerca de un muelle natural. Nos lo venden por sesenta onzas, pero hay un canon a cargo de un tal barón Spanò...

—Bobadas. Bloquéalo enseguida, y si es preciso, adelanta el dinero de la compra. Hay demasiado interés en el marsala en este momento y no podemos perder la ocasión de montar una bodega. Ya verás cómo en muy poco tiempo los precios de los terrenos se pondrán por las nubes.

En ese instante, un dependiente anuncia la llegada de alguien.

Giovanni Portalupi.

Raffaele le estrecha la mano. Vincenzo, desde el otro lado del escritorio, solo le hace un gesto. Le señala una silla.

—Portalupi. ¿Y bien?

Giovanni se coloca el sombrero en las rodillas.

—Su azufre tiene un gran éxito entre nuestros compradores. A mi padre y a mí nos gustaría adquirir más.

Vincenzo apoya la barbilla en la mano.

—Diga cantidad y precio, y podremos hablar.

Giovanni se explica y Vincenzo deja que sea Raffaele quien responda. Los dos se entienden de prisa.

—Entonces ¿de aquí a dos semanas me sabrá decir si puede conseguir esa cantidad? —pregunta al cabo Giovanni, mirando a Vincenzo.

—Ah, sí. Por supuesto. —Vincenzo se levanta—. Por cierto, dado que es usted nuevo en la ciudad... quería hacerle una propuesta. ¿Ha ido alguna vez al teatro Carolino? Queda cerca de la iglesia de San Cataldo y de Santa Catalina, al lado de Quattro Canti...

Giovanni lo mira desconcertado.

—En realidad, aún no.

—Dentro de unos días habrá una función. Tengo un palco y me agradecería mucho que fueran mis invitados. Usted y su hermana, obviamente.

Giovanni está perplejo, pero no es tonto. Lo comprende al instante.

—Creo que a Giulia le encantará ir. Le haré llegar la respuesta lo antes posible.

Cuando Giovanni se marcha del despacho, Raffaele exclama:

—¡A mí nunca me has invitado al teatro! —Pero lo dice con malicia, riendo con sorna.

—Cuando quieras, te presto el palco. De todas maneras, Raffaele, tú no tienes *tetas*. Y ahora salgamos, vamos a la Cámara de Comercio.



Es un mar en calma que oculta un alma inquieta, Giulia Portalupi.

Después de la función en el teatro Carolino, Vincenzo ha buscado la manera de verla más veces. No ha sido difícil: Giovanni, su hermano, combina una mentalidad práctica con una marcada inclinación a los placeres mundanos. Vincenzo lo ha presentado a los miembros de la Cámara de Comercio de Palermo y le ha hablado de un capitán para el barco en el que tendrán que transportar sus mercancías, barco que, por otro lado, le pertenece *pro quota*.

Giovanni ha llevado a Giulia de acompañante a algunas cenas en casas de comerciantes aduciendo como excusa que no tiene esposa, y subrayando que su hermana carece de amistades y de ocasiones para verse con gente que no sean sus parientes. La ha descrito —con gracia pero inequívocamente— como una pobre solterona.

A él le causa una impresión bien distinta.

Vincenzo tiene a veces la sensación de que Giovanni prácticamente la está echando a sus brazos. De una manera u otra, ese joven que habla con acento foráneo intenta siempre que se sienten juntos. Y eso es algo que a todas luces Giulia no soporta.

Y esa idea lo hace menear la cabeza y le arranca una carcajada cínica. Giovanni se cree listo, pero no es más que un chiquillo que remeda a los adultos. Utilizar a su hermana para atraerlo a la órbita de los Portalupi es una estrategia de tontos: a él no le interesa cortejar o pretender a Giulia.

Aunque sin duda es una mujer sorprendente.

No agacha la mirada si uno habla, no está todo el tiempo rezando, no se distrae cuando los hombres charlan de negocios, como ha hecho siempre su madre. Al revés, atiende sus conversaciones con interés, y eso es lo que le llama la atención de ella. Es una mujer que comprende el valor del dinero y que quiere saber cómo se gana ese dinero. Vincenzo se ha dado cuenta de que Giulia frunce el ceño cuando le gustaría intervenir, pero no tiene más remedio que quedarse callada.

Y se ha dado cuenta de otra cosa: de que la incomoda.

«Mejor así», se dice.

Después de Isabella, no ha habido mujeres importantes en su vida, sino solo mujeres que lo han aceptado por pasión o por dinero. Cuerpos sin rostro, imágenes que no le han dejado recuerdo. E incluso ahora que su madre está intrigando para encontrarle una esposa, Vincenzo nunca se pregunta cómo será la elegida. Solo se imagina a sí mismo entrando en una casa noble con la cabeza alta. Y le da igual que sea merced a un título comprado junto con la mujer que lo aporte como dote.

Y sin embargo...

Y sin embargo Giulia Portalupi lo atrae, y no es por su belleza. No, porque Giulia no es guapa. Lo intrigan sus labios cuando los pone tensos, aprieta los puños y se enfada, y esos ojos que, cuando te miran, nunca están apagados, sino que muestran desdén, incredulidad, reprobación, sorpresa o, sencillamente, interés. Es tan transparente, a diferencia del *idiota* de su hermano, que quiere dárselas *de listo*.

Vincenzo juega con esos pensamientos mientras regresa a casa, con las manos en los bolsillos y buscando en el cielo las primeras estrellas de la noche.

En cuanto entra, la criada le recoge la chaqueta y el sombrero; luego le anuncia que la cena se servirá en un momento. En el salón encuentra a su madre remendando.

—¿Está cosiendo, madre? —pregunta después de darle un beso.

—No querrás que te deje las camisas con agujeros, ¿verdad? Porque además *estas chiquillas* que has traído no remiendan como Dios manda. —Giuseppina se aparta la tela de la cara. Tiene la vista cansada y ya no ve tan bien como antes.

—Son criadas que han trabajado antes en casas de nobles, madre. Remiendan a la perfección. Lo que pasa es que usted tiene que hacerlo siempre todo y quejarse por lo que sea.

—¡Ya, por supuesto! Hoy las chicas no saben hacer bien las tareas domésticas. No saben llevar una familia. Cuando yo tenía quince años sacaba brillo a la cama de latón con arena, y desde luego no me quejaba de que las manos se me agrietaran, como hacen estas.

Vincenzo le concede la última palabra. Se arrellana en el sillón, deja que su cuerpo se relaje, cierra los ojos.

Y se imagina unas manos pequeñas y ágiles preparando un plato de albóndigas de sabor fuerte.



Giovanni Portalupi está de pie en la puerta de la platea del teatro Carolino. A su lado, su hermana se abanica.

El teatro está lleno: todo el mundo habla en voz alta, los nobles y, en el gallinero, los del pueblo. Hay gente comiendo, una gitana ofreciéndose a leer la mano, hasta un aguador.

—No tendrías que haber aceptado la invitación sin preguntármelo primero. Siempre lo haces y eso es algo que no soporto. —Giulia se tapa la nariz con un pañuelo—. Sigue haciendo demasiado calor y aquí hay una peste horrible. Estar en un lugar cerrado es una tortura.

—¡Caramba, hoy todo te molesta! La primera vez que viniste aquí conmigo y con el señor Florio estabas mucho más condescendiente. —Giovanni sigue buscando entre la multitud—. Por cierto, me pregunto dónde se habrá metido. La función está a punto de empezar.

Ella aprieta con fuerza el abanico. No le molestan solo el calor y la peste a sudor.

—Pues sí. Es que Florio me mira de una manera rara...

—Tendrías que estar contenta. Es rico y tú ya no eres un lirio en flor. Tienes veinticuatro años, y no es poca cosa para una chica de tu edad recibir las atenciones de un hombre así. Deberías estar agradecida y hacerle un poco de caso, por decirlo todo. No demasiado, claro... dentro de los límites de la decencia. Es un perfecto intermediario y nuestro padre está muy contento de hacer negocios con él.

La ira y la humillación se mezclan. La respuesta de la muchacha es airada:

—Me avergüenzo de ti. Yo no soy un cargamento de azufre, Giovanni, y no tengo intención de respaldarte en tu idea. Si nuestro padre se enterase de esta conversación se enfurecería. Yo he

permanecido al lado de nuestra madre para atenderla, ¿o es que te has olvidado de eso? Además, tu nuevo amigo no me gusta. Es venal, es... codicioso. A todos los mira como si tuvieran un precio, pero nosotros no somos mercancías. Somos personas.

—¿Estás segura? —Giovanni le señala una mujer con un vestido de seda china que está en un palco. Al cuello, un medallón de luto—. Mírala. Esa es la duquesa Alessandra Spadafora. Viuda, abandonada por la familia de su marido, se encontró sin dinero de un día para otro. Ingham le embargó las joyas y ella aceptó convertirse en su amante para rescatarlas.

—Pero... ¿cómo?

A Giovanni parece hacerle gracia su gesto escandalizado.

—Todo el mundo tiene un precio, querida hermanita. Todo el mundo. Tú también, que querías estar siempre leyendo tus libros franceses... tú también tienes un precio.

—Pido perdón por el retraso.

Se vuelven.

Vincenzo ha permanecido detrás de ellos el tiempo necesario para escuchar su conversación.

—Oh, por fin. —La mueca de Giovanni la cubre la sombra en la que está sumido el ambiente—. Temía que hubiese cambiado de idea. Habría sido violento, máxime después de habernos invitado a su palco.

—Un asunto en la tienda me ha retenido más de lo debido. Vengan. —Les abre camino por las escaleras, llega al palco que ha conseguido también *aliud pro alio* (aunque no lo dirá nunca claramente), por una deuda, y les señala sus localidades. Luego se acerca a la balaustrada—. Realmente está todo Palermo.

—Sí. De todos modos, empiezan tarde. Ha habido una trifulca en los camerinos y uno de los cantantes tendrá que hacer de por vida papeles femeninos.

Se ríen. Giulia, en cambio, se abandona en la butaca, sumida en un obstinado silencio. Sí, Giovanni tiene razón en eso: querría estar en casa leyendo y no ahí, en ese sitio que parece más un mercado de ganado que un teatro.

Mientras Giovanni ocupa un asiento a la izquierda de su hermana, Vincenzo se sienta a la derecha y le roza los nudillos de la mano enguantada que tiene apoyada en el reposabrazos. Ella se retrae.

Del escenario llega una voz, los bastidores tiemblan. Empieza la función.



La ópera no gusta mucho al público. Hay tantos gritos de protesta que no se oyen las voces de los cantantes.

—Demasiado calor y demasiado vino para demasiados espectadores. —Giovanni señala el pasillo—. ¿Salimos?

Vincenzo parece de acuerdo.

—Podríamos dar un paseo, diría que tu hermana no está muy cansada. Tengo un carruaje esperando en la plaza, al pie de la Martorana.

Giulia empieza a decir:

—La verdad, yo preferiría...

Pero Giovanni no la escucha y decide no hacerle caso.

—¡Estupendo! Sí, vamos. Aquí no se puede respirar. —Y sale del palco.

Ella no se ha percatado de la mirada que los dos se han cruzado.

Una mirada cómplice, entre hombres.

—Giovanni, espera... —Trata de detenerlo, pero su hermano ya está fuera.

Vincenzo le ofrece el brazo.

Yo la acompañaré, si me lo permite.

Giulia está rabiosa. Porque Giovanni la ha abandonado y porque no quiere estar con un hombre al que apenas conoce, sobre todo con uno como Florio.

—No comprendo por qué mi hermano ha tenido que dejarme sola. Si usted es el dueño del carruaje, tendría que haber salido para averiguar si estaba listo.

—No soy un lacayo, pese a que muchos lo sigan creyendo.

—Tampoco mi hermano lo es.

Giulia bordea la butaca para ir por delante. Quiere salir, pero las manos de Vincenzo la detienen en la puerta. Tiene dedos ásperos, que presionan sus hombros desnudos.

Ella trata de zafarse, no consigue hablar. Tendría que volverse, darle una bofetada, ponerse a gritar. Tendría, pero no lo hace, y no solo por el miedo que él le provoca.

Vincenzo la empuja a la penumbra, donde las miradas indiscretas no pueden verlos.

¿Qué siente Giulia cuando los labios de Vincenzo le rozan la nuca? ¿Cuando le abren la boca a la fuerza, cuando sus dientes la muerden?

—No —dice—. No —suplica.

Le sujeta las manos para detenerlo. Pero su «no» es frágil. Giulia apenas se resiste, se da cuenta y no logra entender por qué. Y sin embargo lo sabe, y le da vergüenza, porque ahora responde al beso, a esas caricias.

Manda él, Vincenzo decide cuándo dejarla ir. Abre los brazos y ella se escabulle.

Él la alcanza en el pasillo.

—Con permiso. —Vincenzo la precede por las escaleras mientras Giulia, acalorada, baja los escalones sujetándose al pasamanos. Llegan juntos al carruaje, donde Giovanni los está esperando.

Ella camina cabizbaja. Se siente desnuda, expuesta al mundo.
Esta vez tampoco se percata de la sonrisa de su hermano.



La tramontana barre el paseo marítimo. Delante de la costa de Marsala, las islas Egades son grumos de hierro contra el cielo. Salpicaduras de agua salada manchan los cristales del carruaje.

Ante la mirada de Vincenzo, unos obreros levantan muros desde andamios que tiemblan con cada ráfaga de viento.

Sabe lo que quiere, incluso puede verlo: no una hacienda con patio como las que abundan en la campiña siciliana, sino una granja parecida a las inglesas, con un patio central grande y depósitos alrededor.

—¿Han terminado los almacenes?

Raffaele lo precede en el patio.

—Ven a verlo tú mismo.

Por todas partes hay ladrillos, tejas, madera y albañiles preparando cemento. Vigas y montones de piedras los obligan a desviarse varias veces del camino; delante de ellos, la casona, donde vivirá el administrador de la finca.

Vincenzo entra con pie firme en el primero de los dos edificios laterales. Unos carpinteros están instalando los soportes para las barricas de refinar el vino. Los obreros se levantan, se quitan el sombrero. Él les pide con un gesto que sigan y se dirige hacia el centro de la sala.

La luz penetra por las puertas y por las claraboyas; encima de él, un techo altísimo con arcos de toba. El aire está impregnado de mar y de sal.

Eso será el núcleo de la bodega.

Raffaele le da alcance. Le cuesta seguirlo, lo mismo que a todos.

—La compra de vendimias ha ido mejor de lo que podía esperarse. Por supuesto, buena parte de las cosechas de marsala ya las habían acaparado Woodhouse e Ingham, pero he podido encontrar en Alcamo mostos de inzolia, grillo y damaschino. Ah, también un lote de catarratto. En cuanto al vino ya fermentado, lo traerán la próxima semana.

—Todo estaba previsto, entonces.

—Sí, hemos planificado bien. Y tenías razón: los precios de los terrenos de la zona han aumentado una barbaridad, pero no solo eso. Los campesinos están arrancando el trigo para plantar viñedos. Se han dado cuenta de que así pueden sacar algún provecho de estas tierras pedregosas.

—Raffaele, los *dineros* les vienen bien a todo el mundo. De todos modos, la próxima semana

llegarán las barricas de jerez para empezar el refinado. Ah, he mandado que te preparen una nota con el nombre de algunos toneleros de Palermo. Uno de ellos está dispuesto a trasladar aquí su taller.

Vincenzo toca la pared recién enlucida. Sí, el trabajo está bien hecho. Se sacude el polvo de las manos.

Luego le pide con un gesto a Raffaele que lo siga. De nuevo, a toda prisa.

—Tu dedicación ha sido notable. En septiembre podremos formalizar nuestro acuerdo.

—¿Acuerdo? —El tono perplejo de Raffaele se lo lleva una ráfaga de tramontana.

—Una sociedad. Entre Raffaele Barbaro y la Ignazio y Vincenzo Florio.

Raffaele no se mueve. La sorpresa lo desborda.

Vincenzo tiene también que parar y volver sobre sus pasos.

—De poco me sirve alguien que se ocupa de mis negocios sin jugarse nada. Necesito que participes con tu dinero. Además, ya has puesto una parte del capital en la compra de esta tierra. Se trata de seguir por este camino: tú una tercera parte, y dos terceras partes la Casa Florio. ¿Qué me dices?

Raffaele se retuerce la perilla que se ha dejado crecer en esos meses. Ha aprendido a conocer a ese hombre hosco, y justo por eso le da miedo aceptar; aun así, el ofrecimiento es tan apreciable como raro, y lo convertiría en un hombre importante en el pequeño mundo de Marsala. En Palermo, en cambio, él no es más que el primo del señor Florio, uno de sus hombres de confianza.

—De acuerdo.

—Sabía que dirías que sí. —Le da una palmada en el hombro—. No será fácil llevar la bodega. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Con los ingleses aquí en Marsala comportándose como si fueran los dueños del mundo? No. —Se aparta el pelo de los ojos—. No me esperaba que me ofrecieras esta oportunidad, Vincenzo.

—Si lo he hecho es porque creo en ti.

Se dirigen hacia la casona.

Vincenzo está ahí y, al mismo tiempo, ya está en el futuro: el patio lleno de carros, las pirámides de barricas, las botellas con la etiqueta FLORIO. Lo ve todo y cree que sí, que todo eso será realidad, y lo será porque él lo ha querido.

—Nos distinguirá la calidad —explica—. Ellos hacen un vino para vendérselo a los militares. Tienen apenas unas barricas de buen vino. Nosotros, en cambio, buscaremos la calidad y nos dedicaremos a otros mercados: Francia, Piamonte... —Antes de entrar, se detiene delante de un montón de tablazones—. Una cosa más, Raffaele: los obreros. Habla con ellos, míralos a la cara. Esta no es una bodega como las otras: trabajar aquí es un honor y ellos han de saberlo.



Al día siguiente, Vincenzo regresa a Palermo.

En la soledad del carruaje, extrae del bolsillo una carta. La ha recibido a través de Giovanni poco antes de irse a Marsala. Reconoce la delicada caligrafía, la firma apenas esbozada. La lee con calma.

«No puedo aceptar cartas como la que usted me ha escrito —empieza, y se imagina oyéndola: indignada, temblando de vergüenza—. No puedo porque entre nosotros no hay ningún vínculo. Usted es un socio de negocios de mi padre, no tiene ningún derecho sobre mí. No debería ni leer lo que me escribe, y, sin embargo, lo hago. También su conducta y las atenciones de las que me hace objeto con excesiva frecuencia superan el límite de la decencia. En cuanto a mí, tengo una parte de culpa, pues no consigo sustraerme a sus pretensiones, a las cuales, a mi pesar lo admito, no soy indiferente. Pese a que no soy una chica ligera (¡y eso puedo asegurárselo!), su cercanía es para mí un motivo de turbación.

»Se lo ruego, se lo imploro: si realmente siente algo por mí, no me escriba más palabras como las de su última misiva. No me escriba más si no tiene intenciones honorables. No se aproveche de mi amabilidad, o me veré obligada a hablar con mi padre, y preferiría no hacerlo. Si desea mantener una amistad sincera y devota, lo acepto —y aquí Vincenzo ríe con fuerza—, pero no se extralimite, o tendré que renunciar a nuestra correspondencia». Luego, la firma: «Giulia».

Acodado en la ventanilla, Vincenzo reflexiona. Hace ya tiempo que ha comprendido que Giulia está confusa, que lo quiere y que le teme, y esa carta se lo confirma. Por otro lado, ¿cuántos hombres en el pasado le han dignado una segunda mirada?, se pregunta. ¿Alguien ha tratado alguna vez de entender qué se oculta detrás de esa actitud severa, de esas manos con los puños cerrados?

Giulia nunca ha vivido el deseo. Ni el propio ni el de un hombre. Así que —decide Vincenzo— en su respuesta no le ahorrará nada. Le hablará del desasosiego que le causa; del hecho de que no puede dormir pensando en ella; de que desearía tocarla; de que le encantaría verla con los cabellos sueltos sobre los hombros desnudos. Hará eso porque sabe perfectamente que ella no le contará a nadie esas palabras, y menos a su padre. Lo hará porque Giulia no puede combatir el vértigo que, está convencido, se ha apoderado de ella. Él conoce bien esa sensación: la experimenta cuando consigue adueñarse de un cargamento valioso o cuando un negocio complicado acaba bien. Pero ella no es un cargamento de zumaque o una bodega... Un cargamento se vende y se olvida; un negocio se cierra y se olvida. Mientras que de esa mujer no se olvida, le hace perder la cabeza, lo trastorna.

¡Se muere de ganas de tenerla en su cama, por Dios!

Volvieron a verse varias veces, en la casa de los Portalupi o en la calle, por el Cassaro; ella, en

compañía de la madre o con su hermano, le lanzó miradas cohibidas y lánguidas. Pero en aquel invierno de 1833 hubo pocos encuentros de verdad después de aquel del teatro.

Un día, ya casi al atardecer, con la excusa de recoger un documento, Vincenzo se presentó en la casa de los Portalupi. Tommaso se quedó sorprendido, por no decir más, cuando lo vio en la puerta, pero lo hizo pasar al salón y él fue al despacho para recoger los recibos de pago de los cargamentos de azufre. Como Antonietta ya se había ido, mandó a Giulia para que le sirviera limonada.

Cuando lo vio, sentado en el sofá del salón sumido en la penumbra, el vaso y la jarra que llevaba en una bandeja tintinearón. Giulia se detuvo en el umbral, inmóvil en su severo vestido marrón, el ceño fruncido, con una pregunta tras los labios apretados. Vincenzo le quitó la bandeja, entornó la puerta, le puso las manos en los hombros, le acarició los brazos. Por último, acercó su rostro al de ella.

—A usted la estaba buscando.

Esa vez Giulia no bajó la mirada. En esos ojos notó deseo, pero también una especie de contrariedad, tal vez porque ella quería rechazarlo y no lo conseguía. Vincenzo levantó luego la mano. Con el pulgar le acarició los labios, le rozó la barbilla y descendió hasta el cuello. Tenía entre sus dedos el primer botón del traje. Lo soltó.

Pasó al segundo.

Pero en ese momento Giulia lo detuvo. Le cogió la muñeca, lo apartó mientras tragaba saliva.

—No. —Y lo dijo con firmeza, con determinación.

Tommaso Portalupi llegó unos instantes después y despidió a su hija. Ella se alejó con una larga mirada y con la mano en el cuello, como para que no se le desabotonara el vestido.

Cuando recuerda esa escena, Vincenzo siente el cuerpo en llamas. Menea la cabeza y, por enésima vez, tratando de explicar ese deseo, se dice que Giulia es *fimmina*, mujer de manera inconsciente, dotada de una sensualidad que pocos logran ver. De modo que es peligrosa, dado que ignora qué puede hacerle a un hombre. Y sin duda ignora qué le está haciendo a él.

Con la primavera a las puertas, piensa, Giulia tendrá más posibilidades de salir sola, ahora que la luz del sol se prolonga en Palermo y llena de calor las callejuelas del barrio de Castellammare.

Giulia le tiene miedo y se le resiste, y, al mismo tiempo, se rinde cuando le roba el tiempo, los ojos, los labios. No rechaza sus cartas de amor; por otro lado, las notas que ella le envía están llenas de palabras que dicen una cosa y quieren decir otra. La Giulia de esas notas es una muchacha de buena familia que siempre mira al suelo y dice que no le agradan sus atenciones demasiado apremiantes, pero al trasluz hay otra Giulia, que cuando lo mira directamente a los ojos suspira y se le acelera el corazón. Vincenzo nota que ella lo desea, nota su sentimiento de culpa, percibe el miedo y el deseo cuando están juntos.

Y, a todo esto, Giovanni Portalupi no se da cuenta de que su hermana se ha convertido en mucho

más que un cebo. Vincenzo resopla. Empieza a tenerle antipatía a ese joven que ha pretendido utilizar a su hermana para atraerlo. Ni él ni Giulia son personas que se dejen utilizar. Al revés. Vincenzo está aprovechando una situación en la que, por primera vez, lo impulsa la carne, no la ira o el cerebro. Lo mismo que Giulia. Él lo sabe.

Es lo que quieren ambos.



Al día siguiente de su regreso de Marsala, Tommaso Portalupi recibe a Vincenzo con gran cordialidad. Le sirve personalmente una copa de madeira y lo invita a sentarse, mientras él hace lo propio a su escritorio.

—Y bien, ¿cuál es su oferta por el nuevo cargamento de azufre?

—Un cuarto de la producción reservada únicamente a usted. —Vincenzo cruza las piernas—. Ya cuento con agentes de ventas para Nápoles y Marsella. Me interesa tener puntos de referencia fijos en el mercado del norte. En Piamonte. Y en Lombardía.

—Ya hay muchos competidores en el mercado, no solo de azufre. La suya es una empresa muy... amplia. Me han llegado rumores de que se propone convertirse en productor de vinos.

—En efecto. —Vincenzo no se altera.

Portalupi pasa la mano por el tapete de piel. Busca las palabras adecuadas.

—Permítame que le hable con franqueza, señor Florio. Su decisión me asombra: entrar en el mercado del marsala en este momento me parece temerario. Los ingleses tienen casi el monopolio tanto de la producción como de la venta.

—No es el único que lo piensa. —Vincenzo se levanta, camina por la habitación—. Pero yo busco un mercado distinto al de mis apreciados colegas Ingham y Woodhouse. Pienso en vinos destinados a la mesa de los nobles. De los soberanos, incluso. —Llega a la ventana, observa las murallas de la ciudad y el azul de la Cala—. El azufre que le he suministrado ha satisfecho plenamente a sus clientes; algunas de las curtidurías de piel más importantes de Inglaterra nos compran solamente a nosotros el zumaque. Pasará lo mismo con el vino.

—Ya veremos. —El tono de Portalupi es serio—. El dinero es suyo, suya es la decisión.

Se despiden. Están en la puerta cuando aparecen Giulia y su madre.

Vincenzo las saluda a las dos con fría amabilidad. Antonia está pálida, todavía en camisón; Giulia lleva zapatos y guantes, señal de que se dispone a salir.

Vincenzo deja la casa de los Portalupi, pero no se aleja mucho. Tiene mercancías en la Aduana y el palacio Steri queda cerca. Podría enviar al encargado del herbolario, dado que son especias, o a su secretario, pero no: hoy irá él.

Sonríe abiertamente. Sabe cuál es el verdadero motivo de esa excepción. Y tampoco es la primera vez que lo hace.

A diferencia de muchas jóvenes palermitanas, Giulia sale sola: la madre suele quedarse en casa debido a la tisis que padece y su hija la reemplaza en las tareas domésticas. Eso ha hecho enarcar más de una ceja: salir sin llevar siquiera una criada... Cosas de extranjeros.

Así que, si tiene suerte, podrá cruzarse con ella por la calle.



En la Aduana, Vincenzo tarda solo unos minutos.

Apenas necesita un gesto para que un empleado salga a atenderlo. Deja atrás la cola, no hace caso a los comentarios de la gente que lleva rato esperando —entre ellos, el hijo de Saguto—, y señala los sacos de tabaco que hay que llevar a la calle San Giacomo.

Y luego se va al Cassaro, donde está seguro de que encontrará a Giulia, con su sombrero azul, andando a paso ligero.

Giulia lo ve antes. Está regresando a casa, lleva un cesto en las manos. Trata de evitarlo y, al mismo tiempo, camina más despacio.

—Buenos días —dice Vincenzo.

—Señor... —Ella mira al suelo e intenta adelantarlo.

Él agarra el cesto.

—¿Me permite?

Giulia se ve obligada a levantar la cabeza.

—¿Que le permita qué? ¡Si me lo quiere arrancar! —exclama. Pero no suelta el asa.

Bastantes ojos se fijan en ese insólito tira y afloja.

Resoplando, Giulia suelta el asa.

—Buena chica —murmura él.

Reanudan el camino, uno al lado del otro.

—Se está usted tomando demasiadas libertades. Creo que ya le he dicho que tener negocios con mi padre no justifica la manera en que se comporta conmigo.

—¿Y yo qué le he hecho? ¿La he obligado a hacer algo que no quería? —Saluda con un gesto de la cabeza a un conocido—. No soy yo quien escribe cartas y las envía a través de su hermano.

Giulia se ruboriza. Tiene razón; él la perturba y la altera. Ha sido débil.

—Usted es... peligroso. Peligroso e injusto, don Vincenzo. Si sus intenciones no son honorables, no puede volver a hacer lo que hizo la semana pasada, cuando...

—¿Cuando fuimos interrumpidos por la llegada de su padre?

Humillada, Giulia aprieta el paso. La via della Zecca Regia no queda lejos; en pocos minutos se encontrará a salvo. Él no se atreverá a seguirla pasado el portal.

—No está bien que usted me acompañe a casa. —Trata de mantenerlo a distancia.

—Nadie va a fijarse en lo que hace. Y además está conmigo.

—Justo porque estoy con usted tengo miedo.

De repente, detrás de ellos, se elevan gritos, bullicio. Un carruaje lanzado a toda velocidad pasa a su lado. Vincenzo empuja a Giulia contra el enrejado de un patio.

Pero una vez que ha pasado el carruaje, le sigue apretando el brazo.

—Venga conmigo —le murmura al oído.

—Señor Florio, me hace daño —protesta ella. Están a la altura de la via dei Chiavettieri—. Por favor —le implora.

—No. —Él la obliga a seguir andando a su lado.

Giulia siente vergüenza y miedo. Le coge la mano.

—Vincenzo, te lo ruego.

Entonces él se detiene. La mira a los ojos, como si la viese por primera vez. Le habla tan bajo y con tanta rabia que Giulia se asusta.

—No lo aguanto. Tú no puedes decirme qué puedo hacer y qué no. No puedes rogarme. No soy un santo de mármol —le dice—. Este asunto... esto que hay entre nosotros debe terminar.

Llegan rápido a la casa de los Portalupi. Él empuja el portón entornado. La penumbra del atrio los envuelve.

Vincenzo deja caer el cesto al suelo, le arranca el sombrero. Le agarra la cara, la besa; ella trata de rechazarlo, pero no puede sino ceder. Es un beso prepotente y carnal.

Él se aparta y la mira como si fuese una enemiga.

Desorientada, Giulia da un paso hacia las escaleras, pero él la empuja contra la pared.

—¿Adónde vas?

Están de nuevo muy juntos.

Le habla al oído.

—Maldita sea, me tienes poseído. No lo había calculado, no puedo evitarlo: es puro deseo. No hay nada más horrible que querer lo que no se tiene. —La mira fijamente porque quiere que comprenda bien, que no haya malentendidos—. No me vales como esposa. No sería un matrimonio ventajoso para mí: eres muy mayor y no eres noble, y creo que tú misma te das cuenta. Pero te deseo y punto.

A Giulia le cuesta respirar.

—¿Qué quieres decir? ¿De qué hablas?

No es posible que sea eso.

—¿Tú quieres que yo me...? —Su hermano le ha dicho que hay mujeres que viven con hombres

sin estar casadas con ellos, mujeres a las que equiparan con las prostitutas, pero...—. ¿Me estás proponiendo que me convierta...? —pregunta, y busca una respuesta en su rostro. Lo que ve en él despeja sus dudas.

—Eso es preferible a que te quedes soltera, ¿no? ¿Cuál ha sido tu vida hasta ahora? No has hecho más que cuidar a tu madre, no has tenido otra cosa. Nada. Tu propio hermano te está utilizando y, si pudiese, te metería en mi cama para firmar un acuerdo más. Tú eres una mujer seria, lo noto, no hace falta que me lo digas. Pero me deseas, no lo niegues, y te da miedo reconocerlo. Lo sé porque la carne... —Le pone una mano en el pecho—. La carne no miente.

—Pero, entonces... —Los dedos de Giulia arañan la pared—. Pretendes que yo... —Cólera, desilusión, dolor, deseo—. Pero ¿cómo puedes pensar que...?

—No te hagas la *santita* ultrajada. Sé que me deseas.

Levanta la mano para abofetearlo, pero Vincenzo es más rápido. Le agarra la muñeca.

—Suéltame —jadea Giulia mientras trata de apartarlo. Pero él pesa demasiado, no lo consigue, y además tampoco quiere que pare, esa es la verdad. Un pensamiento que ya es pecado. Pero mientras piensa, lo tiene encima.

Él la besa de nuevo, esta vez en el cuello, le desgarran el encaje del traje. Es más un mordisco. Giulia no consigue rebelarse porque es verdad, Vincenzo tiene razón: la carne es traicionera.

Ella lo desea desde la profundidad de las entrañas.



Vincenzo se ha marchado, pero ella se ha quedado en la entrada del edificio. Sigue contra el muro, pero ahora para recuperar el aliento.

Tendría que ir a ver a su padre, decirle que Vincenzo Florio le ha faltado al respeto.

No. No se cree ni siquiera capaz de hacer eso. Se moriría de vergüenza. Además, no quiere. Porque sus palabras se le han quedado grabadas en la mente.

Giovanni la está utilizando. Sus padres siempre han contado con ella, sin preguntarle nunca cuáles eran sus deseos. Ella es una presencia segura, muda como un mueble.

La casa está en silencio. Del pasillo llega la voz de la madre.

—¿Eres tú, Giulia? Estoy en la cama. Tu padre y tu hermano acaban de salir, ¿te quedas un rato conmigo?

—Voy. —Se cruza con su reflejo en el espejo. Ojos enrojecidos, piel ardiendo. Le está saliendo una roncha en el cuello.

Rápido.

Una bufanda para taparse, para que nadie vea la marca; después va al dormitorio de su madre,

la anima un poco, y luego de nuevo a la cocina. Ayuda a Antonietta a preparar la cena antes de que se marche. Cuando se sienta a la mesa, casi no es capaz de comer.

Por la noche, se toca el cuello. La señal que le ha dejado está ahí. Una marca de posesión, amoratada, negra como la marca de un punzón.



Una semana después, una figura embozada en un abrigo oscuro cruza Palermo a paso rápido. Mira hacia atrás con insistencia. Las tiendas están cerradas, los *tenderos* están echando los cerrojos.

Desde el Cassaro, la sombra se adentra en el distrito de Castellammare, atraviesa callejones estrechos como venas. Aminora el paso cuando llega a la calle San Giacomo. Para.

Avanza luego con decisión hacia la via dei Materassai. Por el escaparate del herbolario de los Florio se filtra una luz.

Una mano enguantada llama a la puerta con insistencia.

Vincenzo está solo. Levanta la cabeza de los recibos que está repasando a la débil luz de una lámpara.

«¿Quién puede ser?», se pregunta. La tienda está cerrada, es tarde. Pero quienquiera que sea, sigue llamando.

Va a la puerta, ve la silueta envuelta en un abrigo. Abre.

—¿Tú? —pregunta, pasados unos segundos.

—Yo.

Se hace a un lado, luego cierra la puerta con llave. Regresa al despacho seguido por el frufú de unas faldas. La capucha del abrigo cae hacia atrás. El rostro pálido de Giulia Portalupi surge en la oscuridad.

—¿Por qué estás aquí?

—Mi madre necesita un preparado. A causa del frío ha tenido un violento acceso de tos y ha expectorado sangre. —Le alarga la hoja—. Aquí tienes. Estas hierbas.

—No deberías andar por la calle a esta hora. Tendría que haber venido tu hermano.

Ella está mirando al suelo.

—He querido venir yo. Giovanni lo sabía y no me ha detenido.

Una carcajada sarcástica resuena en el despacho.

—Ah, el bueno de Giovanni... Te lo había dicho, ¿lo recuerdas?

—Sí. —La mano de ella sigue extendida, como una pregunta insistente.

Vincenzo coge la hoja. Sin mirarla, la deja en la mesa.

—Pero has venido por tu voluntad. —La fuerza a levantar la cara.

—Sí —responde ella—. Sí —repite en voz más alta.

Se odia mientras lo dice.

Él la abraza, y ella cierra los ojos y se le arrima.

Giulia tiene miedo. Miedo y vergüenza.

—¿Qué será de mí? Es mi perdición —murmura. Querría llorar, pero no puede porque el cuerpo se ha impuesto y le dice que haga lo que está haciendo—. Perderé el honor. ¿Quién va a quererme después?

—Nadie. —Vincenzo le quita el abrigo—. Nadie te querrá. Eres mía. —Se lo dice al oído, y ya está desabotonando el vestido. Luego abre el corsé, le quita la falda.

Caen al suelo y hacen el amor.

Porque es verdad, porque Vincenzo tiene razón: la carne no miente. La sangre no puede pararse.



Pasan semanas. Meses.

Hasta que, una noche de finales de octubre, todo se precipita.

Giulia y Giovanni han salido a pasear con Vincenzo por las murallas de la ciudad, a la zona del palacio Butera. En el carruaje, los hombres hablan de negocios y de amistades comunes. Giulia, sentada al lado de Giovanni, no mira a Vincenzo; sin embargo, por debajo de la falda siente su bota en el tobillo, en un contacto que le da escalofríos.

De golpe, Giovanni se vuelve para mirar una calesa descubierta.

—Caray —exclama—. Ahí va Spitaleri, el mayorista de lana de la plaza Magione. Tengo que resolver un asunto con él. —Asoma la cabeza por la ventanilla para llamar la atención del hombre. El otro para, le pide con un gesto que se acerque.

—Ve a hablar con él, te esperamos aquí. —La invitación de Vincenzo suena a orden.

Giulia se mueve incómoda en el asiento mientras su hermano se apea del carruaje y se acerca al otro comerciante.

Cuando desaparece de su vista, Vincenzo se inclina hacia ella, la estrecha entre sus brazos.

—Joder, ven aquí...

Ella cierra los ojos, lo abraza. Son fuego y paja. No hay duda de qué es cada cual.

Así los encuentra Giovanni, que ha vuelto de improviso: Giulia con el corsé desatado y la falda enrollada en los muslos, y Vincenzo jadeando.

Giovanni mira a su hermana, que está intentando taparse, ve que se le ha soltado el moño y que está roja de vergüenza. Y repara horrorizado en la expresión desenfadada de Vincenzo.

Entonces se lleva las manos a la cara, incapaz de soportar la escena. Querría gritar, insultarlos,

pegarles.

—Tú... —masculla, señalando a su hermana—. Tú le has consentido... ¿Qué habéis hecho?

Ella se tapa la cara con las manos.

—No grites, por favor —susurra—. Para —le implora.

Vincenzo se hace entonces con la situación.

—Calla, chico, y sube. Iré a hablar con tu padre mañana por la tarde.

En su casa, toda la culpa de la infamia recae sobre Giulia. Confiesa la relación con Vincenzo, admite que es consentida. El hermano pone el grito en el cielo, repite que la había considerado una chica pura y respetuosa, y resultaba que se había entregado al primero.

Ella halla fuerzas para rebatirle entre lágrimas y le dice que él también tiene culpa, pero Giovanni la calla poniéndole una mano en la boca.

—No digas tonterías. Él ha cogido lo que tú le has dado.

—¡Desvergonzada! —dice después la madre.

Entonces se acerca y, con inusitada energía, le propina una bofetada antes de dejarse caer en el sofá, fatigada y tosiendo. Tommaso camina de un lado a otro, haciendo caso omiso de las lágrimas de su hija y de la tos de su esposa. Al cabo, se detiene delante de Giulia y, en voz baja, amenazadora, le dice que tendrá que decidir si mandarla a Milán o meterla en un convento.

Ella se va corriendo a su dormitorio y se tumba en la cama, con la cabeza debajo de la almohada para ahogar los sollozos.

Todo. Lo aceptará todo con tal de que no la alejen de Vincenzo.

A la tarde siguiente, Vincenzo va a la casa de los Portalupi para ver a los dos hombres de la familia. Se encierran en el despacho.

Giulia y Antonia, esperando en el salón, se miran en silencio.

Pero la joven no aguanta: esos tres hombres están decidiendo su futuro sin tener en cuenta lo que ella pueda querer o desear, y ella debe saber. Se levanta, llega a la puerta del despacho, la observa hasta que memoriza las molduras que se distinguen debajo de la pintura agrietada.

Escucha.

Vincenzo explica los hechos de una manera tan serena como descarada, declarando que no piensa casarse con ella porque tiene otros planes al respecto. Con todo, desea tenerla bajo su protección y cuenta con su discreción.

—Así es. Su hija me gusta y, en efecto, la he seducido. Asumo la responsabilidad, si eso es lo que desea oír. Dado que el daño ya está hecho —y lo dice con cierta complacencia—, he solicitado esta reunión para comunicarle mis condiciones. No me desentenderé de Giulia y deseo que usted no la eche de su casa.

La ira de Tommaso Portalupi, fruto del desconcierto, estalla en un grito de indignación.

—¡No tiene usted honor! ¿La forzó a entregársele y ahora quiere que se convierta en su puta?

Giovanni da un paso hacia delante, lo amenaza con pedirle reparaciones del honor de su hermana.

Vincenzo lo deja paralizado con una respuesta seca.

—No seas hipócrita. Tú estabas enterado de todo.

—Yo creía que tú eras amable con ella porque era mi hermana, una soltera...

La carcajada de Vincenzo es una bofetada.

—Y lo que yo creo es que tú lo hiciste adrede. Pensabas que, si me interesaba por ella, os habría elegido como compradores privilegiados de mis mercancías, ¿no es así? Eres un auténtico *niño*. ¿Cuántas veces nos has dejado solos? ¿Cuántas veces has mirado hacia otro lado? A lo mejor Giulia no se daba cuenta de tus maniobras, pero yo sí. Y si la he hecho mi amante es porque la he querido a ella, no vuestros *dineros*.

—¿Tú has consentido que...?

El tono apenado del padre hace que a Giulia se le encoja el corazón.

De nuevo, Vincenzo replica con calma.

—Reflexione, señor Portalupi: no sé si tenía su consentimiento, y poco me importa. Pero su hijo me dejaba a menudo a solas con Giulia, siempre hallaba la manera de que me sentara al lado de ella, sin que yo jamás lo hubiese pedido. ¿Sabe cómo se dice aquí? *A' pagghia vicino u' foco appigghia*: la paja cerca del fuego arde. Y eso es lo que ha pasado.

Una silla cae al suelo.

Giulia retrocede un paso.

Giovanni grita:

—¡Basta! Da igual lo que haya pasado. ¡Ahora tienes que hacer de ella una mujer honesta!

Giulia no puede creerse que su hermano esté realmente indignado. Seguro que solo está molesto por haber sido descubierto y humillado por Vincenzo, quien ha revelado sus maquinaciones al padre.

—No —responde seco.

—En ese caso, te avergonzaré ante todo el mundo. No puedes salirte con la tuya: haremos que tu nombre quede por los suelos. ¡Ha de saberse que te aprovechas de chicas inocentes! Todo el mundo tiene que saber qué clase de canalla eres.

Vincenzo habla en un tono tan bajo que a Giulia le cuesta oírlo.

—¿A quién estás amenazando... a mí?

—Sí. ¡Compórtate como un hombre, por Dios!

Una larga, extraña pausa.

Giulia se imagina a Vincenzo mirando a Giovanni hasta forzarlo a bajar los ojos.

—La mitad de los comerciantes de Palermo tienen deudas conmigo y garantizo las letras de todos los otros —dice al fin—. Soy síndico, miembro de la Cámara de Comercio. Soy

copropietario de los principales buques que hacen escala en Palermo. Solo tengo que decir una palabra a las personas adecuadas para hacer que te pongas de rodillas.

—Sandeces. No tienes tanto poder —afirma Giovanni. Pero con voz temblorosa.

—Lo tengo, ya lo creo que lo tengo. Es el dinero el que me lo da. Tu padre no va a hacer nada, ni tú tampoco. Sois extranjeros. Una palabra equivocada y nadie volverá a hacer negocios con vosotros en Palermo ni en toda Sicilia.

La habitación se sume en el silencio.

Giulia, detrás de la puerta, no sabe ya qué pensar.

Al cabo, el que habla es Tommaso Portalupi, y lo hace con voz firme pero gélida.

—He comprendido bien sus intenciones, señor. De manera que lo que he oído decir de usted es cierto: pasaría por encima de los cadáveres de sus parientes por conseguir lo que quiere. Carece usted de sentido moral y no respeta nada ni a nadie. Su decisión no nos deja salida. De todos modos, voy a decirle una cosa: se ha colado usted en mi casa como una serpiente. Ha destrozado a mi Giulia para siempre, pues nadie se sienta a la mesa donde ya ha comido otro. Por lo menos sea sincero y dígame: ¿cuidará de ella? Porque no puedo soportar la idea de que un día la abandone a un destino de pobreza. Ya ha perdido el honor, que es la única riqueza con la que cuenta una mujer.

—Me imagino que a sus ojos mi palabra ya no tiene ningún valor —replica Vincenzo con un tono que a Giulia le parece preñado de compasión—. En cualquier caso, sí: cuidaré de ella.

En ese preciso instante, la puerta se abre. Giulia se lo encuentra delante. Él le sujeta la cara con ambas manos.

—Prepara tus cosas —le dice en voz muy baja—. Dentro de una semana te irás de esta casa.

Será la peor semana de su vida. La madre apenas le dirige la palabra; el padre la ignora, salvo para lanzarle miradas de profunda decepción. Giovanni la llama abiertamente fulana.

Come sola en su cuarto, donde llora desconsolada.

Cuando Vincenzo la recoge, se siente liberada.

Le ha encontrado un pequeño piso en un entresuelo que da al mismo patio de los Portalupi. Lo ha vaciado y pintado. Lo ha amueblado.

Al cabo de siete días, Giulia entra ahí como dueña, seguida por una criada que Vincenzo ha puesto a su disposición.

En esa casa se siente rara. Culpable y, a la vez, dolorosamente feliz.

Vincenzo ha sido claro: no va a casarse nunca con ella. Pese a lo cual ella lo quiere. Lo quiere con tenacidad, con la locura del primer amor que es tonto y ciego, con la conciencia de carecer de esperanza. Y a ese amor, que la ha transformado en una mujer que hay que esconder, en una hija de la que hay que avergonzarse, le está agradecida. Le encanta sentir lo que siente por él.

Antes era una muchacha honrada, una sombra que vivía para atender a su madre y a la familia.

Ahora es la querida de uno de los comerciantes más ricos de la ciudad. No de un noble, para el que es una costumbre aceptada tener una amante. Solo de un *tendero*.

Para muchos, ella es poco más que una cortesana y Vincenzo un tendero enriquecido. Aunque la gente a él le teme —así como al poder de su dinero—, nada podrá protegerlos del desprecio.

Pero todo eso no es nada comparado con lo que le espera.



Es en un amanecer de primavera cuando la vida de Giulia vuelve a tener un antes y un después.

Está sola. Se mira al espejo de su casa. Su casa de mantenida. De amante del señor Florio.

Tiene el rostro tenso, con ojeras oscuras como cardenales, fruto de otra noche insomne.

Se quita el camisón. Se queda desnuda. Tiembla, y no es por el frío.

La línea de su cuerpo ha cambiado.



Esa mañana, en el número 53 de la via dei Materassai, las criadas abren las ventanas. El viento cortante y la luz del día invaden el comedor.

En mangas de camisa y pantalones, Vincenzo toma un desayuno frugal mientras repasa unos documentos del Consejo de la Cámara de Comercio, de la que es miembro. No está tenso, cosa rara en él.

Conserva aún en su cuerpo el aroma de Giulia.

Giuseppina entra en la habitación justo cuando él se levanta de la mesa.

—Tenemos que hablar.

Vincenzo coge una galleta, se la va comiendo de camino hacia la puerta.

—No tengo tiempo.

—Tendrás que tenerlo. ¿Sabes que voy a ver a las monjas de Santa Catalina? Me van a presentar a otra chica, la hermana de una de sus novicias. Una *niña* muy graciosa, dicen. ¿Y yo qué hago, les digo que mi hijo tiene una querida?

—Vea qué quieren sus parientes y luego me lo cuenta.

La madre se le planta delante.

—Has vuelto a pasar la noche con esa.

Vincenzo se pasa la mano por el pelo. Pide a los santos que le den paciencia para soportar otra discusión con su madre.

—No es asunto suyo.

—Mientras vivas bajo este techo también es asunto mío. Te he dicho que tienes que olvidarla. ¿Y si, Dios no lo quiera, te da un bastardo? Ya podrías despedirte de cualquier matrimonio, no digamos con nobles y princesas.

—Madre... —Respira hondo. «Cálmate», se repite—. Soy un hombre, no un monje. Y, ante todo, esta es mi casa.

—¿Encima me lo echas en cara? ¡Recuerda lo que has hecho!

No, ningún santo podrá librarlo de la pelea que Giuseppina quiere desencadenar.

—¿Otra vez lo de Bagnara? ¿Cuándo va a dejarlo?

—¡Nunca! No debiste hacerlo: era mi casa y tú la has vendido sin decirme nada. —Con la voz impregnada de rencor, Giuseppina lo sigue por el pasillo hasta el dormitorio—. Tú, igual que tu padre, me lo habéis quitado todo. Y encima tengo que aguantar que pases la noche en la casa de tu *puta* milanesa.

Cuando oye eso, Vincenzo deja de moverse.

—Basta ya —dice. Los ojos son dos rendijas. Coge unas prendas y las arroja a la cama.

—No, vas a oírme. ¿Sabes lo espantoso que es ir a la iglesia de San Giacomo y notar cómo te miran las otras mujeres?

Vincenzo se despoja de la ropa, hasta quedarse desnudo.

—No es problema mío lo que piense la gente.

—¿Qué haces desnudándote? ¿Eso es lo que te enseña a hacer esa desvergonzada? — Giuseppina mira hacia otro lado, se ha puesto roja.

—Usted me parió; sabe cómo estoy hecho.

La madre oye el agua de la jofaina, la que usaba Ignazio.

—Si yo fuese tu tío, no lo habrías hecho: tener una amante a la vista de todo el mundo... Estáis viviendo en pecado mortal.

Deja de oírse el ruido del agua. Vincenzo vuelve a vestirse; se abrocha los botones de nácar de la camisa, le habla sin mirarla.

—Este será el último pecado que llevaré ante Dios. De todos modos, si eso le molesta tanto, encuéntreme una esposa y dormiré con ella. —Coge la chaqueta, se la pone con gestos secos—. Pero sepa que, aunque esté casado, no renunciaré a Giulia. Jamás.



Casi ha anochecido cuando Vincenzo entra en el patio de la via della Zecca Regia. Echa una

ojeada a las ventanas del piso de los Portalupi y luego se encamina hacia el entresuelo. El que comparte con Giulia, «en pecado mortal», como dice su madre.

Chorradas de mujeres y curas.

Por lo menos la mitad de los hombres que conoce tiene una amante, o incluso otra familia además de la oficial, empezando por Ben Ingham, que trata a los hijos de la duquesa Spadafora como si fuesen suyos. Lo que es más raro es que una historia que había empezado como un vínculo de intereses se haya convertido en una relación amorosa.

No se detiene en ese pensamiento. No quiere.

Llama. Nadie contesta. Abre la puerta con sus llaves. Se quita la chaqueta, va al salón.

Ella no está. A lo mejor ha ido a la casa de sus padres.

Después de la pelea por la decisión de vivir como una mantenida a los ojos del mundo, Giulia ha pasado días marcados por el remordimiento. Hace muy poco ha vuelto a ver a su familia. Su padre, como hombre pragmático, la ha perdonado rápido. No así la madre, que sigue reprochándole su conducta y haciéndole notar su decepción.

Vincenzo se sirve limonada de una jarra. Trabaja un poco mientras espera que ella llegue.

No se da cuenta de la hora hasta que la llama de la lámpara empieza a temblar, movida por el viento de la noche.

Se levanta, por las ventanas mira hacia la casa de los Portalupi. Ve una sombra, luego otra: parecen Giovanni y Giulia; están discutiendo.

Pasados unos instantes, ella sale, y luego cruza el patio cabizbaja. Le abre la puerta, más preocupado de lo que le gustaría reconocer.

Giulia está ahí, delante de él. Tan pálida que parece de alabastro. Le acaricia el rostro sin decir palabra. Parece atribulada.

Lo besa.

—Pero ¿qué...? —murmura él.

Ella le pone los dedos en los labios para impedirle preguntar.

—Ven conmigo.

Lo coge de la mano y él la sigue al dormitorio, encantado con esa invitación.



Lo despierta el amanecer.

Alrededor, el techo blanco, las cortinas que protegen la alcoba de ojos indiscretos, el *armoire* de caoba.

Fuera, la ciudad y sus ruidos, volviendo a ser ella misma.

Oye la respiración de Giulia, que le hace cosquillas en las sienes. Es un raro momento de tranquilidad y, por eso mismo, único. La tibia blandura de su cuerpo es un refugio, le brinda paz. Con ella no tiene que protegerse las espaldas. No tiene que demostrar que es mejor que los demás.

Ella es Giulia y él es Vincenzo. Nada más.

Sin embargo, cuando se vuelve de lado, la encuentra despierta. Contempla sus ojazos negros, serios pero serenos. Tiene una mano debajo de la almohada.

—Espero un hijo tuyo.

Vincenzo tarda un instante en comprender.

Un niño.

Significa que, dentro de ella, debajo de su carne, está creciendo algo.

«Niño. Hijo. Mío.»

Le quita las sábanas, la explora con violencia. Los pechos crecidos, las caderas más anchas. El vientre redondeado.

¡Maldita sea, no se había dado cuenta!

Giulia ahora tiene miedo: primero por cómo se muerde el labio inferior; luego por cómo estruja la almohada.

La frase sale antes de que pueda pararla.

—¿Y es realmente mío?

Giulia se coloca boca arriba. Casi sonrío. Puede que estuviera preparada para esa pregunta.

—Tú has sido el primero, y eres también el único.

Es cierto, él lo sabe.

De improviso, Vincenzo se da cuenta de que está desnudo. Agarra las sábanas, se tapa. En cambio, Giulia se queda así, temblando de frío y emocionada.

—¿Cuánto tiempo?

—Tengo faltas desde hace tres meses. —Se toca el abdomen—. Dentro de poco todo el mundo lo notará.

Vincenzo se pasa las manos por el cabello. ¿Cuándo lo han concebido? Él ha procurado tener cuidado, pero no siempre lo ha conseguido. Llevan juntos, haciendo el amor, un año entero.

Resulta que al final ha salido el bastardo, como había previsto su madre.

—No voy a casarme contigo. No puedo. Lo sabes, ¿verdad? —Habla sin reflexionar, muy deprisa, y apabullado, irritado, confundido—. Tú no eres la que... Mi madre me sigue buscando una esposa —añade. «No se le vayan a meter ideas raras en la cabeza», se dice, «que no se crea que con la barriga y un *niño* lo va a tener en sus garras»—. Adviértelo enseguida a tu hermano y a tu padre. Si es un intento de...

—Lo sé. —Giulia se sienta en el centro de la cama. Desnuda, altiva. Es casi como si brillara en

la luz—. Antes de que me lo digas, pues me temo que también me lo vas a sugerir, no pienso ir a ver a nadie para que me lo quite. Quiero tener este hijo.

Vincenzo se aparta casi hasta el borde de la cama.

Ella le agarra la muñeca, demuestra una fuerza inusitada.

—Escúchame. Llegará el día en que encontrarás a esa mujer que tu madre y tú os empeñáis en buscar y te casarás con ella. O, sencillamente, no volverás más aquí porque te habrás cansado. Entonces yo seguiré teniendo algo tuyo, que me recordará a ti y a nosotros.

Vincenzo se desprende de su mano.

—¿No te conformas con esta casa y con el dinero que te doy? ¿Por qué quieres un bastardo? ¿Crees que voy a darte más? Ya te he dicho que cuidaré de ti incluso si tuviese que dejarte.

Querría salir corriendo, borrarlo todo: ese despertar, esa confusión que no lo deja respirar, esa cosita que está creciendo dentro de su mujer y que se la está robando.

Ni siquiera es capaz de imaginarse lo que supone tener un hijo. Nunca ha pensado en ser padre.

Giulia ahora está llorando de verdad. Busca las sábanas, se tapa. Se acurruca en el centro de la cama.

A Vincenzo no le queda más que vestirse y marcharse. Los sollozos de Giulia lo siguen hasta la puerta.



—¡Infeliz! ¡Encima esto! —grita Antonia entre dos ataques de tos. Se mueve nerviosa en el sillón, con los ojos muy abiertos, sin el alivio de las lágrimas—. ¡Y un bastardo, encima! ¿Y qué hacemos ahora? ¿No teníamos suficiente con lo que ha pasado?

Giulia, con el vestido negro abotonado hasta el cuello, retuerce tanto un pañuelo que deshilacha el borde. Está sola, o por lo menos así es como se siente. Ha ido a ver a su madre para que la consuele un poco, para que la abrace. Ahora que necesita ayuda, no la encuentra en ningún lado.

Una madre tendría que ser quien te protege también de ti mismo. Pero la suya no hace eso: es una mujer frágil, solo está pendiente de su enfermedad.

Antonia llora, y ahora sus lágrimas parecen no tener fin.



Por la noche, Antonia ya no llora. Sentada en el sofá al lado de Giulia, mira a Tommaso y a Giovanni, que acaban de regresar, y sabe que le corresponde a ella, a la madre, decir lo que

ambos han pensado tras conocer la noticia. Así que espera a que su marido deje de andar de aquí para allá por la alfombra del salón, con las manos a la espalda y la cabeza gacha, y a que su hijo se desahogue lanzando improperios contra Vincenzo.

Cuando por fin se hace el silencio, tras un golpe de tos, murmura que habría una solución... Un poco de dinero, una comadrona que sepa guardar silencio, una tarde de dolor, y de la vergüenza no quedaría huella. Luego mira a Giulia.

—¿Estás segura de que no quieres...?

—No quiero —responde seria, mirando al suelo.

—Entonces tienes que marcharte. —Antonia se incorpora, tose, se sienta otra vez en el sillón—. Regresarás a Milán. Irás a la casa de la tía Lorena, la hermana de mi madre, que vive en las afueras de la ciudad. Ahí darás a luz, y después ya se verá.

Pero Giulia niega con la cabeza.

—No quiero irme.

¿Cómo puede hacerles comprender que le da igual que la gente la insulte, que todo el mundo la considere una mujercuela? Ella sabe perfectamente a qué tendrá que enfrentarse. Quiere estar con Vincenzo, y está resignada a aceptar las migajas de su vida. Se conformará con eso. Es lo que ha hecho siempre: quedarse con lo poco que los demás estaban dispuestos a darle. Pero ¿cómo?, ¿cómo explicar eso a su madre o a Giovanni?

Quiere quedarse en Palermo, da igual lo doloroso que pueda ser.

—Te irás —insiste su madre, firme.

—¡No!

Rompe a llorar. Desde que está embarazada, llora con frecuencia, es casi un hábito en ella.

Antonia y Giovanni se cruzan una mirada.

—Giulia... escúchame. —Giovanni se pone de rodillas delante de ella, le coge las manos—. Si Florio se casa, ¿qué crees que te quedará? Ni siquiera el recuerdo, porque su mujer exigirá que tú desaparezcas de su vida. Ya no quedará espacio para...

Giulia evoca las palabras de Vincenzo. Sabe que la madre le sigue buscando esposa.

—No quiero —repite obstinada—. No.

Lo repite los días siguientes, cuando su madre la obliga a hacer las maletas en gran secreto. Antonia le dice en voz baja que de todos modos Vincenzo ya no va a quererla porque, ahora que está embarazada, su cuerpo se deformará y lo único que él desea es una mujer hermosa con la que entretenerse.

Lo repite cuando Giovanni explica su plan. Giulia está en la habitación, pero es como si no estuviese. Buscará un pasaje en barco para Génova. La acompañará y se asegurará de que todo vaya bien hasta que llegue a Milán. Después él regresará a Palermo.

En cuanto a Vincenzo, ha desaparecido. Ni una nota, ni una visita. Él, que antes pasaba las

noches a su lado.

Es ese vacío el que Giulia no puede soportar, el que la termina destrozando.

Renuncia a resistir. Se abandona, se resigna. Deja que los demás elijan por ella.

Será como si jamás hubiese existido, y quizá realmente haya sido así.

Sin embargo...

Encontrar un pasaje en barco parece extrañamente complicado. Ni uno solo de los capitanes y los armadores que conocen los Portalupi tiene sitio en sus barcos. Los hay que incluso niegan que alguna vez hayan transportado pasajeros. Otros afirman que lo han vendido todo el día anterior. Pero lo dicen en voz baja, mirando hacia otro lado o riendo con gesto burlón.

Una negativa es casualidad; dos, mala suerte... pero tres ya es demasiado para que todo sea una mera coincidencia. Tommaso ha comprendido.

Hasta que, una noche, llaman a la puerta.

Los Portalupi se cruzan miradas perplejas. No esperan a nadie.

Sentada a la mesa, Giulia está pálida; parece lejana, lleva varios días con una flojera que la hace indiferente a todo. Su madre dice que es el embarazo. Ella sabe que no es por eso.

La criada abre.

Es esa voz, la de él, la que la saca del vacío en el que ha caído.

—Buenas noches.

Vincenzo Florio se fija en cada uno de ellos. Evita cuidadosamente a Giulia.

—¿Qué haces aquí? —Giovanni es el primero que le hace frente—. No eres bienvenido. ¡Vete!

—Solo unas palabras y no molesto más. —Coge una silla, se sienta entre Antonia y Giulia, cruza las piernas—. Hace unos días, mi buen amigo Ingham me hizo saber que usted, señor Portalupi, buscaba un pasaje para Génova. No me asombré demasiado: pensé que tenía que hacer usted un viaje de negocios. —Mira a Tommaso a la cara—. Hasta que supe que quería dos plazas.

Portalupi se quita la servilleta del cuello, aparta el plato.

—No es a usted a quien debemos rendir cuentas, señor.

—Oh, resulta que sí. Le prometí que tendría a Giulia bajo mi protección, y eso significa que debe permanecer en Palermo. Conmigo.

Ella levanta la cabeza. Da la impresión de que le vuelve el color al rostro.

—Hemos de amparar a nuestra hija. Giulia no sabe lo que le conviene, sobre todo en las condiciones en que se encuentra —interviene Antonia—. No puede vivir aquí, soltera, con un niño sin padre.

—En eso se equivoca, señora. Su hija es una mujer enormemente lúcida e inteligente. Un anillo y un cura no van a cambiar nuestra relación. —Vincenzo no sonrío. No hace ningún gesto triunfal ni de satisfacción—. Lo cierto es que ustedes han sido tontos. Tendrían que haberse imaginado que no iba a permitirles que la apartaran de mi lado. A menos que...

Solo ahora se dirige a Giulia.

—A menos que ella desee irse, pues, en tal caso, respetaré su decisión. No la suya, señores. La de Giulia. —Le tiende la mano, la palma hacia arriba.

«Quédate», quisiera decirle, pero no sabe cómo.

Giulia se lo lee en el rostro. Ella siente ira y rencor por lo que ha sufrido: la soledad, el abandono de esos días, el aislamiento, las noches en la cama fría. Por aquello que él no sabe y no puede decirle. Y finalmente habla.



Ha sonado la medianoche.

Giulia duerme, Vincenzo está a su lado.

De nuevo. Por fin.

Su cuerpo se ha vuelto maleable, redondo. También su olor es otro: penetrante, fuerte, sabe a leche y a limón.

Vincenzo, en cambio, está despierto. Escucha los pensamientos de un Palermo que se alimenta de sus propias entrañas, que sus habitantes destruyen y reconstruyen. Piensa en los negocios, en las vendimias, en los asuntos de la Cámara de Comercio. En los problemas que le causa la almadraba de Vergine Maria, de la que aún no es dueño, pero quiere hacerse con ella, y de hecho está fraguando una idea para conseguir su propósito. Porque le encanta ese sitio, y le gustaría convertirlo en su reino.

Recuerda cuando su madre lo amenazaba a gritos con echarlo de casa si volvía a ver a Giulia, sobre todo ahora que todo el mundo, absolutamente todo el mundo, sabe que espera un hijo suyo.

Y ahora están aquí. Tranquilos.

Escucha la respiración de su mujer. Aguza más el oído, se imagina que oye otra respiración cruzándose con la suya.

El niño.

La mano desciende del pecho al abdomen. Nota al niño. Ella ha hecho que lo note.

Además del afecto —¡él, padre!—, conoce otros sentimientos. Se ha instalado en él la desconfianza, de la que le cuesta desprenderse. Aquello, ese hijo que todavía no ha nacido, le robará a Giulia. Ya no será solo suya.

Son unos celos nuevos para él, que lo exasperan.

Y al mismo tiempo vislumbra una esperanza.

Un varón, un heredero.

Se vuelve de costado. Giulia lo abraza con fuerza, con la barriga pegada a su espalda. Sí, esa es

su casa, se dice cerrando los ojos. Vincenzo se queda dormido, y casi no nota las pataditas que da un niño a la puerta de la vida.



Enero puede ser apacible en Palermo y regalar una luz que parece hablar el idioma de la primavera. Sin embargo, cuando llega el viento del norte, todo el mundo recuerda que el invierno tiene su tiempo de reinado y que no quiere cedérselo a nadie.

Lo explica el mar. Ahí, en la Arenella, el mar en primavera es transparente y profundo, pero en invierno el agua se vuelve turbia, bulle por dentro. En aquel enero de 1837, luminoso y engañoso, dos hombres pasean por las murallas de la almadraba, esquivando las salpicaduras de las olas.

—¿De manera que el tribunal no ha decidido?

—El príncipe de Castelforte se ha opuesto otra vez. No quiere ceder, *el cornudo*. —Vincenzo se mete las manos en los bolsillos, se estremece cuando una ráfaga de viento le agita el abrigo—. Me faltan sus acciones para hacerme con la almadraba. Hasta el prior de San Martino delle Scale me ha asegurado que va a vender los almacenes. El único que no cede es el maldito Paternò.

A su lado está la única persona en la que quizá confíe, mucho más que un simple colaborador. Pelo rizado, bigote tupido. Carlo Giachery abre los brazos.

—Otra vez la trola del legado hereditario de la esposa, supongo.

—Esposa que nunca le ha preocupado. La verdad es que no quiere ser humillado por un comerciante como yo.

—Por un mozo de cuerda, para ser exactos. —Giachery puede permitirse hablar con franqueza.

—Bah.

Se conocen desde hace un par de años, desde poco antes del nacimiento de Angelina, la hija de Vincenzo. Coincidieron en una cena en la casa del duque de Serradifalco. Una reunión en la que los aristócratas —pocos— y los burgueses —muchos— coincidían con artistas y eruditos.

De Giachery le habían llamado la atención la facilidad de palabra y el acento romano.

—En Roma, la arquitectura funeraria es un sector en expansión. Después de todo, tenemos que agradecerle a Bonaparte su idea de instalar los cementerios fuera de las murallas de la ciudad.

—A Bonaparte hay que agradecerle muchas cosas, empezando por el hecho de que nos ha permitido conocer la grandiosidad del antiguo Egipto y de Grecia —añadió el duque, apasionado historiador—. Sin duda, destruyó ejércitos enteros, ¡pero cuánta cultura nos ha permitido conocer!

Vincenzo había observado a ese joven arquitecto, que se enfervorizaba y hablaba del comercio y del arte que puede y debe adaptarse a la vida cotidiana, citando las experiencias industriales inglesas y francesas.

—De modo que usted está al corriente de las últimas tendencias de la arquitectura inglesa y francesa, por lo que la fábrica no debe ser solo productiva, sino que además ha de estar organizada de manera racional —le dijo.

Carlo asintió enérgicamente.

—Sí. He pasado mi juventud entre París y el Véneto. He viajado y sé de qué hablo. Ser funcional no significa levantar cuatro paredes y poner cuatro máquinas, tal y como pretenden algunos propietarios de fábricas. Si uno construye una hilandería en el campo, la cosa puede salir bien, pero en la ciudad hay que elegir con cuidado la forma y el lugar, y también al personal. Las fábricas no tardarán en formar parte de nuestras ciudades y más vale pensar en ellas de ese modo. Mi hermano Luigi y yo estamos trabajando precisamente en esto, en la manera de hacer de una fábrica un lugar bello y funcional, bien integrado en el espacio donde se encuentra.

Cuando volvieron a verse, ya se tuteaban. Desde entonces, charlaron y debatieron mucho. Carlo es desde hace un mes profesor de Arquitectura civil en la Universidad de Palermo y colabora directamente con Vincenzo. En el terreno de los negocios, es la persona de la que Vincenzo se fía más que de cualquier otra, quizá porque, igual que él, tampoco es del todo palermitano. Le ha otorgado un poder, y se encarga de gestionar la compra de fincas y de algunos negocios. Pero es sobre todo un amigo.

Vincenzo echa la cabeza hacia atrás, abarca los edificios con ojos golosos. Adora esa almadraba.

—¿Quieres saber por qué te he traído aquí? —dice mientras echa a andar.

—La verdad, me lo estaba preguntando. Llevamos media hora dando vueltas a la redonda.

—Lo que quiero es una villa. —Se gira, señala los muros—. Aquí.

Paredes desconchadas por la salinidad, almacenes cavados en la toba, unos pocos tamariscos doblados por el viento, muros de piedra.

Carlo lo mira, luego mira el edificio.

—Creo que no comprendo.

Vincenzo le pide con un gesto que lo siga. Recorre el perímetro del lugar y se lo explica.

—Vincenzo, perdona, pero sigo sin comprender. ¿Por qué aquí? ¡Es una almadraba! Puedes permitirte una villa en cualquier parte. Quiero decir... las mejores fincas están en Bagheria o en San Lorenzo. Además, hace apenas un mes dijiste que querías comprar la casa del notario Avellone. ¿Has cambiado de parecer?

—No, eso es una inversión. —Lo agarra de los brazos, como si pudiese enseñarle lo que quiere con sus ojos—. No quiero la típica villa con columnas, balcones y estatuas. Quiero algo que nadie se haya imaginado jamás, y quiero que esté aquí, para que cuente cómo me he criado: ha de ser algo distinto. No quiero una villa, quiero una casa que sea mi casa.

Es entonces cuando Giachery lo ve.

Se le despeja el horizonte, el metafórico y el real.

—El mar...

—El mar. Exacto. Y el mundo que hay más allá, y la riqueza que llega de ahí. Quiero que todo el mundo vea, y que comprenda. —Vincenzo se detiene—. Tú no has nacido aquí como yo. Has viajado por Europa, has vivido en Roma, pero has elegido quedarte aquí porque sabes que Palermo es tu lugar. Tú has comprendido qué es lo que quiero. Dámelo.

Y esa frase contiene un mundo.



En el carruaje hablan de otros asuntos: de las hilanderías de algodón en Marsala —«Nada, aún no consigo encontrar el terreno»—, de cómo está administrando la bodega Raffaele Barbaro —«Podría ser más rentable, lo que pasa es que a él le falta iniciativa»—, y del Consejo de la Cámara de Comercio.

—Creo que es el único sitio en el que aceptan tener trato con un comerciante como yo —dice Vincenzo con una mezcla de indiferencia y de orgullo—. No muchos, pero sí algunos, como el príncipe de Torrebruna o el barón Battifora, han comprendido que tienen que ensuciarse las manos si no quieren venderlo todo, incluidos los títulos. Al final, son pocos los comerciantes y los negociantes que realmente mueven dinero en Palermo, y todavía menos los nobles que aceptan meterse en negocios con nosotros.

—La inteligencia es una mercancía rara —suspira Carlo—. No tienen cabeza para comprender que el mundo está cambiando. —Extrae una libreta de un bolsillo, lee sus notas—. Entonces ¿sigo las negociaciones con el duque de Cumia por la villa en San Lorenzo? Tiene un buen terreno, puedes alquilarla.

Vincenzo tiene la vista fija en la calle. Su frente está tan arrugada que parece mayor de lo que es. Reacciona cuando Giachery lo llama.

—¿Qué decías?

Carlo lo coge del brazo.

—Es esta noche, ¿verdad? —Saca el tema, aun sabiendo que Vincenzo no admite que nadie se entrometa en su vida privada. Pero puede que lo haga justo por eso—. ¿Por qué no vas? Es tu hija, a pesar de todo.

—No lo sé. —Está indeciso, mucho más indeciso de lo que aparenta—. No pienso darle mi nombre. —Lo dice enfadado; el remordimiento es elocuente—. Una hija. Otra. Además del perjuicio, la burla.

Señala la hoja que tiene en la mano Giachery.

—Sigamos con Cumia. Avellone no quiere venderme su finca a mí directamente, pero a él no va a decirle que no.

Carlo le da la razón.

—Sobre todo porque es el director general de la Policía —dice—. Y nadie le niega nada a un esbirro.



«¿Por qué no vas?»

La pregunta de Carlo sigue llamando a la puerta de su conciencia. Lo hace tanto en el herbolario, donde pasa la tarde firmando pedidos, como en el despacho de la Casa Florio.

La via dei Materassai es ya prácticamente de Ingham y suya. Tiene dinero y poder, mucho más del que hubiese podido imaginarse cuando murió su tío.

Pero ¿de qué le vale si no puede decidir sobre su vida?



Cuando Giulia le dio la noticia del segundo embarazo, reaccionó con resignada serenidad. Después de la primera hija, Angela —Angelina como la llaman todos—, su situación dejó de suscitar habladurías: otros escándalos, más succulentos, animaron los salones de la ciudad. Su convivencia provoca ahora solo una indignada —y vacía— reprobación.

Más complicado ha sido conseguir que su madre digiera la noticia. No resulta fácil hacerle comprender que no puede impedirle casarse, aunque según la ley ella debe dar su permiso para la boda del hijo. Él tiene casi cuarenta años... pero nada, Giuseppina no quiere entrar en razón.

Se presentó una tarde en el despacho. Llegó corriendo, con la cara congestionada.

—¿De manera que la has vuelto a dejar preñada?

En la puerta, el secretario hizo un gesto desolado, como diciendo: «¿Acaso podía detenerla?», luego cerró la puerta.

—Buenos días, madre. En efecto. Giulia está de nuevo preñada.

Ella se tapó el rostro con las manos.

—¡Qué desdicha! ¿Es que esta nunca pierde hijos? ¿Eso solo me ha tenido que pasar a mí? — Se mecía en la silla en la que se había desplomado—. ¿Todavía no se ha enterado de que no vas a casarte con ella? ¿Y tú, es que no sabes qué hay que hacer para...?

—¡Madre! ¡No es preciso que acabe la frase! ¿Está claro? —Estaba con los brazos en jarras—.

De todos modos, si es varón me casaré con ella. Que quede claro.

—*¡Cabezota!* —Se puso de pie, encolerizada—. *¿Vas a casarte con esa, que es casi una criada? ¿Estás loco?*

—Soy práctico. Tengo treinta y siete años y no tengo nada mejor que hacer. Y, por decirlo todo, tampoco quiero una esposa viuda con cara de perro como la que usted me propuso hace tres años.

Giuseppina se está convirtiendo en el retrato de la madre ofendida.

—*Ya veremos si te casas.* Yo tengo que darte el permiso, recuérdalo, y *no pienso dártelo.* Esta nunca ha venido a verme, nunca me ha respetado, y ahora *¿va a meterse en mi casa para dárselas de señora?*

—¿Acaso la recibiría usted?

—*¡Ni en sueños!*

—Pues ya están a la par. —Estaba cansado y harto, como siempre que discutía por Giulia con su madre o con Giulia por su madre. No podía haber nada más desagradable que sentirse tironeado por una y por otra, sin elección.

Vincenzo sigue recordando. Ahora revive el momento en que recibió la noticia de que Giulia estaba a punto de dar a luz. La tarde de la espera. Cuando le anunciaron que era otra vez padre.

De una niña.

Justo después del parto, Giulia le pidió que se casara con ella. Se lo pidió con suavidad, luego con firmeza. Él se negó.

Lo echó de la casa.

El malestar se hace sólido. Ella es dura, inflexible.

Quiere recuperar su honor, su dignidad. Piensa en Giulia, y comprende que ha salido airoso de la ardua empresa de haber encontrado una persona más orgullosa que él como compañera de vida.

Sigue jugueteando con el anillo de su tío. Ahora más que nunca apreciaría sus consejos.

Saca el reloj de bolsillo. Coge la chaqueta y el gabán, sale a la calle.

La casa de Giulia no está lejos.



De pie, en la salita de la casa en la que vive, Giulia Portalupi sostiene en brazos a la recién nacida delante del cura que ha ido a bautizarla. Al lado, su hermano Giovanni; detrás de ellos, a pocos pasos, la criada, con otra niña. Ha transcurrido una semana desde el nacimiento, y no es apropiado esperar más para bautizar a un recién nacido.

Hace una semana que ella y Vincenzo discutieron.

El cura pasea por la pieza. Está incómodo, es como si no supiera qué hacer. Deja en la mesa la

crismera, prende las velas y, entretanto, murmura unas oraciones. Giulia, absorta, apenas sigue sus gestos.

Fue así con Angelina; así es también con su segunda hija. Suya y de nadie más: Vincenzo no ha querido reconocerla. A Giulia le cuesta ya tolerar esa situación. Esa soledad, ese desprecio larvado son cargas pesadas.

Y ahora, otra ceremonia furtiva, con un cura que ha entrado en la casa a toda prisa, sin siquiera un monaguillo. Un ritual clandestino, celebrado en la casa, como corresponde a los hijos ilegítimos. Ni sus propios padres han querido estar en el bautizo.

—Mamaaá —llama Angelina, nerviosa.

Giovanni se acerca, la coge en brazos para hacerla callar.

—Tranquila, venga. Mamá tiene que bautizar a la hermanita. La abuela ha hecho galletas, ¿sabes?

Al oír esas palabras, Giulia suspira. Preferiría que su madre estuviese ahí, con ella, y no metida en casa preparando galletas para una ocasión que nadie parece considerar una fiesta.

El cura empieza una cantilena en latín. La voz hosca resuena entre los muebles y el techo.

—¿Qué nombre le pone a esta niña?

Giulia descubre la cabeza de la pequeña.

—Giuseppina. Como su abuela.

El párroco la mira de soslayo. Sabe que la madre de Giulia se llama Antonia, como también sabe quién es el padre de las dos niñas. Es la segunda bastarda que da al ateo Vincenzo Florio. Y apenas en dos años. Ella es una desvergonzada, actúa como si fuese su esposa, y él no acepta la mínima responsabilidad.

En ese instante se oyen unas llaves. La puerta de la casa chirría, luego suena un portazo. Aparece una sombra con capa negra en el umbral de la salita.

Vincenzo.

La pieza se sume en silencio. Giulia se queda quieta. Le gustaría llamarlo a su lado.

Luego vuelve a mirar al cura. Le pide con un gesto que prosiga.

También lo ha visto Giovanni.

—¿Quieres que le diga que se marche? —le pregunta en voz baja.

—No. —Está ahí. No deja de ser más de lo que ella se esperaba.

El párroco unge el tórax de la niña con el óleo santo, le moja la frente con agua bendita. La pequeña llora, se mueve. Terminado el ritual, el cura anota el nombre de la niña en el certificado de bautizo.

Giuseppina Portalupi, hija de Giulia Portalupi. Padrino: Giovanni Portalupi. La madrina es la criada, Lucia.

No hay nadie más que pueda hacer de madrina.

Mientras el sacerdote apaga las velas y recoge sus cosas, Vincenzo entra en la salita.

Giovanni le cierra el paso.

—¿Adónde vas?

—Quiero ver a mi hija.

—Ella no tiene tu apellido, como tampoco Angelina. Te has negado a reconocerlas a ambas, ¿lo recuerdas?

—A ti no tengo que darte explicaciones. —Sigue andando sin mirarlo.

Giulia, sentada en el sofá, está vistiendo a Giuseppina. La niña se suelta, lloriquea por el frío.

Entonces lo recibe con el fantasma de una sonrisa.

Él se arrodilla a su lado.

—He oído el nombre que has elegido. Gracias.

Estira la mano para tocar a la pequeña, que se mueve buscando el pecho de la madre. Se la aparta.

—Me gustaría que tu visita sirviese de algo. —Giulia envuelve a la niña en el chal—. Pero eso no va a pasar, ¿verdad?

—No. —Suspira, nervioso. Detrás de él, Giovanni y Angelina. Nota sus miradas—. Quiero hablar contigo. A solas.

En ese momento, Angela se suelta, se acerca corriendo a su madre. Se esconde debajo de su brazo y, desde ahí, observa a Vincenzo con desconfianza. Para ella, ese padre es una figura de contornos borrosos.

—De acuerdo. —Giulia se levanta, estrecha a Giuseppina contra su pecho—. Aunque ya sé que voy a arrepentirme.

Acompaña al cura a la puerta. A su lado, Giovanni, que le tiende al sacerdote un donativo «para los huérfanos de la parroquia». El hombre asiente con gesto serio, agarra las monedas y se marcha.

Con la mano en el marco de la puerta, Giulia mira a su hermano.

—Tengo que hablar con Vincenzo. A solas.

—Estás loca. Loca o tonta, no lo sé. ¿Qué crees que te va a decir? —Giovanni señala la salita—. ¿Por qué quieres degradarte más? Un hombre así nunca te dará nada bueno, ni una familia, ni respeto. Seguirás siendo... lo que eres.

Giulia sabe que es así. Que su hermano tiene razón. Que tendría que haber huido a Milán en cuanto se quedó embarazada de Angelina. Sin embargo, abre la puerta y señala las escaleras.

—Por favor —insiste, y es un ruego que no admite réplica.

Giovanni abre los brazos.

—Peor de como te va la vida, no puede irte. —Llama a Angelina—. No quiero que os oiga discutir, pobre niña —murmura.

Giulia aprieta los labios.

La niña, que se había quedado mirando a su padre a hurtadillas, se acerca corriendo a su tío y ríe cuando este la coge en brazos al vuelo. Vincenzo la ve marcharse. Un instante después, oye el ruido de la puerta, que se cierra detrás de las carcajadas de Giovanni y de su hija.

Con él, Angelina nunca ha reído.



Giulia regresa a la salita en bata con la niña pegada al pecho, que chupa vigorosamente.

—Tu otra hija ni siquiera me ha mirado.

—Apuesto a que no te has preguntado el motivo. Deberías hacerlo —replica ella, cáustica; luego le dice con un gesto que la siga.

Va al dormitorio, se sienta en la cama para amamantar a la pequeña. Vincenzo la mira con timidez. Permanece observándola en silencio largo rato. Aún no se había dado cuenta de lo mucho que el embarazo le había suavizado los rasgos.

—¿Estás segura de que no quieres una nodriza? El pecho se te va estropear —murmura.

Ella niega con la cabeza.

—¿Por qué has vuelto? Te había dicho que no vinieras hasta que no hubieras hablado con tu madre.

Vincenzo se desabotona el gabán para sentarse en el borde de la cama.

—No quiere. Sencillamente, no quiere.

—Y tú no quieres elegir entre ella y yo. No, no hace falta que digas nada más. —Su voz suena ahora áspera—. Es curioso que el señor Florio, el comerciante sin escrúpulos, famoso por su dureza, se transforme en un niño asustado delante de mamá.

—Es mi madre. Y está vieja y sola.

—Mientras que yo soy la Circe que te apresó en sus redes. ¿Alguna vez le has contado cómo ha sido todo, cómo me perseguiste hasta que yo accedí?

—Tú aceptaste.

Ella se tapa la boca con la mano, como para contenerse.

—Claro. Ahora va a resultar que la culpa es mía. —Lo dice con rencor, con el tono de una maldición—. No podía hacer otra cosa, maldito sea mi corazón.

Vincenzo se exaspera, se levanta, se sienta de nuevo.

—No es tan sencillo.

—Tampoco lo es para mí. —Aparta a la niña del pecho, la coloca en su hombro—. Podía aceptar los chismes y hasta aguantar el desprecio por tu amor. Pero ahora tenemos dos hijas,

Vincenzo. Dos criaturas que necesitan un padre. Tu madre tendría que aceptarlo, lo mismo que tú, y dejar de tener sueños de gloria.

—Todo eso está por ver. Por interés, la gente hace la vista gorda a lo que sea. —Resopla. Detesta que Giulia lo ponga entre la espada y la pared—. De todos modos, mi madre nunca consentirá el matrimonio y, sin su beneplácito, no puedo casarme: es la ley.

—La ley dice que debes comunicarle tu voluntad, dado que tienes más de treinta años. —Giulia siente que las lágrimas le asoman a los párpados. No quiere llorar, no lo hará.

Deja a Giuseppina en el capazo y la pequeña responde con un ruidito que anuncia el sueño.

—Si no quieres casarte conmigo, por lo menos reconoce a las niñas. Dales la posibilidad de tener un padre legítimo.

Vincenzo se muerde los labios. Entonces ella comprende que no va a concederle tampoco eso.

—Eres un cobarde. —Giulia se levanta, le señala la puerta—. No quiero verte más.

Él permanece sentado. Le agarra la muñeca.

—No me pidas que elija entre mi madre y tú.

La frase le atraviesa la mente, es una iluminación violenta y amarga. No se contiene.

—¡Porque son mujeres! ¡Por eso no quieres reconocerlas, admítelo! Porque no pueden ser tus herederas. —Se lleva las manos a la frente—. Qué ciega he estado. Por eso tu madre se opone y tú no le dices nada. ¡Y me sales con eso de su beneplácito! —Le tira el gabán—. ¡Vete de aquí!

Vincenzo coge el abrigo, indignado.

—Desde que supiste que esperabas a la otra, te volviste petulante. Me parece que hace dos años fui claro.

Había esperado encontrar a Giulia con una actitud más conciliadora, en cambio...

—La otra también es tu hija y tiene un nombre: Giuseppina. —Giulia abre la puerta de la casa—. Ya que prefieres a tu madre, vete y no vuelvas más. —Lo dice irritada y con los puños apretados.

Vincenzo la mira y arde de deseo. Es cierto, Giulia está demacrada por el parto y aún tiene el vientre hinchado, pero hay en ella algo que trasciende la carne, ahora lo sabe, y que le impide dejarla. Querría quedarse, hundirse en ella, pero no puede porque ha pasado muy poco tiempo del parto y a una púérpera no se le debe tocar.

Cierra el puño, pega un puñetazo a la puerta. La madera se cuarteja, sus nudillos sangran.

Giulia se asusta, da un paso hacia atrás. Vincenzo es irascible, pero nunca ha sido violento con ella. Tiene miedo.

—Esto no ha acabado aquí. —La voz de Vincenzo es bronca, tensa por la ira—. Tú eres mía —le dice.

Y se va.

Giulia se queda sola. Cae postrada contra la puerta cerrada y se sujeta la cabeza entre las

manos. Lloro. La fragilidad física se suma a la soledad y al cansancio de criar a dos hijas sin el padre y sin la protección de un apellido. Por mucho dinero que Vincenzo quiera dejar en la cómoda de la alcoba, eso nunca podrá reemplazar el apoyo que un hombre debería dar a su familia.

Cuando eligió —mejor dicho, cuando quiso estar con él— no se imaginaba qué iba a pasar. No pensó en hijos. Solamente existía Vincenzo.

Pero ahora están sus niñas.

«¿Y qué va a hacer él?», se pregunta. ¿Se buscará otra mujer? ¿Una que le dé calor por las noches, que lo cuide y que no pretenda el respeto que ella exige? ¿O su madre le encontrará una esposa?

De golpe, el miedo de perderlo crece como una ola que la ahoga.



Pasan días, luego semanas. Giulia se recupera despacio del parto, por eso Angelina se queda mucho tiempo con la abuela Antonia. Giovanni, en cambio, va varias noches a su casa y, para distraerla, le cuenta las novedades de la ciudad. Sin embargo, una de esas veces se queda en la puerta de entrada, molesto. La mira, luego le tiende una bolsa.

—Te manda esto. Le dije que tu familia te está cuidando, pero puso una cara... Ya lo conoces, ¿no?

Giulia suspira. Esa bolsa contiene lo único con lo que Vincenzo sabe demostrar lo que siente. Coge las monedas.

—Dile que venga a ver a las niñas, por lo menos —murmura antes de cerrar la puerta.

Y la noche siguiente, cuando las niñas ya están acostadas y ella está a punto de retirarse, oye llamar a la puerta. Es un toque leve, tan leve que incluso cree que se lo ha imaginado.

Se coloca bien la bata y abre.

Es Vincenzo.

—Podías usar las llaves —dice ella.

—Me echaste.

Ella resopla.

—Esta es tu casa. Tú pagas las facturas.

Él hace caso omiso a la provocación. Se dirige hacia el dormitorio, donde sabe que encontrará la cuna de madera con Giuseppina. Aparta el velo, la observa.

—¿Aún te encargas tú de *amamantarla*?

—Sí. —Giulia, con los brazos cruzados, lo mira—. Angelina está durmiendo en el otro cuarto,

con Lucia. No puedes verla.

Él se aparta de la niña.

—¿Están bien?

Ella asiente.

Vincenzo se le acerca, le aparta un mechón de pelo de la frente. Vacila antes de hablar.

—En cambio, tú pareces un cadáver. ¿Te deja dormir? ¿Comes suficiente carne?

Giulia le aparta la mano, va al salón.

—La comida no tiene nada que ver, y lo sabes. Hay cosas que no me dejan dormir de noche — dice con los puños apretados—. Solo una cosa me ayudaría a estar mejor: que te hicieras cargo de mí y de las niñas. Pero resulta que...

—Te he mandado dinero con el *idiota* de tu hermano. —Los primeros signos de ira se le notan ya en la voz.

—Porque para ti todo empieza y acaba con el dinero, ¿verdad? Ahora tienes una familia.

—Tengo una amante que me ha dado dos bastardas. Es diferente.

Giulia no reacciona a esas palabras. Está helada. Le cuesta respirar.

Ajá. Así es como las considera.

—Si quisieras, todo sería diferente. —Un susurro, el suyo, que suena a queja.

Él se cruza de brazos.

—Yo solo puedo darte esto.

—Tú no quieres darme otra cosa porque eres un cobarde. —Se tapa la cara con los puños—. No quieres porque tienes metidas en la cabeza tus malditas ideas y porque te enfrentarías a tu madre, que te trata como si tuvieras quince años. Pero resulta que, tarde o temprano, tendrás que decidir algo.

Él se le acerca. Le agarra el cuello, se lo aprieta, a ella le cuesta respirar.

—No tengo que decidir nada.

Es solo un instante, pero se hace eterno.

La mano pasa ahora a la nuca, ya no aprieta sino que acaricia. Se besan, se desean. Ha pasado una eternidad desde la última vez que estuvieron juntos. Son incapaces de estar lejos el uno del otro mucho tiempo.

Mientras lo estrecha contra sí, Giulia se odia. Porque lo perdona siempre, porque lo ama y lo acepta después de cada pelea, porque se siente rota sin Vincenzo. Desde que lo conoció, no es nadie sin él.

Y Vincenzo permanece con los ojos cerrados. Porque esa es su casa. Si el resto del mundo es tierra peligrosa, Giulia es su mar.



Vincenzo se escabulle en el momento en que ella, agotada, se queda dormida. Se marcha sin una palabra, porque no sabe qué decir.

Quizá tiene motivos para llamarlo cobarde.

Pero Giulia está despierta. Lo último que oye es el ruido de la puerta al cerrarse.

Pasa la noche con Giuseppina a su lado. La cama, después del amor, le parece enorme, fría, mucho más que en las noches en las que ha dormido sola. Derrama más lágrimas de rabia que de nostalgia, siente más cólera que añoranza.

Al día siguiente es domingo.

Se prepara con esmero. Se pone uno de sus mejores trajes; le queda todavía un poco apretado, pero qué remedio.

Viste a Giuseppina. Le pide a su madre que se quede un rato más con Angela, le dice que no tardará en volver.

A la misa de la mañana en San Giacomo acuden sobre todo mujeres y hombres del pueblo que no tienen tiempo de ir a la de la tarde. Entre ellos, más por costumbre que por necesidad, se cuenta Giuseppina Saffiotti Florio.

Giulia la ve entrar. Su rostro es severo; lleva los cabellos grises recogidos bajo una mantilla. Al final de la ceremonia la sigue. Espera a que llegue casi a la entrada de la via dei Materassai.

La llama:

—¡Señora Florio! ¡Señora Florio!

Giuseppina se vuelve instintivamente. Aprieta los párpados, no la reconoce enseguida. Pero, cuando ve a la niña, se inflama. Le da la espalda, se marcha con paso decidido hacia su casa.

—*Hay que ver*, esta desvergonzada...

—¡Deténgase! —Giulia la sigue.

Hay gente asomada a las ventanas. Un carretero las observa; unas mujeres que acaban de salir de la iglesia aminoran el paso.

Giulia la adelanta, se vuelve hacia ella.

A Giuseppina no le queda más remedio que detenerse.

—Doña Florio, ¿no quiere conocer a su nieta? —Su tono es alto, quiere que la oigan.

Y la gente mira y escucha.

La respuesta suena como un serrucho cortando madera:

—Yo no tengo nietos.

—¿Está usted segura? Esta niña lleva su nombre.

—¿Y eso qué significa? Hay un montón de Giuseppinas.

—Pero esta tiene los ojos de su hijo.

Giuseppina, aunque de mala gana, la mira. La niña se parece mucho a Vincenzo: tiene su nariz, las cejas altas. Da un respingo.

Es inaceptable, es injusto.

—Una perra nunca puede decir de quién son sus cachorros. Se aparea con demasiados perros para saberlo.

Giulia aferra a su hija contra su pecho, como para protegerla.

—Eso es lo que hacen las perras sin amo. Lástima que el mío lleve bien sujeta la correa. No lo he querido yo: él me ha echado de mi casa.

—Hay correas que ahogan. —El tono de Giuseppina está cargado de odio—. Si pretendía casarse, calculó mal. No tenemos sitio para usted.

Giulia no consigue rebatir.

Giuseppina la adelanta. «La he puesto en su sitio», se dice, satisfecha. ¿Qué esperaba conseguir viniendo aquí, interpretando ese papel de *criada*? Ha demostrado quién es.

La respuesta de Giulia le llega cuando está en la puerta de su casa.

—Esta correa no la elegí por el dinero. ¿Qué sabrá usted, si nunca ha querido a nadie?



Desde la ventana del comedor, en bata y descalzo, Vincenzo lo ha visto todo. Sigue con la mirada a Giulia, que se aleja hasta desaparecer detrás de la curva.

Oye los pasos irritados de Giuseppina, que está llegando.

—Lo has visto, ¿verdad? ¡Es una *mujer* horrible! Un auténtico *bicho*, pero la he puesto en su sitio. ¿Qué pretende, traer escándalo a esta casa? ¡Será posible!

Él no se vuelve.

Durante mucho tiempo, después de haberse quitado el capricho, se ha preguntado por qué ella lo seguía atrayendo. Por qué la seguía buscando, por qué volvía a su casa tras cada discusión.

Hoy, por fin, ha comprendido.

Su madre le pregunta por qué no le responde. Lo ve irse a su dormitorio, vestirse deprisa.

—¿Qué pasa? ¿Ahora qué haces?

—*Mamà, facitivi a quasetta.*

Eso le dice, que se ponga a coser, como si fuese una vieja loca que lo único que hace es molestar. El rostro se le contrae, es puro orgullo herido e indignación.

—¿Vas a verla a ella? *Esa es veneno negro.* Es la encarnación del diablo que *apesta a azufre.* ¿Y a mí? ¿Vas a dejarme sola, a mí?

Lo grita por la ventana mientras Vincenzo se aleja por la via dei Materassai ante la mirada de las mujeres que están disfrutando de ese teatrillo.

Vincenzo prácticamente corre por los callejones, deja atrás las tiendas cerradas.

Ve a Giulia en el Cassaro. Camina despacio entre la gente vestida de fiesta, con la cabeza inclinada sobre la niña. Él, que la conoce bien, sabe que está haciendo esfuerzos ímprobos por no romper a llorar. Humillarse de esa manera tiene que haberle costado mucho.

Vincenzo se le acerca, la coge del brazo delante de todo el mundo.

Giulia se sobresalta.

—Pero...

—Vamos a casa. A nuestra casa.

Encaje

julio de 1837 – mayo de 1849



Unn'è u' piso v`a a balanza.

Donde está el peso va la balanza.

Proverbio siciliano

En junio de 1837, la epidemia de cólera que desde hace unos años azota Europa llega a Sicilia. Las pésimas condiciones higiénicas en las que se encuentra gran parte de la población propician el contagio, y la enfermedad no se erradica hasta principios de octubre. Testimonios de la época hablan de veintitrés mil muertos solo en Palermo.

De 1838 a 1847 reina una relativa calma, pero desde septiembre de 1847 en Sicilia se suceden varias protestas, fomentadas por la pobreza, por el constante impulso independentista y por el conflicto social. El talante represor de Fernando II enardece los ánimos, y en de enero de 1848, en Palermo, Giuseppe La Masa y Rosolino Pilo dirigen la insurrección contra los Borbones: Palermo es entonces la primera de las grandes ciudades italianas que declara su independencia del poder central. El jefe del Gobierno revolucionario es el almirante Ruggero Settimo, quien, respaldado por nobles y burgueses, busca implicar al pueblo en la toma de decisiones. Fernando concede la Constitución y casi todos los Estados italianos lo imitan: en marzo promulga el Estatuto Albertino y poco después se sublevan Venecia y Milán. Muy pronto en toda Europa hay movimientos revolucionarios, incluido el Estado Pontificio. El 9 de febrero de 1849 nace la República Romana, gobernada por un triunvirato (Carlo Armellini, Giuseppe Mazzini y Aurelio Saffi).

Sin embargo, una vez más, todos los motines revolucionarios son reprimidos. En Sicilia no tarda en hacerse patente la fragmentación política de la isla (Mesina y Palermo, por ejemplo, son enemigos acérrimos), así como la incompatibilidad de las demandas de los distintos grupos sociales: mientras que los nobles y los burgueses quieren enriquecerse (adueñarse del patrimonio eclesiástico), el pueblo aspira a la redistribución de las tierras. En mayo de 1849, debilitada y acosada por las tropas borbónicas, la administración revolucionaria decide rendirse. Fernando II se muestra clemente: no condena a muerte a los jefes de la revuelta, sino que los manda al exilio. Y concede el perdón regio a muchos partidarios de la rebelión.

Hilos de algodón, agujas, bolillos, cojines.

El encaje es un arte. Para obtener unos pocos centímetros de tela, para entretejer un hilo con otro, siguiendo un entramado de líneas delicadas, se requieren manos firmes, paciencia y buena vista.

Es algo que saben muy bien las encajeras de Burano, que durante siglos han mantenido la pequeña isla con su trabajo. Exportaron su saber gracias a Catalina de Médici, que convenció a algunas mujeres para que se trasladaran a Francia para enseñar en los conventos aquel arte secreto. En el corazón de Europa, el encaje pasa a ser *dentelle*, ornamento para la indumentaria de las mujeres y de los hombres más ricos del reino. Las escuelas de encaje más famosas se desplazan de Italia hacia el norte: Valenciennes, Calais, y más tarde Bruselas y Brujas.

El encaje le gustaba tanto a Napoleón que lo hizo obligatorio para la ropa de la corte.

Pero ya en los albores de la revolución industrial en Inglaterra, el encaje empezó a hacerse a máquina en telas impalpables. La propia reina Victoria se casó con un velo de tul elaborado a máquina, y parecía que ya no había más futuro para ese delicado arte.

Sin embargo, el encaje hecho a mano sigue viviendo. Se usan los bolillos, que permiten trabajar más rápido gracias al entrelazado de los hilos. Se experimenta con sedas de colores. Se anima a las chicas pobres a aprender el oficio.

Pero habrá que esperar años para que este arte antiguo origine grandes fortunas. Es un bien escaso, tan precioso como las joyas.

Un tesoro.



Hace un calor infernal, luce un sol implacable.

Palermo se muere. Por el Cassaro pasan carretas arrastradas por animales macilentos. Transportan cadáveres. Los carreteros gritan: *Cu' avi morti?* «¿Quién tiene muertos que enterrar?» Alguien hace un gesto. Acto seguido, arrojan un cuerpo desde una ventana.

Cada día la ciudad paga su tributo de víctimas al cólera. Y, lo que no ha podido hacer la enfermedad, lo han hecho los hombres. Extendida la epidemia, estalla la revuelta popular,

instigada por quienes responsabilizan al rey de haber fomentado el contagio: el agua y la comida —gritan, acusan— han sido contaminadas adrede para diezmar la población.

Las fachadas de toba de los palacios barrocos, cerrados y atrancados, parecen calaveras calcinándose al sol. Abandonadas por los nobles, las mansiones son saqueadas en busca de comida o dinero. Tiendas y *putie* son entregadas a las llamas. La gente muere por la calle implorando un mendrugo de pan; ya no llega trigo del campo.

Las fumigaciones de cloro no detienen el contagio y llenan las calles de un humo pestilente, con el que se mezcla el hedor de las hogueras que hay en las plazas para quemar sábanas y muebles. Apenas quedan médicos en la ciudad, quienes, con algunos frailes, van de casa en casa para dar la extremaunción. O para bendecir a los muertos.

También el mar que se entrevé detrás de la puerta Felice parece irreal, casi inalcanzable. En la Cala, pocas embarcaciones. En muchas de ellas, los signos de la cuarentena.

Vincenzo camina pegado a la muralla de la via degli Argentieri. Aún no ha abandonado la ciudad, pero pronto lo hará. Aleja de una patada a un perro vagabundo que está hurgando en la basura, se tapa la cara con un pañuelo para protegerse de los miasmas que se elevan de los sumideros de las cloacas. Por doquier, un hedor a muerte del que no se puede huir.

En la entrada de la via della Zecca Regia hay un carruaje con los cristales oscurecidos, escoltado por hombres con fusil. Delante del carruaje está Giulia, tocada con un sombrero con velete. Lo está buscando, escruta la calle. Cuando lo ve llegar, se lleva las manos al pecho, corre a su encuentro.

—Ven con nosotros —le dice, sin siquiera saludarlo.

Él niega con la cabeza, asegura que aún no puede.

—La casa está cerca de Monreale, y está bien protegida. Giovanni y tus padres te seguirán esta noche. No salgas y ten el menor contacto posible con la gente que no conozcas —le ordena.

En el carruaje llora Giuseppina y gimotea Angela. Giulia aferra sus manos, presa de la angustia.

—¿Vendrás pronto?

—Sí, sí. Sed prudentes, hervid la colada y...

Ella lo besa como si no fuera a verlo más.

—No quiero irme —le dice, y le aprieta la muñeca—. Que se vayan las niñas. Yo me quedo contigo... ¿Quién te cuidará si te enfermas? —le implora.

Pero él niega otra vez con la cabeza, le dice que no quiere, que ella también tiene que estar en un sitio seguro. Prácticamente la empuja al carruaje, y Giulia sube, mientras Angelina se abraza a sus rodillas.

«Ven pronto —parecen decirle sus ojos desde el otro lado del velo—. No me dejes sola.»

Y Vincenzo tiene que apartar la mirada. No soporta verla marcharse a sabiendas de que la

enfermedad puede matarla en el plazo de un día y una noche. Esa podría ser la última vez que se ven. Los niños son víctimas demasiado fáciles para esa enfermedad.

Un día antes había metido en un carruaje parecido a su madre y a las criadas, y las había acompañado hasta la entrada de la ciudad. Las ha mandado en buque a Marsala, donde estarán seguras.

Pero él no, aún no puede marcharse. Todavía tiene que dejar bien seguros los almacenes, ocuparse de las reservas, ponerse en contacto con los proveedores franceses para que no envíen mercancías que no puedan entrar en el país, ya que la ciudad está a la deriva y no hay nadie en la Aduana.

De repente, del callejón que hay delante del palacio Steri sale un hombre llamándolo a gritos: es Francesco Di Giorgio, responsable del comercio con los pueblos de Sicilia.

—¡Don Vincenzo! ¡Por fin lo encuentro, venga! ¡Qué desgracia!

La ansiedad se torna angustia.

—¿Las reservas?

—La tintura de valeriana, la pimienta, el cardamomo y la esencia de aceite de menta... ¡Todo eso se ha acabado! Lo poco que quedaba ha sido requisado. Cuando he salido, me he encontrado con un gentío delante de la tienda que no me ha hecho ni pizca de gracia... *Todo el mundo está desesperado*. Dicen que le han prendido fuego a una farmacia del barrio dei Tribunali. En el campo están matando a los curas porque aseguran que transmiten el contagio... *¡Los hombres están haciendo barbaridades!*

—¡Maldición!

Van corriendo al herbolario. En la plaza del Garraffello han arrancado algunas fuentes; encima de otras hay pintada una «X» negra. Llega en oleadas el olor del cloruro de cal empleado como desinfectante, que se mezcla con el hedor de las letrinas.

En la via dei Materassai se topan con el gentío. Carmelo Caratozzolo, el responsable del herbolario, está delante de la puerta con los brazos levantados.

—¡Ya no nos queda nada, os lo juro! ¡Nada! ¡Los barcos no llegan, no hay abastecimiento! ¡No nos queda nada!

—¿Eso qué significa? ¿Tampoco láudano? ¿Cómo voy a poder calmar los dolores de mi mujer? Se retuerce en la cama... —Hay un hombre delante de él, le suplica con las manos juntas.

Otro, poco más que un chiquillo, se desespera:

—¿Ni siquiera un frasco de valeriana? ¡Es para mi hija, para mi *niña*!

Detrás de ellos, hombres y mujeres imprecán, suplican, presionan para entrar.

Vincenzo tiene que abrirse paso, empujarlos a codazos. El pánico que deforma los rostros de aquella gente es más maligno que el cólera: lo palpa, no puede esquivarlo; es como si tuviese los brazos y las piernas atados.

—¡No me lo creo! —grita un viejo. Agarra una piedra y la arroja contra el escaparate—. *¡Las especias las tenéis guardadas para vuestros amigos!*

Vincenzo se estremece tras ese gesto y se acerca. No pueden destruir el herbolario. Lo que él es, empieza y termina entre esos muros forrados de madera. Entró ahí a los once años, llevado por su tío, que le enseñó el cartel con el león herido y, en cierto modo, nunca ha salido. En ese momento, más que cualquier otra cosa, querría tener al lado a su tío Ignazio, escuchar su voz tranquilizadora.

—¡No! —grita, pero su voz no se sobrepone al estruendo de la multitud.

—*¡Cojámoslo todo!* —grita otro.

Vincenzo se interpone entre la multitud y Caratozzolo.

—¡Deteneos! —grita con todas sus fuerzas.

Se frenan. Todos lo miran con una mezcla de rencor y esperanza.

—Señor Florio, *por el amor de su madre* —dice el muchacho, arrojándose a sus pies—. ¡Ayúdenos! ¡Al menos usted!

Vincenzo se vuelve hacia Caratozzolo, pero este sigue meneando la cabeza. Tiene lágrimas en los ojos, porque realmente querría ayudar a esa pobre gente.

—Pongo por testigo al señor Florio. De verdad que se nos ha acabado todo. ¡Creedme!

Vincenzo les muestra las palmas de las manos.

—¡Es cierto, os lo juro! Os conozco a muchos de vosotros: tú eres Vito, que trabaja en el mercado de pescado, hijo de Biagio, el carpintero de ribera, y tienes una *niñita* de la misma edad *de mi hija* —le dice al muchacho—. Y tú eres Betuna, la mujer de Giovanni, *el lavadero*. Detrás está Pietro, *el marmolista*. Os conozco a vosotros y a vuestras familias, porque yo también vivo aquí. Y si os juro que no queda nada, debéis creerme.

—*¡Mentira! ¡Las especias las tenéis guardadas! ¡Apartaos o lo hacemos nosotros!* —grita una voz desde el fondo de la plaza.

La multitud bulle, se mueve, se altera, presiona.

Vincenzo se abre la chaqueta, se desabotona el chaleco y la camisa, en el pecho le asoman las primeras canas.

—¿Me queréis matar? Pues aquí me tenéis. Aquí estoy, no pienso moverme. Pero os digo: *aquí no queda nada, tenéis que creerme. Se ha terminado todo, no hay nada ni para mi familia.*

El marmolista reacciona con ira:

—*¡Dice eso porque van a venir sus amigos!*

Vincenzo se ríe, por cólera o por desesperación. Abre los brazos.

—*¿Qué dices? ¿Qué amigos? ¿Veis aquí carruajes? ¿Soldados? ¡No!* —Agarra a Caratozzolo de un brazo—. En el herbolario nos hemos quedado este pobre hombre y yo. Yo estoy aquí, igual que vosotros, y si me contagio me moriré como un perro, igual que vosotros. Si os digo que todo se ha

acabado, es porque se ha acabado. También las reservas del palacio Steri se han terminado. Mientras no quiten el bloqueo sanitario, no habrá nada.

Una mujer, Bettina, se le acerca y lo agarra de la manga. En el rostro, una incredulidad tan dolorosa que casi le resulta insoportable.

—Es imposible que a usted, el mayorista más importante de Palermo, ya no le quede nada. Si eso es cierto...

Vincenzo señala el herbolario.

—¿Queréis comprobarlo? *Pasad.*

En la plaza se hace el silencio. Durante unos instantes, nadie se mueve. Luego, lentamente, entre sollozos y gritos desesperados, la multitud se abre, se disemina, se dispersa.

Al cabo, solo queda el muchacho, todavía postrado en el suelo. Vincenzo se agacha, le pone una mano en la nuca, le habla al oído:

—*Vete a casa, hijo, y rézale al Señor.* Dios es el único que puede ayudar a Palermo.

Vito se echa a llorar. Y Vincenzo nota ese llanto en la piel, porque el llanto de un padre suena ahora de otra manera. Porque se imagina que es él el que está ahí postrado, arrodillado en el barro, pobre y desolado, buscando medicamentos para Angelina o Giuseppina o, peor aún, para Giulia.

Ese llanto parece seguirlo todavía cuando, al día siguiente, llega a la casa de Monreale, donde están Giulia y las niñas. Se encierra en un silencio hosco: no quiere contar lo que ha visto y oído. Sin embargo, por la noche, incapaz de hallar reposo, va al dormitorio de sus hijas, a las que encuentra dormidas, con el pelo suelto en la almohada y la boca abierta. Se sienta a su lado, las oye respirar. Están bien, están vivas.

No sabe si puede decir lo mismo de la niña de Vito.



Vincenzo Florio, comerciante y empresario de Palermo, dueño de goletas, de canteras de azufre, de bodegas y de almadrabas, miembro de la Cámara de Comercio de la ciudad, asegurador así como intermediario financiero, está en pantuflas y en mangas de camisa en la modesta cocina del entresuelo de la via della Zecca Regia.

Es el mes de octubre de 1837, y por fin la emergencia del cólera ha terminado. Ha acabado con más de veinte mil vidas de la región de Palermo.

Ellos pueden considerarse afortunados. Todos siguen vivos. Han desaparecido familias enteras.

Vincenzo ha cenado con su familia ilegítima: Giulia y sus hijas. Mañana irá a la via dei Materassai, a la casa de su madre. La vida está recuperando por fin el orden.

Las niñas ya están durmiendo, cuidadas por la niñera. Son simpáticas y bien educadas. Giulia les habla en francés, el idioma que aprendió en Milán cuando era pequeña. Les lee cuentos antes de dormir.

Sigue siendo una mujer sencilla, práctica, como cuando la conoció.

Vincenzo la observa mientras ordena la habitación, mientras añade carbón al brasero. Pone en remojo unas legumbres, luego trata de abrir un tarro pero no lo consigue. Lo llama.

—¿Me ayudas? —Señala la caja: atún en salmuera. El tarro proviene de la almadraba de la Arenella, de la que es socio con un medio francés que se ha instalado en Palermo, Augusto Merle.

Coge el tarro y abre la tapa con un cuchillo. Tras el sonido metálico, la salmuera. Por la habitación se expande un aroma que lo devuelve a su infancia.

Las imágenes se mezclan. Reconoce la cocina de la calle San Giacomo y una silueta, de espaldas, extrayendo pedazos de pescado de un cántaro lacrado.

¿Es Paolo, su padre, o es su tío Ignazio?

La figura se vuelve.

Es su padre.

Ve el bigote tupido, la barba, la mirada severa. Lo ve metiendo el pescado en agua para que suelte la sal, diciéndole a su madre que lo conservarán en aceite de oliva unas semanas.

En su cabeza suena un clic.

Aceite. Atún.

El presente lo absorbe, los recuerdos quedan de nuevo en la sombra. Giulia le da las gracias. Lo ve frotándose las manos con un limón para quitarse el mal olor.

—Podría mandarte una cocinera —le dice de repente.

Ella niega con la cabeza.

—Tu madre no pararía de decir que te hago gastar dinero. Ya tengo una criada y la niñera para Angela y Giuseppina. Y además me gusta cocinar.

Pero él insiste:

—Se me ocurre la hija del ama de llaves de mi casa. Es una buena chica, hace también las faenas pesadas. Te la mandaré.

La respuesta es un suspiro impaciente.

—A veces tengo la sensación de que soy tu esposa. Yo hablo, pero tú no me escuchas. — Vincenzo la agarra de la cintura. Ella lo abraza, supera la barrera de la barba recortada a la inglesa y lo besa poniéndose de puntillas. Le indica que lo siga—. Trae la lámpara —susurra, con la intimidad de dos amantes que se desean precisamente porque son eso y nada más.

Duermen juntos, como si fuesen marido y mujer. Sin embargo, al otro lado de esas paredes, al otro lado del patio de la via della Zecca Regia, está Palermo. Ella también es una amante

posesiva, y Vincenzo lo sabe: celosa, voluble y caprichosa, capaz de florecer o de hundirse en una noche.

Pero bajo las apariencias oculta un alma sombría. Vincenzo conoce esa oscuridad, se refleja en ella. No puede permitirse estar desprevenido, pues todo lo que le perdona su mujer no se lo consiente la ciudad. Palermo lo aceptará, y aceptará a los Florio, mientras sigan aportando dinero y bienestar. En esa época la ciudad vive en un misterioso estado de gracia: se llena de colores, de obras y de construcciones nuevas. Y Palermo necesita su dinero, el dinero de la Casa Florio.



Carlo Giachery, zapatos brillantes y chaqueta de lino, ve abstraído a Vincenzo. Sabe que está rumiando algo y que hace rato que dejó de escucharlo.

—¿Vincenzo?

—¿Eh?

—Llevo varios minutos hablándote. Me gustaría saber si es mi voz la que te distrae o si hay algo que quieres contarme.

Hace un gesto con la mano que equivale a una disculpa.

—Ambas cosas, en realidad. ¿De qué estábamos hablando?

—De que las monjas de la Badia Nuova se quejan del ruido de los telares de la hilandería de algodón. Tendrían que quejarse los frailes que están al lado, y no ellas. Quién entiende a *esas almas de cántaro*.

Vincenzo apoya la barbilla en las manos juntas.

—Sicilia es así. En cuanto intentas hacer algo diferente, siempre das con alguien que se pone a *lloriquear* y gimotear porque le molesta o porque no lo quiere, o te dice cómo tienes que hacer las cosas, o sencillamente tiene que romper los...

—Comprendo. —Carlo sonríe veladamente—. Había pensado colocar planchas de corcho para amortiguar los ruidos, pero no sé si serán útiles. Las santas mujeres se quejan también del vapor de las máquinas.

—Son telares. ¡Es vapor, agua caliente! En Inglaterra los tenían hace ya veinte años y nadie decía nada. Que recen algún rosario más y que cierren las ventanas. Y ahora cambiemos de tema... —Busca una hoja, la lee. Frunce el ceño—. Toma.

Giachery se pone los anteojos, se concentra.

—Las ventas de atún han disminuido —dice.

—En todas las almadrabas, no solo aquí en Sicilia; hay menos pedidos también de sardinas y de caballas.

—Ah. —Vincenzo le pide que continúe leyendo—. ¿Por qué crees que está pasando eso? ¿Porque dicen que causa el escorbuto?

—Sí. Los ingleses se están llevando los armadores. Pero yo sé que no pasa nada. Mi familia ha comerciado pescado en salmuera durante años, y lo ha consumido, y ninguno de nosotros ha perdido los dientes.

—Vete a saber por qué. Claro que una caída así... Todavía no es tan importante, pero podría serlo.

Vincenzo pone cara de enfado.

—La carne fresca se conserva con hielo de la Madonia. Pero *el atún* siempre se ha salado.

—Hace falta otro método... —Carlo se para a reflexionar—. Como el ahumado, pero no sé si el atún es apropiado. O bien...

Clic.

Vincenzo levanta la cabeza.

Clic.

Su padre poniendo el pescado en aceite después de haberlo desalado para que...

Clic.

Busca entre los papeles el calendario.

—La siguiente matanza... La siguiente matanza en la Arenella es dentro de diez días. Así que... Giachery lo observa. Vincenzo muestra un entusiasmo que lo rejuvenece.

—¿Por qué se descompone la carne, Carlo? —le pregunta incorporándose. No espera respuesta, sigue hablando—: Porque se la comen los gusanos. Pero si la carne está cocida se hace más resistente. ¿Y cómo la conservas más tiempo sin que se descomponga? —Se le acerca más—. Si quiero que dure seis meses o un año, digamos para un viaje oceánico, o incluso más, ¿qué hago?

Y ahí, al oído, le susurra su idea.



En mayo, con la tibieza de la primavera se calan las primeras almadrabas. La pesca es copiosa, los marineros agradecen a san Pedro y a san Francisco de Paula la abundancia.

En mayo, tarros llenos de atún en aceite, algunos de lata, otros de cristal, se encuentran a buen recaudo en la despensa de la casa de Giachery, bajo el cuidado perplejo de Carolina, la esposa de Carlo.

Están esperando que pase el tiempo necesario.

Un año.

Un año para que el experimento salga bien. Para averiguar si el atún cocido y cubierto de aceite, cerrado en un recipiente hermético, aguanta un viaje oceánico o, en cualquier caso, puede conservarse largo tiempo. No cabe duda de que Vincenzo se esmera. Porque es testarudo, y porque está convencido de que si no intenta hacer algo nuevo, nada cambiará.

Y quiere llevar las riendas de su vida.

En junio, con un sol cegador y la ropa secándose al primer soplo de siroco, Giulia coge de la mano a Vincenzo y le dice que está otra vez embarazada.



A primera hora de la mañana del 18 de diciembre de 1838 llaman a la puerta de la casa de los Florio en la via dei Materassai. Los golpes en la puerta enseguida son insistentes.

Giuseppina los oye, se levanta, detiene a la criada que había ido a abrir.

—¿Qué pasa?

Se tropieza con una sirvienta apurada que ha entrado corriendo.

—Busco a don Vincenzo —dice mientras esboza una reverencia—. Es importante. Mi señora... *le han empezado los dolores.*

Giuseppina la empuja hacia la puerta.

—¿Y a mí qué? *Lárgate con ella.*

Vincenzo aparece en ese momento. Tiene todavía los ojos abotagados de sueño; sin embargo, en cuanto ve a la criada, se pone alerta.

—¿Qué ocurre, Ninetta?

—Me envía doña Giulia. Es la hora, señor Florio.

—¡Justo hoy, Dios santo! —Se pasa la mano por el pelo—. Tengo una cita en la bodega a la que no puedo faltar, ella lo sabe. Dile que iré más tarde. Ahora mismo no puedo.

La muchacha desaparece enseguida escaleras abajo.

Giuseppina cierra la puerta con un arrebato de ira.

—¿Aquí también te manda buscar?

—Se lo he dicho yo.

—Ni que fuera tu esposa. ¿Qué es lo que quiere, más *dineros*?

Vincenzo se prepara a toda prisa, tiene la cabeza en el cuarto de la via della Zecca Regia, donde sabe que Giulia está gritando por los dolores del parto.

Se pregunta a la vez desde cuándo su madre es tan inclemente. En los últimos años ha adelgazado, se ha abandonado. El rostro, que tendría que habersele ablandado con la vejez, ahora parece recubierto de una capa de rencor contra el mundo entero.

Él también está envejeciendo: tiene el pelo entrecano, los párpados hinchados, arrugas en la cara.

Hace ya tiempo que Vincenzo arrinconó la idea de una boda de alto copete. Si a un hombre de cuarenta años ya le sería complicado casarse con un capullo de rosa, no digamos si encima tiene que mantener a tres bastardos.

Además —pero se lo dice molesto—, Giulia es mucho más que una esposa. Es una compañera, un apoyo. Ha tenido la fuerza de soportar esa parte oscura que él tiene en su interior. Giulia ocupará siempre un lugar menos importante que la Casa Florio; ella lo sabe, y pese a todo lo quiere. Ha aceptado la ambición, la ira, el desprecio social.

Ella le ha dado todo.

Menos...

No se atreve a seguir.

Una raya de luz alumbra el anillo de Ignazio. Los dedos se demoran en los pliegues de la corbata.

Antes de ir al despacho, en la iglesia de San Agustín se acerca a la Virgen del Parto. Después de mucho tiempo, reza una oración silenciosa.

Pide un milagro.

Va al herbolario y le deja una nota a Lorenzo Lugaro, el contable, luego se dirige al almacén de la calle San Giacomo para tratar de la contratación de un cargamento de zumaque con Francesco Di Giorgio.

Por último, queda con un terrateniente de viñas entre Trapani y Paceco, dispuesto a venderle las primeras cosechas de ansonica, catarratto y damaschino. Cantidades grandes y buenas vinificaciones, al menos por los comentarios que ha recabado Raffaele, que se sigue ocupando de la bodega.

—Me habían dicho que era usted un gran señor, y ahora lo confirmo. Su primo es un buen cristiano, pero usted tiene las ideas claras. Sabe lo que quiere, y por eso he querido hablar *con usted*, que es el dueño.

El hombre, alto, barbudo, tiene manos callosas pero ropa lujosa, señal de una riqueza reciente. Vincenzo le da las gracias, lo acompaña a la puerta del despacho y, entretanto, medita sobre aquellas palabras.

Porque —y este es un conflicto que arrastra desde hace tiempo— la bodega de marsala le está suscitando dudas; no termina de ponerse en marcha. Las cosas con Raffaele no van como deberían. Le falta espíritu de iniciativa, no tiene agallas. Tendrá que hablar con él lo antes posible.

Es mediodía cuando por fin se encamina hacia la via della Zecca Regia. Incluso ahora Lugaro lo sigue para contarle los rumores que circulan en la Cámara de Comercio y en la Cala.

—Los franceses y los ingleses tienen la exclusiva del transporte de muchas mercancías y nunca

cederán nada a la compañía de barcos a vapor de Nápoles. Nadie se quiere poner en su contra.

—Eso está por verse.

No tiene la cabeza para pensar en barcos. Detrás de su cara tallada en piedra, durante toda la mañana se ha imaginado a Giulia gritando de dolor, con el rostro empapado de sudor y el cuerpo desgarrado.

Confía en que un milagro, ese milagro —el único por el que era capaz de acercarse a una iglesia para pedir algo—, haya podido cumplirse.

Vincenzo cruza el portal. Lugaro, enfurruñado, lo sigue.

Se oye jaleo en las escaleras. Cuando llega al entresuelo, encuentra a Giovanni y a Tommaso en el umbral con algunos conocidos.

Las voces mueren en la garganta. Todos lo miran, y es como si aquellos ojos tuviesen un peso, como si pudiesen herir y hacer daño.

—¿Qué es? —pregunta—. ¿Giulia se encuentra bien?

Nadie responde.

Pánico.

Vincenzo abre la puerta, atraviesa las habitaciones, irrumpe en la alcoba de Giulia. Está pálida, recostada en la cama, con las niñas cuchicheando a su lado.

La madre y la comadrona recogen ropa blanca y cubos de agua rojiza.

Él se agarra al pie de la cama.

—¿Estás bien?

Antonia lo regaña:

—¿Qué hace aquí? Vaya con los otros hombres. Giulia todavía no está lista.

Pero ella se sienta.

—Estoy bien, madre. ¿Pueden salir? Tengo que hablar con Vincenzo.

La comadrona y la madre se cruzan una mirada perpleja. Aún es pronto, y una puérpera tendría que descansar. La comadrona se encoge de hombros, como diciendo: «Ella sabrá...». Recoge sus cosas y sale. Antonia vacila, luego coge unas toallas manchadas y se lleva a Angela y Giuseppina.

—Venid con la abuela, vamos a lavar estas cosas.

Lugaro cierra la puerta al salir.

Ahora están solos.

La lengua de Vincenzo no es capaz de hacer preguntas. En ese cuarto, su poder, el dinero, las especias, los barcos, el vino, el azufre, las almadrabas no le sirven de nada. La voz es un hilo.

—¿Estás bien? ¿Es...?

—Sí.

Hablan a la vez. Paran.

De repente, un gemido.

Giulia señala la cuna de mimbre.

—Mira.

Vincenzo se acerca a la cesta. Ve una cara arrugada, una boca que hace muecas raras. Se inclina sobre el cuerpecito envuelto en pañales, lo observa con una curiosidad ansiosa.

Giulia no habla. Se limita a retener ese momento, que quiere guardar siempre en su memoria.

Toca levemente al bebé, fascinado.

—¿Un niño?

Por fin, Giulia asiente.

Vincenzo se tapa la boca, ahoga un sollozo.

—Dios, gracias —dice. Lo repite tan bajo que no se le oye—: Gracias. Gracias.

Sus empresas, su vida entera, tienen ahora un propósito, como antes para su tío, incluso para su padre, que ya es un recuerdo borroso. El futuro ha dejado de ser una niebla mar adentro. Tiene brazos y piernas y una cabeza.

Querría abrazar a su hijo, pero le da miedo. A las niñas, de recién nacidas, nunca las tuvo en brazos. Instintivamente, entonces, lo coge; con una mano sujeta la cabeza, con la otra el cuerpo.

—*Mi niño* —le dice—. *Bonito, corazón.*

Es ligero. A la luz de diciembre, la piel del recién nacido parece transparente. Tiene un olor ferroso y dulce, a leche, a almidón, a lavanda.

Giulia trata de no dar importancia a la ternura que le inspira ver al padre con su hijo, pese a que no le cabe el corazón en el pecho y querría abrazarlos. Tiene que hacer un esfuerzo para hablar, es el momento de pedir. De exigir. Ahora o nunca, lo sabe.

—Te he dado un varón. Ahora reclamo mi honor. Has de reconocerlo no solamente a él, sino también a las niñas. Me lo debes.

Vincenzo observa el rostro del bebé: tiene rasgos marcados, frente alta, mandíbula fuerte. Es un Florio.

Pero los ojos son los almendrados de Giulia.

Se sienta en el borde de la cama con el niño en brazos. Le busca la mano.

—Llevarán mi apellido. Tú llevarás mi apellido. Te lo juro ante Dios.

El suspiro de Giulia denota alivio y agotamiento. Se apoya en las almohadas, sigue mirando al padre y al hijo unidos en ese abrazo que parece un prodigio.

Unas lágrimas liberadoras le resbalan por las mejillas. Por las palabras de Vincenzo y por su vida, porque ya no tendrá una vida oculta ni marcada por la vergüenza.

Ha tardado cuatro años en hacerle esa promesa. Años de soledad, de desprecio, de reproches de su familia, que de todas formas había permanecido a su lado, si bien ella prefería no saber por qué lo habían hecho.

Recuerda peleas, separaciones y paces con su hombre, los insultos de Giuseppina, los hostiles

silencios de Antonia. Todo para llegar a ese momento.

Giulia le sigue agarrando la mano.

—¿Lo llamarás Paolo, como tu padre?

«¿Mi padre? —se pregunta él—. ¿El que me concibió o el que me crio? ¿Soy quien soy gracias a quién?» Vincenzo suelta los dedos de Giulia.

—No. —Acaricia la carita de su hijo. En la mirada, melancolía—. Su nombre será Ignazio.

Ella asiente.

—Ignazio —repite.

Y el recuerdo de lo que se dicen sin palabras lo guardarán siempre en su interior. Hasta el día en que Giulia sea la que sujete la mano de Vincenzo y él tenga el valor de confesarle lo mucho que la ha amado, pese a que nunca se lo hubiera dicho.



La luz entra por las ventanas, inunda las escaleras, llega a los techos y rebota en la mesa puesta. Aviva los cristales de Murano, reposa en la porcelana de Capodimonte. La casa parece resplandecer.

Giulia, en traje de noche, espera la llegada de los invitados. Comprueba que no falta nada, que los criados están arreglados y que hay champán en abundancia. También que el mantel y las servilletas están immaculados, que la plata brilla y que la comida de las bandejas se conserva caliente. Los puros y los licores aguardan en un *étagère*.

La ocasión es importante: es la primera vez que Giulia organiza una cena: celebran la fundación de la empresa de la que Vincenzo —le parece tan raro decir «mi marido»— ha sido promotor.

Es cierto, se trata de una cena de socios, una reunión exclusivamente de hombres. Pero entre los invitados, además de los hombres de negocios más importantes de Palermo, se cuentan nobles, gente con un título tan largo como un brazo. No puede cometer fallos.

Es su parte de responsabilidad: ahora es una Florio.

Le cuesta hacerse a la idea. Para ella, «casa» será siempre el entresuelo de la via della Zecca Regia. Este es el apartamento de Vincenzo y de su madre, en el que ella ha entrado como esposa en enero de 1840, más de un año después del nacimiento de Ignazio.

Antes, Vincenzo había reconocido a Ignazio, Angelina y Giuseppina como hijos; pocas semanas después, el 15 de enero de 1840, se casó con Giulia ante el funcionario del estado civil. Fueron a la iglesia ese mismo día, al atardecer, como era costumbre en las bodas reparadoras.

Aparte de los familiares y los testigos —empleados de la Casa Florio—, nadie más participó

en la ceremonia que celebró el cura de Santa Maria della Pietà en la Kalsa, el mismo que había bautizado a sus hijos.

El hombre, ya viejo y achacoso, lanzó un suspiro de alivio cuando Vincenzo firmó el acta matrimonial. E incluso murmuró un: «*¿Hacia falta?*», cargado de significado.

Eso hizo sonreír a Giulia. Claro que hacía falta un hijo para que ella se convirtiera en doña Giulia Florio.

Juguetea con la pulsera de perlas y diamantes. Le cuesta dominar los nervios.

Al cabo, va a los cuartos de sus hijos. Les echa un vistazo. Ignazio está dormido, también Giuseppina. En cambio, Angelina está al lado de la niñera francesa, mademoiselle Brigitte, que le está leyendo un cuento. Le lanza un beso al aire y cierra la puerta sin hacer ruido. También ese aspecto de su vida ha cambiado. Ya no es ella la que se ocupa de dormir a sus hijos.

La gobernanta se le acerca a hurtadillas, le da un susto.

—Perdóneme. No quería asustarla —se disculpa.

—No, no se preocupe. Dígame.

La gobernanta se llama Luisa, es una mujer de mediana edad que antes estaba en la casa de una familia noble napolitana.

—Su suegra, señora... —dice con tono vacilante—. Es un problema, dice que se encuentra mal y que no piensa recibir a los invitados. Además, dice que no digiere la cena que usted ha encargado.

Giulia se frota la frente.

—Hablaré con ella.

Como era de esperar, doña Giuseppina no puede dejarla en paz, y menos esa noche.

Giulia llega a la escalera interior que separa la zona que ocupa Giuseppina de aquella en la que vive el resto de la familia. Poco antes de la boda, en un intento de hacer más llevadera la convivencia entre su madre y su esposa, Vincenzo había dividido el piso en dos partes, de manera que las dos mujeres no tuvieran que enfrentarse por la supremacía en la organización de la casa.

No ha servido de mucho.

Giulia la encuentra sentada al buró. Está en ropa de andar por casa: una cofia de encaje y un traje gris, liso, de algodón.

—Doña Giuseppina... —dice inclinándose. Nunca se podrá decir que le ha faltado el respeto—. Doña Luisa me ha dicho que no se encuentra usted bien.

—En efecto. Respiro mal, no me atrevo a bajar. Además, ya estás tú, ¿no? —Le mira el traje con minuciosa crueldad. Se demora en el escote—. Tanto encaje... tiene que haber costado una fortuna. Y qué tremendo escote. Demasiado elegante. Parece un traje para el teatro.

—Mi marido me ha sugerido que me lo ponga.

Giuseppina pone cara de enfado.

—Típico de los hombres. Esas son las cosas que les encantan. —«Y que tú le has dado siempre», parece decir su expresión—. De todos modos...

Giulia se aclara la voz. Trata de omitir la ofensa. Para su suegra, la intrusa es ella, y le toca aguantar. Dios mío, cuánto detesta a esa mujer.

—¿No quiere bajar? A lo mejor, solo para recibir a los invitados, y luego puede retirarse. Vienen los príncipes Trigona y los de Trabia, el barón Chiaramonte Bordonaro. Ingham y el señor Giachery. Si no se deja ver, su hijo podría tomárselo a mal. —Se le acerca, su gesto es ahora sumiso. Pero la procesión va por dentro—. Usted sabe cuánto ha trabajado Vincenzo para firmar este acuerdo, lo mucho que se ha esforzado para convencer a sus socios de comprar un buque a vapor. Anímese, haga este sacrificio por su hijo. —Le señala el armario—. Si la ayudo, podría cambiarse en pocos minutos...

—Déjalo, no insistas. No me apetece. Mejor tráeme una taza de caldo de pollo. —Su tono frío suena a una olla rajándose—. Y tú, ¿ya estás lista, o tienes todavía que peinarte? ¿Lo has hecho todo como es debido? Porque no es fácil organizar una fiesta así si no se tiene experiencia.

Giulia, que instintivamente se había tocado el moño, la mira con resentimiento.

—No me parece que usted haya organizado muchas fiestas o cenas para su hijo.

—Algunas sí, desde luego, más que tú. No es fácil ser una Florio, yo lo sé. —Se mira los dedos marcados por los años—. Es gente exigente. No miran directamente a nada ni a nadie; si quieren algo, lo consiguen. No aceptan un fracaso.

Giulia no sabe cómo replicar, agacha la cabeza. Se odia cuando no se le ocurre una buena respuesta. «No fracasaré. No avergonzaré a mi marido. Haré que se sienta orgulloso», se dice. Pero es un pensamiento tenue, un hilo de humo de la conciencia.

—¿Has hecho la aleta rellena? —Giuseppina habla con dureza—. Habrás sacado la plata. La que Vincenzo trajo de Inglaterra...

—Sí. También hay confituras y salsas frías para el asado. Y atún con guarnición a la trapanesa.

Giuseppina se vuelve en la silla, se quita la cofia del pelo.

—¿Y el vino francés? Nunca he entendido la manía que tenéis con las cosas extranjeras. En fin... los del norte tenéis estas modas. No me meto en eso ni me quiero meter. —Mechones grises le caen sobre los hombros—. Ve a ver si todo está bien: los *criados* se desentienden de todo cuando nadie los vigila. Y díles que me traigan un caldo; luego manda subir a la criada, tiene que ayudarme para la noche.

Cuando Giulia va a la otra planta, está con las mejillas coloradas. Le tiemblan las manos.

Para a una criada, le dice que lleve un caldo al piso de arriba. «Que esa mujer se las arregle sola», se dice, y tiembla por la humillación. Giuseppina ha elegido no ir, y el motivo es evidente: no quiere que cualquier fallo se le impute a ella.

Abre una ventana, busca consuelo en el aire fresco. Es un julio caluroso, con mucha humedad.

Ya está menos tensa. Se mira al espejo: traje de seda azul, collar de perlas. Sobre el escote, un chal: un velo de encaje francés que Vincenzo le ha comprado en Marsella, donde estuvo con Augusto Merle hace un tiempo. Un regalo digno de una princesa.

Sin embargo, eso no es suficiente. Después de tres embarazos, su cuerpo ya no es el de antes. Pero tiene un buen porte, es agraciada. «¿Y si ya no le valgo a Vincenzo? —se pregunta—. ¿Si doña Giuseppina tiene razón y lo dejo mal?»

Porque es verdad: ser esposa de Vincenzo no es fácil. De golpe se ha visto viviendo con un hombre que tiene una vida pública intensa, que habla de tú a tú con los hombres más importantes del reino. Y ella, que ha permanecido siempre en la sombra, tiene miedo de fallar.

En la calle, ruido de carruajes en el adoquinado, de portezuelas que se abren, de voces masculinas. Ya no queda tiempo para los nervios.



Ben Ingham sube las escaleras con Vincenzo. Ambos están acalorados, pero la satisfacción se les nota en el rostro.

—Este es un día histórico, mi querido amigo. ¡Por fin el progreso ha llegado también a Sicilia! Ha tardado unos años, pero...

Giulia está en la puerta.

—Bienvenidos. Espero que les haya ido bien en su reunión.

A Ingham no le asombra esa franqueza, tan insólita en una mujer.

—Todo firmado y suscrito. Las cuotas ya se han pagado. La compañía siciliana de buques a vapor es una realidad. —Está eufórico, la saluda con un besamanos—. Querida, está usted espléndida.

Detrás de él, una mujer escultural, el pelo largo y negro con mechas grises y un collar de diamantes: Alessandra Spadafora, duquesa de Santa Rosalia, a la que Giulia había conocido en el teatro Carolino hacía muchos años. Está casada con Ingham desde 1837, con lo que es ya un aristócrata de pleno derecho.

La duquesa saluda con una sonrisa nada afectada. Con Vincenzo es cordial; con Giulia, amable. Han compartido el estatus de amantes, lo que crea entre ellas un leve vínculo. Pero nada más las une: Giulia será siempre la hija de un comerciante, mientras que la duquesa ha nacido noble. Su primer marido, con el que tuvo dos hijos antes de enviudar y de pasar apuros económicos, pertenecía a la nobleza rural de la isla.

Giulia da las gracias. Vincenzo se le acerca.

—¿Dónde está mi madre? —le pregunta rápido—. Tendría que estar aquí.

—Se ha recluido en su cuarto. Dice que no tiene ganas de bajar; ha querido solo una taza de caldo. —Ambos siguen sonriendo, recibiendo invitados que llegan directamente del despacho del notario Caldara, donde han firmado el documento de constitución de la nueva compañía.

—¿Has tratado de convencerla?

Giulia responde enarcando las cejas.

Más pasos, más bullicio.

—Florio, esta casa es realmente bonita. Me habría gustado venir antes, caramba. —Gabriele Chiamonte Bordonaro entra, y enseguida se fija en un mueble de ébano tallado—. ¡Soberbio! Es chino, ¿verdad? ¿Es antiguo?

—Es de Ceilán. ¿Me permite que le presente a mi esposa, barón?

Chiamonte Bordonaro se vuelve. No había reparado en Giulia.

—Ah. Buenas noches, señora Florio. —Luego se aleja hacia el salón.

Giulia y Vincenzo permanecen delante de la puerta esperando a los últimos invitados.

—¿Ese es un barón? —pregunta ella, perpleja.

—Se ha comprado el feudo con el título incluido. Antes era el administrador de esos mismos terrenos y *se enriqueció* prestando dinero. —Vincenzo se pone la mano en la boca y tose—. Si la gente dice de mí que soy un *canalla*, ya puedes imaginarte lo que dicen de él. Eso sí, tiene escudo en su puerta, así que...

La llegada de más invitados le impide seguir.

Giulia tiene un sobresalto.

—Señor Florio... Y usted debe de ser doña Giulia. —Una reverencia, un besamanos. Giuseppe Lanza di Trabia, seguido por Romualdo Trigona, príncipe de Sant'Elia.

Las esposas, un paso detrás de ellos, saludan con un educado gesto de la cabeza. Vincenzo les hace el besamanos, presenta a Giulia.

—Doña Giulia, gracias de nuevo por la invitación. Esta es una ocasión extraordinaria.

Lanza di Trabia, príncipe culto y de miras abiertas, dueño de una de las mansiones más elegantes de Palermo, da la impresión de que evalúa de un solo vistazo el prestigio del lugar donde se encuentra. Pero no podría ser de otra manera. Su esposa es una Branciforte. Nobleza antigua, una de las fundadoras de la ciudad. Giulia se siente observada por él, trata de corresponderle con una sonrisa, para que rebaje la severidad de su juicio.

Stefania Branciforte es una dama con un traje color amaranto. Ya tiene una edad, y luce joyas antiguas, que probablemente pertenecen a su familia desde hace generaciones. Tiene la vista en el suelo y las manos cruzadas sobre el vientre. Camina nerviosa, como si temiese rozar las paredes o los muebles, y de nada valen las miradas de reproche que le lanza su marido.

De repente, Giulia se siente pobre, insignificante. El encaje de su chal parece haber perdido todo valor; su traje, todo toque de elegancia. Se vuelve instintivamente hacia la esposa del

príncipe Trigona, Laura Naselli. Es más joven que la princesa de Trabia, y lleva unas trenzas preciosas. La aversión que nota en sus ojos es la misma.

La miran sin verla, como si fuese transparente.

«Aquí tenemos a la amante que se ha convertido en su esposa —dicen sin hablar—. La burguesa que se ha abierto de piernas para hacerse rica... pero siempre será una burguesa.»

Se inclina, como manda la etiqueta: ellas son princesas, y Giulia, la hija de un don nadie de pasado no precisamente irreprochable. Las dos mujeres tuercen la mirada y agradecen con un gesto el saludo que les es debido, luego entran en el salón mirando de un lado a otro.

—Se dan ínfulas de elegancia, ¿no cree? Ropa, decoración... —dice la princesa Laura.

La otra dama agita la mano y abre el abanico.

—Ínfulas, ya lo creo.

A Giulia le cuesta respirar. Se le inflama el rostro y le chorrea sudor entre los senos. ¿Así que todo lo que ha hecho no ha valido de nada?, se pregunta. Sin duda, no es suficiente, ahora lo sabe, como no será suficiente todo el dinero de Vincenzo para que esa gente los acepte.

Se acerca a su marido. Se traga la ira y la humillación.

Trigona, por su parte, la saluda con un cortés:

—*Enchanté, madame.* —Luego contempla con indolencia el techo—. Posee una mansión extraordinaria desde muchos puntos de vista, señor Florio. —Cruza una mirada con el príncipe de Trabia, que reprime una sonrisita—. Los tiempos cambian, amigo mío. Los tiempos y las personas.

Vincenzo les señala a los invitados.

—En el salón están ya los otros socios. Pasen.

Las esposas están pegadas a sus maridos, les hablan sin parar. No les dan siquiera la posibilidad de abrir la boca.

Vincenzo lo ha visto y oído todo.

Solo Giulia ha notado que su espalda de repente se ha puesto tensa.

Él también ha comprendido.



Bajo el techo decorado del salón brillan los candelabros. Hay porcelanas de Capodimonte repartidas por el mantel de lino y de encaje de Flandes. Las copas de cristal de Murano esperan los vinos franceses conservados frescos en bacías de plata.

Giulia sigue a Vincenzo, se detiene a departir con otros invitados, y de pronto la asalta un temor. ¿Y si se equivoca en algo? ¿Sabrá pautar el ritmo entre plato y plato? Vacila, le pide con la mirada ayuda a su marido, pero él está concentrado en su charla con Ingham.

En cuanto piensa en la arrogancia de aquellas damas, reacciona. Endereza los hombros, mira a los criados. Uno de ellos le aparta la silla, se sienta. Vincenzo, en el extremo opuesto de la mesa, la imita. Es la señal para que la cena empiece.

Los comensales ocupan sus asientos. Con un gesto, Giulia invita a los domésticos a presentar los platos a los invitados, para que cada cual pueda elegir. Los entrantes, carne en gelatina y sopas, luego los primeros y los segundos, así de carne como de pescado.

Un camarero sirve vino; otro, agua de una jarra de cristal. Los criados se acercan a los invitados. Una tras otra van apareciendo las bandejas de plata con fuentes de aleta rellena, de atún con guarnición a la trapanesa, de patatas, de verduras y de cordero.

La princesa de Trabia se demora en Giulia sin soltar el tenedor, con un pedazo de cordero. Parece asombrada, o puede que irritada. Alessandra Spadafora, en cambio, la ha mirado a los ojos y, con un gesto furtivo, ha levantado su copa.

Giulia le ha mostrado su agradecimiento con una sonrisa tapada por la servilleta.

De pie junto a la puerta del salón, la gobernanta sigue con mirada atenta el desfile de camareros. En la cocina, dos galopines, con los brazos metidos en las tinajas, lavan platos y cubiertos para que los comensales vuelvan a tener vajilla limpia.

Giulia está tensa, apenas prueba bocado. Apenas bebe un sorbo de agua. Eso sí, lo que ha probado está en su punto y a la temperatura justa. Todo se ha preparado con los mejores ingredientes.

Está tan nerviosa que no repara en las miradas fugaces de su marido, sentado enfrente de ella al otro extremo de la mesa.

Se permite respirar solo cuando llega la bandeja con fruta natural y confitada, y los helados. Nadie ha comentado nada, y, sobre todo, todos han comido con apetito, incluidas las dos nobles, que han estado muy estiradas en la silla toda la cena.

Giulia ordena entonces que se sirvan los licores y los puros, a la manera inglesa, y cuando se dispone a retirarse con las mujeres al salón contiguo, nota un movimiento entre las señoras. Todo ocurre rápidamente: la gobernanta se le acerca, murmura algo; ella se levanta, se aproxima a Vincenzo, le susurra unas palabras; él le aprieta la muñeca; ella asiente y se aparta, cerrando la puerta del salón.

Desde lejos, sin moverse, observa la escena: las dos princesas se están preparando para marcharse. Lamentan sentirse cansadas, pero es que también la cena ha sido larga y pesada. Cuando lleguen a casa, los cocheros regresarán para recoger a sus consortes.

Pero Giulia no da en ningún momento crédito a esa comedia. Ambas han acompañado a sus maridos porque se trataba de negocios, de *dineros*. Pero ahora tendrían que estar un rato *con ella*. Y la simple idea las horroriza.

«Por supuesto, huid —se dice—. Y ponedme verde. Nada va a impedir que Vincenzo esté

orgulloso de mí. Quien haya venido esta noche solo podrá decir que los Florio tienen una mesa digna de príncipes y reyes.»

Alessandra Spadafora la agarra de un brazo.

—Yo también me voy, querida. Se ha hecho muy tarde y ya no tengo la energía de hace veinte años, cuando podía pasar toda la noche de fiesta. De todos modos, la felicito vivamente por esta velada. —Se le acerca más—. Vendrá a visitarme, ¿verdad? Además, somos vecinas y tenemos mucho en común.

Giulia pone su mano en la de ella.

—Iré encantada —dice, y es sincera.

La princesa de Trabia se despide inclinando la cabeza, en un gesto regio. La esposa de Trigona, en cambio, le estrecha la mano.

—Una velada muy agradable —musita, como si no fuese capaz de decir en voz alta ese cumplido.

A Giulia le brillan los ojos. Siente que ha aprobado un examen y, lo que es más importante, que no ha decepcionado a su marido. Ha cumplido su papel. Ahora, con alivio, puede retirarse a su dormitorio y dejar a los hombres con sus charlas y sus licores.



Cuando las mujeres acababan de marcharse, llegan el notario Caldara y Carlo Giachery.

—¿Me he perdido algo? —le pregunta Giachery a Vincenzo, que lo recibe en la puerta.

—¿Aparte de la cena, quieres decir? Nada importante: solo las parrafadas de Chiaramonte Bordonaro. Somete a dura prueba la paciencia del príncipe de Trabia y su noble frialdad hablándole de su colección de antigüedades. —Vincenzo lo acompaña hasta la mesa de licores y pide brandy.

—No hay manera, es superior a sus fuerzas. —Carlo tiene una copa de madeira—. Lo siento por el barón Riso. Habría sido interesante tenerlo como socio.

—Creo que ese viejo filibustero está contando todos los pecados que ha cometido para poder rendir cuentas minuciosamente ante el Creador. Dicen que está más al otro lado que a este.

Ingham se acerca y le señala a un criado la botella de oporto, que enseguida le sirve una copa.

—Pobrecillo. No consigo imaginármelo consumiéndose en una cama. Será por las maldiciones que le mandaron los turcos cuando era corsario. Si tuviese diez años menos se habría puesto al mando del buque, no obstante la baronía que se ha comprado. Le pediré al pastor que rece por él.

—No es un buque, es un piróscafo. El *Palermo*.

—¿De qué hablan? ¿Del vapor? —Gabriele Chiaramonte Bordonaro se entromete, cambia de

tema. Coge una botella de marsala y se sirve una copa—. El problema, como le decía ahora mismo al ilustrísimo príncipe de Trabia, es que no sabemos cómo repararlo, en el caso de que se repare. Se lo digo menos como socio que como tesorero. ¿Dispone usted, Ingham, de mecánicos ingleses familiarizados con estos motores? ¿Se los envían con el piróscafo? Porque aquí solo van a encontrar carpinteros de ribera.

—Por supuesto que sí. —Ingham no se altera—. Vendrán y enseñarán a la gente de aquí a reparar los motores, y también a fabricarlos. Si las cosas no se hacen y tampoco se corren riesgos, en Sicilia nunca cambiará nada. Además, si ni el señor Florio ni yo estamos preocupados, ¿por qué debería estarlo usted?

—Los comerciantes somos los más interesados en este asunto. No tenemos las espaldas cubiertas por un nombre o por una familia importante. —Chiaramonte toma un trago de licor.

Vincenzo, cabizbajo, mirando su copa, asiente.

El príncipe Trigona se acerca en ese momento.

—Venga, Chiaramonte. No sea injusto. —Su tono es ligero, pero tiene cara de enfado—. Si nosotros nos estamos comprometiendo en esto es porque sabemos que el futuro no espera. Las tradiciones están bien, está bien ser prudentes, pero hemos de aprender a mirar al presente.

—Y al futuro. —Vincenzo levanta su copa—. Brindemos, caballeros. ¡Por nuestra empresa!

Las copas tintinean, los hombres se estrechan la mano.

Las palabras las retiene la memoria de Vincenzo antes de caer en el vacío de la conciencia. «Motores. Taller. Mecánicos.»

Esa semilla enraizará.



Al cabo, cuando las voces bajan y los invitados empiezan a notar el cansancio, llegan a la mesa unas botellas oscuras, algunas de ellas con una capa de polvo. Vincenzo, con orgullo, coge una y la descorcha. Es marsala de sus bodegas. Una reserva especial que ha guardado expresamente para una ocasión como esta, cuenta. Los invitados se acercan para catar. Llenan las copitas con forma de tulipán.

El vino está rico: tiene un sabor dulce y rotundo, pero no empalagoso. Se nota el aroma del mar, de la miel y de la uva fermentada. Y también tiene una nota áspera que le da la salinidad.

Ben Ingham, con un puro entre los labios, espera a que algunos de los invitados se hayan alejado para hablar.

—¿Puedo decirte algo con toda franqueza?

Vincenzo entorna los párpados. No es propio de Ingham pedir permiso para hablar. Tampoco le

conocía esa mirada de complicidad. Con un gesto le dice que continúe.

—Cuando supe que ibas a casarte con Giulia, me sorprendí. Quiero decir, ha sido durante tanto tiempo...

—¿Lo mismo que ha sido para ti la duquesa Spadafora?

Ingham ríe.

—*Touché*. De todos modos, a diferencia de la duquesa, tu señora no tiene mucha experiencia de vida social. Estarás de acuerdo.

—Estoy de acuerdo —responde inexpresivo, seco.

Ben inclina la cabeza. En el rostro severo, marcado por los años, surge una sonrisa indulgente.

—Creo que has hecho la mejor elección. Recuerdo tu inquietud, tu necesidad de encontrar una mujer con título... cuando tenías a tu lado un tesoro. Esa mujer es una perla, Vincenzo.

Él asiente, mirando fijamente el marsala que está bebiendo.

La elección obligada ha resultado ser la mejor.

—Ah, y otra cosa. —El inglés ríe con fuerza, lo que también es nuevo en él, siempre tan controlado. Será por el alcohol, o será la euforia por el acuerdo recién firmado—. Verás, cuando empezaste la construcción de la bodega en Marsala, pensé que nunca podrías superar mi producción o la de Woodhouse. —Él también toma un sorbo. Ríe de nuevo—. Me equivoqué también en eso. Pongo a Dios por testigo, tú eres mi mayor error de valoración.

Vincenzo se acerca más a su amigo y le responde en voz baja.

—Cuando empezamos, tú, mi tío, yo... aquí no había nada. Ni una fábrica, ni una empresa, ni una aseguradora. No encontramos obstáculos ni competidores, y cuanto hacíamos parecía una locura. —Señala el salón lleno de gente—. Y ahora...

—Ahora todo ha cambiado.

—Algo. No todo.

Ingham también mira a los hombres del salón: nobles de las familias más antiguas de Sicilia y nobles que han comprado tierras y títulos en subastas judiciales.

—Lo viejo y lo nuevo —dice casi para sí—. Hay algo que nunca te he contado. Hace años, cuando compré el feudo de Scala, me dijeron que podía tener el título de barón. ¡Yo, un barón! —Se ríe, pero el tono es amargo, áspero—. Tu tío Ignazio todavía vivía. Un día me encontré con él y me llamó por el título. Y yo le dije que si yo era un barón, él era entonces un príncipe, pues sin duda él era más noble que yo en comportamiento.

—Mi tío era un señor. —Una profunda añoranza.

—Mucho más que algunos de los que están en ese salón. —El tono se suaviza, pero solo un instante—. Por lo que a mí respecta, no me olvido de cómo llegué aquí. Era un jovencuelo que iba detrás de las tropas inglesas, enviado aquí por una familia que comerciaba con paños y que lo había perdido todo en un naufragio. Aposté por esta tierra y permanecí incluso cuando mis

compatriotas se marcharon. En ciertos momentos solo me sostenía la idea de que al día siguiente volvería a trabajar. Puedo dar gracias a Dios por eso, y por seguir vivo... De hecho, le doy gracias cada noche antes de apoyar la cabeza en la almohada. Conozco estos lugares y a vuestra gente, he aprendido a quererlos y a despreciarlos en igual medida. No necesito un feudo para ser Ben Ingham, que navega hasta América e invierte en los ferrocarriles del nuevo mundo.

Vincenzo no responde. Porque sabe que no es el dinero ni el poder: es algo más sutil, es retroceder un paso, es agachar la cabeza en señal de deferencia.

Cree, pero no dice, que son ideas de las que esta gente no se puede liberar. No es suficiente la riqueza, tampoco la experiencia.

No es suficiente si no tienes un título.

Un palacio.

La sangre.



—Esto. Esto es perfecto.

Carlo Giachery observa a Vincenzo inclinado sobre el proyecto de la villa que le está haciendo. Luminosa, diferente, con mucho jardín.

El arquitecto respira aliviado. No es fácil complacer al ilustre señor Florio. Prende un puro y le ofrece otro, que Vincenzo no acepta. Luego, con calma, se sienta en un sillón, en la esquina de la mesa de trabajo.

—¿Te gusta, pues?

Vincenzo se sienta delante de él.

—Bastante. Pero no he venido a hablar del proyecto.

Giachery estira las piernas.

—Se trata de la almadraba de Favignana, ¿verdad? El año pasado, cuando se la alquilaste a los Pallavicini de Génova, me pregunté si no estabas abarcando demasiado. Quiero decir, ya tenías la Arenella, Sant’Elia y Solanto...

—En Favignana y Formica se pesca más que en esos tres sitios juntos. Por eso los he elegido.

—Se miran. Vincenzo asiente—: He encargado aceite de oliva y toneles. Ya están de camino hacia las Egades. Me dispongo a ir. Y quiero que me acompañes.



Al día siguiente ya están viajando por mar. Nadie sabe adónde van. Bordean el golfo de Castellammare, dejan atrás el cabo San Vito. Las Egades aparecen entonces en el horizonte.

A su llegada, un montón de pescadores está pendiente del piróscafo con el casco de metal que ha invadido el puerto. Tienen rostros oscuros de sol y de sal, y es como si la ropa la tuvieran adherida a la piel. Muy cerca, unas mujeres seguidas por niños semidesnudos y descalzos. La isla es árida, las casas son poco más que tugurios. Ahí la pobreza tiene rostro y cuerpo.

Un hombre se adelanta: su cuerpo parece un tronco de roble, el pelo rizado es una barba que se prolonga hasta la mitad del pecho.

—*Soy Vito Cordova, el rais. —Inclina la cabeza—. Que Dios lo bendiga.*

Vincenzo lo observa. Le tiende la mano.

—Don Vincenzo Florio. Soy el nuevo arrendatario de la almadraba.

—*¿Usted?*

—*Yo.*

El pescador aprieta sus ojos pequeños, cercados de venas y arrugas. Se limpia las manos callosas, llenas de cicatrices, en los pantalones y estrecha la mano de Vincenzo, inseguro.

—*Vaya, los de Génova no han venido nunca. ¿Usted de dónde es?*

—Soy palermitano. Los Pallavicini me han alquilado la almadraba nueve años.

En el rostro fibroso de Cordova se nota la sorpresa. Los dueños genoveses han enviado siempre a sus administradores, ellos nunca han ido.

—*¿Y qué quiere ver? ¿El pabellón? ¿Las barcas?*

—*Ah. ¿Usted qué dice?*

Cordova señala los edificios y echa a andar, unos pasos por delante de Vincenzo y Carlo. Detrás de ellos, como en una procesión, va todo el pueblo. Los pasos levantan arena y polvo, y las rachas de viento agitan nubes de posidonias secas.

La almadraba surge en el punto más resguardado de la bahía. Tejados de cañizo, paredes rajadas y montones de cuerdas al sol demuestran abandono.

Vincenzo aprieta los labios, le habla en voz baja a Carlo.

—Pallavicini pide más de tres mil onzas de alquiler por una de las almadrabas más productivas de Sicilia... y fijate cómo la tiene.

—*Todo le da igual. —Lo dice un anciano que está apoyado en una banqueta que hay junto a la puerta del edificio—. A ese solo le interesa cobrar.*

Se cruzan una mirada. Resignada y amarga la del anciano; curiosa la de Vincenzo.

Seguido por Carlo, entra en el recinto. Todo es arena y polvo: la toba se desmorona y los ladrillos están carcomidos por la sal. El olor a mar y a algas los envuelve junto con el más penetrante de la sal seca. En el patio hay perros y están las gradas de las barcas; unos niños corretean alrededor de ellos y enseguida se esconden detrás de sus madres.

En cuanto cruzan la barrera del patio, los acomete una peste insoportable que a Vincenzo le recuerda la que había en Palermo en los días del cólera.

—¿Qué es esto, un cementerio?

—*Na' specie. Dda' sutta c'è un bosco, ci sunnu l'armali morti, accussì jeccanu u sangu* — explica Cordova—. *Ca dianzi ci stanno i muciaru, i varche, va'.*

—*U' sacciu soccu sunnu i muciaru. Me patri e me zio marinara eranu. E dduoco soccu c'è?*

Carlo los mira, perplejo.

—¿De qué habláis?

—Me está explicando por qué huele tan mal: en aquella zona, que llaman *bosco*, dejan que los atunes se desangren y que las osamentas se descompongan, mientras que aquí delante están los botes de pesca, los *muciaru*...

Sale de repente un hombre del edificio. Lleva un traje raído, un sombrero de paja le cubre la frente sonrojada.

—¿Qué hacéis aquí? ¡Largo!

El pequeño gentío retrocede pero no se dispersa. El hombre los espanta, se detiene delante de Cordova, se dirige a él con brusquedad.

—Don Vito, ¿por qué no me ha llamado? Yo habría recibido a nuestro invitado.

La mirada del pescador se ensombrece.

—*Ha llegado sin avisar. Se ha presentado así.*

Vincenzo se vuelve despacio. Carlo conoce esa expresión y se cruza de brazos, esperando.

—Es cierto, nadie estaba al tanto de mi llegada. ¿Y usted quién es?

—Saro Hernandez, para servirle. Soy el contable. Usted debe de ser el señor Florio. Mis respetos. —Hernandez se inclina con deferencia—. Pero ¿ha venido así? Quiero decir... ¿sin nadie, aparte de con su secretario?

—¿Por qué, hay algún problema? De todos modos, él no es mi secretario. Es el señor Carlo Giachery, y es arquitecto.

Hernandez está desconcertado.

—No... La verdad es que no me esperaba que nos visitara tan pronto. Nos habían dicho que... Lo esperaba para dentro de unos días, eso es. Y además creía que no vendría solo.

—El caso es que ya estoy aquí. Acompañeme, tenemos que hablar.

El despacho es un cuarto al que le entra sol por todos lados y que está al abrigo del olor nauseabundo de la planta. Hernandez enseña los libros.

—De modo que hasta ahora, para esta *mattanza*, hemos pescado tres mil atunes —comenta Vincenzo—. Estamos en mayo, la almadraba se caló hace poco al mar, así que habrá más...

—Sí, esperamos muchos más. Se han avistado bancos que...

Vincenzo no lo deja terminar; se vuelve, le da la espalda, mira ahora al *rais* que se ha quedado

en la puerta:

—¿Qué cree usted, maestro Cordova?

Cordova asiente.

—Al menos *otro tanto*. Y también muchas sardinas.

El contable se acalora, coge unos recibos.

—Tenemos también la sal de nuestro socio D'Alì. Sal de las salinas de Trapani, ya sabe, de excelente calidad...

—No me interesa —dice Vincenzo con sequedad—. A partir de ahora cambiamos de sistema.

—Se acerca al *rais*. Son casi de la misma estatura, puede que tengan la misma edad, aunque el pescador aparente muchos más años—. *Canciamu sunata*.

Saro Hernandez estrecha las hojas entre las manos.

—¿Cambiamos de música? ¿Qué quiere decir? No entiendo.

—Que no tendremos solamente atún en salmuera —explica Vincenzo, sin mirarlo—. Usted sabe que se cree que es causa del escorbuto, ¿verdad? Y por eso queda mucha producción sin vender, porque las compañías navieras y los marineros ya no se fían. Por eso vamos a hacer algo nuevo.

—Mira directamente a los ojos de ónix del *rais* y por fin percibe una chispa de asombro—. Ahora mismo, del piróscafo que me ha traído aquí están desembarcando un montón de *cafisi*[5] de aceite. El atún será partido y hervido, y luego se conservará en aceite dentro de bidones herméticos.

—Pero... ¡se pudrirá! Y si no se pudre, de todos modos habrá que consumirlo en poco tiempo.

—De eso nada. Hace años que empecé a probar este método de conservación con el atún de la Arenella y de San Nicola l'Arena, con la colaboración del señor Giachery. —Ernandez farfulla alguna objeción, pero Vincenzo lo detiene con la mirada—. Llevamos tres años aplicando la idea. Funciona a la perfección. Modificaremos el *pabellón*, creando una zona con varias calderas para la cocción del pescado y el alojamiento de los trabajadores temporales. Emplearemos a las familias, no solo a los trabajadores.

—¡Pero nadie lo ha hecho nunca! —Una última protesta—. ¡Aquí no hay gente capaz de hacer lo que usted se propone! Todos son unos pobres diablos.

—De acuerdo. Empezaremos nosotros y ellos aprenderán. Todas las familias. Juntas. —Vincenzo se vuelve, mira al *rais*—. Y no solamente eso: haremos lo mismo que se hacía antes. *La grasa del atún para hacer aceite para lámparas, y las espigas secas para suelo*.

Finalmente, en los labios agrietados del marinero aparece la sombra de una sonrisa.

—¿Familias?

—Sí. Para que trabajen todos.



Gaviotas, viento, calor.

Cuando el carruaje se detiene, Vincenzo oye el rumor del mar de la Arenella. Su almadraba. Un recuerdo atávico, la llamada de algo que le pertenece de una forma misteriosa.

Giulia está a su lado, impaciente.

—¿Hemos llegado?

Le tiende la mano para ayudarla a bajar. Detrás de ellos, en otro carruaje con sus hijos, Giuseppina, que ya tiene sesenta y cinco años, y la niñera.

Vincenzo se vuelve. Deja que el aire marino le llene los pulmones y el alma de satisfacción. Delante de él, la villa que Giachery ha proyectado al lado de la almadraba de la Arenella, un lugar que le ha arrebatado el corazón.

«Te he querido tanto —piensa—. Te he querido desde el principio.»

Fachada color terracota. Un portón de madera que se abre ante sus ojos, y ahí está Carlo Giachery esperándolo. Le tiende unas llaves.

—Bienvenido a casa.

Entra, seguido por Giulia y los niños.

El centro de la almadraba se ha convertido en un patio con una pérgola y árboles. Unas plantas en macetas alegran el gris del suelo. La estructura baja ha sido realizada y convertida en habitaciones, con ventanales y una terraza que da a la grada para las barcas.

Y, hacia el mar, una torre cuadrada.

Parece forrada de encaje.

Cuatro vértices, cuatro pilares, cuatro «picos». Líneas góticas dignas de un castillo inglés, ajimeces que miran al cielo. Incrustaciones de toba, un encaje de líneas sinuosas tallado en la piedra.

Vincenzo nota vibrar a Giulia, que está a su lado.

—Pero es...

—Espléndida, lo sé. Por eso no he querido enseñártela antes. —Le agarra la mano—. Ven. — Se dirige a la niñera y a su madre—. Esperen aquí.

Carlo los ve entrar. No los acompaña porque sabe que ese es un momento íntimo: Giulia no conoce aún el secreto del salón de la torre, con el que Vincenzo ha soñado desde que supo que podía convertirse en su único dueño.



Resuenan pasos en las habitaciones desiertas. Una criada los precede, abre las ventanas. Entra el

sol, se derrama por el suelo de baldosas a cuadros. El rumor del mar tapa el frufrú de las faldas y sus palabras quedas.

Los muebles de caoba y nogal desvelan sus formas: mesas, armarios, sofás, consolas. Faltan adornos, pero Giulia ya se encargará de eso. Cuando se lo dice, la ve resplandecer de dicha.

Vincenzo atraviesa un pasillo que da al mar, se detiene delante de una puerta. Tiene la mano en el pomo.

—Mira.

Giulia entra.

Encima de ella, una bóveda de crucería, alta, esbelta, parecida a la de una iglesia. Las nervaduras rojas y doradas se cruzan hasta desaparecer en las cornisas de las ventanas.

Más allá del dorado y el amarillo, el mar. El golfo de la Arenella y todo Palermo.

No cabe en sí de gozo. Gira sobre sí misma, con la cabeza reclinada, y ríe como una loca.

—¿Te gusta? —La abraza por detrás—. Nadie en Palermo tiene algo así.

Ella se siente tan feliz que no puede ni hablar.

Los niños irrumpen en la habitación en ese instante. Exclamaciones de asombro, miradas al techo, risas.

Giulia coge en brazos a Ignazio, que tiene cuatro años, y señala las figuras. Hasta Giuseppina, la última que ha entrado, mira de un lado a otro maravillada y complacida.

Vincenzo los observa desde un rincón. Eso era lo que quería: una casa digna de su nombre y de su familia. Sale, va al saloncito. Carlo Giachery está prendiendo un puro.

—Les encanta.

—Bueno, era lo que querías, ¿no? Dejar a todo el mundo sin palabras. —Carlo se apoya en la ventana. Señala los almacenes para las barcas—. Estás loco y yo he sido un loco por hacerte caso. Jamás me habría imaginado que podría construir un edificio así pegado a una almadraba. Tenía que llegar alguien como tú para que lo hiciera. Y en Palermo, encima.

—Tenía que llegar alguien como yo para muchas cosas. Ya verás cuando consiga comerciar a lo grande el atún en aceite. Desde hace años lo enlatamos y lo vendemos, y la demanda no hace más que aumentar. —Lo dice sin arrogancia. Es simple objetividad—. Estas son las respuestas que daré a quien me ha llamado «visionario». Hechos. Será igual con la fundición Oreteia que he comprado a los hermanos Sgroi. Todo el mundo me ha dicho que es imposible pensar en una fábrica aquí en Palermo, que solo son rentables las *putiè*, las tiendas. Pero yo sé que no es así, que si alguien no empieza a pensar a lo grande esta isla permanecerá siempre estancada, mientras el resto del mundo avanzará. ¿Sabes qué se dice en Palermo? *Dunami tempo, dissi u' surci a' nuci, ca ti percio*.

—Tú y tus proverbios. —Carlo ríe—. Eres más palermitano que algunos palermitanos de séptima generación. ¿Qué quiere decir?

—«Dame tiempo, le dice el ratón a la nuez. Dame tiempo y te partiré.» Yo soy de los que no renuncian, Carlo. Lo sabes. Es más, a propósito de la fundición, me gustaría que fueses a la puerta San Giorgio, porque las obras de la nueva sede van muy lentas. Ahora me llaman loco, pero ya verás cuando todos los buques sean de metal y tengan un motor a vapor... entonces tener una fundición que trabaja solo para tus piróscafos hará que disminuyan los costes de las piezas de recambio, y mucho. —Vincenzo recuerda la muela para la corteza, y los insultos de los que habían sido objeto los Florio cuando empezaron a comerciar el polvo de quina cambiando las reglas.

—Sí, loco. Pero no te olvides de lo de *mozo de cuerda*.

—Es mejor reírse de eso. —Parece enfadado, no risueño. Hay cosas que no cambian—. Sobre todo, si pienso en los que lanzaron esa clase de insultos y en lo que me dijeron...

—Para mí que seguirán llamándote igual mientras vivas. —Ahora Carlo está serio—. Tendrías que estar acostumbrado.

—Lo estoy. —Vincenzo pasea por la habitación con las manos a la espalda—. Pero no me resigno, no soy capaz. Lo absurdo es escuchar a alguien como Filangeri llamarme «mozo de cuerda» a la vez que envía a su intermediario a pedirme dinero prestado. Es esa arrogancia, esa falta de dignidad, lo que me enfurece. —Se reaviva su viejo rencor, el que ha cuidado siempre como a un recién nacido.

Carlo Filangeri, príncipe de Satriano, está atravesando por dificultades económicas. Inversiones desacertadas, dicen algunos; lujos y excesos, dicen otros. Desde hace tiempo, sus acreedores querrían reclamar su quiebra. Está con el agua al cuello. Tendrá que nadar o ahogarse.

Y Vincenzo tiene la cuerda que puede sacarlo a flote.



Anochece. Cenar juntos en la nueva casa, respetando la tradición: pasta con salsa de tomate, pescado frito. Ofrecen verduras y patatas a los *lares* de la casa, para que sean benévolo y los acojan bien. Giulia sigue todo eso con las cejas enarcadas: a ella, como mujer del norte que es, escéptica por naturaleza, le parece cuando menos ridículo ese intento de congraciarse con los espíritus, pero le da igual.

Más tarde, los dos llevan a sus hijos a sus dormitorios. Las niñas comparten uno; Ignazio tiene otro. Cerca está el dormitorio de Giuseppina. Al fondo, con una ventana hacia el golfo, el de Giulia y Vincenzo.

Conciliar el sueño no es fácil: todos están nerviosos. Incluso las criadas van de un lado a otro de puntillas y cierran las puertas tratando de no hacer ruido. Angelina y Giuseppina saltan en la cama: tienen ocho y seis años, siguen siendo unas niñas. Ignazio corre, se esconde, y

mademoiselle Brigitte no puede hacer nada para calmarlo. Hace falta una regañina de Vincenzo para que se metan bajo las mantas, desde donde llega una cascada de risas ahogadas.

Vincenzo se asoma luego a la alcoba de su madre: está sentada en el borde de la cama con los ojos cerrados, sujetando el rosario y todavía con la cofia en la cabeza.

—¿No se acuesta, madre?

—Primero las oraciones.

Desde hace un tiempo, doña Giuseppina se ha vuelto especialmente religiosa. Imposible saber si es porque ha sufrido una transformación, porque se ha hecho vieja o porque le da miedo lo desconocido después de una vida sin apenas alegrías.

Vincenzo se inclina sobre ella.

—¿Le gusta la casa?

Ella hace un gesto afirmativo, murmura una oración en mal latín. Luego dobla la cabeza hacia un lado.

—Este sitio le robó el corazón a Ignazio, y ahora te lo ha robado a ti. —Pasa la mano por la colcha—. ¿Quieres instalarte aquí? No me desagradaría. El aire es más abierto. Me recuerda a Bagnara.

Su madre ahora ya habla poco de Calabria. Ha dejado de lado la añoranza rencorosa: Bagnara es el lugar del recuerdo donde tiene reclusos los sueños y los deseos perdidos para siempre.

—No. Viviremos aquí solo en primavera y en verano, el resto del año estaremos en Palermo. Por otro lado, tendré que ir a menudo porque allí están las oficinas. Aunque aquí me he hecho un despacho, *el trabajo está allí*.

—*Lo sé.*

Vincenzo se despide de su madre y sale.

Giulia lo espera en el otro dormitorio. La encuentra sola, con los cabellos sueltos y la sonrisa de la espera. Lo abraza.

La besa en los labios, con calidez, con ternura.

—No tengo sueño. Voy a dar una vuelta por el patio —le dice.

—Te espero despierta —replica ella, y se mete debajo de las mantas.

Avanza por el pasillo. Se asoma a los cuartos de sus hijos, que por fin se han dormido; atraviesa el salón, baja las escaleras.

El patio. Llega a la puerta. Sale.

Todo está en calma. Arriba, el cielo estrellado. Delante, el golfo. Al fondo, las luces de Palermo.

Toca el agua. Está increíblemente tibia para ser abril.

Camina con las manos en los bolsillos, la cabeza despejada. Una ola le lame los zapatos.

¿Hace cuánto que no se baña en el mar?

«¿En qué estoy pensando? —se pregunta—. ¡Como si todavía fuese un chiquillo!» Contiene la risa, se le hace un nudo en la garganta.

Recuerda la primera vez que se sumergió en el agua: con los ojos abiertos, que le escocían por la sal, y con los oídos taponados. La sensación del agua gélida. El deseo de coger aire combatiendo con las ganas de seguir abajo, sin peso, sumido en el verde.

«La libertad. Dios mío. Qué magnífica sensación.»

Lo que daría ahora por sentir esa libertad.

El deseo se torna necesidad. Vincenzo quiere experimentar de nuevo esa emoción, aunque dure apenas unos instantes.

Las manos se desplazan a los botones. Se quita el chaleco, los pantalones, la camisa, también los zapatos. Sopla un viento fresco, casi no lo nota. Se mira el tórax robusto: acaba de cumplir cuarenta años, tiene un poco de barriga y los brazos ya no tienen la fuerza de la juventud, pero no le falta un solo diente y no se fatiga subiendo unas escaleras.

Un pie tras otro. El mar lo abraza, lo acoge. La piel se encrespa cuando se le moja el pecho.

De repente, su tío Ignazio se le aparece. Ya no es recuerdo sino presencia: casi puede oírlo, notar la firmeza y educación con que estrecha la mano. Lo ve, joven, con la barba rala y la sonrisa melancólica que tuvo desde la muerte de Paolo. Lo oye diciendo: «Despacio, Vincenzo, no tengas prisa: el mar es como una madre. Te acoge siempre».

El recuerdo se hace vivo, tiene colores.

Malta. El año siguiente a la muerte de su padre. Ignazio lo llevó con él: vio la isla, se relacionó con comerciantes, olió especias desconocidas.

Fue entonces cuando su tío se dio cuenta de que el sobrino no sabía nadar —qué vergüenza, un hijo de marineros—, y decidió enseñarle.

Encontraron una playa, se zambulleron: Vincenzo desnudo, su tío con un taparrabos. Se bañaron en un mar de un azul cegador. Recordaba las carcajadas, los brazos de Ignazio listos para acogerlo; también el agua salada que se le metió en la nariz y la tos que le dio.

Así había aprendido, tragando agua y hundiéndose y riendo y persistiendo. Hasta que lo consiguió.

Pero nunca se había bañado en el mar de noche. Nunca.

«Bien. Ya es hora de probar esto también.»

Se zambulle. El agua penetra en el pelo, le envuelve los brazos. Es cierto, el mar acoge.

Emerge. Respira. Fuera hace frío, pero ¿qué más da? Se siente libre y ligero, y querría gritar, pues por un momento su oscuridad, la que arrastra desde siempre, se ha esfumado. O, por lo menos, se ha arrinconado en los márgenes de la conciencia.

Es el momento de la ligereza, de una dicha desconocida que estalla en su interior, que lo hace reír y llorar.

Si la felicidad es eso, es rara, porque no creía que pudiese ser tan hermosa y a la vez hacer tanto daño.

Se sumerge de nuevo, emerge, grita: porque se siente feliz, libre, vivo. Se dice que está donde tenía que estar, que todo cuanto ha ocurrido en su vida lo ha conducido hasta ahí, como tenía que ser, y que dan igual los insultos y las envidias, porque es lo que ha querido ser. Es su camino.

Da unas brazadas, luego se pone boca arriba. Ahora puede ver la almadraba desde el mar, y las luces de la casa que se reflejan en el golfo. Entre ellas, una en especial.

El dormitorio, donde Giulia lo está esperando.

La casa Florio. Giulia. Su casa. Su vida.

Se estira en el agua, lanza un chorro de agua salada. Ríe.

¿Hacía cuánto que no se sentía tan libre? ¿Alguna vez se había sentido tan libre?



La luz de ese octubre es suave. Tiene el brillo del topacio, la pastosidad del cobre. Se refleja en las casas de toba de la Arenella, se extiende por el mar que ha perdido los colores brillantes del verano para adoptar los del otoño. También la arena parece apagada, y ya no tiene ese resplandor que obliga a entornar los ojos.

Ignazio, que ya tiene casi seis años, está apoyado contra el marco de la puerta, sin saber si ir a la playa o volver al patio. El mar lo atrae con palabras susurrantes, con una voz que no comprende del todo bien. Solamente sabe que le apetece mucho más que el cotorreo de Giuseppina y Angelina, sus hermanas, que están bordando bajo la pérgola con la nodriza y la madre.

Avanza un paso. El mar lo llama.

Giulia levanta la cabeza, lo busca.

—¡Ignazio! ¿Adónde vas? —grita, con una mezcla de reproche y ternura.

Y él, que es incapaz de desobedecer a esa voz, regresa.

Giulia apoya el tambor del bordado en las rodillas y lo abraza.

—¿Has terminado los deberes que te ha puesto el maestro?

Él hace un gesto afirmativo.

—También he hecho un dibujo. Un barco.

«Claro. ¿Qué iba a ser?», se dice Giulia. Le arregla el pelo y el niño le acerca una mejilla a su mano.

Ignazio cree que no hay una mujer más bonita que su madre. Ni siquiera *madmuasel* Brigitte, con esa manera rara de pronunciar la erre y su pelo rubio.

Giulia sabe que ningún hombre la ha mirado ni la mirará jamás con unos ojos tan llenos de amor

como los de su hijo.

Un repiqueteo y un resoplido de caballos la hacen volverse hacia el portón. El guarda lo abre y entra un carruaje oscuro que se dirige hacia el lado opuesto de la pérgola. Cuando el carruaje aún no ha parado, Vincenzo se apea y avanza a pasos nerviosos hacia la entrada.

Giulia se le acerca.

—Vincenzo —lo llama, pero él hace un gesto seco para alejarla, o solo para hacerla callar—. No te esperábamos tan pronto —continúa ella, mientras las niñas y la nodriza se levantan y murmuran un saludo con la cabeza inclinada.

—*Ya lo sé.* Déjame. —Desaparece al otro lado de la puerta que conduce a las escaleras, haciendo sonar los tacones en los peldaños de piedra.

Ignazio ve que su madre se lleva una mano al pecho y baja la cabeza.

¿Cuántas veces ha sido testigo de escenas semejantes? ¿Cuántas veces su padre le ha hecho sentir como rabia, una rabia incluso más fuerte que el miedo que le inspira? Su padre tiene siempre el ceño fruncido, el rostro serio. Con su madre es muchas veces brusco, antipático. ¿Por qué? Ignazio no lo entiende.

Se acerca a ella, en silencio, mirándola con ternura. Giulia entonces le murmura:

—Tu padre es un hombre importante, Ignazio. No es malo. Está hecho así. Es su carácter.

—Pero te hace llorar. —Estira la manita, como si quisiera recoger la lágrima que se ha quedado atrapada en las pestañas de su madre.

Arriba se oye la voz airada de Vincenzo y luego unos portazos. Resulta extraño, pero Giulia sonrío.

—He derramado tantas lágrimas por él, que una más o menos no va a cambiar nada. Yo sé quién es tu padre, lo sé de verdad. —Se envuelve en el chal, mira hacia la torre cuadrada—. Voy a ver qué ocurre. Tú quédate con tus hermanas. —Y mientras llega otro estallido de ira de Vincenzo, Giulia desaparece con un frufú de tela, engullida por la oscuridad del pasillo.

Ignazio mira de un lado a otro. Sus hermanas y la niñera han reanudado sus bordados. Oye las voces de sus padres alejándose.

Y entonces llega de nuevo el rumor del mar, traído por un suave gregal.

El niño se escabulle hasta la puerta. La cruza. Delante, el mar de la Arenella.

Nadie le presta atención.

Vacila. Desde hace unos días sus padres le tienen prohibido ir a la escollera de la torre y trepar al farallón que hay ahí mismo. Aquello es muy resbaladizo, le han dicho. Y eso que ha pasado el verano saltando entre las piedras y nunca se ha caído. En un par de ocasiones incluso se ha dado un baño en ese sitio. Pero nunca se ha atrevido a imitar a los hijos de los pescadores que se lanzan desde la Balata, el gran farallón situado más allá de la punta de la bahía. De todos modos, su

padre le ha prometido enseñarle el próximo verano a lanzarse desde ahí, y es que los Florio forzosamente deben saber nadar, en las venas tienen agua de mar mezclada con sangre.

Ignazio se suelta del muro color ocre, cruza la playa y se adentra por entre las rocas. De un espolón negro, cubierto de algas secas, surge un cangrejo. Lo ve, estira la mano para cogerlo, pero el animal es más rápido, se achata, se cuela por una hendidura.

—¡No! —grita, y se agacha. La suela de cuero resbala en una posidonia seca, pierde el equilibrio y cae en un charco de agua estancada.

Lanza un débil gemido. Se mira las manos: tiene las palmas despellejadas. Se incorpora con dificultad.

Las heridas palpitan y escuecen por la sal, pero eso no es lo que le preocupa. Se le ha ensuciado el calzado y la ropa. Su madre se enfadará.

«Cangrejo idiota», piensa, irritado. ¿Cómo puede salir de ese apuro?

Ahora, con cautela, se acerca al agua. Sabe que en ese punto el mar es profundo, porque en verano los chicos de la Arenella se lanzan desde ahí y salen con sacos llenos de erizos que luego se comen en la playa.

Se inclina y, ahuecando una mano, recoge un poco de agua para limpiarse los zapatos. Es como si la sal escociera aún más. Mordiéndose los labios por el dolor, se asoma, el vientre se le tensa, la piel le tiembla aterrorizada. Las olas son altas y le salpican. Se agarra entonces a la roca, busca un equilibrio, luego trata de nuevo de recoger agua con las dos manos, se tambalea.

Con el corazón en un puño, mira el mar, que ahora parece negro. Ya no se ven peces saltando, ni el baile de las *ogghio a mari*, las actinias, ni algas agarradas a las piedras. Solo hay olas cada vez más altas que lo están empapando.

«Mamá va a regañarme muchísimo —se dice—. Y papá...»

Mejor no pensarlo.

Tiene que regresar. Nota algo en la espalda, y no sabe darle nombre.

Sujetándose a la escollera, trata de volverse, de levantar los pies, que parecen apresados en el charco.

Es el viento, que ahora le hace perder el equilibrio y lo tumba.

El impacto con el agua es gélido, le vacía los pulmones como si alguien se hubiese sentado de golpe sobre su pecho. Abre mucho los ojos, tiende los brazos hacia lo alto, pero el mar se cierra sobre él en un abrazo de espuma y cristal. Siente que algo le agarra las piernas, que tira de él. Da patadas, primero solo contra el agua, luego contra una piedra hundida. El impacto es tan fuerte que se le sale un zapato.

El terror lo ciega. Abre la boca para gritar, pero el agua salada le invade la tráquea.

—¡Mamá! —grita con toda la fuerza de sus pulmones, justo cuando una ola lo lanza al aire—.

¡Mamá! —grita de nuevo, y traga más agua y tose—. Mamá —invoca desesperado, mientras todo alrededor se vuelve negro.



—Eso es lo que ha pasado. ¿Comprendes? Presentamos una prensa a vapor en la Exposición el verano pasado, ¡la primera prensa hidráulica fabricada en Sicilia, por Dios! Y luego nos piden un suministro de *ollas y cucharas* y no somos capaces de entregarlo en un mes. ¿Y por qué? Porque falta carbón, se necesita más, pero aquí no hay y tengo que encargarlo en Francia. Y los barcos que deberían traerlo no llegan, pero la fundición tiene que pagar indemnizaciones.

En su despacho, en el centro de la torre, Vincenzo revisa documentos, repasa papeles. Encuentra una carpeta, la abre, extrae una hoja, la devuelve a su sitio.

Giulia observa esos gestos nerviosos.

—Sabías que administrar una fundición en Palermo no iba a ser fácil —murmura—. El propio Ben Ingham ha dejado el negocio. —Se le acerca, le toca un brazo.

—En esta ciudad no hay nada fácil, pero eso no significa que no se pueda hacer nada. —Vincenzo para. El gesto de Giulia tiene el poder de calmarlo. Suspira profundamente—. He leído con Giachery la indemnización que nos impone el contrato si no cumplimos con la entrega. No quiero pagarla. Y aquí había guardado unos documentos que...

Pero Giulia ya no lo está escuchando.

Frunce el ceño, con la cabeza vuelta hacia la ventana. Le ha parecido oír... Va de prisa a asomarse.

—¡Angela! ¡Giuseppina! ¿Dónde está vuestro hermano?

Las dos chiquillas y la niñera levantan los ojos.

—Estaba aquí con nosotras... —responde mademoiselle Brigitte, que se incorpora y lo busca con la mirada—. *Mais oui*, andaba por aquí. ¿No está con usted?

Giulia se estremece. Quizá se equivoque... no, seguramente está equivocada. Aunque podría jurar que ha oído a su hijo llamándola.

Sale a toda prisa del despacho, baja corriendo las escaleras.

—¡Ignazio! —llama.

Nadie responde.

¿Se habrá escondido?

—¡Ignazio! —repite. Recorre el patio, vuelve a llamarlo. La preocupación aumenta.

Vincenzo, que se ha quedado en el despacho, se encoge de hombros. Giulia es demasiado aprensiva. A la edad de su hijo, él se escapaba a la Cala por los callejones del puerto y nadie

sufría por él. Ignazio estará vagabundeando por las barcas, entre las gradas y el *pabellón*; o estará en la playa tirando piedras. ¿Qué puede pasarle?

A lo largo de los años, muchas veces recordará ese momento. Pero no será capaz de decir qué lo impulsó a asomarse a las ventanas que daban a las rocas. ¿El instinto? ¿El azar?

Así, entre la espuma, frente a las rocas que hay debajo del farallón más pequeño, ve primero una mano, luego una pierna. Un cuerpo moviéndose y chocando contra las rocas, envuelto en algas que parecen absorberlo.

Lo que tampoco sabrá decir es si gritó.

Pero lo que sí le quedó grabado para siempre en su mente fue lo que pensó:

«A él no puede pasarle. A mi hijo no.»

Giulia lo ve correr delante de ella, cruzar el patio mientras se despoja de la chaqueta y el plastrón. Cuando se da cuenta de que está yendo hacia las rocas, se tapa la boca con las manos y lo sigue. En el instante en que llega al portal, Vincenzo se descalza. A continuación, corre hacia el mar y se zambulle.

Los ojos apresan las imágenes, las esculpen en la mente como si fuesen de bronce.

—¡Ignazio! ¡Ignazio! —grita ella. Trepa a los escollos, se desgarrá el borde del vestido, resbala, tiende los brazos, vuelve a llamar a su hijo.

Ve a Vincenzo salir a la superficie, coger aire y desaparecer de nuevo en el agua oscura. Hay un cuerpo debatiéndose entre las algas. ¿O son las olas las que lo mueven?

«Sigue vivo, ¿verdad?»

Ignazio aparece primero. Tiene los ojos cerrados, está pálido, pero tiembla y tose... Giulia se estremece, rompe a llorar. «¡Gracias a Dios, tose! ¡Está vivo!»

Enseguida aparece Vincenzo. Tiembla de frío y tiene arañazos en brazos y piernas, pero no les presta atención. Deja al pequeño en la playa y aparta a Giulia, que trata de cogerlo en brazos.

—¡Espera! ¡Hay que ponerlo de lado! ¡Tiene que escupir el agua! —Y le da fuertes golpes en la espalda.

Ignazio vibra bajo los golpes, gime, arroja agua de mar y restos de comida. Abre los ojos un momento y únicamente ve el rostro aterrorizado de su madre.

—Mamá —murmura, con voz enronquecida por la sal y los gritos—. Mamá...

Giulia rompe a llorar.

—Hijo mío... —Se despoja del chal y arroja con él a Ignazio, que sigue tosiendo y temblando.

Vincenzo lo coge en brazos y se encamina hacia la torre.

—¡Vosotras! ¡Buscad un médico, moveos! —ordena a sus hijas. Luego desplaza la mirada a la niñera. La voz es un gruñido rabioso—. Y tú, mujer inútil, desaparece. Esta noche no quiero verte aquí. Mi hijo ha estado a punto de morir. ¡Se ha ido delante de tus propias narices! Para mí no hay nada más valioso que *este niño*. ¡Lárgate!

Aturdida, todavía llorando, Brigitte retrocede y se marcha corriendo a su dormitorio.

Giulia está inclinada sobre Ignazio y no ha oído bien las palabras de Vincenzo.

Sí las ha escuchado Angelina. En su rostro, que ya no es de niña pero aún no es de mujer, se forma una arruga de dolor.

—Vámonos —le dice a Giuseppina, zarandeándola. Luego le pide en voz baja que deje de *gimotear* porque Ignazio ya está bien, ha hecho *el tonto* y ahora tendrá fiebre.

En esos reproches hay una rabia cuya causa ni ella misma conoce. Mientras oye crujir a su paso la arena endurecida por la sal marina, se guarda para sí este mal trago, oculta pensamientos que no pueden salir a la luz. Pero sabe qué significan esas palabras, y las guarda en su memoria para los años venideros.

Esa noche, Giulia se queda a dormir en el cuarto de Ignazio. El médico la ha tranquilizado, ha dicho que el niño está bien, que a lo sumo tendrá un resfriado y dolores por los moretones y los arañazos, pero nada más. Le ha dado un jarabe de miel y regaliz para la garganta y ha aconsejado ponerle paños calientes en el pecho.

Ella no termina de creérselo. No quiere dejarlo solo. Que esté ahí, que esté vivo y que su marido lo haya librado de la muerte, todo eso tiene para Giulia el sabor de un milagro.

Vincenzo lo ha salvado.

En ese trance no había visto en el rostro de él miedo o desesperación. Solo una voluntad inquebrantable, una decisión que tenía algo de sobrehumano y que ella conoce bien.

Sin embargo, tras llevarlo al cuarto, Vincenzo no ha vuelto a acercarse a Ignazio. Ha desaparecido en su despacho de la torre. Es Giulia la que se ha quedado con el niño, la que le ha dado un caldo caliente y le ha cambiado la ropa.

En un momento dado llega la abuela Giuseppina, con los ojos rojos y las manos todavía temblándole por el susto. Abraza al pequeño, le besa el pelo húmedo, llamándolo con extrañas palabras calabresas que Giulia no comprende. Solamente sabe que Ignazio es el único de los nietos por el que la suegra muestra un poco de afecto.

Ahora, ya serenos, la madre y el hijo se tumban. Tienen la cabeza en la misma almohada, los dedos entrelazados. Ignazio se revuelve, tose. Giulia lo estrecha. Por fin, ambos se quedan profundamente dormidos.

En mitad de la noche, el niño se despierta de golpe. Un ruido, un chirrido de la puerta: puede que alguien haya entrado en el cuarto. Se agarra al brazo de su madre, entorna los párpados, escruta en la sombra.

Su padre está ahí.

Sentado en el sillón, tiene el rostro demacrado por la tensión, el pelo revuelto. Está con las

manos juntas delante de la cara y lo mira de una manera que deja a Ignazio asombrado. En esa mirada ve alivio, pánico, cansancio. Y afecto.

Nunca lo había mirado de esa manera.

Su padre ha pasado miedo, de repente lo comprende, y la sola idea lo aturde. Miedo por él, porque —quizá— lo quiere.

Querría tenderle la mano, pedirle que se acerque, pero no puede. El sueño y el cansancio son más fuertes. Se duerme otra vez, acompañado por una sensación grata, de calidez.

En la oscuridad no ve, no puede ver, que su padre tiene los ojos arrasados en lágrimas.



En los días posteriores al accidente —así se empeña en llamarlo Giulia— Ignazio guarda cama: tiene fiebre, más fruto del susto que del frío. El niño pasa las tardes en su habitación, solo. Brigitte se ha ido deprisa y corriendo y las niñas ahora estudian de nuevo con su madre.

Con las piernas recogidas, debajo de un montón de mantas, Ignazio hojea un volumen que ha sacado de las estanterías de su padre. No es un libro para niños, pero eso le da igual. Lo importante es no pensar, no recordar el terror de morir solo, bajo litros de agua entrándole en los pulmones. Es la primera vez —lo sabe, se lo repite— que conoce el miedo a morir. Es una sensación que nunca se le borrará.

Entonces se enfrasca en el libro que tiene delante, lee silabeando, mira las ilustraciones, deja que palabras extranjeras se enreden en la boca, las amasa con la lengua.

Un montón de buques.

Vincenzo lo encuentra así a su vuelta de la fundición Oreteia, donde ha pasado el día hablando con los obreros y garantizándoles que el carbón, el hierro y el estaño iban a llegar a tiempo.

Abre la puerta, se queda en el umbral.

—¿Qué haces? —pregunta—. *¿Qué estás leyendo?*

Ignazio levanta la vista y Vincenzo no puede dejar de reparar en su parecido con Giulia. Pero también tiene algo que le recuerda a su tío Ignazio, el hombre que lo había criado y que lo había protegido. Como una serenidad, una mirada plácida y a la vez firme.

El niño sale de las mantas, hace una venia. Sin una palabra, le tiende el libro.

—*Situación hidrográfica aduanera estadística de Sicilia*, de Francesco Arancio. —Vincenzo no puede reprimir una carcajada—. ¿Te estás leyendo este libro? —Pero el tono de la pregunta es de sorpresa, no de mofa, e Ignazio lo advierte.

—Me gusta mirar los mapas y los vapores —explica, señalando las páginas que el padre está

hojeando—. *Mira* —añade, y le señala una página—. Es la Cala. Aquí explica cómo los ríos salen al mar, pasadas las murallas.

Vincenzo asiente y mira de reojo a ese hijo que, tímidamente, le cuenta qué ha visto en ese retículo de líneas y palabras compactas.

Ni se había dado cuenta del estirón que ha dado. A partir de ahora él se ocupará de Ignazio, porque Giulia es mujer y su hijo no puede estar siempre aferrado a las faldas de su madre.

—Pasado mañana regresaremos a Palermo —dice de repente, y cierra el libro. Se lo devuelve—. Aquí empieza a hacer frío.

Pero ese no es el único motivo. Si es capaz de leer un atlas, también podrá estudiar seriamente, y tiene que empezar enseguida, sin perder más tiempo.



A las ocho de la mañana del 12 de enero de 1848, la quietud de un día cualquiera es interrumpida por lo que parece un cañonazo.

Es un estruendo que hace que los cristales tiemblen y que las criadas de la casa Florio en la via dei Materassai peguen un grito.

Angelina, que tiene doce años, abraza a su hermana Giuseppina, que se ha puesto a chillar, mientras Ignazio permanece sentado en el centro de la cama, con la carita pasmada, todavía soñoliento.

Tras la segunda ráfaga, Ignazio salta de la cama, corre donde la madre.

—¡Mamá, mamá! ¿Qué ocurre?

Giulia se arrodilla, le agarra el rostro entre las manos.

—Seguro que es algo por el cumpleaños del rey, ya verás...

Pero ella misma no está convencida e Ignazio nota la confusión en su rostro.

—¿En serio?

En ese momento llegan las niñas. Hablan a la vez: se han asomado a la ventana, dicen, y han visto gente armada corriendo por la calle.

Otra descarga. Gritos.

Se abrazan a la madre mientras las paredes tiemblan y las criadas gritan aterrorizadas. Ahora se oyen otros ruidos, no tan fuertes, secos.

Tiros.

No, no son festejos. Y Giulia se acuerda de los carteles de la via Toledo que los soldados napolitanos han arrancado a medias. Los carteles en los que se llama a la revuelta.

Había hablado sobre ese asunto con su hermano Giovanni, quien unos días antes la había

visitado llevándole noticias sobre su madre, que estaba en cama por un ataque de fiebre. Le preguntó qué pensaba de aquellos carteles aparecidos durante la noche en toda la ciudad. ¿Había que preocuparse?

—Es el fuego que se mantiene vivo bajo las cenizas. ¿Te acuerdas de las revueltas de 1837, el año del cólera? Desde entonces la situación no ha hecho más que exacerbarse. Primero el rey Fernando dio la orden de que todos los administradores de la ciudad fuesen napolitanos, y los sicilianos no han digerido eso. Es algo que tú no puedes notar porque vives protegida. —Abrió los brazos para señalar el lujo de la casa de la via dei Materassai—. Pero ahí fuera hay mujeres que sufren las injurias de los soldados napolitanos; si los maridos protestan, acaban en la cárcel, en la Vicaria. Por no mentar la doble imposición sobre el trigo. A los Borbones no les importa su propia gente. Es normal que se intente cambiar esta situación, incluso de forma violenta. Por lo que sé, en Milán las cosas no son muy diferentes: los austríacos tienen a la ciudad sometida, y la gente los odia.

—Pero aquí no estamos en Milán. Palermo y Sicilia no tienen círculos de pensadores como los que hay en Milán. Quiero decir, aquí... —Giulia agitó las manos, como para espantar esa idea que la angustiaba—. Los nobles ni siquiera conciben que se pongan en duda sus privilegios, o ceder una parte de sus tierras. Aquí cada cual trata de protegerse como puede, pero los pobres se quedan como están porque no hay nadie que trate de abrirles los ojos a los campesinos o a los obreros...

—Eso es lo que tú crees. —Giovanni se inclinó, con un ojo hacia la puerta. Sabía que a Vincenzo no le gustaban esos temas porque los consideraba inútiles—. También en Palermo hay quien quiere cambiar las cosas. Hay intelectuales, tanto entre los nobles como entre los burgueses, que esperan poder guiar a la gente de esta tierra, que quieren ser dueños de su propio destino. Sin embargo, son pocos, demasiado pocos.

—Pero entonces... —Giulia abrió los ojos de par en par, más sorprendida que asustada. Giovanni suspiró.

—Créeme, Giulia. Ignoro lo que ocurrirá, pero son muchos los rumores que se oyen por ahí. Las proclamas colgadas en la ciudad, donde se invita al pueblo a armarse, no son más que la última señal. Sí, los soldados de la Guardia Regia las arrancan, las aplastan en el barro y se carcajean a su costa. Dicen que, si los palermitanos se sublevan, los recibirán a escopetazos, que los colgarán de los palos de las fragatas de la marina, si las horcas no fuesen suficientes. Pero esta vez es distinto, se nota en el ambiente. La gente mira a los militares y los desafía, escupe al suelo a su paso. Palermo se ha hartado de impuestos y arbitrariedades. Los Borbones han tirado demasiado de la cuerda.

Giulia se tapa la boca con las manos, porque ahora comprende que Giovanni tiene razón, y que el momento de la revuelta ha llegado. Y es el 12 de enero de 1848, día del cumpleaños del rey...

—¡Cerrad las ventanas! —grita. Luego mira a sus hijos y su miedo aumenta—. ¡Vestíos! —

ordena con voz temblorosa—. Vestíos y estad preparados para salir.



Vincenzo se encuentra trabajando desde el amanecer, en el despacho que da a la calle San Giacomo. Es una casa que adquirió hace poco, donde ha instalado la sede de los negocios comerciales de la Casa. A la primera descarga, levanta la cabeza de los papeles. Delante de él, Giovanni Caruso, el secretario.

—¿Eso qué ha sido?

Otro estallido.

—No lo sé. —Caruso abre los brazos—. ¿Los festejos por el cumpleaños del rey? ¿No es hoy?

—Sí, pero... —Otra detonación, esta vez seguida de una ráfaga de disparos—. ¿Con tiros?

Vincenzo se acerca a la ventana. En la plaza hay una multitud dispersándose en dirección a la puerta Carbone, hacia el puerto. Ve hombres armados.

—Hace unos días había carteles en el Cassaro que hablaban de una insurrección y reclamaban la participación de la ciudadanía... —continúa Caruso—. ¡Pero eso es inimaginable! Serán los cuatro locos de siempre tratando de...

Un cañonazo. Una batería, esta vez.

—¿Con que cuatro locos? —Vincenzo pega un manotazo en el escritorio. Fuera se oyen gritos y disparos—. Son las baterías del Castello a Mare. ¡Están disparando contra la ciudad desde el mar!

Caruso se acerca a la ventana. Sí, eso que se oye es en la Cala. ¿Estarán derribando las murallas?

—Joder, es verdad.

Vincenzo coge su chaqueta. No hay tiempo que perder. Si hay una revuelta, también habrá motines y saqueos. Más vale ponerlo todo a salvo.

—Atranquen puertas y ventanas y márchense todos a casa. Yo iré al herbolario. Le mandaré un mensaje indicándole lo que debe hacer.

—Pero, señor Florio, ¿adónde va solo? ¡Espéreme!

Ya está en la calle. Llega corriendo al herbolario. Los empleados y los mozos se han escondido debajo de los mostradores, como caracoles en sus caparazones. Vincenzo pide prestada una capa para ir de incógnito, sale y se adentra por los callejones. Tiene que llegar a la fundición Oretea, mandar a los obreros que atranquen las rejas y guardar las herramientas más importantes. Si los insurgentes o los soldados la eligiesen como objetivo, todo se iría al garete. Pero cuando llega a la via Bambinai se ve obligado a parar. Y como él, muchos más.

Una barricada. Detrás, hombres disparando contra las tropas de los Borbones. Al lado, aún en parte legible aunque arrancada, una proclama.

SICILIANOS, LA ÉPOCA DE LOS RUEGOS
NO HA SERVIDO DE NADA...
A LAS ARMAS, HIJOS DE SICILIA:
LA FUERZA DE TODOS ES OMNIPOTENTE.
EL AMANECER DEL 12 DE ENERO DE 1848 MARCARÁ
LA ÉPOCA GLORIOSA DE NUESTRA UNIVERSAL
REGENERACIÓN...

—¡Venid a ayudarnos si tenéis un arma y queréis defender vuestra tierra! —dice a gritos un amotinado agitando un rifle—. O volved atrás, meteos en casa y... —Chilla ahora de dolor: un tiro le ha dado en un brazo.

Vincenzo no tiene más remedio que volver sobre sus pasos con la cabeza gacha y el corazón en un puño. La fundición Oretea —su fundición, su desafío, nacida como un taller pero ya encaminada a ser una fábrica en toda regla para producir hierro— está cerca de las murallas y de la puerta San Giorgio. En ese instante, en el fragor de la batalla, era como si estuviese en Malta. Hacía cuatro años había construido otra estructura para almacenar hierro y carbón: estaba repleta de material inflamable. No se atreve ni a imaginarse...

—¡Están asaltando el Palacio Real!

—¡Han incendiado el cuartel! ¡Hay soldados muertos!

Las voces de los palermitanos lo envuelven, casi lo abofetean. Todo ha empezado en la plaza de la Fieravecchia, dicen, donde ya ha habido muertos.

—¡Incendiarán las casas de los nobles! ¡Quieren la república!

—¡A las armas, Palermo!

Observa a la multitud, oye los gritos, recoge noticias de las que trata de extraer un sentido congruente. Se adentra por la via Pantelleria y, corriendo, llega hasta la via della Tavola Tonda. Desde ahí, está en su casa en un santiamén.

Encuentra a su madre sentada en un sillón en el centro del salón, con el sempiterno rosario en la mano.

—¿Estás bien, *hijo mío*? —exclama Giuseppina al verlo.

—Sí, sí. ¿Dónde están los *niños*?

—*Con ella*. Protégelos, y sobre todo a Ignazio, *mi niño*.

Giulia ha vestido a sus hijos con ropa de abrigo; ella se ha puesto un traje de viaje. Cuando ve a Vincenzo, se relaja y por fin siente alivio. Va hacia él.

—Dios santo, ¿qué está pasando? Estaba preocupada por ti.

Abraza a Ignazio, el primero que se le acerca. Luego lo hacen sus hijas, que, asustadas, lo abrazan con fuerza.

—La ciudad se ha levantado contra los Borbones. Hay quien dice que los de la guarnición han depuesto las armas; otros, que las tropas se han atrincherado con el general De Majo en el Palacio Real; otros, que el rey está dispuesto a rendirse. Todo es un desbarajuste... Lo único cierto es que los soldados no se esperaban una rebelión tan bien organizada y compacta. No, esta vez no es un asunto de cuatro chiquillos... Incluso han venido rebeldes del campo, puede que haya toda una compañía de Bagheria. He oído acentos del interior, y todos, o casi todos, tienen un arma. —Se mira las palmas. Él no tiene armas, tampoco ha querido aprender a usarlas. Siempre ha creído que cuenta con el arma más importante, el dinero. Y eso es a lo que recurrirá, si es necesario—. Ya hay muertos. Los soldados se están retirando a los cuarteles, al palacio delle Finanze o al Noviziato. Están combatiendo en todas las calles y los palermitanos han tomado algunas puertas de la ciudad.

—Me lo imaginaba. Comprendí lo que estaba pasando cuando oí los primeros disparos. —Ella se lleva las manos a los labios y murmura—: ¿Qué hacemos?

—Nos vamos de la ciudad. Recoge dinero, plata, las cosas más valiosas. Nos vamos a la villa de los Quattro Pizzi. Está fuera de las murallas y es más fácil de defender.

Giulia imparte órdenes, abre armarios y cierra baúles. Las criadas se mueven a toda prisa por la casa. Las niñas obedecen sin rechistar, sobre todo Angelina, que saca los valiosos chales de encaje y los esconde en el fondo de un bolso.

Ignazio va detrás de ella. «¿Puedo llevar el caballo de madera? ¿Y los libros?», repite sin cesar, mientras la gobernanta imparte la orden de cerrar las ventanas y atrancarlas. En ese frenesí, la única persona inmóvil es Giuseppina, que, todavía sentada en el sillón, refunfuña:

—Gente sin Dios, eso son...

Vincenzo escribe rápidamente varios mensajes y se los entrega a un recadero para que los lleve a sus colaboradores, principalmente a Carlo Giachery. Saca unos documentos que tiene en el despacho, así como una bolsa con monedas. Las necesitarán, lo sabe de antemano, para cruzar las barricadas y los puestos de control.

—Los carruajes están listos —anuncia una criada.

Se oyen pasos presurosos en las escaleras, ruido de maletas y cestos. Giulia se cerciora de que todo esté en su sitio. Por último, recoge las joyas más valiosas que Vincenzo le ha regalado y se las esconde en una faltriquera del miriñaque.

Su marido la está esperando en el portal.

Él sube al primer coche, con su madre y la gobernanta. Giulia va en el de atrás, con sus hijos y el equipaje.

Avanzar es un suplicio: las calles están atestadas de carros, carretas y carruajes, que los fuerzan

a aminorar y también a parar. En el suelo, cadáveres. A Giulia le da un vuelco el corazón cada vez que paran; solo atina a abrazar a sus hijas, que se pegan a ella.

Ignazio, en cambio, mira por los visillos, con una actitud que de repente es la de un adulto, pese a que apenas tiene nueve años. En sus ojos hay más curiosidad que temor. Pero, sobre todo, es evidente su intenso deseo de comprender qué es lo que le está ocurriendo a él, a su familia, a su ciudad. Baja los visillos y observa a su madre: está angustiada, sin duda, pero no masculla rezos y no se abandona al llanto. Al revés, regaña a sus hermanas si se ponen a gimotear. También su padre, cuando subió al carruaje con la abuela, estaba tranquilo y en su rostro no había el menor rastro de emoción.

Si sus padres son lo bastante fuertes para no aparentar miedo —se dice a sí mismo—, entonces él también será fuerte.



Vincenzo guarda silencio. A su lado, su madre está ensimismada en sus quejumbrosos latinajos.

De repente, el carruaje se detiene, forzado por un vocerío airado.

Vincenzo aguza el oído.

—*Por aquí no pasa nadie, ¿te enteras?*

—*¿Qué novedad es esta? Venga, oye, quítate de ahí y déjame pasar, a mí y a los de atrás.*

El cochero discute, vuelve a pedir que dejen pasar a los dos carruajes. Enseguida, ruido de trifulca.

Vincenzo abre la portezuela y se topa con una pistola en la cara.

—Señor Florio, *que Dios lo bendiga*. —Un rostro joven, con barba rala. Ropas que revelan su pertenencia a una familia corriente. No es un pordiosero, o al menos no en apariencia.

Vincenzo se ha quedado quieto. Está asustado.

—Y a usted también —logra decir por fin—. *¿Por qué no nos dejan pasar?*

—Porque no se puede. Los nobles y los ricos como usted son necesarios para esta ciudad.

Muy despacio, Vincenzo se apea del carruaje y se ve rodeado por un puñado de hombres de todas las edades que han bloqueado el camino que conduce al monte Pellegrino. En la calle polvorienta hay hatillos y maletas; algunos han preferido abandonar sus pertenencias y ponerse a salvo.

—*¿Por qué no podemos pasar? ¿Quién lo ha ordenado?*

—No va a salir ni a entrar nadie en Palermo hasta que la ciudad no esté completamente en nuestras manos.

—Ah. *¿Y puede saberse quiénes son ustedes?*

—Sicilianos libres que luchan por la libertad de nuestra tierra.

En el carruaje de atrás se oyen gritos asustados. Una mano sale del habitáculo, una vocecita aguda grita: «¡Mamá, no!». Por fin, aparece Giulia, que se apea con compostura y se coloca al lado de Vincenzo.

—¿Qué quieren? —lo dice con ímpetu, con una actitud tan belicosa que el rebelde siente el impulso de bajar la pistola.

—Vuelve al carruaje —le ordena Vincenzo.

Ella no le hace caso.

—En Palermo se está luchando en las calles. Queremos llevar a nuestros hijos a un lugar seguro. Déjennos pasar, por favor.

—¿Y los *niños* de los pobres? Ellos también tienen derecho a ser protegidos. Todos somos hijos de esta ciudad, y tenemos que estar unidos. Venga, señora, vuelvan a su casa.

Giulia, indignada, quiere replicar como es debido. Vincenzo la agarra del brazo.

—De nada valdría, me imagino, un donativo a su causa.

El joven ríe con desdén e ira.

—*Caramba*. Ustedes los ricos creen que pueden irse donde quieran y mandar a quien se les antoje solo porque tienen los *dineros*. —El cañón de la pistola se acerca al pecho de Vincenzo—. *Que se marchen, les he dicho*.

Suenan cascos de caballos.

Todos se vuelven. Llegan más hombres armados. Tienen los rostros cansados, sucios de polvo. Parán y uno de los jinetes desmonta.

—¡Michele! ¿Qué pasa aquí? —pregunta—. ¿Así se trata a la gente, como a bandidos?

—Señor La Masa... —El joven que está apuntando a Vincenzo se guarda la pistola en el cinturón—. Quería huir de la ciudad, *él*.

—¿Y tú amenazas al dueño de la Casa Florio? —Tiene patillas anchas, ojos pequeños bajo una frente con una amplia entrada. Le tiende la mano a Vincenzo—. Señor Florio. Señora... Soy Giuseppe La Masa, un patriota. Encantado de conocerlos.

Vincenzo vacila. Ha oído hablar de La Masa, ha visto su retrato en varios periódicos que lo señalan como rebelde y agitador de multitudes; sabe que es uno de los más famosos —y buscados— adversarios del reino de los Borbones.

Giulia responde entonces al saludo.

—Señor La Masa... —dice, e inclina la cabeza—. He oído hablar de usted. También he tenido ocasión de leer su libro, hace tiempo. A decir verdad, es más una proclama que un libro, pero fue muy instructivo.

Vincenzo se vuelve y la mira con los ojos como platos. Más que asombrado, está enfadado. ¿De

verdad que ha leído ese libro? ¿El libelo de un subversivo? ¿Y cómo ha llegado ese libro a su casa? Tiene que haber sido obra del inconsciente de Giovanni Portalupi.

Giulia le responde con una mirada feroz. Ya discutirán luego.

Imita a su esposa, tiende la mano.

—Si es usted un patriota, podrá entonces explicarme por qué se nos impide ir a nuestra casa de la Arenella.

—¡Nos ha ofrecido dinero! —exclama Michele, con gesto enfadado—. ¡Ha tratado de sobornarnos! ¿Qué de positivo puede tener alguien que trata de huir?

La Masa entorna los ojos, que se convierten prácticamente en dos rendijas. No, no es la indignación lo que despierta su interés.

—¿En serio?

—Solo pretendía dar un donativo a la causa, señor.

—Ah. —La Masa mira hacia Palermo. Más allá del camino, en la línea de la costa, los cañonazos levantan nubes de polvo—. Están derribando la muralla. No valdrá de nada. —Vuelve a dirigirse a Vincenzo—. Porque la ciudad está de nuestro lado. La gente ya no aguanta los atropellos de estos napolitanos que vienen aquí a mandar, a apoderarse de nuestras riquezas y a ejercer de amos. Y si no le interesa conocer los atropellos que cometen contra nosotros ni de cuánta libertad nos privan, seguramente sabrá cómo y cuánto nos esquilman con impuestos, dado que es usted comerciante. —Se dirige a Giulia, la mira fijamente—. ¿Sabe usted, señora, cuántas chicas han sido deshonradas por los soldados de Fernando? Muchas de ellas, no mayores que sus hijas, sometidas a los lascivos deseos de hombres sin piedad. Nos envían a la soldadesca, para el rey somos una colonia, no súbditos de su reino. —Habla con pasión, con ardor. Señala de nuevo la ciudad—. Los sicilianos tenemos derecho a una vida mejor. Porque no se está rebelando solamente Palermo, sino la isla entera.

El gesto que Vincenzo le ve lo alarma. Comprueba entonces que nadie ha bajado las armas y que los hombres a caballo han rodeado también el carruaje de sus hijos.

La Masa se le acerca, están frente a frente:

—Usted, señor Florio, es una mente iluminada, un empresario como hay pocos en esta isla. ¿Quiere colaborar con nuestra causa? ¿Nos ayudará a construir nuestro nuevo mundo? Con sus recursos, con su inteligencia, podremos crear una nueva Sicilia. ¿Y bien? ¿Está con nosotros?



La puesta de sol en mayo huele ya a verano. Pero el sol no se demora lo bastante para que se le

pueda ver, como ocurre en verano: es un fugitivo que huye de la montaña para meterse en el mar. Y el mundo cae entonces en la noche.

En ese fragmento de tiempo, en Palermo hay una luz tenue que hace aún más evidente los estragos de la rebelión: las murallas que dan al mar han sido cañoneadas y derribadas, y los callejones están atestados de escombros de las barricadas que se habían levantado para impedir el avance de los soldados borbónicos. Los cuarteles, como el del Noviziato, han sido arrasados. La puerta Felice ha sido cubierta con una enorme tela con el fin de que no se vea el mar desde el Cassaro, para que así dejen de cruzarse señales el Palacio Real y los barcos borbónicos.

Muchas cosas habían ocurrido en los cuatro primeros meses de 1848.

Solo, en el despacho, con el brasero prendido y la ventana cerrada, Vincenzo puede respirar hondo después de un día terrible.

Un ruido.

La puerta se abre. Giulia está delante de él, en bata y pantuflas.

—¡Vincenzo! Es casi medianoche.

Él se frota las sienes.

—¿Qué ocurre?

Ella entra y cierra la puerta.

—No has cenado. Apenas duermes. ¿Qué haces?

Él menea la cabeza. A punto de cumplir cincuenta años, lo abruma el peso de la responsabilidad.

—Vete a la cama, Giulia. Déjame, no son cosas de mujeres.

Pero ella no se mueve. Lo mira, con la boca apretada en una mueca de reprobación.

—Pensabas lo mismo cuando te dije que había leído el libro de La Masa. Ser mujer no significa ser tonta, y ese libro me ha servido para comprender muchas cosas, sobre todo por qué La Masa y muchos más, como Rosolino Pilo o Ruggero Settimo, buscan fundar un Estado independiente en Sicilia. Que lo consigan, por supuesto, ya es otro cantar... Se puede no estar de acuerdo con sus ideas, Vincenzo, pero lo que no se puede es negar que están empeñados en sacarlas adelante. En cuanto a mí, no soy tu madre, tampoco una de tus hijas. Háblame. ¿Qué es lo que te preocupa? Tiene que ver con el nuevo gobierno, ¿verdad?

—Sí. —Vincenzo se pone a andar por el despacho—. Hoy he hecho algo de lo que podría arrepentirme. He adquirido por cuenta del comité revolucionario una enorme partida de rifles en Inglaterra. Luego resulta que proclaman el Reino de Sicilia, pero no han encontrado un rey que quiera la corona: ni el hijo de Carlos Alberto, el duque de Génova, ni otros, porque los ingleses se oponen además a que Sicilia deje de ser de los Borbones. En marzo montaron una farsa con las elecciones para el Parlamento, reuniendo a los cuatro nobles de siempre y a *gente adinerada*. Quisieron aplicar de nuevo la Constitución de 1824... pero no tenemos un punto de referencia. Ni

soberano ni jefe. Nadie. ¿Comprendes? No hay rey en Sicilia porque nadie quiere pisar esta isla. ¡Es de locos! —Se sienta en el sillón—. No teníamos bastante con la incautación de los buques o con el préstamo que prácticamente me han impuesto.

—Es una revolución, Vincenzo. Todo es confuso y hay que ser prudentes. —Se le acerca, le acaricia el rostro y enseguida Vincenzo le coge la mano, le besa la palma, él, que rara vez tiene gestos de afecto—. Todos han de hacer sacrificios.

—Lo sé. Pero no soporto que tengan que hacer la guerra con mi dinero: he dedicado toda la vida a crear... esto. —Señala las carpetas que hay esparcidas sobre el escritorio—. Desde que estalló la revuelta, los negocios se han reducido. El banco de préstamo, la fundición, los barcos... El piróscifo de la compañía de buques a vapor, el *Palermo*, estaba trabajando a pleno rendimiento; entonces llegaron Ruggero Settimo y el gobierno revolucionario y se lo llevaron para transportar tropas. Sí, diste en el clavo cuando hablabas de pasión. Settimo, por ejemplo, como presidente del Gobierno siciliano cree firmemente en lo que hace, pero está dispuesto a razonar. Comprende que Sicilia no está preparada para un gobierno republicano, que los nobles nunca lo aceptarían, y entonces trata de mediar, de encontrar una solución... Pero también está el sabihondo de Pasquale Calvi, el más terco de los republicanos. Ya ni sé cuánto daño me han hecho con sus proclamas y con la exigencia de que los burgueses debemos mantener la revolución. Y ahora...

—¿Te han pagado, al menos?

Vincenzo eleva los ojos.

—Oh, sí. Con la plata de las iglesias.

A su pesar, Giulia no puede contener la risa.

—¿Quieres decir cálices, copones, incensarios?

—Sí. Y no tiene nada de gracioso: a menos que los funda, lo que no puedo hacer, no tengo manera de transformarlos en moneda.

—Si tu madre supiese que quieres fundir esas cosas te excomulgaría.

Vincenzo no sonrío. Agarra una de las cintas de la bata de su mujer, la retuerce entre los dedos.

—Aunque en Palermo el gobierno revolucionario parece sólido, son muchos los que apoyan al rey y a los napolitanos. Estamos al borde de un precipicio, Giulia. Podríamos despeñarnos en cualquier momento.

—Pero la gente está contenta. El nuevo gobierno está haciendo todo lo que puede...

Vincenzo resopla.

—A la gente le es indiferente quién gobierna si no tiene comida en el plato. ¿Quieres saber la verdad? Los nobles son los que están interesados en que los napolitanos no vuelvan a pisar Sicilia. De esa manera, sus privilegios permanecen intactos y ellos pueden ocupar los cargos más importantes. ¿Sabes que en el gobierno hay muchos miembros de familias ricas? Personas que han estudiado y viajado, desde luego, y con grandes ideales. Pero los pobres no se alimentan de

ideales. Es en ellos en los que debe pensar el gobierno, de lo contrario... Pero, como no tiene *dineros*, acude a mí, o a Chiaramonte Bordonaro, y piensa comprometerme enrolándome en la Guardia Civil.

—No vas a resolver estos problemas permaneciendo despierto toda la noche o saltándote la cena. —Giulia cierra las carpetas del escritorio—. Los cálices pueden esperar. También mañana habrá préstamos. —Se inclina hacia su marido, le besa la frente—. Ven a la cama —le susurra.

Él mira los papeles, luego desplaza la atención al pecho de su mujer, blanco como la muselina. Han pasado muchos años desde que se conocieron, pero él no deja de desearla.

Desata las cintas de la bata.

—Voy.

Sus voces se pierden, quedas, en el silencio de la villa.



Tiene delante la torre de los Quattro Pizzi, sumida en un alba color miel. Las ventanas de la villa están atrancadas, el portal está cerrado. El arrabal de la Arenella parece muerto: no hay nadie en la calle o en las barcas.

Ignazio cierra el catalejo que un marinero le ha prestado y traga saliva. Advierte un miedo nuevo, diferente del que sintiera aquella vez que había corrido peligro de muerte. Ha tenido que madurar de prisa. Los acontecimientos del último año han obligado a su familia a huir primero de la casa de la via dei Materassai y luego también de la villa de los Quattro Pizzi. A sus diez años ha comprendido que el destino puede privarte de todo aquello que dabas por sentado hasta ese momento: certidumbres, comodidades, bienestar.

Y ha comprendido que 1848 ha sido un año muy complicado. Los Borbones fueron expulsados, había un gobierno en el que su padre y algunos de sus conocidos participaban. En todo aquel tiempo, su padre había estado incluso más nervioso e irascible de lo habitual. Pero 1849 no parecía un año mucho más tranquilo. Ignazio había oído decir que Taormina, Catania, Siracusa y Noto se habían rendido a principios de abril y que ahora le tocaba a Palermo. Esas noticias lo tenían confundido, pero nadie se molestaba en explicarle ciertas cosas a un niño.

Toda la familia se había trasladado al *Indépendant*, el piróscafo que Vincenzo había comprado unos meses antes para su nueva compañía de navegación, la Ignazio y Vincenzo Florio, que se sumaba a la compañía de los buques a vapor: una nueva empresa, en la que se hacía cargo únicamente de los impuestos y se quedaba con los beneficios. Se habían refugiado ahí porque era un lugar seguro. Había oído cómo su padre se lo explicaba a su madre una vez más la noche anterior. Los camarotes estaban pegados, las paredes eran muy finas.

—Te he dicho ya que puedes estar tranquila, que el *Indépendant* está registrado como francés: no hice cambiar la bandera cuando lo compré, y menos mal... Nadie, ni los rebeldes ni los napolitanos, va a atacarlo, por miedo a desatar las iras de Francia.

En el silencio de la noche, Ignazio oyó el frufrú de la tela del traje de su madre. Seguramente se habían abrazado, pues, de repente, ya no oyó nada. Era un silencio angustioso, solo sentía los latidos de su corazón mezclándose con el rumor de las olas contra la amurada.

Luego, un susurro:

—Ten cuidado mañana. Ocurra lo que ocurra, piensa en salvar tu vida.

Esa especie de ruego lo turbó profundamente, revelando de golpe el temor que la madre siempre había conseguido ocultar tan bien detrás de sus ojos tranquilizadores.

El futuro se había hecho presente. Un bote está llevando a tierra a su padre y, conforme se aleja, el miedo de Ignazio se acrecienta.

Los marineros del *Indépendant* se mueven en un silencio respetuoso. Miran de reojo a ese chiquillo cuya ropa vale la paga que ellos cobran en un año. Lo miran y se dicen que no se parece nada al padre. No tiene su carácter duro, ni su impetuosidad.

Ignazio nota la curiosidad, la envidia, el asombro de los marineros, pero no reacciona. Se vuelve hacia proa y observa a su madre. Parece una estatua de escayola envuelta en una capa. Y en ese momento le ve las ojeras, las arrugas en las comisuras de los labios, la frente marcada. Nunca antes le había notado nada de todo eso. ¿Cómo es posible que haya envejecido tanto? ¿Cuándo le ha ocurrido? ¿Qué les hace la vida a los seres humanos, cómo consigue grabar el paso del tiempo en la piel?

Demasiadas preguntas para un niño. Preguntas para las que hay una sola respuesta, pero que él no podría encontrar: el rostro de su madre, en ese momento y desde hace un tiempo, es el rostro del miedo.

Con el futuro de la revolución ya comprometido, una delegación de notables palermitanos se vio en Caltanissetta con el comandante de las tropas borbónicas, Carlo Filangeri, príncipe de Satriano, y le entregó la rendición de la ciudad.

Sin embargo...

Sin embargo, el pueblo no quiso rendirse. Se sublevó levantando barricadas contra la guarnición de Palermo. «Ninguna concesión a los Borbones, jamás», gritaron. Ni el hambre podía aplacar el odio a los napolitanos.

Pero el pueblo había sido abandonado a su suerte. Los jefes del Gobierno habían huido — también Ruggero Settimo, también Giuseppe La Masa— y los nobles se habían recluido en las villas del campo y en las haciendas, como si les diera igual el destino de su ciudad. Una ciudad ya a la deriva, hambrienta, exhausta, destruida y en llamas.

Todo eso Ignazio lo ignora, a diferencia de su madre. Y nunca ha tenido tanto miedo por su

Vincenzo, con la esperanza de que el rey conceda —como Filangeri ha prometido— la amnistía general.

Se le acerca, le coge la mano.

—No se preocupe. Padre regresará pronto.

Lo dice con la valentía pura de un niño.

Giulia permanece con la mirada clavada en la embarcación, observa el pequeño casco yendo hacia la dársena de la Arenella, donde está su casa.

—Eso espero, Ignazio —dice entonces. Le aprieta la mano y el niño nota una fuerza de voluntad que transmite esperanza—. No. Estoy segura.

La abraza.

—Sí, madre.

—Mi principito. —Giulia sonríe, y también lo abraza.

Quiere a ese hijo tan reservado. Vincenzo es brusco, rudo; Ignazio es sereno, apacible. Ha sacado muchos rasgos de ella. La paciencia. La mirada plácida. La generosidad. Del padre, en cambio, tiene la decisión y esa inteligencia indómita que primero lo lleva a comprender, luego a desear y finalmente a conseguir lo que se propone. Sin prisa. Sin antojos. No los necesita.

En ese momento sale del sollado la carita de Giuseppina. Tiene el pelo recogido hacia atrás en un apretado *moño* que pone en evidencia la palidez del rostro anguloso; ella también lleva una capa para protegerse de la humedad. Angelina se ha quedado durmiendo en el camarote, acurrucada contra la pared.

—*¿Padre se ha ido?* —pregunta.

Giulia le dice que sí y le pide que se acerque. Les pide a los dos que la abracen.

—Tenemos que rezar para que el rey conceda el indulto a vuestro padre y a todos los otros.

Giuseppina mira a su madre de arriba abajo.

—*Padre no ha hecho nada que los otros no hayan hecho también* —protesta. Tiene una mirada orgullosa, remarcada por una nariz pronunciada, parecida a la de su madre.

Giulia le besa la frente.

—Cariño, lo sé. Pero tu padre, al igual que el barón Chiaramonte Bordonaro, el barón Riso y el barón Turrisi, es rico y ha sido... —vacila, busca la palabra adecuada para explicar lo que está ocurriendo— obligado a financiar el gobierno revolucionario. Pero el rey necesita dinero. No me sorprendería que, en castigo por su colaboración, les reclamara una indemnización o, peor aún, les expropiara parte de sus bienes para recuperarse de las pérdidas.

Mientras la niña masculla una protesta, Ignazio reflexiona. Siempre ha oído a sus padres hablar de negocios. En su mente comprende que el Estado al que todos odian, pero al que todos se someten, no es su amigo.

—*No puede negarse, ¿verdad?* —pregunta.

—Tu padre preferiría que lo matasen a que manchasen su nombre. No va a consentir que nadie diga que los Florio carecen de honor. Hará lo que deba hacer.

«Pero no lo hará sin luchar», piensa Giulia con los ojos clavados en Palermo, que surge de un mar de bruma. El honor para él es el dinero, son las fábricas que posee, las especias, el vino y los navíos. Y a nadie le permitirá que se lleve su riqueza.



Cuando Ignazio baja al sollado, encuentra a Angelina despierta, trezándose el pelo. Se sienta en las mantas de la litera.

—Padre se ha ido.

Ella no responde. Se sujeta la trenza con horquillas en la parte alta de la cabeza. El niño se levanta, se le acerca, observa los objetos del tocador de viaje. Coge el cepillo de cerámica pintada, lo balancea sujeto del mango de latón.

Su hermana se lo arranca.

—¡Es mío! —murmura en un tono teñido de rencor—. ¿Tienes que cogerlo siempre todo?

Ignazio está desconcertado.

—¿Por qué? —Retrocede un paso, con los brazos caídos.

—¿Y encima preguntas? —Angelina golpea el cepillo con violencia. El revés de cerámica se raja.

Él menea la cabeza, retrocede más.

—Si no fuera porque tú estás aquí, a lo mejor nos hacían volver a tierra, a nuestra casa. *Pero como tu padre tiene que cuidarte, tenemos que estar aquí.* —En el rostro de Angelina han aparecido manchas rojas, señal de que está cada vez más airada—. ¿Todavía no te has enterado? *Estamos aquí no porque se preocupe por nosotras o por nuestra madre. Es por ti.* —Le apunta con un dedo al pecho.

Más que las palabras, lo impresionan las manos apretadas. Las mira y nota en esos puños un rencor que no cree merecer, porque él no ha pedido nada, y porque querría regresar a Palermo igual que todos.

Se lleva las manos al pecho, niega con la cabeza.

—Yo también quiero volver a casa. —Y mientras lo dice, le escuecen los párpados a causa de las lágrimas—. No es mi culpa. Hay soldados, yo no...

—¡Calla la boca! —Angelina se levanta, lo agarra de los hombros, lo zarandea—. ¿No te das cuenta de que tu padre estaría dispuesto a dejarse matar con tal de protegerte? Nosotras le damos

igual, el importante eres tú, solamente tú. Tú, porque tú llevarás su apellido y trabajarás con él. Tú, *porque eres hombre*. —Lo suelta, casi lo empuja contra la pared.

Ignazio se apoya en el marco para no caerse.

—*Yo, Giuseppina... somos mujeres. Tú eres hombre*. —Lágrimas breves, rabiosas, que enjuga con el dorso de la mano—. *Solo cuando tú naciste se casó con nuestra madre. Pues sí. Ella no lo dejó nunca, pese a que él no quería casarse. Solo cuando tú naciste la aceptó como esposa*. — Se acerca a la puerta—. *Para él no contamos nada. Le daría igual que nos muriésemos*. —Y sale.

Ignazio se queda solo. Se sienta en el suelo, con las piernas contra el pecho. Ahora tiene muchas cosas más claras. Algunas chanzas de la servidumbre. La amargura de su madre, y su tenacidad. Las duras miradas de Angelina y las melancólicas de Giuseppina. La severidad de su padre y la actitud protectora, incluso celosa, de la abuela Giuseppina.

Con esas sensaciones llega una conciencia que solo dura un instante.

Todavía es demasiado pequeño para comprender qué significa realmente. Es una corriente fría que lo hace vibrar, que lo tensa, pero que enseguida desaparece, absorbida en el fondo turbio de la conciencia.

Su vida no le pertenece.



Vincenzo Florio espera en el despacho de la via dei Materassai. Nadie sabe que ha regresado hace apenas unas horas.

Había desembarcado en un punto no lejano de la ciudad. Giovanni Caruso, su secretario, lo esperaba con un carruaje y una pequeña escolta. Habían llegado después de atravesar campos y de sobornar a los guardias.

En las calles y en los callejones, las heridas abiertas de la devastación: edificios dañados, puertas arrancadas, muebles usados como leña, armas abandonadas, sangre. Los palermitanos se habían sentido traicionados, convencidos de que los nobles y los comerciantes habían vendido la independencia de la isla al rey para mantener a salvo sus riquezas.

Lo cierto es que tenían razón.

Vincenzo se estremece. Delante de él, Giovanni Caruso dormita en un canapé. Ha permanecido a su lado, demostrándole una fidelidad que trasciende los deberes del trabajo.

Vincenzo tiene cincuenta años, y nota la edad. Había intentado no comprometerse demasiado, pero, forzado por las circunstancias, tuvo que aceptar un cargo en la Guardia Nacional tras la huida de los jefes de la revolución, pues la ciudad se encontraba a la deriva. No quería, pero no

pudo hacer otra cosa, y se había apartado del gobierno revolucionario en cuanto le fue posible. No había dado ningún paso en falso en la administración de su Casa.

«Por lo menos hasta ese momento.»

Se mueve por la habitación sin hacer ruido.

Sube a la otra planta, donde sigue viviendo su madre. Giuseppina no ha querido irse. La encuentra sentada en el salón, con la corona del rosario en la mano, dormida en un sillón. Por debajo de la cofia le asoman canas. Tiene las manos descarnadas, con manchas de edad. Las recuerda fuertes, enrojecidas por la lejía o el agua gélida, también impregnadas de harina. O llenas de sangre.

Es un recuerdo vago, que se convierte en una sensación de vacío. Podría haber tenido un hermano o una hermana...

Da un paso atrás. En el rostro de Giuseppina, las arrugas cuentan una historia de amargura. Sabe que a Ignazio lo echa más de menos que a su padre. Siente por ella lástima y ternura, por sus setenta años llenos de dolor.

Deja atrás el salón, atraviesa todos los cuartos. Llega a su alcoba, se echa en la cama, busca el olor de Giulia. No lo encuentra. Han cambiado las sábanas y huelen a jabón.

Cierra los ojos mientras la sensación de vacío pasa a ser de cansancio, y luego se convierte en preocupación.

«¿Y ahora qué va a pasar? —se pregunta—. ¿Hasta dónde llegará la generosidad del rey, hasta dónde llegará su perdón?»

Da vueltas en la cama con los ojos cerrados. Una sensación de frustración le amarga la boca.

«El príncipe de Satriano. Sí, él me sacará del apuro. Me lo debe», piensa.

Seis años antes, Vincenzo le había evitado a Carlo Filangeri, príncipe de Satriano, la vergüenza de la quiebra gracias a un préstamo. Lo había hecho a pesar de que ese hombre lo había llamado «mozo de cuerda». Es más: le había prestado dinero justo por eso, para que pudiese recordar que una persona a la que consideraba inferior lo había salvado de la ruina.

«Además —se dijo entonces Vincenzo—, tener conocidos en la corte siempre es útil.»

A través de un intermediario el príncipe le había hecho saber que no sufriría consecuencias por su «cercanía» a los rebeldes ni por aquel engorroso asunto de los rifles que había adquirido en nombre del gobierno revolucionario. Debía, claro está, devolver la plata que se había sustraído de las iglesias, pero probablemente todo se quedaría ahí.

Sin embargo...

A raíz de aquella revolución, Vincenzo se fijó un propósito: no creer nunca a los políticos. Aprovecharse de ellos, manejarlos, comprarlos si era necesario, porque todo hombre tiene un precio. Pero jamás, jamás confiar ciegamente en ellos.

La tensión disminuye. La luz del sol le indica que el día ha llegado. Se levanta, se cambia de

ropa. Le pide a uno de los criados que llame a Caruso, para que pueda asearse y desayunar.

Cuando llega el secretario, Vincenzo le señala la mesa.

—Ahí hay café y galletas. Sírvese usted mismo.

El hombre come lentamente y mira de reojo el rostro de su jefe. Al cabo dice:

—Ya tendría que haber venido el mensajero del rey. Ayer ya lo estuvimos esperando.

—Diría que sí. —Una pausa tensa—. Así que vayamos al Palacio Pretorio.



Para que no los reconozcan, ambos salen embozados en viejas capas. El silencio que había en los callejones ha dado paso a un murmullo que se va intensificando con la proximidad del Palacio Pretorio. Intuyen que algo ha ocurrido cuando ven que las calles se están llenando de gente. Pasado Quattro Canti, ahí donde está el patíbulo, hay una marea humana enardecida. Entonces se desvían, van por el callejón que bordea la iglesia y el monasterio de Santa Catalina. Pero al final tienen que abrirse paso entre la multitud sudorosa y airada.

—Entremos, rápido —le dice Vincenzo al secretario—. Esto va a acabar mal.

El gran vestíbulo tiene las ventanas abiertas, lo invaden el sol y los gritos. En una chimenea arden documentos que un funcionario arroja a las llamas. En un rincón, abatido en una silla, el barón Turrisi jadea con las manos en el pecho.

El barón Pietro Riso sale al encuentro de Vincenzo, seguido de Gabriele Chiaramonte Bordonaro, visiblemente aliviado.

—Perdón real para todos nosotros. Para los demás, el exilio. La gente está furiosa, pero no comprende que podría haber acabado mucho peor. Ninguna condena a muerte... aunque no dudo de que al rey ya se le ocurrirá cómo castigarnos de otro modo.

Caruso murmura:

—Alabado sea Dios.

Vincenzo se limita a asentir, luego pregunta:

—¿Quiénes han sido condenados al exilio?

Riso abre los brazos:

—Los que se han expuesto más: Ruggero Settimo, Rosolino Pilo, Giuseppe La Masa, el príncipe de Butera... unas cuarenta personas. Ha acabado bien.

Un hombre irrumpe en ese momento en la sala. Está alterado, la frente despejada la tiene roja.

—¡Ustedes! —Señala con un dedo a los dos aristócratas y a Florio—. Ustedes han vendido nuestra isla por un plato de lentejas.

—Don Pasquale, se acabó. Hemos de salvar lo que podamos. Comprendo que sus ideales se

hayan visto defraudados, pero no podíamos hacer otra cosa. —El barón Turrisi trata de aplacarlo.

—Para ustedes, yo soy el señor Pasquale Calvi. Mis creencias políticas rechazan los títulos nobiliarios. Y, desde luego, con ustedes no hay esperanza de que algo pueda cambiar. —Los mira, y en sus ojos hay un rencor incendiario—. Mis compañeros y yo soñábamos con una Sicilia libre, con una tierra independiente y confederada con los otros Estados italianos. Ninguno de ustedes ha creído realmente en este ideal, ¡ninguno! Hemos luchado por nada. Y ahora, debido a su desidia, vamos a pagar por todos. Mi nombre figura en la lista de los desterrados. ¡Yo, obligado a dejar mi patria! Por su miedo me han condenado a mí y a otros hijos de esta tierra a un destino de exiliados. Si hubiesen sido valientes, si hubiesen aceptado armarse y combatir, a esta hora los napolitanos no estarían en las puertas de la ciudad.

Vincenzo no lo deja seguir.

—Calvi, ya no es tiempo de proclamas ni de retórica. Dé gracias al cielo de que no haya una cruz sobre su nombre, porque ahora mismo ya estaría usted encarcelado en la fortaleza del Ucciardone, adonde lo habría llevado yo en persona. Sepa eso.

Mors tua vita mea.

Pasquale Calvi da un paso hacia él. La desesperación que siente es tan corrosiva como el ácido.

—¡Habla precisamente usted! Cuando Ruggero Settimo y yo le imploramos que defendiera la ciudad, se echó atrás, igual que todos los demás, empezando por ese *parásito* que está a su lado, Chiamonte Bordonaro. Y se han rendido a Filangeri. ¡Cobardes!

—¡Nos pidió usted que nos dejásemos matar! Tenemos una vida, Calvi, y queremos seguir viviéndola. ¿No comprende que nuestra rendición ha evitado un baño de sangre?

Pero Calvi no da su brazo a torcer. Los ojos se le llenan de lágrimas.

—Usted, Florio, no solo es un *piojo arribista*: tiene un alma negra. Es un *canalla*. Tendría que haber defendido la ciudad, no bajarse los pantalones ante la primera amenaza, en nombre de sus intereses.

—Pero ¿sabe usted a cuánta gente doy trabajo? —trona Vincenzo, acercándose a Calvi—. ¿Sabe qué es la Casa Florio?

Calvi lo aparta.

—¡Maldito sea, Florio! —grita—. ¡Váyase al demonio con su *cabazonería* y todos sus *dineros*! ¡Ojalá tenga que llorar por ellos hasta el último céntimo! ¡Igual que he de llorar yo, ha de llorar usted!

Vincenzo se irrita. Se ofusca y se ciega.

—¿*Qué hace, me echa maldiciones?* —Cierra y abre los puños frenéticamente—. Porque yo también sé echar maldiciones. Solo que las mías tienen efecto inmediato.

—¡Ya está bien! ¡Se acabó, Calvi! —El barón Turrisi lo agarra del brazo—. ¿Cómo iban a

resistir después de que Mesina y Catania hubieran caído? ¿Con qué armas, con qué provisiones? ¿Qué pretendía usted fundar, un reino a medias? ¿Una república dentro de las murallas derruidas de una ciudad? No quedaba otra cosa que hacer. El perdón del rey ya es mucho.

Calvi lo mira como si lo viese por primera vez: con espanto, con desprecio.

—Para ustedes, quizá. —Fuera hay gritos, lanzan piedras contra la fachada del palacio—. ¿Oyen a los palermitanos? ¡No quieren rendirse! —Una piedra cae en el suelo, parte una loseta. Pasquale Calvi abre los brazos. En el rostro, un dolor que es difícil no notar. El dolor de alguien enamorado de su tierra, de alguien que ha creído en la posibilidad de un futuro diferente y se ha entregado a un ideal sin reservas, sacrificando su propia vida. El dolor de alguien que tiene que marcharse al exilio—. Ustedes han condenado a nuestra tierra a la esclavitud. Espero que esta idea no los deje conciliar el sueño y que un día sus hijos se les subleven, reprochándoles su cobardía. —Sale corriendo mientras la ciudad parece vibrar con gritos y disparos.

Turrisi vacila, querría asomarse. Vuelve sobre sus pasos.

—Más vale irse. Regresaremos cuando los ánimos se hayan aplacado.

Se despiden con un gesto de la cabeza y se escabullen por entre los empleados y los funcionarios. Las puertas se cierran detrás de ellos.

Atún

octubre de 1852 – primavera de 1854



Nuddu si lassa e nuddu si pigghia si 'un s'assumigghia.

No se deja y no se elige si no se parece.

Proverbio siciliano

Mientras que en el resto de Europa los movimientos por la independencia se reorganizan con dificultad tras la represión de los motines de 1848, en el Reino de las Dos Sicilias Fernando II trata de recuperar la unidad del país. Pero lo hace con decisiones sumamente impopulares: le impone a Sicilia una deuda pública muy alta y suspende indefinidamente la Constitución que había promulgado el Parlamento siciliano en marzo de 1848. El pueblo y las administraciones locales, cansados de la larga etapa de inestabilidad, aceptan estas exigencias, a la vez que los aristócratas se distancian de los intentos de rebelión que se siguen produciendo. Pero son solo hechos aislados, insertos casi siempre en un contexto rural y que apenas tienen resonancia en la ciudad.

De poco sirven las presiones del gobierno inglés, encaminadas a aliviar la carga fiscal y el clima de Estado policial. Así, el reino de los Borbones se convierte en el arquetipo del poder reaccionario, marcado por un profundo malestar tanto en el interior como en las relaciones internacionales. Al hijo de Fernando, Francisco II, que ocupa el trono desde 1859, lo rodea una aristocracia con frecuencia retrógrada y celosa de sus privilegios. De hecho, incapaz de desviarse del rumbo político de su padre, Francisco impide que el sur avance por el camino del desarrollo económico y social.

Pero el impulso patriótico de los desterrados de 1848 no se extingue y prosigue en los escritos y en las intervenciones de muchos de ellos, como Giuseppe La Masa, Ruggero Settimo y un joven y combativo abogado nacido en Ribera, provincia de Agrigento: Francesco Crispi.

«Echado está el lance, la red tendida, y acudirán los atunes en la noche de luna.» Así escribe Heródoto en el siglo V a.C. Y así ha sido durante siglos. Hasta hoy. Los atunes: pacíficos animales de piel plateada, capaces de desplazarse varias docenas de kilómetros en bancos de cientos de ejemplares. Cuerpos enormes que revuelven el mar, lo agitan, lo llenan de ruidos. Desde el Atlántico vuelven al Mediterráneo en primavera para reproducirse, cuando la temperatura es templada. Sus carnes son grasas, los cuerpos están listos para el apareamiento.

Entonces se baja la almadraba.

Porque la almadraba no es solo un edificio, el *pabellón*.

También es un sistema de redes con cámaras progresivas: un método inventado por los árabes y transmitido a los españoles, que halla su apoteosis en Sicilia.

La almadraba es un ritual.

La almadraba es un lugar donde familias enteras han vivido cientos de años: los hombres en el mar, las mujeres en las plantas. En invierno arreglan las embarcaciones y remiendan las redes. En primavera y en verano se ocupan de la matanza y de elaborar el pescado.

Llaman «cerdo del mar» a este bicho de mirada tonta, porque de él no se desperdicia nada: no se desperdician sus carnes rojas y blandas que se preparan, se dejan en salmuera y se venden en grandes bidones. Tampoco la espina y la piel que, secas y trituradas, se utilizan como abono. Tampoco la grasa, que se emplea para la iluminación. Tampoco las huevas, que se convierten en valiosa botarga.

La almadraba vive porque existe el atún.

La sal y el atún han sido siempre inseparables, como si, aunque sea de forma distinta, el atún no pudiera dejar el mar.



El lugarteniente del Reino de Sicilia, Carlo Filangeri, príncipe de Satriano, duque de Taormina por méritos militares tras la reconquista de Sicilia en 1849, está sentado en su elegante despacho revestido de madera y decorado con el escudo de la ciudad de Palermo. Fuera, un sol tibio de finales de octubre se extiende por los tejados de Palermo y traza sombras de encaje entre las almenas de la catedral.

Delante tiene una serie de cartas: palabras fueguinas, palabras que chorrean rencor, un duelo de documentos entre Vincenzo Florio y Pietro Rossi.

Dos años antes, en 1850, el propio Filangeri había querido que Vincenzo Florio fuese nombrado gobernador comercial del Banco Regio de los «Reales Dominios más allá del Faro», esto es, en Sicilia. Tenía la convicción de que Vincenzo estaría dispuesto a acometer tareas al margen de las muchas de su actividad comercial. Un hombre como él, con su sagacidad, podía resultar útil también en la administración del reino.

Filangeri se toquetea el pelo ensortijado de las patillas que le llegan hasta la mitad de la mejilla. Está en un aprieto.

Pietro Rossi es el presidente del Banco Regio. Un hombre próximo a la Corona, poderoso, apreciado, meticuloso, inflexible. A todo el mundo le exige la máxima corrección. Pero alguien así, tan íntegro, no puede sentir aprecio por una persona como Florio, que hace y deshace sin parar, que se queda con una empresa y luego la deja por otra, que solo piensa en enriquecerse.

—Que sea comerciante ese *mozo de cuerda enriquecido* —le dijo un día Rossi a Filangeri—. Que siga comerciando con sus barcos, pero que deje la política a quien quiere servir realmente a la cosa pública.

Y, antes de que hubiera pasado una semana, entregó las pruebas de que Vincenzo no había desempeñado su cargo de gobernador comercial de manera ejemplar: no había asistido por motivos justificados a las reuniones y no había presenciado las actividades de registro. Al final del mensaje, Rossi sugirió que Florio presentase la dimisión, para evitarle la deshonra de una —a su entender, ya inevitable— destitución.

Ahora bien, Filangeri jamás habría hecho algo así, no sin avisar a Vincenzo. Por eso lo había citado para explicarle cuál era la situación. Y había confirmado las sospechas que Vincenzo albergaba hacía tiempo.

—Voy a arruinar a ese inútil —murmuró Vincenzo—. Me está difamando ante el ministro y el director de Hacienda de Sicilia, y ante usted.

—Venga, don Florio... Podría usted participar más en las actividades del Banco Regio. Podría ir a las reuniones, por ejemplo. En el fondo, cuenta con un montón de colaboradores y creo que hay personas de su confianza capaces de sustituirlo. O, en su defecto, renuncie a este cargo que no le aporta prestigio ni dinero. ¿Por qué quiere complicarse la vida?

—Le agradezco el interés, pero sé cómo dirigir mi Casa, y las cosas funcionan solo *si ci stai d'in capo*, si uno mismo se ocupa de ellas —respondió Vincenzo con el ceño fruncido—. Que alguien como Rossi me diga cómo debo comportarme es un insulto en toda regla. Yo trabajo y docenas de familias de la ciudad viven gracias a mí; sin embargo, según él, tendría que quedarme sentado esperando que lleguen los capitanes trayéndome las señales de pago o los manifiestos de carga. Que sea un chupatintas, en una palabra. En cuanto al motivo, póngase en mi lugar. Hay

cosas que se administran... desde dentro. Solo quien trabaja aquí, o tiene amigos en este lugar —y abrió los brazos, señalando el palacio en el que se encontraban— puede *cuidar bien el bolsillo*. Usted es mi amigo, y le doy las gracias, *pero a mí no me interesa el dinero del encargo*: Me interesa *trabajar*. —Lo miró de arriba abajo con ojos cansados pero firmes—. Tiene usted que ayudarme, príncipe.

Filangeri se humedeció los labios y se frotó las palmas sudadas en las piernas. Vincenzo no le estaba pidiendo un favor; acababa de darle una orden.

—Eso no va a resultar fácil, señor Florio, usted lo sabe. Lo acusa a usted y ha acudido al director. Debo presentar la solicitud y...

—Preséntela —lo interrumpió Vincenzo—. Envíesela al director, por supuesto. No quiero ponerlo en un aprieto, jamás lo haría. Eso sí, me gustaría recordarle que sé corresponder a los amigos y que también sé ser despiadado con los enemigos. Y usted sabe bien cuán grande puede ser mi gratitud.

Filangeri no replicó, se limitó a observarlo. Vincenzo Florio había sido siempre su tabla de salvación. Cuando llevó un tenor de vida desmedido, cuando las deudas estuvieron a punto de asfixiarlo o la sombra de la bancarrota se alargó amenazadoramente, Florio estuvo ahí, dispuesto a ayudarlo. Claro que él también le había echado una mano inmediatamente después de la revolución, pero eso apenas podía compararse con todas las veces que...

No le quedó más remedio. Hizo llegar la nota de Rossi al director del departamento de Hacienda de la Lugartenencia General de Sicilia, si bien añadiendo que semejante propuesta era cuando menos discutible, y que sería preferible encontrar otra solución. Que no era procedente ser tan rígidos.

Fue retirada la petición de cese.

Pero Rossi no se rindió. Tampoco Vincenzo.

«Esta historia acabará mal de todas formas», suspira Filangeri. Se levanta, recoge los papeles. Se sienta otra vez, pesadamente. Él hablará con el director de Hacienda. El asunto ya ha durado demasiado; puede paralizar la actividad del Banco Regio. Y añadirá que a nadie le conviene ponerle zancadillas a un hombre como Florio.



Por el camino de la costa que conduce a Marsala, un carruaje escoltado por dos hombres a caballo caracolea bajo el azote del viento. Llega a la finca de los Florio, cruza el portón y se detiene con un chirrido. Los caballos relinchan agotados.

El cielo de noviembre es una manta sin color. También el mar, gris, movido, brama un

desacuerdo difícil de interpretar. Las Egades son manchas borrosas contra el horizonte. El otoño de 1852 ha llegado sin pedir permiso, trayendo consigo días impregnados de frío seco que aridece la tierra.

—Bienvenido. —Giovanni Portalupi recibe a su cuñado con un apretón de manos.

—Gracias. —Vincenzo lo saluda con sequedad—. Que día más feo. Solo hay nubes y viento. ¡Si por lo menos lloviese! —Sin decir nada más, deja atrás a Giovanni y se dirige hacia la casa.

Del carruaje se apea un joven. Es alto, un poco gordo, está embutido en una capa que oculta el cuerpo. Se acerca a Portalupi:

—Señor... —Le estrecha la mano—. ¿Cómo está?

—Bien, gracias. ¿Y su padre?

—Se defiende, gracias a Dios. Se ha quedado en Palermo, en nuestras oficinas. —Vincenzo Caruso, hijo de Giovanni, busca en la cartera, extrae unas cartas—. De parte de su hermana. Le envía saludos.

—Gracias. ¿Ella cómo se encuentra?

—Fuerte y hermosa, como siempre. Las niñas la tienen ocupada y el joven Ignazio completa la faena.

Vincenzo, que se ha detenido, los está llamando con impaciencia.

Se miran.

—¿Malas noticias? —pregunta entonces Portalupi.

Caruso asiente.

—No lo hagamos esperar, después les contaré.

El «después» llega avanzada la tarde, cuando han terminado de revisar los libros, el monto de los adelantos y los pedidos.

En la finca reina el olor dulzón de la madera y el vino. Es un aroma dulce y cálido, ligeramente ácido, que evoca los días de otoño, cuando el mosto fermenta y los toneles se vacían hasta la mitad para poder ser rellenos con el vino nuevo.

Los tres hombres pasan a la salita, donde hay una mesa preparada para cenar.

—No tenemos las cuotas de mercado de Ingham, es cierto, pero estamos casi igual que Woodhouse. Y la producción va en aumento a pesar de los aranceles ingleses. —Caruso se sienta a la mesa, se coloca la servilleta en las rodillas.

—Afortunadamente existe el mercado francés. —Giovanni Portalupi sirve vino—. Prueben este catarratto: procede de las últimas adquisiciones. He conservado un tonel para las comidas.

Vincenzo chasquea la lengua contra el paladar.

—Amable. Perfumado.

—Vinificado en la finca de Alcamo. Esa es una zona excelente para los blancos. —Giovanni se acoda en la mesa y apoya la barbilla en los puños apretados—. Te había garantizado que

conseguiría el mejor, y así ha sido. —Lo dice recalcando su satisfacción, pero sin ánimo de provocar.

Su cuñado lo mira de soslayo.

—Y has trabajado bien, lo reconozco. Después de la experiencia con Raffaele, era reacio a contratar parientes. Por fin comienzan a llegar los primeros beneficios.

De Giulia no hablan. No después de lo ocurrido.

Sin embargo, Giulia ha llevado la paz entre ellos. Ha sido ella la que ha animado a su marido a contratar a su hermano, y la que le ha pedido a Giovanni que se esmere en la dirección de la planta de producción de marsala.

—Bien. Previsiones de unos mil trescientos toneles para el próximo año. —Caruso sigue haciendo cálculos—. ¿Cuántos obreros fijos contratados?

—De nuevo setenta, más los niños. Merced a las prensas a vapor podemos ahorrar en brazos. De todas formas, Woodhouse, que produce unos pocos toneles más que nosotros, emplea muchos más obreros.

Entra un criado a servir la cena, una densa sopa de pescado cuyo aroma invade la habitación. Guardan papeles y notas, empiezan a comer.

—Su producción es más anticuada. Tienes que compararte con Ingham, con el sistema de producción de la finca de la Casa Blanca, con sus tornos a vapor. —Vincenzo se limpia los labios con la servilleta—. Ingham es un amigo y un socio, pero no ha vacilado en hacer circular rumores injuriosos sobre nuestro vino, señal de que teme nuestra competencia. Lo sé muy bien por nuestro agente de Mesina.

Giovanni Portalupi suspira profundamente.

—Ingham es una fragata, Vincenzo. Nosotros somos un bergantín.

—Sí, pero los bergantines son más veloces y rápidos. A lo mejor nuestra producción es más baja; ahora bien, cualitativamente, ni siquiera alcanza a vernos.

El cuñado esboza una sonrisa, la primera del día.

Al final de la cena, una vez relajados y saciados, Giovanni Portalupi se atreve a formular una pregunta.

—¿Y cómo van las cosas con Pietro Rossi?

—Mal. —Vincenzo hace una bola con la servilleta y la tira a la mesa—. Un cabrón. Me citó a una reunión un día después de mi viaje a Marsella el mes pasado. Quiere forzarme a dimitir a cualquier coste.

Giovanni junta las manos.

—Pero tú has cumplido con tus obligaciones. ¿O no?

Caruso se aclara la voz, mira de un lado a otro.

Vincenzo retuerce una miga de pan, luego responde:

—Pusieron los días de atención de tesorería coincidiendo con los de la partida de los vapores o los buques. No pude ir. —Es una defensa que suena a admisión de culpa.

—Pero también tienes colaboradores válidos. —Giovanni levanta su copa, señala a Caruso, que le da las gracias con una especie de brindis.

—Ese no es el problema. Si no confiara en ti, no te habría elegido.

—Sigues siendo incapaz de no tenerlo todo atado y bien atado, ¿verdad? No quieres que nada se te escape. Es algo que te supera. —Giovanni enarca las cejas. Se refiere a los negocios, pero también a su vida, a la familia, y Vincenzo lo sabe.

Se encoge de hombros.

—Soy así. —Lo dice con sencillez, como si fuese algo superior a él.

Giovanni se sirve más vino. Menea la cabeza y ríe.

—Estás loco.

—En absoluto. Has de hacer entender a los demás que no pueden faltarte al respeto, y para conseguirlo no puedes tener miedo. Lo que Rossi pretende con estas denuncias es asustarme. Si perciben tu miedo habrán vencido. —Hace una pausa—. Y yo no tengo miedo, se lo he demostrado hoy.

Caruso levanta una comisura del labio y una mueca le suaviza el gesto de la cara.

—Su cuñado le ha escrito al príncipe de Satriano reclamando que Rossi le pague las compensaciones correspondientes al encargo, lo que se ha negado a hacer.

—También le he hecho notar que no es casual que las reuniones del comité se fijen los días en que llegan mis vapores —añade Vincenzo—. Nada que no se corresponda con la verdad, en una palabra.

—Sí, pero me imagino cómo lo habrás hecho notar —dice socarronamente Giovanni.

Los tres se ríen. Giovanni llama al criado para que recoja la mesa; enseguida, Caruso se despide. Está exhausto, necesita descansar, dice. Giovanni lo sigue. Sabe que al día siguiente tendrá que levantarse al amanecer, conforme a los hábitos de Vincenzo.

En el comedor de la finca, Vincenzo se queda solo, sumido en un silencio roto por el viento que golpea en las ventanas.

Recuerda la primera vez que estuvo en Marsala y vio aquella tierra virgen frente al mar. Recuerda la primera vinificación, los nervios con los que vio zarpar el barco rumbo a Francia con el primer cargamento de marsala.

Entonces tenía un fuerte vínculo con Raffaele. Podían considerarse amigos, además de primos. Ahora apenas sabe dónde vive.

El orgullo se convierte en una mezcla de amargura, soledad y rencor. Hace quince años, todo era distinto.



Estaban ahí, en la misma habitación. La decoración era sencilla —apenas un tresillo y una mesilla — y era de día.

Raffaele estaba delante de él, de pie.

—Yo... ¿por qué me acusas de no querer la bodega? He puesto el alma en ella, tanto o más que tú, no he escatimado esfuerzos. ¿Cómo puedes decirme que no estoy haciendo suficiente? —Abrió los brazos. El rostro, hasta unos instantes atrás sereno, tenía una expresión de incredulidad herida. La piel tensa en los pómulos estaba pálida—. ¿En qué me he equivocado, Vincenzo? Dímelo, porque sinceramente creo que he hecho de todo, ¿y así es... como me lo agradeces?

Él no prestó mucha atención a sus quejas.

—No se trata de seriedad, Raffaele. Tu seriedad no la pongo en duda: sé que te has esforzado, pero eso no es suficiente, no es eso lo que la Casa Florio necesita. —Trató de ser amable, si bien sentía que un mar ácido le subía del estómago. ¿Por qué no aceptaba sus decisiones sin más? ¿Por qué tenía que comportarse como un mendigo?

Pero su primo siguió insistiendo. Lo hizo mostrando pesar, con cierta torpeza, casi como si Vincenzo le estuviese robando algo, sin comprender que para Vincenzo la bodega era algo exclusivamente suyo. Que no tenía el menor interés en compartirla y que, si quiso que se implicara en la dirección, fue para que se esmerase, pero Raffaele había seguido igual.

Y eso incrementó su descontento. Tuvo paciencia, aguantó, pero de nada valió. Al cabo, estalló.

—Basta, no hay nada más que añadir. He tomado una decisión, Raffaele. Esperaba que cambiaras de actitud: te he apremiado, te lo he dicho por escrito varias veces, pero tú, nada, parecías un cura de pueblo con una parroquia de paletos. Ya he tomado una decisión, así que dejemos de discutir.

Entonces, en el rostro de Raffaele apareció una emoción nueva.

—¿Qué quieres decir? —preguntó mientras la ira empezaba a surgir.

—Te pedí que fueras más emprendedor, ¿lo recuerdas? No lo niegues. No, de nada vale que me digas que no lo comprendes: a veces incluso te he regañado para que despabilaras, para que sacaras las uñas. Vivimos en un mundo donde las cosas no pueden hacerse paso a paso, pero tú siempre precavido, pidiendo permiso para todo... —Ha elevado el tono de voz, que ahora es dura, áspera, airada—. No soporto las quejas ni las súplicas. Te compraré tu tercio, y con esa cantidad podrás hacer lo que quieras.

Pero Raffaele empezó a menear la cabeza. Se puso rojo y tenía la voz ronca.

—No, la verdad es otra. —Se agarró al respaldo del sillón—. Tú no quieres parientes de los que puedas fiarte, porque yo —se dio un golpe en el pecho—, yo nunca te he robado. Tú quieres

siervos. Esclavos. —Vincenzo lo escrutó, notando que de repente las mejillas parecían flácidas, como si Raffaele hubiese empezado a derretirse—. Yo creo en esta bodega. He puesto el alma en ella, le he dedicado mi vida, y ahora tú me echas... No me merezco este trato —concluyó, y se enjugó los ojos brillantes.

Fue aquel gesto el que lo hizo estallar.

—Ahora no *te pongas a llorar como un niño*. Somos hombres hablando de negocios. Has dirigido esta empresa y no me ha gustado cómo lo has hecho. Ahora te compro tu parte y punto, todo como antes.

Durante unos instantes, en la habitación sonó la pesada respiración de Raffaele. Luego levantó la cabeza.

—Quédate con mi parte, dame el porcentaje de lo vendido, pero por lo menos déjame aquí como intendente. Me gusta trabajar en la bodega, y conozco a los obreros. —Su voz, más baja, era amarga—. De todos modos, tenían razón los que me decían que no me fiara de ti. Eres como tu padre, ni más ni menos.

—Quien te haya dicho eso no sabe lo que es el trabajo ni los negocios. No puedo permitirme la prudencia que tú has tenido: Ingham y Woodhouse son más fuertes que yo, son especuladores, y no les costaría nada recuperar lo que he conseguido arañarles. Y tú te pasas la vida diciendo «por favor, lo siento...». Pues no, las oportunidades hay que cogerlas al vuelo, hay que agarrarlas con uñas y dientes, sin mostrar piedad por nadie. En un momento hay que prestar atención y en otro hay que arriesgar, y tú eso no lo sabes percibir. Yo tengo que estar siempre detrás.

—¿De manera que yo, que he procurado no arriesgar, ahora resulta que soy un pusilánime? ¿Me reprochas que haya sido demasiado fiable? ¿Cuando tendrías que guardarme gratitud porque no he dejado que te endeudes *sin ton ni son*? *¿Así me recompensas!*

—Te faltan huevos para este oficio, Raffaele. ¿Te enteras? —le gritó a la cara—. Eres un secretario, ni más ni menos, y lo que yo necesito es un socio. No eres capaz de hacer lo que quiero, no vales. Resígnate.

Raffaele retrocedió un paso, como si lo hubiera abofeteado.

—Uno en las cosas pone el alma, no solo dinero. Pone amor y pasión. Pero ¿tú qué sabrás? *Eres un auténtico canalla*. —Se aflojó la corbata, meneando despacio la cabeza—. Dame mi parte, toda. Ya mismo. No quiero tener que ver nada contigo.

Raffaele desapareció de su vida, llevándose solo lo que le correspondía. Tampoco en eso fue valiente. Por algunos conocidos, Vincenzo supo que había vuelto a comerciar como intermediario y a ser administrador de unos viñedos. Había decidido quedarse en Marsala. Se alegraba por él.

Luego, pasados unos meses, Vincenzo notó un vacío difícil de definir. Era una soledad anómala. Porque Raffaele había dicho una verdad: tienes que fiarte de la gente, y él, a su manera, de su

primo se fiaba. No era emprendedor, desde luego, pero era de fiar. Y él amigos no tenía, aparte de Carlo Giachery y, quizá, de una forma rara, Ben Ingham.

Se dio cuenta de que cada vez se encontraba más solo.

La tía Mattia y Paolo Barbaro habían muerto hacía ya muchos años. Su madre le había pedido varias veces que la llevara a la tumba de su cuñada, pero él siempre postergaba la visita. No le gustaban los cementerios. Su familia, la que procedía de Bagnara, había desaparecido. Ya no le quedaban raíces.

«Que además...»

Levanta la copa, hace un brindis silencioso. Los seres humanos al final lo acababan decepcionando. Siempre.

Para él las raíces son las empresas. El tronco es la Casa Florio. Ha decuplicado el dinero y el prestigio, pero aún no se conforma, no le parece suficiente.

Sin embargo...

Hay alguien que siempre ha permanecido a su lado. La única persona en la que realmente confía. Ha estado ahí a las duras y las maduras, cuando no podía ser sino una sombra para el mundo y una puta para su propia familia. Cuando la rechazó, ella, tenaz, había resistido. Luego lo acogió cuando no merecía su perdón. Y jamás lo ha abandonado.

Giulia.



El domingo Vincenzo avanza por la via dei Materassai, con tiempo de ir con la familia a la iglesia y verse con algunos comerciantes con los que tiene negocios.

Por la noche, cuando los registros están cerrados y las habitaciones de los despachos desiertas, sube al apartamento. Su madre desgrana el rosario delante del *cufune*, el brasero de cobre; por la ventana, entreabierta para que salga el humo de la combustión, entra el ruido de una lluvia que llena de barro los desagüeros.

—¿Está usted bien? —La besa en la frente.

Ella asiente.

—¿Y tú? —Le pasa la mano por la cara como cuando era niño y se la lavaba en la jofaina—. Estás cansado. ¿Tu mujer te da bien de comer?

—Por supuesto. Lo que pasa es que he trabajado mucho. Además, ella no cocina: tenemos criadas y cocinera. ¿No se acuerda?

Giuseppina hace un gesto de despecho.

—Una esposa tiene que vigilar lo que hacen las criadas, si no la engañan. Y no perder el tiempo

leyendo libros, sobre todo en esos idiomas extranjeros que ella sabe. Venga, acompáñame a mi alcoba.

Vincenzo pasa por alto el ataque a Giulia y la ayuda a incorporarse. El físico maltratado por el tiempo no conserva rastros de la antigua soberbia. Pero Vincenzo sigue viendo en ella a la mujer severa que lo perseguía por los callejones y percibiendo en su mirada la tierna dulzura de su infancia.

Llegan a la alcoba. El baúl del ajuar es la *corriola* traída de Bagnara, la jofaina con la jarra sigue siendo la de los años de su matrimonio con Paolo. En la pared, un crucifijo de coral. En el borde de la cama, un chal: otro recuerdo de infancia de Vincenzo.

—¿Todavía lo conserva? —exclama él, cogiéndolo. Es más pequeño y mucho más áspero de lo que recordaba.

—Hay cosas de las que no he sido capaz de desprenderme, a pesar del dinero que tú y... tu tío habéis traído a esta casa. Conforme se envejece, se quiere desacelerar el tiempo, pero el tiempo no se detiene. Entonces conservas las cosas. Mientras las cosas sigan contigo, tú seguirás ahí. No ves, no quieres ver cómo la vida va pasando. —Giuseppina se sienta en el borde de la cama. Estrecha el chal contra el pecho. Siente una añoranza que la desgarr—. No los llamamos recuerdos, pero somos mentirosos —prosigue con un hilo de voz—. Cosas como este chal o tu anillo —señala la alianza de oro que había sido de Ignazio— son anclas para una vida que termina.

Cuando Vincenzo llega a su dormitorio, encuentra dormida a Giulia. A diferencia de Giuseppina, los años han sido generosos con ella. Sigue guapa, aunque en los últimos tiempos le duele la espalda y le cuesta digerir. Arroja la ropa a la silla. Se acurruca contra la espalda de su esposa y ella, sin salir del sueño, le estrecha la mano y la lleva a su corazón.



El piróscafo cabecea indolente en el puerto de Favignana. Bajo el sol, las casas del pueblo —pequeñas, poco más que cabañas, con los muros de piedra en seco y la toba a la vista— parecen dibujadas por la mano de un niño.

Del barco se separa una lancha, llega al muelle situado delante del fuerte de San Leonardo, el antiguo bastión y vigía del puerto. Bajan unos hombres y un muchacho. Dejan atrás el pueblo, se encaminan hacia la derecha, ahí donde hay grandes cobertizos mirando al mar. Las puertas son bocas abiertas, con verjas semejantes a dientes que se hunden en el agua.

Vincenzo camina a paso rápido disfrutando del calor del sol. A su lado, Ignazio. Su hijo de catorce años.

Es la primera vez que lo lleva consigo a la almadraba de Favignana. La administra desde hace más de diez años y la ha convertido en su obra maestra. No ha sido fácil: el alquiler por la administración era y sigue siendo altísimo. Tuvo que formar un grupo de empresarios, correr con los riesgos de un nuevo método de conservación. Hoy el atún en aceite está extendido en todo el Mediterráneo.

Sonríe para sí. Ignazio lo mira, lo interroga con los ojos.

—Me estaba acordando de algo —le dice—. Ahora verás.

El chico lo acompaña con frecuencia al despacho, a veces también a la bodega de Marsala. Pero hasta ahora el padre no lo había llevado nunca a la isla.

Está emocionado, pero Ignazio no lo demuestra. Camina al lado de su padre, zancadas largas y elásticas, y aprieta mucho los ojos porque el sol lo deslumbra.

—Esto es bonito —dice—. El aire es limpio, hay silencio. Nada que ver con Palermo.

—Porque el viento sopla bien. Ya verás qué ocurre en la planta.

Y, en efecto, en cuanto dejan atrás el fuerte de San Leonardo y pasan la curva que separa el pueblo de la almadraba, son acometidos por un olor nauseabundo. A muerto. Algunos, incluido Caruso, se tapan la cara con un pañuelo. Vincenzo no.

Ignazio lo mira, contiene la náusea. Respira con la boca abierta, no hace caso al hedor. Si su padre puede hacerlo, él también. De Vincenzo ha sacado el cuerpo y la cara. Ahora que ha crecido, el parecido es evidente. Los ojos, sin embargo, siguen siendo los dulces de Giulia.

—Los restos de la elaboración permanecen al sol, se descomponen y despiden este olor. — Vincenzo le señala una amplia zona más allá de los cobertizos—. ¿Ves aquello? Es el *bosco*, el cementerio de los atunes. Los obreros descargan ahí las osamentas y las dejan secar.

El chico asiente.

—¿Y las barcas? ¿Dónde están?

—En el mar. —Caruso se acerca—. Estamos en mayo. Es época de matanza.

Entran en el edificio. En el patio, pasados los árboles que dan algo de sombra, se abre un pasillo de piedra. La explanada frente al mar está llena de redes, jarcias y hombres remendando las mallas rotas.

Mientras Caruso se dirige hacia las oficinas seguido por un contable, Vincenzo agarra del brazo a su hijo. Cruzan el patio, llegan a la *trizzana*, el almacén de los *botes de pesca*.

Ignazio recibe ese gesto con temor y sorpresa. Hasta donde puede recordar, es la primera vez que su padre está tan cerca de él.

Abajo suena como si las olas se estrellaran contra las paredes de una caverna.

—La primera vez que vine aquí... —Vincenzo hace una pausa, finge una sonrisa—, estaba con Carlo Giachery. Recuerdo que todo estaba ruinoso, sucio, era un sitio miserable. Por la noche ni siquiera nos quedamos a dormir en la isla; no había un lugar decente donde quedarse. Luego, al

día siguiente... —Otra sonrisa. Se vuelve, mira la edificación que tiene detrás—. Envié un mensajero a Palermo para que vinieran carpinteros de ribera y constructores que rehicieran los edificios. Entretanto, empecé a explicar cómo íbamos a producir el atún en aceite. Me quité la chaqueta, me remangué la camisa... —Ignazio lo observa repetir los mismos gestos, despojarse de todo lo que llevaba puesto hasta quedarse en mangas de camisa—. Reuní a los jefes de las familias y a sus esposas, para que vieses que no me daba miedo ensuciarme las manos. —Le aprieta un hombro, lo zarandea con afecto—. Quien trabaja para ti ha de sentir que forma parte de algo. —Se detiene. El sol da en el anillo de Ignazio—. Te lo he contado muchas veces: mi tío, cuyo nombre llevas, me obligó a estar detrás del mostrador del herbolario. Era algo que detestaba. Hoy, sin embargo, comprendo lo importante que fue.

—Para entender a la gente.

—Sí. Para conocerla. Para que, si alguien te pide algo, puedas saber qué es lo que realmente quiere: ¿una hierba porque necesita encontrarse mejor o porque tiene que tratarse de una antigua afección? Si lo que quiere es vino, ¿busca calidad o fama? Si quiere dinero, ¿es por ansia de poder o porque se halla en apuros?

Ignazio comprende. Y reflexiona. Y lo sigue haciendo cuando pasea solo por el pueblo mientras su padre se entrevista con unos mandatarios genoveses. Por las estrechas calles resplandece el sol; la toba, impregnada de aceite de atún, ya no se disgrega; la plaza, por el lado de la iglesia, está empedrada. Su padre ha mandado un maestro para que, quien quiera, pueda aprender a leer y escribir, como hacen en Inglaterra. Alrededor de todo el pueblo, canteras semejantes a barrancos se adentran en el terreno.

«Favignana es una peña de toba», piensa Ignazio. Solo hay que rascar un poco para encontrar esa capa amarilla y densa, salpicada de conchas. La tierra es pedregosa y los pocos jardines y huertos que hay han conseguido hacerlos con tenacidad al fondo de las canteras de toba, de donde brota un agua salobre y turbia.

Hasta que, cuando uno se ha acostumbrado al olor de la elaboración del atún, repara en el mar: su azul es rabioso, vital, feroz.

Del mar es de donde procede la riqueza.

Es una isla de silencio y de viento. E Ignazio se dice que le gustaría vivir en un lugar así: pertenecerle, sentirlo suyo como un pedazo de carne o un hueso. Ser a la vez dueño e hijo de aquella isla.

No sabe que eso es lo que acabará ocurriendo.



Un fuerte portazo, pasos presurosos, gritos. Giulia levanta la cabeza del bordado, enarca las cejas.

—Pero... ¿y eso?

Giuseppina se encoge de hombros.

—Diría que es *mon père*. —Se miran—. Y está enfadado.

Dejan la labor, van a las habitaciones donde suenan los gritos.

Giuseppina es un junco de dieciséis años con grandes ojos oscuros. Es el único rasgo de belleza de un rostro anodino. Sin embargo, es dulce, paciente.

A medida que se acerca, Giulia reconoce la voz de Vincenzo. Entra entonces en el comedor y encuentra a Angelina, con los brazos cruzados y la frente fruncida, sentada en un sillón. Su padre, de pie a su lado, está furioso.

—¿Qué ocurre?

Una mirada del marido la deja clavada donde estaba.

—¿Qué ocurre? —repite ella—. ¿Qué pasa, Vincenzo?

—Mi señor padre me acusa de no apoyar sus proyectos matrimoniales. Me dice que tendría que amoldarme y me reprocha que no sea lo bastante guapa. ¡Como si no me hubiesen hecho ustedes!

—La respuesta de Angela es un dardo envenenado.

Giulia se vuelve, mira a su hija.

—No te consiento que hables de ese modo —la regaña. Angelina es así: cáustica, irritable.

No es una chica atractiva, y Giuseppina lo es aún menos. Así que en esta ocasión no le falta razón, reconoce a su pesar Giulia. El destino no ha sido generoso con sus hijas en lo que a belleza y gracia se refiere.

Giuseppina se acerca a su hermana y la abraza para animarla y respaldarla.

—He estado en el círculo con Chiaramonte Bordonaro. Le he lanzado la idea de una unión entre nuestras familias. Angela ya tiene dieciocho años... —La vena en la frente de Vincenzo palpita, veloz—. Pero nada: parece que nuestras hijas no son... interesantes. Y que no hacen nada por serlo.

Angela lo mira con los párpados entornados. El parecido con la abuela paterna es impresionante.

—Ni a mí ni a mi hermana nos invitan a las fiestas. ¿Por qué? Pues porque nunca hemos podido conocer a nadie fuera de estas cuatro paredes, nos tratamos con poquísimas chicas de nuestra edad y la gente nos mira como si fuésemos criadas con ropa de señoras. Casi puede decirse que no tenemos amistades. En cambio, a nuestro hermano ustedes le dan de todo, lo invitan aquí y allá, va a caballo al parque de la Favorita con los hijos de los nobles. Ustedes lo llevan a todas partes, también a las citas con otros comerciantes, lo presentan casi como si fuese hijo único. ¿Y ahora me dicen que no consiguen encontrarme marido? ¿Alguna vez se han preguntado de quién es la culpa?

—Tranquilízate, *hermana* mía... —Giuseppina le acaricia la cara, trata de distraerla—. No puedes hablarle así a nuestro padre...

—¡Ah, que no puedo... *él es el amo!* ¿Y qué somos nosotras, Peppina? ¿Qué somos? ¿*Seres inexistentes?* ¿O acaso no somos también sus hijas? ¡Pero parece que *para él* solo existe Ignazio, Ignazio, Ignazio! —Es un crescendo de ira, de celos, de tristeza.

Giulia ve que los ojos de su hija se llenan de lágrimas.

Vincenzo cierra y abre la mano. Se le acerca.

—¿Qué quieres decir?

—¡Ya basta! —Giulia casi nunca levanta la voz. Y cuando lo hace, todo el mundo calla. Señala con un dedo a sus hijas—. Vosotras dos, a vuestro cuarto. —Luego se dirige a su marido, con los brazos en jarras—. A tu despacho, vamos.

Camina con decisión, sin esperarlo.

No solo está enojada. Hay mucho más en esos pasos, en esa respiración acelerada. Cuando la puerta se cierra, Giulia se vuelve. Grita:

—¿Cómo has podido hacer algo así sin decirme nada? —La ira es impetuosa, le arrebola el rostro marcado por el tiempo—. ¿Tus hijas ofrecidas al mejor postor entre tus socios? —lo apremia—. ¿Qué son, sacos de corteza?

Vincenzo está confundido.

—Están en edad de casarse. ¿Por qué no pensar en un matrimonio ventajoso?

No es la primera vez que tienen esta discusión; sin embargo, la sensación que Giulia experimenta hoy es diferente. Más intensa. Ácida. Es la de la carne que se desgarrar, la de una herida que, ya lo sabe, no se cicatrizará sin dolor.

—Son chicas educadas; no serán dos Venus, pero sí cariñosas y amables. Es evidente que no es por su educación por lo que no las invitan.

—¿Tú también? No me vengas con esas. Son mujeres, tendrán una buena dote, y no hay nada más que discutir porque eso es en *lo que se fijan los hombres*. —Vincenzo está irritado—. No pueden casarse con cualquiera, no con el apellido que tienen.

—Pero sin embargo sabes que el apellido y el dinero no son suficientes. Tampoco ahora.

No es una duda: es una afirmación. Y Vincenzo calla porque su esposa tiene razón.

Va al escritorio, se sienta. Oculta el rostro tras los puños apretados.

Al principio fue solo una sospecha que albergó unos meses, desde que empezó a hacer correr el rumor de que tenía dos hijas casaderas.

Luego llegó la certeza. Había sido justo Gabriele Chiamonte Bordonaro quien se la había arrojado a la cara hacía poco, con la descarada sinceridad que lo caracterizaba:

—Don Vincenzo, ya sabe que no tengo pelos en la lengua para decirle ciertas cosas. *La verdad*, no me atrae la idea de que se case una de sus hijas con uno de mis hijos, y no porque sus hijas no

sean graciosas, o porque no lo aprecie a usted... si así fuera, no haríamos negocios. Es más: con tanto dinero como usted tiene, sería estupendo tenerlo como consuegro. Pero eso ya lo sabe, huelga que se lo diga. Los negocios son una cosa y la familia otra. Y sus *niñas* nacieron en circunstancias... particulares.

Desde ese momento, tenía la boca llena de bilis.

Hacia años que no sentía tanta vergüenza. Se levanta. Quizá, se dice mientras da vueltas por la pieza y le cuenta la conversación a Giulia, debe volver a su juventud para sentir de nuevo el tormento de la humillación con toda su ferocidad.

—Ya, no son suficientes —concluye. La voz, baja, está preñada de rencor y amargura—. Nuestras hijas no son suficientes. Yo, lo que he hecho, la Casa Florio... no somos suficientes. —Y mientras contempla Palermo, que yace bajo el sol de octubre, no se da cuenta de que a Giulia le brillan los ojos.

—Un enlace con una familia noble. Lo quieres por ti, no por ellas. —Habla en voz baja, teme que se le escape un suspiro. Salen a relucir huellas del antiguo dolor—. El que tú no pudiste tener. ¿Verdad?

Lo ve titubear. Es un paso hacia atrás del alma, como revela el puño que aprieta la palma.

Ella, acongojada, recuerda. Angelina y Giuseppina, señaladas como ilegítimas, bautizadas a escondidas sin celebración, sin siquiera un brindis, reconocidas después del nacimiento de Ignazio: el hijo varón, el heredero de la Casa.

Da lo mismo que ahora tengan una dote que haría palidecer a las herederas de las familias aristocráticas, que hablen francés, que lleven joyas y que su mantilla sea de encaje: siguen siendo dos bastardas. Y Giulia sigue siendo una querida. Ciertos recuerdos se sedimentan, se fermentan en la memoria, pero nunca desaparecen del todo, y siempre hallan la manera de resurgir y hacer daño.

Porque hay dolores que no pueden terminar.

Pero todo eso Vincenzo ni siquiera se lo imagina: es incapaz de aceptar que algo se le niegue. La ira domina su horizonte, le impide ver la amargura de Giulia.

—Trata de comprender. Entonces yo estaba... —Se interrumpe, le pide ayuda.

Una ayuda que ella no está dispuesta a brindar. Ya no.

—Tú hacías y deshacías, Vincenzo, sin preguntar nunca nada a nadie. Viví años con nuestras hijas sin ningún derecho, temiendo que en cualquier momento me pusieses en la calle para casarte con una noble elegida por tu madre. —Giulia siente que se va quedando sin voz, pero hace un esfuerzo para seguir. Porque necesita decirle lo que guarda en su interior desde hace años—. Tenías tu vida, llevabas tu camino... —Corta el aire con la mano, le tiembla la voz—. Pero ahora tienes que oírme. No aceptaré que Angela y Giuseppina sufran lo que yo sufrí, no quiero que se

sientan humilladas como yo. No se casarán con nadie que las desprecie solo porque tú quieres defender tus intereses, los intereses de la Casa Florio.

Vincenzo se derrumba en una silla.

—Yo me casé contigo, Giulia. —La mira de arriba abajo, en una muda petición de tregua.

—Porque tuviste un varón y había que legitimar al heredero. Si hubiese sido otra niña, yo seguiría en la via della Zecca Regia y tú probablemente tendrías una esposa diez años más joven que te habría dado un heredero legítimo para la Casa.

En esa frase, Giulia ha plasmado el viejo miedo de no haber sido nunca bastante para él. De haber sido su mayor arrepentimiento. Un fracaso.

Vincenzo se levanta, la agarra de los hombros.

—No —dice. Se le acerca más, casi le echa el aliento a la cara—. Anda. —La abraza, le habla al oído—. Porque aunque la hubiese encontrado, nunca le habría consentido que me hablase como me hablas tú.

La estrecha con fuerza. Giulia está sorprendida, casi asustada. Se pone tensa, pero un instante después se apoya en su pecho y le busca con los dedos los latidos bajo el chaleco. Lo nota alterado, nervioso.

—Quiero lo mejor para mi familia —murmura él.

Ella levanta la cabeza.

—Quieres lo mejor para tu Casa, Vincenzo. —No oculta la exasperación—. Y lo mejor para ti es un yerno con título, que dé prestigio al nombre de los Florio. Pero las niñas han nacido fuera del matrimonio, y son tus hijas. Ningún noble va a aceptarlas jamás. —Quiere herirlo. Recordarle que todavía, para muchos, sigue siendo *el mozo de cuerda. El sobrino del bagnarés*. Le agarra la mano izquierda: en el anular lleva la alianza y el anillo del tío Ignazio—. Angelina tiene razón. No las invitan a las fiestas con las chicas de su edad y suelen estar relegadas en los bailes. Tienen una buena educación, pero no es suficiente.

—Tendrán una excelente dote —rebate él, terco, soltándole la mano—. El dinero será su título nobiliario.

—No. Si quieres un futuro para tu Casa, no has de pensar en ellas, sino en Ignazio. Es él quien tiene que hacer un buen matrimonio. Por él tienes que apostar.



Piensa largamente en esas palabras cuando se queda solo en el despacho.

Giulia tiene razón.

Observa la biblioteca: lomos de piel, líneas doradas, estanterías, puertas de cristal. Todo habla

de su vida: de las lecturas en inglés a los textos científicos, pasando por los de ingeniería mecánica. Porque para él producir significa construir.

«¿Mi esfuerzo ha sido entonces inútil? —se pregunta—. ¿No ha servido de nada? ¿No ha sido suficiente con trabajar, con crear un imperio económico con lo poco que tenía, con atreverme a hacer lo que nadie había intentado nunca en Sicilia?»

No, no era suficiente.

—Quieren el escudo. La sangre noble. La respetabilidad. —Pronuncia esta última palabra silabeándola y ríe para sí. Una risa malévola que termina en un gruñido.

No recordaba que la humillación tuviese un sabor tan amargo.

La ira cobra la forma de una ola. Vincenzo ahoga un grito, tira del escritorio papeles, libros de registro, incluso el tintero. El tablero de nogal recibe un puñetazo furioso.

La tinta se derrama por el borrador de una carta dirigida a Carlo Filangeri, príncipe de Satriano. Queda legible solo un nombre: Pietro Rossi.

Su ira se duplica. Vincenzo tiene casi la sensación de que el destino se está riendo en su cara.

—¡Esa *basura*! —exclama, y arruga la hoja. La tinta le mancha los dedos, gotea como sangre negra, le cuesta respirar bien.

Pietro Rossi, el presidente del Banco Regio. Que lo acosa con pretensiones inútiles. Que trata de desacreditarlo de todas las maneras imaginables. Que quiere forzarlo a la dimisión. Que no le paga la retribución por sus servicios como gobernador comercial. Al que él ha tratado de ignorar. Pero que ya ha acabado con su paciencia.



Unos días antes, Vincenzo había ido al Banco Regio: le tocaba recoger el dinero que habían llevado los piróscafos, anotarlos, ingresar el monto de las letras y pagar las sumas correspondientes.

Pasó una hora. Pasó otra. Nadie acudió.

Poco antes del almuerzo, ya no aguantó más. Cogió el abrigo y el sombrero y se encaminó por las escaleras.

Fue allí donde se tropezó con Pietro Rossi.

—¿Adónde va usted? —le preguntó Rossi, sin siquiera saludarlo.

—A la via dei Materassai. Llevo aquí tres horas perdiendo el tiempo y no pienso perder más.

Rossi —alto, delgado, bigote rígido— se le plantó delante.

—De eso nada. Suyo es el encargo, suyo es el deber. Se quedará aquí hasta las tres.

—Ya he perdido una mañana por ocuparme de sus caprichos, Rossi. No ha venido ni un solo

acreedor. Más bien, usted me debe las hojas de servicios desde marzo del año pasado. Sin ellas no puedo cobrar.

Rossi, con los ojos muy abiertos, se rio en su cara.

—Quiere usted cobrar... ¿por qué?

Un funcionario que subía las escaleras aminoró el paso, para pillar cada frase y transformarla en chisme. Vincenzo lo fulminó con una mirada y el hombre se alejó.

—Como gobernador del Banco Regio, me corresponde una compensación de seis onzas mensuales por los servicios prestados y por la asistencia a las operaciones de registro —dijo, con el tono de quien quiere explicar algo simple a un tonto—. Puedo recibirlas solo si tiene usted a bien firmar los documentos. ¿Lo entiende o se lo tengo que dibujar?

Rossi, dos escalones más abajo que él, subió, le habló a la cara.

—Olvídalo.

Un golpe al que Vincenzo fue incapaz de replicar.

—No puedes ser gobernador —siguió Rossi—. Tendrás todo el dinero del mundo, pero no sabes qué significa trabajar para el Estado, para una institución. A ti solo te interesan los negocios y el Estado te resulta útil si no te estorba en lo que haces... No te culpo, pero entonces no te empeñes en hacer lo que no puedes. —Lo señaló con un dedo—. Te explicaré algo: el mundo no gira alrededor de la via dei Materassai, de tus piróscafos y de tus préstamos.

—Si lo hago es porque puedo. —Vincenzo le apartó el dedo—. ¿Y tú quién coño eres para decirme lo que tengo que hacer? ¿Crees que no sé que me pones los turnos adrede en los días que llegan los buques, cuando tengo que estar en mis oficinas? ¿O que convocas las reuniones cuando estoy en Marsala?

—Llevas años esgrimiendo esa excusa. La verdad la sabemos bien ambos. —Rossi subió otro escalón y se colocó de través, como para alejarse—. Tú cuentas con alguien que te protege merced a tus *dineros*, pero yo me enorgullezco y presumo de lo que hago. Y eso tú ni siquiera sabes lo que es.

—Yo cumplo con el servicio y tienes que pagarme.

Rossi lo observó, sereno.

—No. —Y se marchó.

Por primera vez en años, Vincenzo se había quedado callado. Había empezado a escribir esa carta que ahora estaba enroscada entre sus manos, pero no había encontrado las palabras para terminarla.

Porque las frases expresaban mucho o muy poco, hablaban de indignación y reclamaban reconocimientos, cuando solo había una palabra apropiada: odio. Sí, odio: contra aquellos que lo seguían considerando un nuevo rico, un hombre insignificante, vulgar. Casi disfrutaba siendo desagradable, porque así confirmaba sus prejuicios. Además, nunca iban a cambiar.

¿Y cómo podía explicarle a un desconocido, lo que en el fondo era Filangeri, qué era lo que no soportaba? ¿Por qué había vuelto esa desazón? ¿Cómo podía explicarle que en su interior tenía una zona oscura que lo seguía impulsando a hacer más, a acumular, a crecer, a formar nuevas empresas? Filangeri, rico de nacimiento, jamás lo entendería.

Por mucho que quisiese a la ciudad y se considerase su hijo, Palermo lo trataba como a un extraño. Había intentado ser aceptado, había adulado con su riqueza, había dado trabajo, había proporcionado bienestar.

A lo mejor eso era lo que no le perdonaban: el trabajo. El poder. Que tuviera los ojos abiertos hacia el mundo, mientras que Palermo tenía los suyos completamente cerrados.



Y es así como lo encuentra Ignazio, el puño apretado contra la boca, el rostro tenso e irritado. Llama con precaución, se queda en la puerta.

—¿Puedo pasar?

El padre asiente. El chico avanza despacio. Mira el suelo manchado de tinta, lleno de hojas. Se agacha para recogerlas, pero Vincenzo ni siquiera levanta la vista y hace un gesto seco.

—*Deja eso.* Que lo recojan las criadas.

Ignazio ordena los papeles que tiene en la mano y los deja en la mesa. Se acerca a la silla que hay delante del escritorio, se sienta. Observa a su padre en silencio, largamente, antes de hablar.

—Madre quiere saber si vendrá a comer.

Vincenzo se encoge de hombros. Luego, de golpe, mira a Ignazio, como si acabase de darse cuenta de su presencia. Recuerda las palabras de Giulia.

—*A te non te ne fanno mali parti* —le dice—. Pese a que eres mi hijo, no se meten contigo. — El tono ya no es rabioso, es más apacible, casi amable.

Ignazio ha escuchado la discusión, sabe por qué su madre ha montado en cólera. Y ya hace mucho tiempo que se dio cuenta de que los chicos de su edad lo tratan con un respeto y una deferencia que nadie muestra a sus hermanas, sobre todo a Giuseppina.

—*Soy varón,* padre —le dice con cautela—. A mí nadie me dice nada.

Y en esa frase reside la verdad, la única. Él es varón, es el heredero de la Casa Florio.

La boca de Vincenzo dibuja una sonrisa que es tanto de desafío como de revancha. Se incorpora, se sienta a su lado.

—Una vez, cuando eras *niño*, te encontré con un atlas más grande que tú. Estabas ahí, y mirabas los puertos y los barcos que atracaban...

Ignazio asiente. Eso había sido justo después del accidente en la Arenella, cuando estuvo a

punto de ahogarse.

—Desde entonces he procurado que estudiases, que aprendieses no solo latín y los otros temas de curas, sino también inglés y francés. Y que supieses comportarte en sociedad. Has recibido la educación del hijo de un noble, no la del hijo de un comerciante.

Ignazio no puede contener una sonrisa. Recuerda las clases de equitación, las de urbanidad en compañía de sus hermanas, pero, sobre todo, las clases de baile con el maestro de música, y se ve haciendo dar giros a su madre, que reía feliz. Giulia nunca había aprendido a bailar bien.

Pero su padre lo arranca de esos recuerdos, le aprieta un hombro.

—Nada de todo eso que tú has tenido lo he tenido yo. He estudiado, claro: mi tío Ignazio me obligó a estudiar mucho, tu abuela aún te lo puede contar. Pero a montar a caballo y a bailar, eso no, nunca lo aprendí, porque no lo necesitaba para trabajar en el herbolario. —Se mira las manos manchadas de tinta, apoya los codos en las rodillas. Pese a que tiene casi cincuenta y cinco años, las manos de Vincenzo todavía son fuertes, aunque estén ajadas por el trabajo. «Pero no ha sido suficiente», se repite. «Matarse trabajando, condenarse el alma, no ha sido suficiente para que lo acepte quien tiene el auténtico poder: el político, el que realmente importa»—. Tú puedes llegar a donde yo no he llegado.

Dice esa frase en voz tan baja que Ignazio teme no haber comprendido. Se inclina, y ahora las cabezas del padre y el hijo casi se rozan.

—Saber montar a caballo y bailar a ti te va a convenir, así como viajar y ver mundo, porque no puedes conformarte con Sicilia. Todo eso lo hacen los nobles, los que tienen escudo en la puerta... y ahí es donde tienes que llegar, ¿comprendes? Ellos te abrirán su puerta porque puedes *comprarlos con toda su ropa y sus palacios*. Tú tienes dinero, no eres como yo, que empecé con lo que me había dejado mi tío. Puedes decir a Palermo y a los palermitanos que los Florio no son menos que nadie.

Ignazio está desorientado.

—Pero también Angelina y Giuseppina tienen...

—*Olvídate de ellas*. —Vincenzo estalla—: *Son mujeres*. —Se levanta, obliga a su hijo a hacer lo mismo—. ¿Sabes cómo me llamaban? *Mozo de cuerda*. ¡Yo! —Ríe, y en esa carcajada de ira y rencor Ignazio nota diez, cien puñaladas que siguen sangrando y que hacen que su padre actúe como un animal herido.

Esa idea le desgarró el corazón.

—Todos, todos los que me han despreciado han acudido a mí en algún momento con el sombrero en la mano. —Le agarra la cabeza, lo mira a los ojos—. Tú tienes que quedarte con lo que a mí no me han dado. Tienen que dártelo, y, si no te lo dan, quédatelo. Porque el poder no consiste solo en tener *el bolsillo lleno*, no, también hay que demostrárselo a los que se consideran *mejores que tú*. *Los hombres tienen que inclinarse cuando vienen a verte*. ¿Comprendes?

Ignazio está perplejo. Tiene solo quince años y esas palabras lo incomodan, lo confunden. Su padre nunca le ha hablado así, nunca le ha permitido mirar más allá de la muralla de su ceño fruncido.

«¿Por qué me está diciendo estas cosas?», querría preguntarle, y en cambio balbucea otra pregunta.

—Pero... ¿no es preferible ganarse el respeto? Un hombre *que se asusta* nunca será leal...

—La gente es sincera con quien tiene el poder, Ignazio, porque sabe que podría acabar mal. Y el dinero es uno de los caminos para alcanzar el poder. Por eso te digo: conserva bien lo que tienes, pero jamás te fíes de nadie. No compartas tu intimidad. Piensa solo en *salvar tu pellejo*, y por cualquier medio.

Ignazio vacila. No quiere que la gente le tenga miedo, como pasa con su padre. Cuando Vincenzo Florio entra en un sitio, hay quien lo mira con temor y quien lo mira con desprecio.

Él, en cambio, quiere ser respetado por lo que es, y no por el dinero que tiene o por las tierras que posee, e intenta decírselo a su padre, intenta explicárselo, pero lo que consigue es una carcajada preñada de amargura.

Vincenzo se dirige a la puerta.

—¡Ay, los perjuicios de la buena vida! Dices eso porque tú nunca has tenido que demostrar nada, hijo mío. Porque lo que tienes te lo he construido yo, y no sabes, ni te imaginas, cuánto me ha costado. —Menea la cabeza, mira de un lado a otro—. Si estas paredes hablaran te contarían muchas cosas... Pero ya basta, dejémoslo. Vamos a comer.

Con una sensación de temor, Ignazio advierte que el cabello de su padre ha encanecido. Lo observa alejarse, desaparecer al otro lado de la puerta. Roza el tablero de la mesa.

«No sabes, ni te imaginas, cuánto me ha costado.»

Esa frase se le ha quedado grabada. La estruja, la deposita bien en su memoria.

Ignazio ignora cómo era su padre antes de nacer él. Lo que es un hombre antes de tener un hijo suele ser un misterio que un padre decide guardar en lo más profundo y no revelar nunca, a nadie. Entre el antes y el después hay un límite, claro e infranqueable.

Ignazio no puede saber lo que un hijo cambia a un hombre.



—Excelencia, ¿qué vamos a hacer? —empieza Vincenzo ante una taza de café que acaba de servir un criado de librea—. Usted sabe lo que me está haciendo sufrir Rossi, y sin embargo no hace nada.

El ministro Vincenzo Cassisi, amplias patillas en un rostro anguloso, mira de soslayo a Carlo

Filangeri, casi como si él fuera el responsable de esa ocurrencia, y se permite una sonrisa irónica.

Para resolver su disputa con Rossi, Vincenzo ha decidido ir a Nápoles y pedir audiencia al caballero Cassisi, ministro de Asuntos de Sicilia ya desde hace una década. Una audiencia conseguida rápidamente gracias a Filangeri.

El ministro se encoge de hombros.

—Lo mismo que usted, señor Florio. Si fuese más correcto en la gestión de su encargo...

La carcajada de Vincenzo es áspera y cargada de sarcasmo.

—¿Yo?... ¿Cómo?

—Excelencia, estamos hablando de uno de los más importantes hombres de negocios del reino.

—Filangeri interviene en voz baja, mirándose la punta de las botas brillantes—. Pedir que abandone sus negocios a cada chasquido de dedos...

Vincenzo lo interrumpe:

—Ese es el problema, excelencia. No tengo solo el encargo de gobernador, no soy un vago rodeado de administradores que me sacan las castañas del fuego. Lo comprende, ¿verdad? — Vincenzo se inclina, casi roza el brazo del ministro. Cassisi retrocede, molesto—. Soy el hombre que paga más impuestos de todo el Estado, el que garantiza riqueza con sus importaciones y abastece de medicamentos y azufre al ejército. Pero usted no me deja salida. Incluso me ha confiscado la plata que el gobierno revolucionario me había asignado como pago en 1848... — Calla, respira hondo, toma un sorbo de café.

Los rostros de los otros dos hombres muestran un profundo desconcierto. Pero ninguno de los dos dice nada.

—El gobierno me debe mucho —concluye Vincenzo—. Ustedes dos me deben mucho.

El ministro se levanta de golpe, tratando de apartarse de ese hombre tan imprudente.

—Encima... Subvencionó usted a los rebeldes, y ahora se atreve a pedir una compensación, ¡y en ese tono! Rossi no se equivoca reclamando su dimisión.

Vincenzo no pestañea.

—Me atrevo porque sé que puedo hacerlo. —Se apoya en el respaldo del sillón, con los dedos cruzados en el pecho—. Sin la Casa Florio, ¿qué sería el reino de los Borbones? Piense solo en mi flota de buques, en los servicios que brindo a la Corona y en las ocasiones en las que he actuado como intermediario entre sus funcionarios y los grandes bancos porque el rey tenía problemas y precisaba un préstamo. Y dígame: ¿qué ha hecho Rossi por usted?

El ministro Cassisi retrocede otro paso.

Filangeri hace una mueca.

Cassisi vuelve a sentarse al escritorio. Se aclara la garganta, pero no habla.

Vincenzo aprovecha el silencio como palanca para que las palabras penetren en la mente de esos dos hombres, llevándolas donde él quiere.

Al cabo, el ministro dice:

—¿Y bien?

—Pido tres cosas. —Vincenzo levanta tres dedos—. Ante todo, quiero que Rossi me deje en paz. Luego, que me dé los certificados de servicio, y, por último, que me pague. No porque necesite esa miseria que cobro como gobernador. Porque yo soy yo y él es solamente un subalterno. Él para mí no existe, yo para él no debo existir.

Y así fue.



—¡Vivan los novios!

—¡Felicidades!

La orquesta toca las notas de un baile, los aplausos se sobreponen al sonido.

Los novios caminan juntos: él, Luigi De Pace, hijo de un rico armador palermitano y socio de los Florio, saluda, acepta y corresponde a las bromas; la novia, Angelina, menuda, tímida, parece serena. Viste un traje de raso y un largo velo de encaje que su padre ha encargado confeccionar en Valenciennes. Al lado de ella, su hermana Giuseppina le coloca bien el velo y la abraza.

Giulia observa a su hija mayor. Está feliz por ella, siente orgullo, pero también un poco de melancolía. Angelina tiene lo que ella no ha podido tener: una auténtica ceremonia nupcial. Una fiesta. Una dote. Ella renunció a todo por Vincenzo. Ni después de casados ha puesto él nada a su nombre, ni siquiera un alfiler. Pero da igual. Lo que ahora importa es que su hija sea feliz.

—¡Qué elegante está!

—¡Un velo de novia digno de una reina!

Giulia, satisfecha y a la vez complacida, se ha apropiado de ese cumplido.

No había sido fácil convencer a Vincenzo de que aceptara esa boda. La madre de Luigi fue la que solicitó una reunión. Y al final de una merienda en la que habían intercambiado una serie de frases de cortesía, la mujer —voluminosa, cejas espesas y manos regordetas—, la miró.

—Doña Giulia, ¿me permite una pregunta sincera?

—Dígame.

—Mi marido ha oído que el marido de usted, don Vincenzo, está tratando de casar a sus hijas. ¿Es cierto?

Giulia se puso enseguida en guardia.

—Sí.

La otra cruzó las manos sobre el vientre, mirándola con el ceño ligeramente fruncido, pendiente de cualquier reacción.

—Nosotros tenemos un hijo que podría convenirles. Luigi. Buen *chico*, respetuoso y serio, trabajador. *La trataría* como a una baronesa. ¿No quiere hablar con su marido?

Había hablado con su marido. Largamente, pero no demasiado.

Vincenzo podía ser testarudo, pero también era pragmático: los De Pace eran armadores y tenían una densa red comercial. No eran ricos como ellos, ni tampoco nobles, pero tenían ese espíritu emprendedor abierto que él apreciaba por encima de todo. Así, al cabo de poco tiempo alcanzaron un acuerdo para la dote y fijaron el día de la boda.

Giulia asiente para sí. Angela, su Angelina, ha encontrado un hombre que se hará cargo de ella. Luigi aún no ha cumplido treinta años, parece bueno, paciente. Le ha regalado un cintillo de oro y esmeraldas.

Para Giulia, esa boda tiene solo una sombra.

Unos días antes, Angelina, con la ayuda de la criada, se estaba quitando el traje de novia tras la última prueba con la sastra. Giulia la había mirado en el espejo, había observado sus gestos con amor, como si quisiese retenerlos. Eran los últimos días que esa hija tan querida y deseada estaba con ella en casa.

Angelina la miró.

—¿Qué le ocurre, madre? —le preguntó, viendo los ojos de la madre brillantes de lágrimas.

Giulia movió la mano, como espantando una idea.

—Nada. Eres guapa, eres mujer y... —Traga saliva—. Pensaba en lo mayor que te has hecho y en cómo eras de pequeña, una cosita que iba siempre agarrada a mis faldas. Y ahora te casas.

Angelina se puso rápidamente la bata, como si se avergonzase.

—Recuerdo aquel tiempo. Iba siempre pegada a usted porque mi padre no estaba y, cuando aparecía, me apartaba. Casi no lo conocía. —Habló sin mirarla—. Para él, Peppina y yo hemos sido siempre un engorro.

Giulia se le acercó y la abrazó.

—No, ¿cómo dices eso? Ya sabes que tu padre tiene mal carácter. Pero os adora, daría la vida por vosotras.

Angelina le agarró un brazo.

—Lo que mi padre adora es el dinero, madre, y a lo mejor también la quiere a usted. Pero no a mí ni a Giuseppina. Hay una sola persona a la que quiere de verdad, y esa persona es Ignazio. — En su tono no había queja, sino simple aceptación de un hecho que, aunque doloroso, ya no podía cambiarse—. Y, por decirlo todo —concluyó con un suspiro—, estoy encantada de casarme porque al menos así podré tener una familia e hijos propios, que me querrán por ser quien soy.

Ese recuerdo le borra a Giulia la sonrisa. Angelina ha aceptado casarse para irse de esa casa, y ella lo ha comprendido. Ha trocado el amor por la esperanza de una vida mejor.

Pero a lo mejor... Mira a los novios. Luigi es atento, le tiende una copa de champán, no le

suelta la mano. Ella ríe y parece realmente serena. Giulia confía en que entre los dos haya ya un poco de ternura. No amor: el amor, si llega, puede que lo haga con el tiempo. «Serán dos buenos compañeros en la vida», se dice. O al menos eso espera.

Se vuelve, busca con la mirada a su marido. Ha estado nervioso durante los días previos a la ceremonia. Lo encuentra charlando en un rincón del patio con otros hombres. De negocios, seguramente.

Con un gesto le pide a la gobernanta que haga pasar a los invitados a la villa, con el fin de que comience el banquete de bodas.

Como siempre, todo ha de ser impecable.



También Ignazio, con dieciséis años y una mata de pelo negro, observa a su hermana y a su cuñado. Levanta su copa medio llena hacia Angela, que responde a su sonrisa lanzándole un beso con la punta de los dedos.

Desea que sea feliz de todo corazón. Angelina siempre lo ha envidiado, se han *dado picotazos* durante años, y con frecuencia lo ha acusado de ser el favorito de su padre. Ha sido una mujer airada y desdichada durante mucho, mucho tiempo.

«Que por fin encuentres la tranquilidad —le desea con la mirada—. Que tu marido sea un buen socio para los negocios de la Casa Florio, tal y como lo ha sido su padre.»

Tomó otro trago. Champán francés, del que han comprado numerosas cajas por mediación de monsieur Deonne, el hombre de su padre en Francia. En el salón y en todas las habitaciones, cestos de lirios, rosas y plumerías, la flor que es casi un símbolo de Palermo, emanan un aroma tan intenso que marean.

En el salón donde se ha instalado el bufet, la plata brilla como si tuviera vida propia. Por doquier hay camareros con botellas de vino.

Los Florio han desembolsado mucho dinero para celebrar esta boda.

—Que se hable de ella durante meses —dijo Vincenzo mientras Giulia preparaba la lista de los invitados con los labios apretados—. Las fiestas de los Florio han de entrar en la leyenda.

E Ignazio percibió una vez más el rencor de su padre bajo aquel tono triunfal.

No repara en Carlo Giachery, que se ha acercado a saludarlo.

—¡Ignazio! Mi más cálida enhorabuena por la fiesta. Por una vez, tu padre no ha escatimado en gastos.

Le estrecha la mano. Ese hombre de voz fuerte y de mirada intensa ha sido una presencia constante en su vida, y es quizá la única persona que puede considerarse amiga de su padre.

Porque Vincenzo Florio tiene socios de negocios, no amigos. Cosa que él, Ignazio, ha aprendido pronto.

—Ya sabe cómo es él: todo a la perfección, o nada.

Atraviesan las habitaciones, hablan de los invitados y del nuevo molino para el zumaque que Vincenzo ha hecho construir al lado de la almadraba.

—¡Solo tu padre podía hacerme instalar un molino junto a una villa! —ríe Giachery—. Para él, la Casa Florio es lo primero.

El molino —en efecto— es una nota discordante en ese golfo. Un edificio que no quería nadie, ni los habitantes de la Arenella ni Giulia, que detestaba que el polvo del zumaque se metiese en casa.

Pero su padre, con una testarudez rayana en rabia, lo había construido.

Su padre está siempre airado. También ahora.

Lo observa. No, se corrige mordiéndose los labios. Está contrariado, se lo nota en la cara: en la forma en que mira y en el fruncimiento de la boca... Angela se ha casado con su bendición, es cierto, y Luigi es un buen partido. Pero no es el mejor.

Su padre siempre ha conseguido todo lo que quería, salvo lo que más ha deseado. A él le corresponde obtener esos resultados que el gran Vincenzo Florio no ha podido ni podrá alcanzar.

Se aparta de la ventana frente a la que ha estado hasta ese momento. Con una copa de champán en la mano se va al mar, a las rocas. Busca la soledad y el silencio, lejos de los invitados. Es un Florio, por supuesto, y es el hermano de la novia, pero quiere conservar para sí una pizca de libertad.

Casi no oye los pasos de su hermana Giuseppina, que lo está buscando.

—Ignazio... —lo llama, subiéndose el vestido de seda bordada para que no se le ensucie—. Madre te busca. Quiere saber qué te pasa, y dice que dentro de poco se bailará con los novios.

Ignazio no se vuelve y ella le toca un brazo.

—Oye, ¿te encuentras mal?

Niega con la cabeza. Un rizo le cae sobre la frente.

—No, Peppina. Lo que pasa es que... —Mueve la mano en un gesto de aburrimiento—. Demasiada confusión.

Pero Giuseppina no se conforma con esa respuesta. Lo mira intensamente. Tiene casi su misma altura, y ojos que se reflejan y saben interpretarse.

—A veces me imagino cómo habría sido nuestra vida si hubiésemos sido distintos —murmura él—. Si no lo hubiésemos tenido todo, si hubiésemos podido elegir. Pero no nos ha quedado más remedio que vivir así, bajo la mirada de todo el mundo. —Y señala la torre que tienen detrás.

Giuseppina suspira, se suelta el vestido. La tela rosada se mancha de polvo y de gotas de agua salada.

—No habríamos sido los Florio —replica, también en voz baja. Luego se mira las manos enjoradas. En las orejas lleva los zarcillos de coral que su abuela le ha regalado hace unas semanas, diciéndole que se los había comprado su abuelo Paolo hacía más de cincuenta años. No son joyas, pero para ella tienen un gran valor—. Habríamos sido más pobres. Puede que nuestros padres nunca se hubieran conocido.

—No sé si eso habría sido malo. Que hubiésemos sido más pobres, quiero decir. A lo mejor hoy estaríamos celebrando la boda con unos vinos y no con champán francés. —Ignazio rueda la copa entre los dedos. Luego, despacio, como si estuviese celebrando un ritual, vierte el líquido en el mar—. Nuestro padre eligió lo que quería hacer y quién quería ser. Lo hizo a su manera, con una fuerza que no dejó espacio a nadie. Y nosotros nos hemos visto obligados a seguir el camino que él ha trazado. Todos lo hemos hecho, empezando por nuestra madre.

Giuseppina no dice nada. Observa a su hermano vaciando la copa, mira su bello rostro y siente una rara tristeza, como si los ojos de Ignazio estuviesen contemplando una escena desgarradora y él no pudiese intervenir. Y esa luz hecha de impotencia tiene el sabor de las cosas nunca vividas. Es una melancolía que transforma las palabras no dichas en suspiros.



Vincenzo no para ni un momento y va de un invitado a otro. Es una fiesta de bodas suntuosa, bendecida por un sol que ha recubierto ese 1 de abril de 1854 con una capa dorada.

Saluda a los Pojero, sus nuevos socios en los transportes marítimos, a Augusto Merle y familia, a Chiaramonte Bordonaro y a Ingham, que ha ido con su sobrino, Joseph Whitaker. Con todos intercambia unas frases, les da las gracias; brinda con su consuegro, Salvatore De Pace. Hablan de buques, de negocios, de contratos, de impuestos.

Pero hay unos individuos apartados. A los camareros se les ha dado la orden de atenderlos primero, y él ha ido a recibirlos personalmente. No se mezclan con los demás, y tienen una mirada opaca, indiferente. No participan en las discusiones que se desatan en la mesa sino cuando se les pide su opinión.

Todo, en sus gestos y en sus respuestas evasivas, incluso la leve inclinación de la cabeza, indica su incomodidad. Observan la cúpula del salón de los Quattro Pizzi, ponderan la decoración, calculan su coste y no pueden ocultar la envidia, la admiración y el tedio que sienten, aunque disimulen con una actitud *blasé*. Y Vincenzo, que siempre ha sabido interpretar a la gente, sabe perfectamente qué les ocurre.

Hoy, ira y triunfo tienen el mismo sabor.

«No se lo explican —se dice, observándolos por el rabillo del ojo—. No son capaces de

comprender cómo he llegado hasta aquí. ¿Cómo van a entenderlo? Son aristócratas. Tienen detrás siglos de privilegios. Son nobles de sangre que no desdeñan mezclarse con quien ha hecho dinero, conmigo; que tratan de meterse en el comercio. Pero no consiguen mirarme de manera diferente. No saben que no hay un solo momento en el que haya dejado de pensar en mi trabajo, en el mar, en los buques, en los atunes, en el zumaque, en el azufre, en la seda, en las especias. En la Casa Florio.»

Pide otra ronda de champán.

Puede que tengan un título y un escudo en su portal, pero no tienen lo que él posee.

No se detiene a pensar que él tampoco tendrá jamás lo que ellos tienen. No quiere. Ese día, la oscuridad agazapada en el fondo del alma ha de permanecer inmóvil, lejana.



Ha pasado un rato cuando el príncipe Giuseppe Lanza di Trabia se le acerca. Es un hombre ya mayor. Tiene gestos medidos, como si tuviese que limitar los esfuerzos, una voz pacífica.

—Una fiesta de bodas realmente suntuosa, don Vincenzo. Lo felicito.

—Para mi hija y mi yerno, solo lo mejor. —Levanta su copa y brinda mientras la pareja, en el centro del salón, baila con movimientos torpes, señal de una intimidad que acaba de crearse. Enseguida, algunos invitados los imitan.

—La ha casado usted bien. —El príncipe de Trabia mira el líquido de su copa—. De manera adecuada. Será una unión feliz. —Son palabras que parecen gotas de veneno.

—Gracias.

Entonces, de golpe, el otro carraspea.

—¿Cómo van los negocios con su empresa de navegación?

—Bien. —Vincenzo aguarda. Un hombre como el príncipe no hace preguntas sin motivo.

—Ha sido usted precavido administrándose solo, creando su propia naviera. Lamentablemente, después de la infortunada experiencia del *Palermo*...

—No fue el infortunio, príncipe. Los enfrentamientos con los napolitanos fueron la causa del hundimiento. Si el gobierno revolucionario no lo hubiese requisado... pero ya pasó. Paz, no puede hacerse nada.

—Sí, pero de hecho usted es el único con una flotilla mixta, de maderos y vapores. —La mirada es elocuente—. Usted no es hombre que se detenga ante la primera dificultad. Ha adquirido un vapor en Glasgow, me parece que se llama *Corriere Siciliano*, ¿no es así? Se habla muy bien de él, y en Nápoles están pendientes de usted. Posee buques que recorren todo el Mediterráneo y que cumplen los tiempos de entrega, lo que los piróscafos napolitanos no siempre son capaces de

hacer. En fin, probablemente sea usted el único que puede conseguir los contratos para el servicio postal.

Vincenzo se vuelve. Lentamente.

—¿El monopolio, quiere decir?

De repente querría estar en otro sitio, no en un salón ruidoso y lleno de gente, para poder hablar con libertad.

El príncipe de Trabia hace un leve gesto.

—He oído algo en la corte la última vez que fui a Nápoles. No es solo un rumor: el rey ya no consigue garantizar el servicio para nuestra isla, de manera que... —Extrae del bolsillo el reloj: un objeto refinado, la pequeña obra maestra de un artesano francés. Lo observa, acaricia la esfera esmaltada—. Verá, se lo digo porque, como le indicaba antes, a mi entender no son muchos los que pueden ocuparse de ello aquí en Sicilia. Y sobre todo porque semejante contrata no debe terminar en manos de los napolitanos. Sería una pérdida incalculable para Palermo y para Sicilia entera; un dinero que se quedaría en Nápoles cuando podría emplearse aquí en la isla, para dar trabajo. Pero, principalmente, contaríamos con un servicio que al cabo pondría a la isla en una posición todavía más marginal. Unas consecuencias muy negativas y excesivas para los sicilianos. ¿Comprende usted?

—Perfectamente.

—Bien. —El príncipe de Trabia levanta la cabeza, admira la bóveda pintada—. Al final se ha creado usted su palacio, don Vincenzo. No será usted un noble, pero esta mansión es digna de un rey. —Le aprieta un brazo—. Piense en lo que le he dicho. Dé los pasos necesarios.

El príncipe de Trabia se aleja entre las parejas que bailan, pasando al lado de los que están sentados contra la pared.

Vincenzo, en cambio, se tapa los labios con la mano y se acerca a la ventana. El rumor sobre el monopolio del servicio postal corre desde hace tiempo. Pero eso parecía: un chisme.

Y sin embargo...

Ve al príncipe montar en su carruaje y marcharse. Reflexiona, febril, mientras la música retumba y las copas se levantan en nuevos brindis. Encima de él, la bóveda pintada del salón de los Quattro Pizzi absorbe voces y humores.

La exclusiva del servicio postal con sus buques puede comportar una relación directa con la Corona en Sicilia. Por no mentar las ganancias. Muchas ganancias.

En una palabra, esa exclusiva significa poder.

Arena

mayo de 1860 – abril de 1866



Cent'anni d'amuri, un minutu di sdigno.

Cien años de amor, un minuto de desprecio.

Dicho siciliano

Los fermentos revolucionarios sicilianos anidan bajo las cenizas, atizados por una intensa actividad de propaganda clandestina y por algunos intentos —fracasados— de revuelta popular. Por su parte, a los nobles más prudentes y a los intelectuales burgueses los atrae la idea de implicar al rey de Cerdeña, Víctor Manuel II, en la empresa de liberar a la isla del dominio borbónico. La determinación de Francesco Crispi conjuntará esos elementos: sugiere al general Giuseppe Garibaldi la posibilidad de una insurrección «externa» que, apoyando a los rebeldes sicilianos, tenga como objetivo final la unificación de Italia. Y para convencerlo le demuestra que, en Palermo, ya ha empezado la insurrección (se trata de la revuelta de la Gancia, orquestada por el propio Crispi, que duró del 4 al 18 de abril de 1860). Sin el respaldo explícito del rey, Garibaldi y sus Mil, combatientes voluntarios en camisa roja, zarpan del puerto de Quarto el 5 de mayo de 1860, desembarcan en Marsala el 11 de mayo y entran en Salemi el 14 de mayo, donde Garibaldi se proclama dictador de Sicilia en nombre de Víctor Manuel II. El 28 de mayo entran en Palermo, donde son recibidos como libertadores, y el 7 de septiembre llegan a Nápoles. El encuentro entre Garibaldi y Víctor Manuel II, en Teano, el 26 de octubre, marca el principio del Reino de Italia.

Tras la unificación, sin embargo, los funcionarios del Reino de Cerdeña extienden al sur de Italia y a la isla su sistema legislativo, económico, fiscal y comercial sin ninguna adaptación, y rechazan toda mediación. Entre los nobles cunde el descontento: no han logrado mantener intactos sus privilegios y han sido desposeídos de su identidad cultural. Y el pueblo continúa sufriendo a causa de una economía débil y que parece no tener posibilidades de mejora.

Así, Sicilia vuelve a ser una tierra de conquista.

La costa occidental de Sicilia es una combinación de rocas y playas de arena. Un ecosistema variado, de morfología mudable con un paisaje riquísimo.

Solo en la zona de Marsala las playas son una presencia constante: arena fina, especialmente harinosa, que arrastra el mar a través del paso de San Teodoro, frente a la Isla Lunga, un lugar de belleza conmovedora. Cerca de Marsala es donde se encuentra el Stagnone, una de las zonas con más lagunas de la isla. Puerto de los fenicios, refugio de los griegos, emporio de los romanos.

En el Stagnone, gracias a la existencia de salinas —un sistema de tinajas empleadas para el refinado de la sal marina por medio de la evaporación del agua—, el clima permanece casi siempre constante y la salinidad no sufre alteraciones.

No es casual que las bodegas de Marsala estén a poca distancia de estas playas bajas y de arena. No es casual que la arena entre en los patios, que invada los almacenes, que se acumule en los toneles.

El mar, el componente calcáreo de la arena y la temperatura constante son los factores que hacen especial a este vino licoroso, nacido por azar y convertido en el sabor de una época.

Y es que la arena que se deposita en las tinajas de cerámica que cubren la sal es la misma que gira por entre las botellas que reposan en el interior de las bodegas. Es una arena que contiene granos de sal, que es el aroma del mar.

Es ella la que aporta ese sabor seco, ese toque peculiar, ese leve gusto a mar a un vino que, de otra manera, sería un vino dulce como cualquier otro.



Ignazio y Vincenzo se miran en silencio, el uno frente al otro. El padre está sentado al escritorio; el hijo, de pie. En la calle aún está oscuro.

En el despacho también está Giulia.

—Podría ser una buena idea, Ignazio —dice ella, afable—. Un viaje de unas semanas... A tu hermana Giuseppina le encantaría alojarte en su casa. Además, recuerdo que el año pasado volviste entusiasmado de Marsella.

Pero Ignazio, con la cabeza baja, hace un gesto negativo.

—Giuseppina y su marido son muy generosos, *maman*. Pero no iré: me quedaré en Palermo con

usted y con mi padre. Ese es mi deber. La Casa Florio me necesita, ahora más que nunca.

Solo en ese momento Vincenzo parece reaccionar. Tiene sesenta y un años y se le nota mucho la edad. Las bolsas de debajo de los ojos, consecuencia de noches insomnes, hacen que parezca mayor.

—Bueno. Nos quedaremos aquí. —Le tiende la mano a Giulia y ella se la agarra, se la estrecha.

A ella no le queda más remedio que aceptar. Algo ha aprendido a su pesar: si un Florio decide algo, nada ni nadie podrá hacer que cambie de idea. Son muy orgullosos, y demasiado testarudos.

Ignazio sale del despacho, los deja solos. Vincenzo, meditabundo, se rasca la barba entrecana.

¿La verdad? No puede reconocer que tiene miedo. Oh, no por él. Por su hijo.

El tiempo se está enroscando, se adentra en un futuro que nadie es capaz de vislumbrar. Una rara inquietud vibra en el aire y se dilata, haciendo que todos sientan recelo, inseguridad, miedo.

Todo había empezado hacía menos de un mes, a principios de abril de 1860. Desde hacía mucho tiempo los ánimos estaban exacerbados por la política de los Borbones, hecha de atropellos, de impuestos elevados, de arrestos arbitrarios y de juicios farsa. Hubo muchas señales, muchos pequeños golpes que parecían anunciar un desastre. Primero, una revuelta en Boccadifalco; y, dos días después, la rebelión de la Gancia, el gran convento de los franciscanos en el corazón de Palermo. Los frailes habían dado incluso cobijo a los insurgentes, pero hete aquí que un fraile medroso actuó de espía y los soldados rodearon la iglesia y el convento, impidiendo cualquier escapatoria a los rebeldes. Más de veinte murieron, trece fueron capturados. Las campanas que los frailes habían tocado para convocar a la revuelta a la ciudad doblaron a muerto. Solo dos hombres se salvaron y permanecieron ocultos durante días entre los cadáveres de la cripta. Al cabo, salieron por una rendija del muro de la iglesia con la ayuda de las mujeres del barrio, quienes, para distraer a los soldados, escenificaron una pelea.

¿Era la última de una serie de pequeñas rebeliones o la vanguardia de algo mayor? Nadie lo sabía. En la ciudad había quienes ponían a buen recaudo sus bienes y mandaban lejos a la familia. Otros, en cambio, se limitaban a esperar.

Pero una cosa era cierta: la gente ya no aguantaba más a los Borbones.

Vincenzo se incorpora, se acerca a su esposa. No precisa decirle lo que siente, porque ella le lee el alma.

—Habría preferido que se marchase —dice Giulia con voz preocupada.

—Lo sé. —Vincenzo mueve despacio la cabeza—. Sigo pensando en ese *chico*, en el que mataron tras la revuelta. ¡Qué final tan espantoso!

Giulia le aprieta el brazo.

—¿Hablas de Sebastiano Camarrone? ¿El que había sobrevivido al pelotón de fusilamiento?

Él asiente con la cabeza.

Había ocurrido unos días después del fracaso de la rebelión. Para que todo el mundo supiese

bien a qué se exponía desafiando a los Borbones, los prisioneros —poco más que adolescentes, aún no adultos— fueron fusilados en la plaza, delante de sus familiares. Pero Sebastiano Camarrone, milagrosamente, había sobrevivido. Herido, desde luego, pero vivo.

A Vincenzo le contaron que la madre había tratado de acercarse, que había pedido a gritos el perdón del rey para su hijo. Porque eso decía la ley: quien sobrevivía al pelotón, salvaba la vida.

Pero le dispararon a la cara.

Al final, los soldados amontonaron los cadáveres en cuatro ataúdes. Las calles de la ciudad seguían manchadas de la sangre derramada del carro que los había llevado a la fosa común. Nadie quiso borrar aquel rastro negro.

—No me lo puedo ni imaginar —dice Vincenzo en voz baja—. Era un chico como nuestro hijo; inteligente, incluso había estudiado. Y estos malditos lo mataron sin misericordia ni piedad.

Vincenzo no se indigna con facilidad. Pero esta vez su indignación es mucho mayor que su indiferencia.

—Han sido unos perros. —Giulia se tapa la cara—. Me sigo imaginando el desgarramiento de esa pobre madre. Por eso habría querido que Ignazio se marchase, pues nunca se sabe qué va a ocurrir. —Se vuelve, mira hacia la puerta—. Nosotros hemos hecho nuestra vida, pero él...

Vincenzo le rodea los hombros con un brazo, la besa en la frente.

—Lo sé. Pero es lo que ha decidido.

Ella rezonga.

—El hecho de que Ignazio sea un cabezota como tú no me tranquiliza.

Se aparta de Giulia, va a su habitación para terminar de prepararse. Manda decir a su hijo que se apresure, y le pide al caballerizo que su carruaje lo escolten criados armados.



El carruaje que los lleva a Palermo sale de la villa de los Quattro Pizzi al alba. Una vez más, Vincenzo ha preferido irse ahí en vez de quedarse en la via dei Materassai. La villa, con sus muros y el acceso al mar, es más fácil de defender.

El frío asciende con fuerza desde el mar, se cuela por los abrigos haciendo temblar a los dos hombres.

Vincenzo se sienta delante de su hijo. Lo observa en la penumbra del habitáculo. Frente alta, mandíbula enérgica, Ignazio se parece mucho a su padre Paolo. Pero no tiene su carácter. Bueno, es ciertamente amable, y *charmant*. Ha sido admitido en el Casino de damas y de caballeros, por lo que es el único Florio al que han aceptado en el círculo aristocrático más exclusivo de la

ciudad. Es un joven inteligente, tiene *savoir faire* y una gracia natural heredada de Giulia. Pero lo que su padre admira más de él es su abrumadora frialdad.

—Tu madre está preocupada. Y con razón. —Con dos dedos descorre la cortina de la ventanilla—. Tú eras pequeño cuando estalló la revuelta hace doce años y yo acabé involucrado. Sería mucho mejor que te marchases a Marsella. Me sentiría más seguro sabiéndote lejos de aquí, donde puede ocurrir de todo.

—Prefiero quedarme. —Ignazio muestra un rostro firme—. Ustedes necesitan ayuda para llevar la empresa y yo conozco a mucha gente de la que puedo tener noticias de primera mano sobre lo que acaecerá en las próximas horas.

—Encomiable. —Vincenzo se apoya en el respaldo, junta las manos en las rodillas cruzadas—. Tienes veintiún años y ya sabes cómo comportarte. Pensaba que la idea de ir un tiempo a Francia te habría gustado, sobre todo en este momento, y sin embargo... Y pensaba también que allí podrías haber conocido a una guapa francesa con la que matar el tiempo a la espera de que pase la tempestad. Por lo demás, me imagino que *alguien como tú* no se dedica a *mirarse* a los ojos con las amigas de tus hermanas.

De repente, Ignazio se pone colorado. Su padre no repara en que le tiemblan los labios y que los aprieta, ni en que está conteniendo la respiración, lo que le dilata el pecho.

Solo él sabe cuánto le ha costado rechazar la propuesta de ir a Francia. Porque quería volver allí. Querría eso más que cualquier otra cosa. Pero no puede ni debe.

Durante un instante, se deja arrastrar por un recuerdo doloroso, cortante como un trozo de cristal cuya belleza, cuya luminosidad y cuyo reflejo es imposible no admirar. Unos rizos rubios, una mano enguantada, una cabeza que se inclina para ocultar las lágrimas por una partida. Luego cartas, un montón de cartas.

Nadie ha de saber qué ocurrió en Marsella. Sobre todo, su padre.

Ese padre que, ahora más que nunca, lo necesita. Ese padre cada vez más voluminoso, cada vez más cansado, cada vez más viejo.

Ignazio nunca podrá dejar de cumplir sus deberes, como tampoco podrá decepcionarlo. No es eso lo que se espera del heredero de la Casa Florio.

Vincenzo nota el rubor de su hijo, pero lo confunde con incomodidad. Ignazio siempre ha sido muy reservado sobre sus amistades femeninas. Le pega una palmada en las rodillas.

—Ay, hijo mío. Ya sé que eres un machote. —Enarca las cejas en señal de complicidad.

Con esfuerzo, Ignazio asiente.

—Bueno, dejemos a las mujeres y pensemos en nosotros. Te explico cuál es la situación.

El hijo arrincona los recuerdos, cosa que ya está acostumbrado a hacer. Lo mira, atiende.

—En 1848 sufrimos una fuerte parálisis; prácticamente no se comerciaba y los impuestos que nos habían fijado los napolitanos estaban hundiendo la economía. Los intereses que hay hoy en

juego son mucho más complicados. De hecho, desde hace tiempo entre las familias de nobles y comerciantes hay emisarios de los Saboya. También han tratado de ponerse en contacto conmigo. Yo he preferido no verlos, no en este momento... Primero quiero averiguar qué va a pasar. Hay demasiado desorden y, con las tropas borbónicas concentradas en la puerta Carini, poco puede hacerse. *Ellos*, los Borbones, creen que los garibaldinos van a entrar por ahí, pero no pasa de ser una mera suposición. La ciudad está asediada. Tendremos que tener los ojos bien abiertos, averiguar de qué lado sopla el viento y estar preparados para aprovechar las situaciones que se presenten. Ya no depende solo de los sicilianos. Los Saboya quieren apoderarse de Sicilia y de todo el reino, y esta vez encontrarán la manera de conseguirlo porque aquí tendrán ayuda. Ya se han hecho con Toscana y Emilia-Romaña. Pero aquí no saben qué les espera... Demasiadas incertidumbres, demasiados intereses en juego.

Ignazio vuelve a mirar la calle.

—Haremos lo que sea preciso para proteger nuestra Casa.

Y esa frase a Vincenzo le basta.



En la villa, donde se ha quedado con la servidumbre y su suegra, Giulia está angustiada y nerviosa. Recorre las habitaciones con un pañuelo en una mano y las llaves en la otra, llega hasta la alcoba de Giuseppina. Delante de la puerta hay una criada.

—¿Se ha levantado? —pregunta.

La criada, joven pero de complexión robusta, deja de coser. Su acento revela que es de la Madonia, tiene el cutis bronceado por largos días pasados al sol.

—Sí, señora. Comió sin protestar y ahora está sentada en el sillón, como tiene por costumbre.

Giulia entra. En el dormitorio hay un aroma a rosas frescas que no encubre del todo el tufo dulzón de la vejez.

Giuseppina está en el sillón. Canta una canción en voz baja, palabras incomprensibles en calabrés cerrado. Desde hace unas semanas alterna momentos lúcidos con días en los que el mundo se invierte, en los que los fantasmas de más de ochenta años de vida vuelven a hacerse realidad.

No ve por un ojo, tiene una película que ningún médico ha sabido curar. La vejez no tiene cura.

Giulia, espantada, traga saliva. La sensación de angustia se multiplica. Estira la mano para acariciarla, la aparta. La lástima que siente la desborda y paraliza.

—Doña Giuseppina... ¿Le apetece salir?

Giuseppina se incorpora con esfuerzo, el cuerpo doblado por la artrosis. La criada le abriga los

hombros con el chal mientras Giulia la coge del brazo.

Avanzan por los pasillos de la villa. Como desde hace un tiempo le viene ocurriendo, Giulia se dice de nuevo que no es la muerte la que borra las culpas y purifica la memoria, sino la enfermedad. En cierto modo, ver envejecer a su suegra la ha recompensado del daño que le ha causado, y le ha enseñado la compasión. Ya no alberga el menor ánimo de venganza. Se dice a sí misma que existe una misteriosa justicia en el orden de las cosas, un equilibrio que sigue reglas desconocidas.

Bajan al patio, donde Vincenzo ha mandado colocar unos sillones y una mesa. El mar es un fondo amable.

Giulia escribe a menudo a su hija Giuseppina, que vive en Marsella con su marido, Francesco, hijo de Augusto Merle, socio de negocios de Vincenzo desde hace muchísimo tiempo. Este matrimonio, como el de Angela, es tranquilo y adinerado. Angelina ya tiene tres hijos; Giuseppina, por su parte, dio a luz al segundo hace pocas semanas. Si bien las cartas de su hija revelan su nostalgia de Palermo y la familia, Giulia sabe que es una esposa satisfecha.

Mayor es su temor por Ignazio, que parece tan contenido, tan estricto. Se pregunta qué ha sido de su «principito», ese chiquillo curioso y al que tanto entusiasmaba todo. Se ha convertido en un joven de amabilidad abrumadora y de actitud inflexible, puede que incluso mayor que la del padre. Como si tuviese que acatar una regla que se ha autoimpuesto, Ignazio es riguroso ante todo consigo mismo. Y es eso lo que preocupa a Giulia. La inflexibilidad.

La criada se pone de nuevo a coser. Giuseppina, por su parte, dormita, y de vez en cuando hace ruiditos raros o dice frases incompletas.

Entonces, de golpe, agarra la mano de Giulia. La pluma se desliza por la hoja, traza un garabato.

—Tienes que decirle a Ignazio que me he equivocado, que he tenido solo una vida. Tienes que decírselo, ¿comprendes?

Giulia no sabe de quién está hablando, si de su hijo o de aquel tío al que ella no ha conocido. Luego ve que los ojos de su suegra se impregnan de lágrimas.

—A él lo amaba. Con él me tendría que haber casado, ahora lo sé. Lo amaba y nunca se lo dije, pero era el hermano de mi marido. Y ahora quiero que lo comprenda, que uno tiene que casarse bien no por el dinero, sino porque... —La mujer empieza a sollozar, grita, forcejea. No consiguen calmarla. La cofia cae al suelo, aprieta los labios.

Giulia la rodea entonces con sus brazos.

—Él lo sabe —le dice al oído para calmarla—. Lo sabe. —Los ojos se le llenan de lágrimas. Es lo que le ha contado Vincenzo sobre ese extraño amor entre cuñados. Con cariño, la ayuda a incorporarse, le seca las lágrimas, la acompaña a su alcoba. La acuesta y manda que le den un calmante.

Lo último que piensa, mientras cierra la puerta al salir, es que ella por lo menos ha tenido la suerte de casarse con Vincenzo. Aunque para eso ha tenido que esperar años.



Por las murallas, entre las calles que dan al Cassaro y llegan al mar, a la sombra de las plazas, más allá de los bastiones derruidos por los cañonazos, el tiempo se ha detenido. Del mar llega el olor de algas secas; de las montañas; de los azahares en flor.

Da la impresión de que Palermo está esperando que las cosas ocurran solas. Que pretende ser un mero espectador. Pero no es así, porque la ciudad solamente está dormida. Debajo de la piel de arena y piedra hay un cuerpo que palpita, una corriente de sangre y secretos. Pensamientos que no paran de vibrar.

Y los pensamientos ahora forman un nombre: Garibaldi. Quien ha declarado que va a proclamar, en nombre de Víctor Manuel II, rey de Italia, la dictadura en Sicilia, y ha llamado al pueblo de la isla a las armas, y ya ha ocupado Alcamo y Partinico...

Pero la herida de la Gancia todavía escuece. Y en la ciudad ha corrido la noticia de que Rosolino Pilo, que había ido en ayuda de Garibaldi, ha muerto luchando en San Martino delle Scale, a menos de veinte kilómetros de Palermo.

Vincenzo Florio no puede saber qué va a pasar, pero entra en las oficinas del Banco Regio con una cartera y una decisión. Ha dejado a Ignazio en la via dei Materassai. No quiere que se implique.

Un tramo de escaleras.

En calidad de gobernador negociador comprueba, compara datos, adquiere informaciones. Ordena que el dinero en efectivo —todo— se guarde en la caja fuerte, junto con las letras de cambio. En cuanto termine la crisis, el dinero tendrá que ser puesto de nuevo en circulación o convertido en la nueva moneda del reino. Entretanto, conviene tenerlo en lugar seguro.

Tema distinto son los lingotes de las cajas de la tesorería: muy pronto —en cuestión de horas— llegarán los garibaldinos a requisar las reservas de oro, que son francamente considerables.

Solo Dios sabe dónde acabará ese oro.

Ha sido inteligente no ceder, no hacerle caso a Pietro Rossi, que intentó que dimitiera.

También ahora, ahora que está tan presionado, que todo se hunde, sabe que puede hacer lo que está haciendo. Recoge los papeles, los guarda en la cartera: serán el salvoconducto de la Casa Florio para el futuro.



Palermo respira siroco y espera.

Garibaldi ya se encuentra a menos de diez kilómetros. La ciudad lo aguarda y le teme; no sabe si salir a recibir a los Camisas Rojas y a los *picciotti*, los campesinos que se han unido a Garibaldi y que lo han ayudado durante la batalla de Calatafimi, o atrincherarse en una defensa que se anuncia inútil.

Las familias están divididas. La ciudad está partida en dos. Muchos se han atrincherado en sus casas, atrancando puertas y ventanas, y mientras las mujeres desgranaban rosarios, los hombres tiemblan detrás de los postigos cerrados. En cambio, muchos jóvenes han cogido un rifle y están listos para el asalto.

El 23 de mayo los garibaldinos llegan a las puertas de la ciudad: no desde el mar, sino desde las montañas. Los palermitanos ven la polvareda de los enfrentamientos, oyen el estruendo de los cañones y de los tiros. Al cabo de cuatro días, Palermo cede: la puerta Termini, la entrada más vulnerable a la ciudad, es tomada por un grupo de valientes. Los Borbones, entonces, deciden bombardear la ciudad desde el mar, pero ya es demasiado tarde: tras un enfrentamiento en la vía Maqueda, la ciudad es conquistada definitivamente.

Los hombres de camisa roja cruzan la puerta Termini y se adentran en la ciudad. Los jóvenes — pero no solo ellos — se unen a esa multitud que habla un italiano lleno de matices, de sonidos nuevos, de acentos distintos. Todos se abrazan y se miran con recelo, se agitan banderas y, al mismo tiempo, se esconden las joyas de la familia. Se despejan las calles, atestadas de escombros de las barricadas, y así vuelven a verse las fachadas de los palacios.

Piamonteses, venecianos, romanos y emilioromañoles descubren la tremenda y sensual belleza de una ciudad que antes conocían solo por lo que les habían contado sus compañeros desterrados. La catedral con sus pináculos arabescos y el Palacio Real con los mosaicos del período normando surgen al lado de suntuosas mansiones barrocas, con grandes balcones de rejas forjadas que aquí se llaman «de pecho de oca». Las casitas de marineros y pescadores se mezclan con palacios imponentes como el de los príncipes de Butera.

Es una ciudad muy rara, se dicen: pobre, mugrienta y regia a la vez. No consiguen apartar la mirada de los colores, de esas murallas ocreas que parecen reflejar la luz del sol; no comprenden cómo la peste de las alcantarillas puede convivir con el aroma de las flores de azahar y de jazmín que decoran los patios de los palacios nobles.

Sin embargo, mientras los soldados miran de un lado a otro, mientras Garibaldi declara que no hay que detenerse, que hay que seguir avanzando para redimir a todo el reino de los Borbones, en otro punto de la ciudad unos hombres están llegando a pactos y a acuerdos. El gobierno

provisional está instalado en el que ahora se llama Palacio Pretorio, pero que es el mismo Palacio de Ciudad donde se reunieron los sublevados de 1848.

Han pasado doce años, pero algunos rebeldes de entonces han vuelto: con más años, quizá más cínicos, y sin embargo no menos decididos. Muchos tienen cuentas pendientes que ajustar o que llegar a nuevos acuerdos, y ese lugar tan atestado de gente no es el ideal. Es preferible otro sitio, más reservado, alejado de la multitud y de los oídos indiscretos.

Lejos de la puerta Termini, pasado el palacio Ajutamicristo y poco antes del claustro de la Magione, hay otro edificio. Imponente, severo.

Delante del portón y en el patio, carruajes y escudos, un bullir de voces y de gente.

Dentro, una habitación tapada con una cortina de brocado.

Uno de los jefes de la revuelta está ahí, con Vincenzo e Ignazio Florio. Dos guardias vigilan la puerta. Quien pasa por delante baja la voz.

El padre y el hijo no se mueven. Sus rostros no muestran la menor emoción.

Ignazio mira a su padre, observa sus gestos.

Vincenzo parece estar en tranquila espera.

—Está claro que las informaciones que le estoy suministrando comportan el pleno conocimiento de los activos del Banco Regio. Me expongo mucho ofreciéndole este material —dice Vincenzo sin el menor énfasis. Da una palmada en la cartera que tiene en las rodillas, la misma que llevaba cuando fue al Banco Regio unos días antes.

Cada palabra es una gota que quiebra el silencio.

—Su oferta es interesante. El general Garibaldi será informado. Así como también tendrá en cuenta su colaboración en la realización de los cañones para los Camisas Rojas por parte de su fundición Oretea.

—Era mi deber como siciliano. Y mis obreros, en cuanto supieron que los cañones apuntarían a los Borbones, ya ni pensaron en el tiempo que tendrían que dedicarles.

—Ha tenido usted el tino de esperar a ver hacia dónde soplaban el viento.

—Hacia donde tenía que soplar.

El hombre hace una pausa. Repiquetea con los dedos en la mesa. Tiene un marcado acento palermitano, con un leve tono foráneo.

—En cualquier caso, ha puesto su empresa al servicio de la revolución. Yo seré el primero en tenerlo en cuenta —continúa—. He sido autorizado a negociar la entrega del Banco Regio y su información reservada nos brindará el marco real de la situación. Sus responsabilidades se limitan a este punto.

Vincenzo entorna los ojos.

El hombre prende un puro, agita despacio la cerilla para apagarla. El bigote amarillento por el tabaco vibra con la tibieza del humo. Aspira una bocanada, sacude la ceniza en un platillo. Cerca

tiene una pistola: es la misma que ha usado para amenazar a los soldados borbónicos hace apenas unos días, cuando encabezó una de las columnas de *picciotti* garibaldinos que irrumpieron en la ciudad. Mira fijamente a Vincenzo e interpreta sus pensamientos.

—*Do ut des*. Me lo imaginaba —dice al fin.

—Exactamente.

Una pausa. Ignazio observa, admirado, la perfecta inmovilidad de los dos hombres. Un duelo sin agresividad.

—¿Qué?

—La autorización para crear un instituto de crédito para las necesidades del comercio en Sicilia. —Vincenzo cruza los brazos sobre su ancho tórax—. Si los Saboya se apoderan del Banco Regio, los comerciantes tendríamos que financiarnos de otra manera.

Ahora se miran a través de la cortina de humo del puro, es una red que retiene palabras no dichas.

—Usted, señor Florio, es un hombre cuando menos curioso. Primero alquiló sus vapores a los Borbones para que patrullaran las costas y ahora está aquí vendiendo información sobre el Banco Regio a los Saboya. —Mueve las manos y la ceniza del puro cae al suelo, se esparce por las baldosas—. No carece de oportunismo.

—Mis buques acaban de ser requisados por su dictador Garibaldi y ya no dispongo de ellos. En cuanto a lo demás, comprenderá que mi posición no me permitía rechazarle nada al soberano. En cualquier caso, usted no intentó contactar conmigo antes, como hizo con otros el año pasado.

Un nuevo silencio, esta vez marcado por la sorpresa y la desconfianza.

—Ah, Palermo. Uno cree que sabrá guardar los secretos, y sin embargo...

—Hay que saber qué pedir y a quién —comenta Vincenzo.

El poblado bigote del hombre se mueve, sus labios hacen un leve gesto despectivo.

—Usted y su Casa, señor, tienen la posibilidad de negarle cualquier cosa a quien sea, si así lo quieren. Han tenido ustedes la exclusiva del correo, y puede decirse que son los monopolistas del transporte por mar del reino, prácticamente sin pagar impuestos merced a los descuentos que les ha concedido la Corona. Habría usted podido ayudar a la revuelta de hace doce años, y sin embargo se echó atrás, ¿se acuerda? Yo estaba ahí, ambos lo sabemos bien, no se afane en desmentirlo. Bien, ya es agua pasada. Hoy me habla de negocios y de negocios le respondo. Creo que es lo que nos interesa a ambos.

Ignazio ve que la mano de su padre se contrae, reconoce los signos de un nerviosismo en aumento. El anillo del tío Ignazio, del que jamás se separa, emite un resplandor que parece una señal de alarma.

—No me gusta perder tiempo. Quiero un sí o un no.

El hombre estira una arruga inexistente de los pantalones.

—Tendrá su instituto de crédito a cambio de las informaciones sobre el Banco Regio. El único problema podría ser la negativa de Garibaldi, pero no creo que se oponga. Por lo demás... — Abre los brazos—. Mi puerta está siempre abierta para usted.

Vincenzo se levanta, Ignazio se pone a su lado.

—Entonces le diré qué es lo que nos interesa. Ayúdenos y tendrá en nosotros unos aliados. Garantíceme que mi Casa comercial no sufrirá consecuencias, que los barcos me serán devueltos en perfectas condiciones. Eso, de momento. En el futuro ya hablaremos de la renovación de los acuerdos postales con... esos de Turín. ¿Puede hacerlo?

El otro le tiende la mano.

—Tiene usted mi respaldo, más allá de ese asunto —dice, y señala con la cabeza la cartera de los documentos—. Sicilia necesita tener cubiertas las espaldas como usted para afrontar el futuro que le espera. Se lo digo como secretario de Estado.

Ignazio interviene por primera vez.

—Usted nos será de gran ayuda, abogado. Es un hombre de acción. —Habla despacio, con calma. No formula una petición, sino una certidumbre. Una verdad. Tiene la voz ronca, parecida a la de su padre, y el tono carece de matices—. Los Florio no olvidan a quien los ayuda. En Palermo nosotros podemos contar con lo que nadie tiene, ni Borbones ni Saboyas. Y usted sabe bien a qué me refiero. —Le tiende la mano.

El hombre se la estrecha. Y luego estrecha la mano de Vincenzo.

Aún no pueden saber que ese hombre, Francesco Crispi, de pasado rebelde, exmazziniano, sospechoso de un homicidio político y, en el futuro, presidente del Consejo de ministros, ministro de Exteriores y ministro del Interior del Reino de Italia, se convertirá en el abogado de la Casa Florio.



Parece un día como muchos otros. Los vapores llegan a la Cala y desembarcan especias, telas, madera y zumaque; los carros llenos de azufre y cítricos aguardan en el muelle a ser estibados. A lo lejos se oyen las campanas de las iglesias llamando a misa, junto con el trizar de las primeras golondrinas. Más allá, el ruido de los martillos y las prensas de la fundición Oretea.

Entre las calles, entre los muros de toba y piedra, pasa la gente de Palermo, ojos de ágata y manos de cobre, cabellos rojos y piel de leche. Gente mestiza, gente que acoge.

Más allá de Castellammare, ahí donde se está creando una ciudad nueva entre huertos y olivares, surgen las villas de los nuevos ricos. Casas elegantes, que nacen en los cimientos de los

antiguos palacios para cobrar vida nueva, rodeadas de jardines de plantas exóticas importadas de las colonias inglesas y francesas.

Ahí Ignazio Florio construirá el palacete de la Olivuzza, ahí nacerán otro Ignazio y otro Vincenzo, ahí estará la Villa Whitaker. Pero aún no es el momento de hablar de todo esto. Ni de contar cómo, también en ese lugar, surgirán las villas modernistas que más tarde arrasarán las excavadoras para dejar sitio a edificios de cemento.

No, no es este el momento.

Por ahora Palermo está como ebrio, detenido en el umbral de un futuro repleto de incógnitas, a la espera de saber qué esperan de la ciudad los nuevos soberanos llegados como libertadores. Pero la ciudad no se fía: ha conocido demasiadas dominaciones.

Palermo, esclavo-amor, que parece venderse a todo el mundo pero que solo se pertenece a sí mismo. Y a esta ciudad, aquí donde el olor a basura se mezcla con el aroma a jazmín, llega una noticia dolorosa, inesperada.

Vincenzo e Ignazio se encuentran en la sede del nuevo Banco Nacional. Vincenzo es el presidente de la filial, Ignazio colabora con él. En ese momento está hablando con su padre sobre las exportaciones del marsala. El marsala Florio ha sido premiado con una medalla en la Exposición Nacional de Florencia de 1861: es el vino para acompañar los postres más vendido en Italia y es considerado un artículo de lujo en Francia, donde ha ganado otra medalla.

Ignazio no se quedó de brazos cruzados cuando su padre le confió la dirección de la bodega.

—Verá, padre, había pensado crear una reserva y dejarla para la próxima Exposición Universal. Tener una medalla en la etiqueta ya es un valor...

Ignazio no ha terminado aún la frase cuando llega un recadero jadeante y se inclina delante de Vincenzo. Tiene el uniforme descolocado, el rostro pasmado.

—Le traigo esto, señor Florio. Un mensaje de la duquesa Spadafora.

Vincenzo agarra el sobre; grueso, refinado papel blanco en el que una mano insegura ha escrito su nombre.

—¿La esposa de Ben? ¿Qué puede querer? —murmura.

Mira de nuevo al recadero, que sigue jadeando. Vacila. Es como si el sobre se hubiese vuelto pesadísimo. Como si ya supiese, como si sintiese que ese sobre le traerá dolor.

Entonces lo abre. Y lee.



La casa de Ben Ingham está repleta de gente. En las escaleras, en la calle, no cabe un alfiler en el

portal. Cuando llega Vincenzo, una multitud de empleados, marineros, armadores y comerciantes le deja paso.

Ignazio ve que su padre llega a la puerta del dormitorio con pasos cada vez más pesados y lentos. Hunde los hombros, inclina la cabeza. En ese instante le pone una mano sobre el hombro. Y entonces él también mira.

Han vestido el cadáver con ropa de manufactura inglesa. Hay candelabros a los pies de la cama y un pastor anglicano murmura plegarias. Cerca, un grupito de fieles reza de rodillas. Ben ha sido siempre muy religioso.

La duquesa Spadafora está sentada en un sillón al lado de su marido. Parece como si alguien la hubiera abofeteado: tiene el rostro hinchado, demudado. No para de retorcer la alianza; también estaban casados, pero en contra de la opinión del sobrino predilecto de Ben.

Cerca, Joseph Whitaker, con su esposa Sophia y el tercero de sus doce hijos, el veinteañero Willie, reciben a los que han ido a presentar sus condolencias. También está Gabriele Chiamonte Bordonaro, con el sombrero en la mano, al lado de los hijos de la duquesa.

Todos miran el lecho.

Parece imposible.

Cuando Alessandra Spadafora ve a Vincenzo, se levanta. Se tambalea, y entonces él se le acerca y le da un abrazo. Ambos son huérfanos, cada uno a su manera.

—¿Cómo ha sido? —pregunta, ayudándola a sentarse.

—Esta noche, un malestar repentino. Se puso rojo, no podía respirar. —La mujer estira la mano y acaricia el rostro de Ben. Parece de papel. Las arrugas se han distendido, está sereno. Luego ella señala una mancha oscura a la altura de la sien—. El médico ha dicho que se le debe de haber roto una vena de la cabeza. Él... él... Cuando llegó el médico, ya estaba... —Rompe a llorar y aprieta el brazo de Vincenzo.

Se le hace un nudo en la garganta.

No es capaz de mirar ese cadáver.

«No el de él», se dice, y contiene las lágrimas.

Ben alabándolo por su decisión de casarse con Giulia. Ben, que lo trató siempre como rival, nunca como enemigo. Ben acompañándolo con el tío Ignazio a un piróscafo que zarpa para Inglaterra. Ben enseñándole la campiña inglesa. Ben presentándole a su sastre...

Hermano, amigo, rival, socio, mentor.

Ahora Vincenzo tiene que despedirse de todo eso. Está cada vez más solo.



Delante de Giulia hay un naranjal, el de la hermosa villa en las colinas de San Lorenzo. Ha llovido hace poco. Las hojas brillantes de lluvia resplandecen al sol de la tarde, y de la tierra se eleva un aroma húmedo que la aquietta.

No es una buena época. Vincenzo está taciturno, furioso por la situación política que se ha creado tras la anexión de Sicilia al reino de los Saboya, que se están comportando no como soberanos sino como amos. Imponen sus leyes a sus funcionarios, no escuchan a quien tiene más experiencia tratando con sicilianos, que a lo mejor son *cabezotas* y desconfiados pero, si les das algo, ponen a tus pies el mundo. Mientras que ellos no, prefieren llegar e imponer, sin hacer caso, sin comprender.

Ignazio está distante, solo piensa en los negocios. Ella ya no tiene de quién ocuparse: Angelina y Giuseppina tienen sus familias; a la suegra la atienden dos criadas, que están con ella día y noche.

Le tiene mucho miedo a la soledad.

Pero lo que más la angustia es que Vincenzo parece... desinteresado en ella, en lo que quiere y piensa. La discusión que han tenido hace poco lo demuestra. Le hierve la sangre de solo pensarlo. ¿Cómo ha podido mandarla callar de esa manera? ¿Por qué le ha dicho esas cosas horribles?

Llega a la balastrada que separa la terraza del jardín, mira los árboles. Entre las montañas, un rayo de sol. El temporal ha despejado el aire de la arena que ha arrastrado el siroco africano, esa maldita arena que se cuele en todas partes.

A Giulia no le gusta vivir ahí. Es una villa enorme de dos plantas, con un salón de baile, una casita de invitados, caballerizas y una granja. Vincenzo la compró hacía más de veinte años, antes de que se casaran. Está pegada a la villa del príncipe de Lampedusa y al palacete de caza de los Borbones, el Palacete Chino. Es un lugar ameno, lleno de limoneros y naranjos, con un camino arbolado que conduce al mar y a Mondello, que parte en dos la finca de la Favorita.

Vincenzo, y sobre todo Ignazio, ahora la prefiere a los Quattro Pizzi en verano. Pero ella tiene su corazón y sus recuerdos atrapados en las redes que rodean la almadraba de la Arenella. Forman parte de su vida, de su manera de ser; si pudiese, haría las maletas y dejaría solos a sus dos hombres para regresar a aquel lugar feliz.

Se apoya en el pretil de toba que descansa sobre columnas. Detrás de ella, discreto, aparece un criado.

—Doña Giulia, ¿desea un sillón? —pregunta.

—No, Vittorio, gracias.

El criado percibe su necesidad de soledad, se aleja.

No merma su indignación. Bulle, se solidifica, se tiñe de rencor.

Giulia oye que detrás de ella se abre la puertaventana. Ruido de pasos.

Poco después, la mano de Vincenzo aparece al lado de la de ella.

Permanecen en silencio, demasiado orgullosos para pedirse mutuamente perdón.



Detrás de la puerta acristalada que conduce al limonero, Vincenzo espera. Sabe que se ha pasado de la raya, pero ¿qué diantres pretende Giulia? ¿De cuándo acá le ha dado por hablar de política y de economía, equiparándose con él? Cierto es que ella sabe más que muchos hombres, pero, en fin: no deja de ser una mujer.

Todo había empezado en la comida. Ignazio y él estaban hablando del asunto que había surgido durante los agitados días de la ocupación de los garibaldinos, cuando los buques de la Casa Florio fueron requisados por los Borbones.

—Se quedaron nada menos que con tres vapores de los cinco que tenemos. Los necesitaban para transportar a las tropas, decían. Pero ahora, al cabo de un año, me critican que se interrumpiera el reparto del correo, e incluso pretenden que yo pague las multas por el servicio que no se prestó, como si hubiese dependido de mí. —Soltó el tenedor con tanta energía que acabó en el suelo—. No solo me hundieron un piróscafo: ¡ahora encima quieren los *dineros*!

Mientras un criado diligente reemplazaba el cubierto, Ignazio se limpió la boca con la servilleta.

—El acuerdo con los Borbones era muy favorable, padre. El problema, por lo que realmente se quejan, es que no llegaron a tiempo los papeles timbrados y los valores postales. A ellos les importan poco las cartas.

—*Pues que se pongan a barrer el mar* —exclamó Vincenzo—. Es el correo, estamos bajo un nuevo régimen. Nosotros somos los que hemos sido perjudicados. Además, ¿con qué autoridad sancionan con multas?

—Podrías haber alquilado otros barcos. Quiero decir, tenías un compromiso, ¿no?

Más perplejos que desconcertados, los dos se volvieron hacia Giulia.

Ella prosiguió:

—Si uno firma un contrato...

—Pensamos que no procedía poner en peligro los barcos y las tripulaciones. Hicimos salir los buques a vela de las empresas que trabajan con nosotros, pero no los vapores. —Ignazio habló con calma, mirando el plato ya vacío.

—Demasiados riesgos. Palermo y Sicilia han sido arrasados por el paso de Garibaldi. Los piamonteses han sido peores que los Borbones, al menos hasta este momento. No quieren atender a razones, llegan y lo cambian todo, e imponen su manera de hacer las cosas —añadió Vincenzo

—No se puede poner un piróscabo en peligro solo para entregar los mensajes entre el *abuelo* Peppino y doña Marianna. Comprendo lo de los papeles timbrados, pero lo demás...

—Lo cierto es que estás en un error.

El que intervino entonces fue Ignazio, impidiendo la reacción de su padre.

—*Maman*, le explicaré todo bien los próximos días. La situación es más sencilla de lo que parece a primera vista: están en juego no solo nuestros intereses, sino también los de la gente que trabaja para nosotros. Por eso creamos la empresa de piróscafos postales el año pasado. —Se puso de pie—. Con su permiso, subo a trabajar. ¿Padre?

Vincenzo señaló el piso de arriba, donde lo aguardaban extensos informes que procedían de la fundición Oretea, que ahora está al servicio de los piróscafos.

—Voy luego.

Una vez solos, Vincenzo y Giulia se miraron con enfado.

—Nuestro hijo hace que me calle sin faltarme al respeto. Es algo que detesto —empezó ella.

—Ignazio es mucho más sensato que tú, por si no te has dado cuenta. —Vincenzo llamó al criado para que le sirviese un digestivo. Últimamente, la comida se había convertido para él casi en una tortura y la digestión, en algo largo y laborioso.

—No. La verdad es que tú no quieres creerte lo que está ocurriendo. Has dicho muchas veces que Sicilia por sí sola no llegaría a ninguna parte, que tendríamos que convertirnos en un protectorado inglés o yo qué sé, y sin embargo...

—¿Por qué?, ¿qué crees que están haciendo los piemonteses? Nos están convirtiendo en una colonia suya, ni más ni menos. Por si eso fuera poco, se han apropiado del tesoro de la Corona borbónica y se lo han llevado a Piamonte porque tenían que pagar los gastos de la campaña de anexión. De *anexión*, ¿comprendes? Una farsa, una ficción, organizada entre Nápoles y Turín. Y eso no es más que el principio. ¡Por favor!

—Tú no aceptas que nadie te diga qué debes hacer. Siempre has sido igual, ¿no es cierto? Conmigo, con tus hijos y con los negocios, siempre tienes que salirte con la tuya. ¿Por qué mejor no piensas en las ventajas de ser una sola nación, de los Alpes a Marsala? ¿Eso no significa nada para ti? ¿Y qué me dices de los que han sacrificado la vida por ese ideal?

Se puso de pie de un salto, había perdido la paciencia. Se inclinó delante de ella, colorado, le hablaba a la cara.

—Giulia, por mí nos podría gobernar el zar de Rusia, y eso me cambiaría poco, ¿me comprendes? La Casa Florio no se detiene en Mesina. Lo que quiero es que no toquen mi mundo, pero lo que ellos pretenden es romperme los... —Se llevó una mano a la boca para frenar esos improperios.

«Con ella no», se dijo.

Se enderezó y, en tono gélido, continuó:

—Me han comunicado que tendré que modificar mis buques para entregar el correo, de manera que sean más veloces, de lo contrario mis contratas (las mías, ¿te das cuenta?) pasarán a empresas genovesas. Es lo que quieren y se lo voy a dar, pero ellos tienen que pagarme. Saben que solo puedo asegurar la cobertura de las costas que necesitan. No les permitiré que me quiten lo que he conquistado. Si tengo que tratar con cuatro *bigotudos engominados* llenos de prosopopeya, que hablan con ese acento cantarín, lo haré. Paz. Pero si tengo que proteger lo que he creado, no tendré escrúpulos con nadie ni con nada. La Casa Florio es mía. Mía y de mi hijo. Y eso tú, *aunque seas como ellos*, tendrías que haberlo entendido hace tiempo.

Muy pálida, Giulia se levantó y, sin mirarlo, salió del salón.



«¿Y ahora?», se pregunta Vincenzo.

Se acerca a ella con cautela, la llama. Ella se pone tensa.

Giulia es terca. Bien es cierto que, con los años, su carácter se ha ablandado, pero hay algo en ella que el tiempo no puede alterar. Porque es como el drago que da sombra a la columnata de la villa: verde y luminoso, pero inflexible.

Y es muy cierto que de Giulia no podría prescindir ni en esta vida ni en mil otras futuras.

—No lo vuelvas a hacer nunca. —Giulia recalca las palabras, le sale el acento milanés, como siempre que se enfada—. No te atrevas nunca más a tratarme como a una tonta.

—Y tú no me saques de mis casillas.

—Llevamos treinta años juntos y todavía me sigues considerando extranjera. ¿Y tú qué eres? Acuérdate de cómo empezaste, y de dónde vienes. Hijo de calabreses llegados a Palermo con los pantalones parchados, recuérdalo. —Le apunta un dedo al pecho y eleva la voz—. Eso es lo que no puedo soportar: que no comprendas que tú y yo somos iguales. ¿Por qué tienes que tratarme así?

Es cierto, son iguales, él lo sabe. Pero no lo reconocerá nunca. Un hombre no puede pedirle perdón a una mujer. Guarda silencio con el ceño fruncido y en los ojos una mezcla de resentimiento y resignación: en treinta años —sí, ya han pasado treinta años— no ha sido capaz de someterla. Esa es su manera de pedirle perdón, no conoce otra.

Eleva la vista al cielo. Le agarra la mano; ella trata de soltarse, pero Vincenzo no la deja.

Giulia lo aparta.

—Tendría que haberte echado cuando mi hermano te llevó a mi casa. Tú solo me has dado *sinsabores*.

—No es verdad.

—Sí que es verdad.

—No es verdad —repite, y le agarra las muñecas—. Nadie te habría dado lo que te he dado yo. Ella meneaba la cabeza, se suelta de sus manos.

—No me has respetado, Vincenzo. Nunca. Y si yo no hubiese luchado con uñas y dientes por lo que necesitaba, me habrías reducido al silencio.

Y luego se marcha, dejándolo al sol ardiente que se filtra por los árboles.



—Aviva *u' cufune*, Maruzza, que hace una noche fría.

La criada se mueve veloz, rellena el brasero de carbón. Un hilo de humo se eleva, lo absorbe la corriente que entra por la ventana. El año 1862 ha empezado con frío y lluvia. Febrero es despiadado.

Vincenzo le da las gracias a la criada, le señala la puerta. Se queda solo.

Mira a la mujer bajo las mantas. El corazón de su madre está cediendo, latido a latido. Años de dureza, de ira, de añoranza y de poco amor están concluyendo su labor.

Giulia se ha marchado del dormitorio hace poco, una vez que el párroco de San Domenico le ha impartido la extremaunción a Giuseppina. Le ha pedido que la llame si la situación empeora.

Como si no estuviese ya en las últimas.

A la respiración le cuesta abrirse camino a través del cuerpo, parece perder progresivamente fuerza, convirtiéndose en un borboteo. Sobre la sábana, la mano es un vaciado de cera y huesos.

Su madre está viva. Pero le queda muy poco tiempo. Desde hace días está inquieta y no duerme bien. Caen en una inconsciencia que se prolonga cada vez más.

Vincenzo le nota una angustia en el pecho. Se pregunta por qué hay que sufrir tanto, por qué la muerte no es piadosa y no se limita a cortar el hilo, a llevarse a la gente sin infligir tanto sufrimiento. Es como un parto, un dolor simétrico y opuesto al del nacimiento: padecer largamente para acudir a los brazos del Señor. «O a quien corresponda», se dice.

Se sienta en el sillón, se apoya en el respaldo, cierra los ojos. Recuerda el momento en el que su tío Ignazio murió. Ahora comprende lo misericordioso que fue con él el destino.

Casi sin darse cuenta, se queda dormido.

Lo despierta un crujido de telas.

—¡Madre! —dice, y se levanta de golpe, va a su lado. No hace caso al mareo que ese gesto brusco le ha causado.

Giuseppina agita los brazos entre las mantas. La incorpora, la sienta para que pueda respirar mejor.

—¿Cómo está? ¿Quiere un poco de caldo?

Con la boca apretada en una mueca, dice que no. Su cuerpo tiene un olor mezcla de talco, colonia, orina y sudor. Un olor a vejez tan penetrante que borra aquel que él recuerda, un olor dulce, a leche: el auténtico olor de su madre.

Tendrá que llamar a una criada para que la cambie, se dice. Pero no enseguida, no ahora. Quiere estar un rato más a solas con ella. Le acaricia la frente, le aparta de la cara los cabellos que se le han soltado de la trenza.

—¿Cómo se encuentra?

—*Me duele todo, siento como si unos perros rabiosos me mordieran.* —Las lágrimas le mojan los párpados.

Él se las enjuga.

—*Si puede tragar, le doy unas medicinas* —le dice, y señala una hilera de frascos y de polvos que llenan la cómoda.

Pero Giuseppina niega con la cabeza. Mira por detrás de su hijo, busca la luz del sol, no la encuentra.

—¿Es de noche?

—Sí.

—¿E Ignazio? ¿Dónde está mi Ignazito?

—Fuera. Ha salido.

Es inútil contarle que Ignazio, su nieto predilecto, ya se ocupa de los negocios de la Casa y que es el administrador de la bodega de Marsala, donde pasa mucho tiempo. Además, en ese momento está reunido con unos parlamentarios sicilianos, entre ellos su nuevo abogado, Francesco Crispi.

Su madre señala la botella de agua. Vierte un poco en un vaso, la ayuda a beber. Solo un sorbo para que se moje los labios.

—Aahh. Gracias. —Giuseppina cierra los ojos, más agotada que satisfecha.

Vincenzo se ve pensando en lo poco que hace falta en ese trance de la vida para ser feliz. Sábanas limpias. Una caricia. Agua fresca.

—*Siéntate aquí* —le dice, y él obedece. En ese instante es un niño al que le aterroriza quedarse solo y que ya siente la angustia de la ausencia definitiva de su madre. Ese es un dolor que arrastra desde que supo que su padre, Paolo, iba a morir.

Ya ha muerto Ben; una pérdida difícil de aceptar.

«Y ahora me espera la pérdida más difícil de todas.»

Por supuesto, Giulia e Ignazio están y seguirán estando con él, pero su madre ha sido la única familia que Vincenzo ha tenido durante mucho tiempo. Y a él le gustaría volver un momento atrás. Daría todo cuanto tiene por sentirse de nuevo niño, arrullado en sus brazos.

Giuseppina parece leerle el pensamiento.

—*No me dejes sola* —le pide con un hilo de voz, asustada.

Y él le besa la frente y la abraza. La arrulla, le dice al oído lo que nunca ha podido decirle, le perdona los errores que, ahora lo comprende, toda madre inevitablemente comete.

Giuseppina le toca el rostro, ya a tientas.

—*Quién sabe cómo habría sido todo si tu padre no se hubiese muerto. Si mi otro hijo hubiese nacido* —le dice.

Pero Vincenzo se encoge de hombros. No lo sabe, le murmura. A Paolo casi no lo recuerda.

Pero ella no lo escucha. Mira más allá del pie de la cama.

—*Él vendrá a recogerme, lo sé. El Señor sabe qué llevo dentro, conoce los malos pensamientos que tuve. Tiene que perdonarme.*

—Claro que el Señor sabe qué lleva usted dentro. *Usted no se preocupe* —trata de tranquilizarla.

Su madre reclina la cabeza. La piel se estira, recupera el color.

—*Mi niño* —murmura.

Se retrae como una ola. El cuerpo está caliente, puede que tenga fiebre. Respira cada vez con menos fuerza.

Se echa a su lado, cierra los ojos.

Unos instantes después, cuando se despierta, Giuseppina Saffiotti Florio —su madre—, ya no está.



La Navidad de 1865 acaba de pasar cuando Ignazio atraviesa las habitaciones de la via dei Materassai. Tiene los zapatos manchados de barro y polvo. En el suelo brillante se reflejan las firmes llamas de las lámparas a gas que mandó instalar hace un tiempo.

Había hablado con su padre de la conveniencia de comprar otra casa, porque esas habitaciones resultaban ya pequeñas y oscuras, poco apropiadas para lo que su familia representa. Vincenzo lo había mirado de arriba abajo, con el ceño fruncido, la mano suspendida sobre una hoja.

—Pues búscala tú y dime qué encuentras.

Su padre se fía de él.

Mientras que Ignazio le sigue temiendo.

«No —se corrige abriendo la puerta del saloncito de su madre—. No es miedo. Es recelo.» Una vieja herida que los negocios y la confianza que ha habido entre ellos en estos últimos años no han conseguido curar.

La confianza, eso es. No la de los sentimientos, la de las palabras lanzadas para romper los

silencios que, con poco, lo dicen todo. Esas están reservadas para su madre.

Y es a ella a la que encuentra sentada en el sillón de madera tallada con la silueta de un león en el respaldo. Está tejiendo un encaje de bolillos, pero tiene que parar a menudo. Su vista ya no es la de antes, los ojos se le cansan rápido. Usa anteojos de media luna con montura de concha, pero se los quita con frecuencia para frotarse la base de la nariz.

Ignazio se acerca, ella le tiende la mano.

—Siéntate —le dice, y le señala un puf delante de la mesa, repleta de hilos y bolillos.

Ignazio mira a su madre tejer en silencio, observa los dedos trenzando los hilos de colores crudos. Su madre siempre ha sido así: discreta, silenciosa. Fuerte.

—Tengo que hablar con usted, *maman*.

Giulia asiente. Cierra el punto, luego levanta la cabeza. Las canas velan el color oscuro de antaño.

—Dime.

Ahora que está ahí, con ella, vacila. Sabe que las palabras dichas no pueden borrarse, y no querría decirlas, querría retrasar ese momento, alejarlo todo lo posible.

Pero él no es un cobarde. Si hay que hacer una cosa, más vale hacerla enseguida.

—He conocido a alguien en el Casino de las Damas, madre. Una niña, medio pariente de los Trigona, aristócratas de tres generaciones. Se llama Giovanna. —Hace una pausa, observa el borde de la preciosa alfombra Qazvín que su padre hace un tiempo compró en Francia. Las últimas palabras son las más difíciles de decir—. Podría ser una buena esposa para mí. —Permanece con la cabeza gacha unos cuantos segundos. Cuando la levanta, encuentra los ojos de su madre, brillantes y tensos.

—¿Estás seguro, hijo mío?

«No, no estoy seguro», querría responder, pero hace un gesto de asentimiento.

—Una chica agraciada, bien educada. Su familia es muy religiosa, no demasiado rica, pero... tiene un título y sabe moverse en sociedad. Su madre, *pobrecilla*, es muy gorda, pero ella, si usted la viera, es preciosa.

Giulia deja la labor.

—Sé quién es. Giovanna d'Ondes, ¿verdad?

—Sí.

Giulia le agarra las manos, se las aprieta.

—Pues entonces te lo repito una vez más, mi querido Ignazio, porque quiero que lo pienses bien. Porque, déjame que te lo diga, yo opté por el deshonor durante años con tal de permanecer al lado de tu padre y nunca me he arrepentido, nunca. —Los ojos se le llenan de lágrimas, su rostro parece ahora casi más joven. «Habla como si supiese de mí y de ella», piensa Ignazio, y siente un escalofrío de vergüenza—. Si para ti alguien es razón de vida, no hay nada a lo que no puedas

hacer frente. Pero si estar con alguien es una obligación o, peor aún, un deber que crees que debes cumplir, entonces ya es otra cosa. Porque habrá días en los que no seréis capaces de hablar y discutiréis, y os odiaréis mortalmente, y si no hay nada que te ate aquí —le toca el pecho— ni aquí —añade, y le roza la frente—, si no encontráis nada que os una de verdad, nunca hallaréis la serenidad. Y no hablo del respeto mutuo o de la franqueza o del frenesí de los besos, sino del afecto, de la certidumbre de poder tener una mano que estrechar cada noche al otro lado de la cama.

Ignazio se ha quedado mudo, pero jadea, como si hubiese corrido. Nota el cuerpo pesado, le llega el aroma a rosas y a lavanda de la ropa de su madre. Nunca se habría imaginado que ella pudiese decirle semejantes palabras, tan sinceras.

Giulia le pone una mano en la mejilla.

—¿Estás seguro de que ella es la persona adecuada? Y no me refiero a que tendrá que ser la señora de esto —explica, señalando las habitaciones que los rodean—. Tendrá que ser tu señora.

Ignazio le aparta la mejilla.

—La persona más adecuada, habida cuenta de muchos factores y del peso de un matrimonio con una exponente de la nobleza, es ella.

—¡Caramba, no trates el matrimonio como si fuera un asunto comercial! ¡Pareces tu padre! —Giulia estalla, se pone de pie. Camina por la habitación con los brazos en jarras—. Por cierto, ¿has hablado antes con tu padre? ¿No, verdad?

—No.

—Menos mal, porque ya sé cómo hubiera reaccionado. Es más, supongo que habría ido a hablar directamente con el padre de ella y ahora ya estarías celebrando el noviazgo. —Resopla, mira a su hijo, que le corresponde con una mirada indescifrable. Se le acerca, se inclina hacia él—. Te ruego que seas sincero contigo mismo, antes incluso que conmigo. ¿Alcanzarás, no digo la felicidad, sino la tranquilidad con esa chica? Piensa que no se puede vivir casado teniendo el corazón y el recuerdo en otra parte. Al final te haces daño a ti mismo y a otras dos personas: a la que quieres de verdad y a la que está obligada a estar contigo.

Ignazio se queda paralizado.

Su madre lo sabe. Sabe lo de ella, y lo de Marsella. ¿Cómo puede haberlo sabido? No por las cartas que él ha recibido siempre en Marsala; no, imposible.

La respuesta llega rápido, lo descoloca.

Giuseppina. También su hermana lo sabía.

Así las cosas, tiene que bajar la cabeza. El dolor lo sobrepasa. Ignazio no puede, no consigue ocultar lo que siente, no a su madre.

—No hay esperanza, *maman*. En cuanto a mí, tengo responsabilidades con ustedes, que son mis padres, y con la Casa, y...

—Al diablo el dinero y nosotros, tus padres. ¿Sabes cómo me llamaba tu abuela Giuseppina cuando me convertí en la amante de tu padre? —Giulia está colorada, se está alterando y eso no es bueno para ella—. He tragado bocados amargos. Y sin embargo volvería a hacerlo mil veces. Así que te lo diré por última vez, y si me respondes que sí, yo misma iré a la casa de los d'Ondes para hablar con la madre de Giovanna. ¿Estás seguro de tu elección?

Ignazio, agarrotado en el sillón, no sabe qué responder. Es como tener el paraíso al alcance de la mano, poder estirar los dedos y coger la manzana del árbol del bien y el mal. Su madre está de su parte, lo ayudaría. Pero su padre... sufriría demasiado. Su padre jamás aceptaría que todo aquello por lo que ha trabajado se perdiera por un antojo. Se ha desvivido por él e Ignazio siente que le debe mucho. Ahora le ha llegado a él el momento de corresponderle.

Ser aceptados por el Palermo de la gente importante. Poder entrar en los salones de la aristocracia. Ser el más poderoso de los poderosos. O bien cumplir esa idea que, desde hace años, le roe el corazón: la de despertarse al lado de la mujer que ama, todos los días de su vida. Como ya ha ocurrido.

Pero ocurrió en el pasado. Y ahí ha de quedarse.

Cierra los ojos, aprieta con fuerza los párpados. La ambición, sazónada con humo, entorpece el recuerdo. Pero hay una imagen que todavía retiene. Un beso que sabe a lágrimas y a miel, robado en el jardín de una casa de las afueras de Marsella.



«De manera que es así. Empiezas solo, terminas solo», piensa Giulia.

Se está moviendo por la casa de la via dei Materassai. Cruza el salón, deja atrás las escaleras, llega a la alcoba de su suegra, que ha sido reformada como dormitorio suyo y de Vincenzo. Sigue subiendo, llega a la azotea, allí donde hace años Vincenzo mandó hacer una terraza.

Palermo se extiende delante de ella, bordeado por las montañas y el mar.

Están solos, ahora, ella y Vincenzo.

Ignazio se ha casado hace poco más de una semana con una chica de ojos dulces y el rostro tan blanco como una almendra. La baronesa Giovanna d'Ondes posee la educación que conviene a una noble, aunque su título sea reciente, y aporta el consabido ajuar de deudas.

Su marido, al cabo, ha conseguido el título que deseaba, una esposa noble, la sangre azul. Para su hijo, para la Casa Florio.

En cuanto a la chica, Giulia enseguida le ha cogido cariño. Todos la llaman Giovannina, porque es delicada, menuda y agraciada, quizá demasiado flaca. Tendrá que sacar las uñas si quiere

granjearse el respeto de su hijo, como ha hecho ella con Vincenzo, y lo conseguirá. Debajo de ese aspecto de *santita*, Giovannina oculta un temple de acero, está segura.

«Espero que pueda ser una buena nuera», piensa Giulia, y ruega de todo corazón que su hijo haya elegido bien. Que lo que sentía por «esa otra persona» pertenezca realmente al pasado. No soportaría saber que es infeliz.

Mira a la lejanía, hacia el mar: la pareja se ha ido a un breve viaje de novios al continente. Giovanna podrá así conocer mejor a Ignazio. Comenzarán a crecer juntos.

Se vuelve. Oye pasos en las escaleras.

Su marido está ahí, detrás de ella.

—La criada me ha dicho que estabas aquí. —Se deja caer pesadamente en una silla y Giulia se preocupa. Vincenzo está cansado. Muy cansado.

Él repara en cómo ha fruncido el entrecejo por la preocupación y con un gesto le pide que se acerque a su lado.

—Ya no me acuerdo cómo es estar solos.

Giulia se ríe y a la vez suspira con amargura.

—Yo sí. Estábamos siempre metidos en un carruaje, o escondidos en algún sitio, hasta que mi hermano nos descubrió. —Evoca a sus padres, fallecidos hace ya bastantes años. A su madre, Antonia, que nunca dejó de mirarla con reproche y decepción, y a su padre, Tommaso Portalupi, que, en cambio, la perdonó—. No ha sido fácil permanecer a tu lado, ¿sabes?

Casi no se da cuenta de que ha dicho esa frase. Lo comprende cuando le llega la respuesta de él. Pocas palabras en voz baja, casi una confesión.

—Pero seguiste a mi lado.

Entonces Giulia mira sus manos unidas. En el anular de Vincenzo no está el anillo del tío Ignazio. Se lo regaló a su hijo el día de su boda, después de que lo hubiera hecho reforzar.

—Este anillo perteneció a otro Ignazio, el que para mí fue un padre. Él fue quien creó nuestra Casa —le dijo al entregárselo—. Tú debes tenerlo ahora, y más tarde has de pasárselo a tus hijos.

Vincenzo contuvo la emoción cuando su hijo, sin sonreír, le cogió el anillo de la palma de la mano y se lo colocó en el dedo, delante de la alianza matrimonial.

Y ahora Vincenzo mira a su esposa. Su compañera de vida, en lo bueno y en lo malo.

—Sí —dice ella, con sencillez.

Se inclina, le besa los cabellos ya grises y él le aprieta el brazo, se abandona sobre su cuerpo. Giulia piensa en todas sus peleas: en los hijos ilegítimos, en el impulso de huir cuando se quedó embarazada la primera vez, en las veces que se había negado a casarse con ella, en el desprecio de la madre, en el rencor que había tenido que aguantar durante años, en el desprecio de la sociedad.

—Seguí a tu lado.

Y en ningún caso habría hecho otra cosa.

Epílogo

septiembre de 1868



Di ccà c'è 'a morti, di ddà c'è a sorti.

Aun lado está la muerte, al otro el destino.

Proverbio siciliano

Hay un intenso aroma en el ambiente. Un olor dulce, a miel, a flores, a fruta, a aceitunas maduras y a uvas dejadas a secar al sol.

Parece primavera.

Y sin embargo es un septiembre muy suave.

La mansión está en el centro del parque de una inmensa finca: es la villa de la Olivuzza, que se convertirá en el reino de los Florio.

Grandes líneas góticas se elevan desde el suelo formando una puerta de arco ojival, se parten en ajimeces protegidos por cortinas blancas. Las abejas zumban al otro lado de la tela immaculada. El sol ya no tiene la luz áspera del verano, pero es agradable.

La habitación —en la primera planta del ala derecha, en el punto más tranquilo de la casa— está decorada lujosamente. Las dos ventanas dan al jardín. De abajo, de la zona del servicio, llega el murmullo de las lavanderas que están lavando la ropa. Una de ellas canta.

Sillones de terciopelo, alfombras persas, una mesa de tocador de caoba y una gran cama con el cabecero labrado.

Vincenzo está hundido entre almohadones. Pese a que hace un día templado, lleva un batín y se abriga las piernas con una manta. Tiene los ojos entornados en el vacío, una mano quieta en el embozo de la sábana. La otra, en cambio, busca obsesivamente el borde de la tela, tira de él, lo agarra con las uñas.

Giulia lo mira y sufre.

Sentada en el sillón que está al lado de la cama, los ojos los tiene secos. Ya no puede llorar, pero sabe que las lágrimas llegarán. Ay, por supuesto que lo sabe.

«No te vayas», piensa. En un momento dado, lo dice incluso; un susurro que él no puede oír.

No, no debe pensarlo. «Él sigue conmigo —grita para sí—. Mientras la muerte no me lo arranque de las manos, lo defenderé.» En el rostro arrugado aparece una firmeza que es fruto de la desesperación.

Busca el cesto de la labor, coge aguja e hilo. Se pone a bordar el camisón de bautizo que les ha prometido a su hijo y a su nuera. Falta poco para que nazca el niño —o la niña, ¿quién sabe? Lo importante es que esté sano—, después del pequeño Vincenzo, que tiene poco más de un año.

A su pesar, sonrío. Su hijo se ha comportado bien: enseguida ha dado un heredero a la casa y le ha puesto el nombre del padre. Para que la Casa Florio tenga siempre un Vincenzo y un Ignazio.

Y él, su Vincenzo, el amor de toda su vida, lo ha visto. Lo ha tenido en brazos. Lo ha podido

hacer hasta mayo, hasta después de que se mudaran a esa villa que había pertenecido a la princesa de Butera, cuando su cuerpo le jugó esa espantosa mala pasada.

Una noche de cuatro meses antes. Ya estaban acostados en ese mismo dormitorio. Lo oyó dar vueltas en la cama, enredarse en las mantas.

—No me encuentro bien, Giulia —le dijo de golpe, con una voz rara. Y ella bajó corriendo de la cama y fue al interruptor de la luz eléctrica, esa cosa nueva que Ignazio había hecho instalar en cuanto compró la villa.

En el acto vio su rostro demudado. Agachaba los ojos. Se le torcía la boca.

Comprendió.

Fue corriendo a llamar a la gobernanta. Llegó un médico, le suministró unos fármacos. No se le torció más la boca, se quedó con la voz ronca.

Sin embargo, desde ese momento algo cambió en su marido.

Traspasó todos los negocios a Ignazio. Jamás lo habría reconocido, pero el cuerpo ya no lo acompañaba. Cuando aún no había cumplido los setenta años, lo había traicionado. Y él no podía fiarse de un traidor.

Al cabo de unos días, Vincenzo llamó al notario Quattrocchi para redactar el testamento.

—¿Por qué? —le preguntó Giulia con un tono angustioso, una vez que el notario se hubo marchado.

Y él, sentado en el sillón del despacho, la miró de forma rara. Con irritación. Con dulzura.

—Esta vez el Señor me ha ayudado. La próxima vez, no lo sé. No quiero dejar nada sin arreglar.

Ella se inclinó, le besó la frente.

—No vas a dejar nada porque te vas a recuperar. Solo necesitas reposo, Vincenzo. Te has hecho viejo, como yo, y ahora necesitamos parar.

—Sí... —Frunció los labios—. Parar. —Luego añadió en voz baja, amarga—: Nunca pensé que me llegaría este momento.

Se abrazaron.

Giulia percibió su miedo. Fue como un puñetazo en el pecho que la dejó sin fuerzas, porque le mostró con claridad cómo iba a ser el futuro: algo espantoso de imaginar, no digamos de soportar.

Vincenzo nunca tenía miedo. Vincenzo era fuerte. Con que solo hubiese querido, habría podido derrotar a la muerte.

Pero desde hace unos días se encuentra peor, quizá por un nuevo ataque que ha afectado a las partes ya enfermas. Apenas consigue hablar, come poquísimo. Ni la idea del nieto que está por llegar consigue animarlo. Sencillamente, ya no puede más. Años trabajando sin desmayo, de madrugones y de noches en blanco, de tensiones y de disgustos, están reclamando su resarcimiento.

Y ella, que lo ama como ninguna otra podría haberlo amado, sabe que ha dejado de luchar. Que está cansado, porque para él esta no es vida. Que ha decidido irse. Vincenzo, siempre tan activo, un mar tempestuoso, no puede vivir postrado en una cama.



Pero Vincenzo no está inconsciente. En absoluto.

Recuerda.

Dos años antes, cuando su hijo lo llevó a ver la mansión, rodeada de ese parque inmenso lleno de palmeras, dragos y rosales, tuvo un escalofrío. Le había pedido al cochero que se adentrara por un sendero que se desviaba del camino principal y que quedaba casi oculto entre los olivares.

Y ahí encontró una casa derruida con un limonero asilvestrado que tendía sus ramas hacia el hueco de una ventana sin marco.

Se apeó, dio unos pasos hacia la puerta desquiciada.

—Sí, es esta —dijo, con voz temblorosa y un nudo en la garganta.

Ignazio, detrás de él, se lo quedó mirando perplejo, puede que incluso con temor.

—¿Qué pasa, padre? ¿Qué es?

Él tragó saliva, se volvió. Por un instante, entre los árboles, le había parecido ver el perfil de su tío Ignazio tendiéndole la mano a un niño.

—Aquí. Aquí murió mi padre Paolo.

Ignazio miró aquella ruina con gesto consternado. Una casa que debió de ser siempre modesta, pero que ya era una choza, un esqueleto.

Vincenzo sintió un estremecimiento pasándole del suelo a los pies, más parecido a un presagio que a un escalofrío.

En ese momento supo que todo estaba a punto de acabar donde había empezado. Que todo en la vida daba un giro. Y que ese giro también iba a darlo él.

Lanza una carcajada que es un borboteo de saliva e ira. Golpea con la mano sana la sábana. A eso se ha reducido: a ser un trozo de carne al que lavan y limpian, a mirar la expresión de lástima de Giulia, ella, que nunca ha sido capaz de ocultar nada. A ver la compasión en los ojos de la nuera, que, al principio, parecía que la aterrorizaba.

Aterrorizaba a todo el mundo. Ahora, en cambio, es un hombre reducido a la mitad.

Mira el techo con el ojo sano, busca el crucifijo de marfil. El otro ojo está ciego, no responde. Inútil.

—Cristo, acabemos ya —murmura, pero su voz es incomprensible, poco más que un tenue gemido.

Giulia está enseguida a su lado. El cesto de la labor cae rodando al suelo, hilos y agujas acaban en la alfombra.

—¿Te encuentras mal? —le pregunta—. Vincenzo...

Con esfuerzo, él se da la vuelta.

¿Cuánto la ha amado?

En ese momento comprende con absoluta claridad que solo esa mujer podía permanecer a su lado. Que Giulia no ha sido un castigo o un recurso, sino un regalo. Sin su paciencia, su amor, su entrega, él no habría podido hacer nada.

Nada, si no hubiese visto en ella su mismo ardor.

Con un esfuerzo enorme, acerca su mano a la de ella. Le agarra los dedos pequeños, arrugados.

—¿Te he dado bastante? —le pregunta, con dificultad. Trata de hablar claro, pero la lengua parece carne muerta—. ¿Te he dado lo que querías? ¿Lo has tenido todo?

Giulia comprende. Comprende las palabras inconexas que nadie es capaz de entender, entiende qué significan.

Los ojos se le llenan de lágrimas, porque también sabe que él nunca le dirá palabras de amor. Tendrá que decirlas ella por ambos.

Se sienta delante de él, como había hecho Vincenzo cuando nació Ignazio. Dice las palabras que jamás se ha atrevido a decirle, mientras la carne se desgarras y el corazón se parte.

—Sí, amor mío. Me has amado bastante.



Pocas horas después, llega un mozo de la via dei Materassai y grita que ha nacido otro varón. Lo llamarán Ignazio junior. La descendencia, el futuro de la Casa Florio están asegurados.

Vincenzo apenas comprende la noticia. La sangre tropieza con obstáculos en su cerebro, se acumula, regresa con poco oxígeno, se estanca entre los pulmones y el corazón.

Está sumido en un sueño.

Está en la Arenella, a los pies de la villa de los Quattro Pizzi. Es joven, tiene el cuerpo joven de los treinta años, una vista perfecta. Parece de noche, pero de repente la oscuridad se hace luz, como si, en la oscuridad, pudiese ver lo que lo rodea.

A lo mejor es un recuerdo, de aquella vez que se bañó en el mar de noche y sintió que la vida entera le pasaba por delante.

Se desnuda, se lanza al agua, nada hacia el fondo. Ahora el sol se refleja en el mar con una fuerza que daña los ojos. Se siente ligero, fuerte. Puro, como después de un bautizo.

El ruido de las olas es lo único que oye. Ve la ventana del dormitorio de Giulia, y sabe que lo

está esperando. Pero detrás de él, mar adentro, hay una pequeña barca de fondo plano con una vela latina agitándose contra el viento.

Una esquiraza.

Se estremece. Al timón está su padre, Paolo. Y en la amurada, listo para subirlo, el tío Ignazio, que con gestos le dice que se acerque. Ríe, lo llama.

Vincenzo se vuelve. En casa, Giulia lo está esperando. No puede dejar que lo pase tan mal. Lo nota, está sufriendo.

Sin embargo, esa mano tendida es más fuerte, lo atrae más que cualquier otra cosa en el mundo.

—Ven, Vincenzo —lo llama su tío. Él ríe, es joven como en la época en que fueron a Malta juntos—. Ven.

Y entonces elige.

A grandes brazadas, nada hacia la barca.

Giulia lo sabe. Comprenderá.

Pronto le dará alcance.

Agradecimientos

He considerado siempre las novelas como una especie de hijos. Unos niños difíciles, a veces caprichosos, que demandan plena dedicación. Sin duda, esta ha sido una hija muy exigente.

Como todas las criaturas, esta novela tiene padrinos y madrinas. Tengo que dar las gracias primordialmente a tres personas: a Francesca Maccani, mujer fantástica, que ha leído y releído esta historia con una pasión y una abnegación fuera de lo común, señalándome errores e incongruencias; a Antonio Vena, el valioso amigo que todos los autores deberían tener, por su capacidad para ver más allá del texto; a Chiara Mesina, que ha sabido aguantarme incluso en los momentos sombríos y nunca me ha dicho no. Ella jamás ha dejado de «encender la luz».

Un agradecimiento inmenso e infinito a Silvia Donzelli, mi superagente, con gran visión y paciencia épica en mis crisis de ansiedad. No sé qué habría hecho sin ella.

Gracias a Corrado Melluso, amigo y consejero, por quien siento un infinito aprecio, y quien un día en Castellammare me dijo: «Tú puedes. Claro que puedes». Gracias por eso y por todo lo demás.

Gracias a Gloria, que siempre me ha escuchado. Gracias a Sara, que conoce este libro por dentro.

Gracias a Alessandro Accursio Tagano, a Angelica y Maria Carmela Sciacca, a Antonello Saiz, a Arturo Balostro, a Teresa Stefanetti y Stefania Cima y, sobre todo, a mi querido, queridísimo Fabrizio Piazza: librerías que en ningún momento han dejado de animarme, además de excelentes amigos.

Gracias a cuantos, sin orden de preferencia, me han ayudado en la redacción de este libro. A Claudia Casano, por su fundamental asesoramiento en la toponimia del Palermo antiguo; a Rosario Lentini, que me presentó a los Florio en su complejidad y me brindó una mirada objetiva sobre la historia de esta extraordinaria familia; a Vito Corte, por sus sugerencias acerca de la arquitectura, y a Ninni Ravazza, por el valioso trabajo que está llevando a cabo sobre el mundo de las almadrabas.

Gracias a mi familia, de manera especial a mi marido y a mis hijos, que nunca dejaron de creer en lo que hacía y me han acompañado en las exploraciones irresponsables que he hecho por Palermo y otros lugares. Gracias a mi madre y a mis hermanas, que nunca han reclamado noticias. Gracias a Teresina, ella sabe por qué.

Gracias a S. C., que, lo sé, está sonriendo.

Gracias a la editorial Nord, que creyó en mí desde el principio y me acogió de forma extraordinaria. Gracias a Viviana Vuscovich: no habría podido pedir mejores manos que las tuyas para sacar a pasear este libro por el mundo. Recordaré siempre nuestra charla bajo un cielo mezcla de sol y lluvia.

Gracias a Giorgia, por su enorme paciencia y delicadeza con una autora que se olvida siempre de todo. Y gracias a Barbara y a Giacomo, por aguantarme y apoyarme y estar siempre ahí, y también por saber calmar mis ataques de ansiedad. Vosotros sois los que hacéis de la Nord una casa.

Y, por último, gracias a mi cortadora de diamantes, mi *magistra*, Cristina Prasso. Gracias a ella este libro es el que el lector tiene en sus manos. Te agradezco tu pasión y dedicación, tu delicadeza y cariño, las palabras y la calma que me regalas. Gracias por tu paciencia. Gracias por haber escuchado mi voz. Te debo un reconocimiento infinito.

Para terminar, lo más importante. La historia que han leído es la historia de los Florio y a la vez la de la ciudad de Palermo, un lugar que quiero muchísimo, tanto como quiero Favignana.

Los hechos históricos que atañen a los Florio están contados y descritos en docenas de libros, y a partir de ellos he tejido la trama. Ahí donde faltaban datos me he valido de la fantasía y la imaginación: en una palabra, novelo. Y pretendo hacer justicia a una familia formada por personas fuera de lo común, que, en lo bueno y en lo malo, marcó una época.

Esta es «mi» historia, en el sentido de que la he escrito como me la he imaginado, sin una fácil hagiografía, infiltrándome en los vericuetos del tiempo, tratando de reconstruir no solo la vida de una familia, sino también el espíritu de una ciudad y de una época.

Antes que los Agnelli de Turín, antes que los Pirelli de Milán... fueron los Florio, los reyes sin corona de Palermo. Esta es su historia.



Los hermanos Paolo y Vincenzo Florio llegan a Sicilia en 1799 hartos de los temblores que desde siempre han sacudido su aldea calabresa, dejando un rastro de muerte y pobreza. Quieren empezar una nueva vida en Palermo donde abren una pequeña tienda de especias y hierbas medicinales, que en poco tiempo se convertirá en la más frecuentada de la ciudad.

Trabajadores incansables y emprendedores, expanden el negocio con la seda que traen de Inglaterra y con el comercio del azufre. Cuando Vincenzo, el hijo de Paolo, tome las riendas de la Casa Florio, el avance será ya imparable: crearán un método revolucionario para conservar el atún que exportarán al mundo entero y una poderosa compañía de navegación. No tardarán en comprar las tierras y los palacios de la aristocracia arruinada y con su propia compañía naviera llevarán el Marsala de sus bodegas hasta los paladares más exquisitos de Europa y América.

En Palermo su ascenso se observa con asombro, pero también con envidia y desprecio. Y aunque ellos nunca tendrán el valor de admitirlo, siempre necesitarán a su lado mujeres únicas, como Giuseppina, la esposa de Paolo, que sacrifica su vida, incluso el amor, por la familia, o Giulia, la joven milanese que entrará como un trueno en la vida de Vincenzo para convertirse en su refugio, en su roca inexpugnable.

La novela revelación del año 2019 en Italia.

Reseñas:

«Me ha conquistado esta extraordinaria historia de los Florio, una familia de humildes comerciantes que se convirtieron en los reyes sin corona del Palermo del siglo XIX.»

Ildefonso Falcones

«Un relato fascinante de la Historia en mayúsculas y la historia privada y moral de una familia de leyenda.»

Vanity Fair

«Escrita con delicadeza y apoyada por amplias investigaciones históricas. Nadie puede escaparse de la fascinación de la saga familiar de los Florio.»

Gazzetta del Sud

«Una epopeya familiar que se huele, se toca, se mira, antes de ser leída. [...] Una fragancia agridulce que catapulta al lector a una historia emocionante. [...] El talento narrativo de la autora convierte la epopeya de los Florio -de por sí fascinante- en una vivencia única e irresistible, que se vive como una verdadera aventura.»

L'Opinione

«Esta saga familiar siciliana [...] podría ser el inicio de un pequeño fenómeno. [...] el hecho de que una historia un poco a lo *Gatopardo* guste a miles de lectores en el año del Señor de 2019 [...], ya es noticia. [...] es un signo de que a veces apostar por algo un poco distinto puede no ser mala idea.»

Il Commento

«Hace mucho tiempo que no leía nada parecido: una gran historia y buena literatura. Las vicisitudes y los sentimientos se sostienen en una escritura sólida, madura y llena de pasión y de gracia. Stefania Auci ha escrito una novela maravillosa e inolvidable.»

Nadia Terranova

«Emocionante y documentada, habla de valor y ambición, de sentimientos y de maldiciones y es la sorpresa de la temporada.»

TTL - La Stampa

«Historias de amor, de sueños, de traiciones y de esfuerzo en una novela vibrante de vida.»

Marie Claire

«Una escritura visual que nos sumerge en los lugares y en la historia, que no cae en el sentimentalismo, lúcida e incluso despiadada. Con ecos del *Gatopardo* y de las novelas históricas de Camilleri.»

Famiglia Cristiana

Stefania Auci nació en Trapani, pero ha vivido durante años en Palermo donde es profesora de refuerzo en una escuela.

Tras un exhaustivo trabajo de investigación a lo largo de tres años en las bibliotecas y en las crónicas de la época, ha logrado reconstruir la vida de los Florio en *Los leones de Sicilia*, un best seller desde su publicación en Italia cuyos derechos de traducción han sido adquiridos por 14 países y que será llevado a la televisión en formato de serie.

Título original: *I leoni di Sicilia. La saga dei Florio*

Primera edición: marzo de 2020

© 2019, Stefania Auci

Publicado mediante acuerdo con Donzelli Fietta Agency, s.r.l.s.

© 2019, Casa Editrice nord s.u.r.l. Gruppo Editoriale Mauri Spagnol

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2020, César Palma Hunt, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Carlos Pamplona

Ilustración de portada: Vero Navarro

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5741-1

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

[1] John Milton, *El paraíso perdido*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1986, traducción de Esteban Pujals.

[2] Las expresiones en calabrés y siciliano que utilizan algunos personajes en el texto original se han traducido directamente y aparecen en cursiva a lo largo del libro. (*N. de la E.*)

[3] El grano, el tari y la onza eran las monedas sicilianas de la época. El grano era de cobre y era la vigésima parte de un tari. El tari solía ser de plata y era la trigésima parte de una onza.

[4] El *tumino* o *tumolo* era una medida agraria equivalente a poco más de dos mil metros cuadrados en esa zona de Sicilia.

[5] El *cafiso* o *kafiso* es una medida tradicional de volumen para el aceite de oliva, empleada todavía hoy en Sicilia, y que varía en función de las zonas: en Trapani, por ejemplo, corresponde a algo más de 7 litros; en Catania, a unos 17 litros; en el interior de Sicilia, a aproximadamente 11 litros.

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Los leones de Sicilia. La saga de los Florio

Prólogo (Bagnara Calabria, 16 de octubre de 1799)

Espicias (noviembre de 1799 – mayo de 1807)

Seda (verano de 1810 – enero de 1820)

Corteza (julio de 1820 – mayo de 1828)

Azufre (abril de 1830 – febrero de 1837)

Encaje (julio de 1837 – mayo de 1849)

Atún (octubre de 1852 – primavera de 1854)

Arena (mayo de 1860 – abril de 1866)

Epílogo (septiembre de 1868)

Árbol genealógico de la familia Florio

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Stefania Auci

Créditos

Notas